

LECTULANDIA

ROBERT SILVERBERG
URSULA K. LE GUIN
ROGER ZELAZNY
Viajeros del tiempo



Lectulandia

VIAJEROS DEL TIEMPO es una recopilación de los mejores relatos de ciencia-ficción publicados en los Estados Unidos durante el año, seleccionados y prologados por Terry Carr.

Incluye ocho relatos de otros tantos autores, y es precisamente esta variedad la que da al volúmen un valor especial como visión de conjunto de las diversas tendencias que empiezan a aflorar en el mundo en la narrativa de anticipación, desde el influjo creciente de la novelística de terror —y en este sentido la huella de Lovecraft es dominante— hasta una fórmula de integración en el relato de efectos humorísticos que detienen el clima tenso que es fundamental en el género y aún más en los relatos cortos.

Narraciones como **Nacidos con los muertos**, de Silverberg, y **El autor de Las Semillas de Acacia y otros Extractos**, de Ursula K. Le Guin, son representativos de esta nueva concepción de la novela de anticipación que, afortunadamente y como prueba de su fecundidad, comienza a investigar nuevos caminos, muy lejos de los esquemas tradicionales.

Lectulandia

AA. VV.

Viajeros del tiempo

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 03

ePub r1.1

Hechadelluvia 05.07.14

Título original: *The Best Science Fiction of the Year N. 4*
AA. VV., 1976
Traducción: Pablo Mañé Garzón y Antonio-Prometeo Moya

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

Cuando Hugo Gernsback fundó su primera revista de ciencia ficción, en 1926, sostenía una idea que, vista con la perspectiva del tiempo, parece extraña: pensaba que la misión de la ciencia ficción consistía en enseñar ciencias.

Gernsback era por entonces director de publicaciones periódicas sobre ciencia popularizada, del género de *Science and Invention*, en las cuales solía publicar narraciones que intentaban representar el futuro desarrollo científico. Sus lectores acogieron dichos cuentos con gran entusiasmo; tanto que Gernsback concibió la idea de dar vida a una revista enteramente dedicada a la *scientifiction*, como él llamaba a sus temas. De este modo nació *Amazing Stories* (Narraciones asombrosas). Contenía historias de supermáquinas y de exploraciones de otros planetas, generosamente intercaladas por disquisiciones científicas. Las llamadas al pie de página, llenas de citas, abundaban.

Amazing Stories pronto se transformó en un éxito comercial. Pero no a causa de las razones que guiaban a Gernsback sino porque era única: al ver la luz otras revistas que crearon una competencia dando más importancia al puro entretenimiento que a la divulgación científica, la de Gernsback vio disminuir sus ventas, hasta el punto que tuvo que abandonar el campo por él descubierto, vendiendo sus publicaciones a editoriales que explotaban la literatura de aventuras. Su concepto de la ciencia ficción como sermón científico al que se aplica un baño de azúcar para hacerlo atrayente llegó a conocerse como «el engaño Gernsback».

En las décadas transcurridas desde la época de Gernsback, los escritores de ciencia ficción han cambiado la índole de sus interpolaciones, abandonando lo referente a las ciencias «duras», como la astronomía, la física y la genética, en beneficio de las «blandas», como la sociología y la psicología. En los últimos años también el mito y el misticismo han servido como campos de investigación para las narraciones de este género. Durante el mismo período se nota una expansión hacia los apuntes sobre carácter, talante y sátira social, que han robado parte del terreno a la aventura y a la acción puras.

A Gernsback le resultaría difícil reconocer la ciencia ficción actual, aunque hay que decir que curiosamente algo del «engaño Gernsback» ha permanecido, desafiando todos los cambios y que ese algo parece prevalecer de nuevo. Se trata de la creencia de que la ciencia ficción ha de estar atenta a las preocupaciones del mundo de hoy. Las publicaciones periódicas y las antologías que contienen cuentos de este género publicadas en 1974, están cargadas de reflexiones que toman nota de problemas como el futuro de la crisis energética, la ecología, el papel de los

conflictos sexuales y otros temas derivados de los titulares de los periódicos.

Se diría que muchos escritores miran de nuevo a la ciencia ficción como un medio de «enseñar» ciertas nociones a la gente; sólo que ahora, en vez de sermonearnos sobre física y biología quieren que nos estemos quietecitos mientras nos hablan amablemente de sociología y ecología.

Cierta escritora de ciencia ficción confesó no hace mucho que la narración que había escrito sobre el despojo sufrido por los recursos naturales de la tierra, no pareció conveniente a ninguno de los editores especializados porque era preciso esperar, según ellos, a que la ecología se transformase en una preocupación extendida a nivel popular. Una de las revistas más leídas en este campo, *Galaxy*, incluso prescindió del subtítulo: «Lo mejor en materia de ciencia ficción aplicable al presente», por considerarlo prematuro.

Por cierto que siempre hemos mantenido cierta tendencia a meter algo de didactismo en las narraciones de ciencia ficción. En los años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos hervía de gente que decía: «América antes que nada» y se negaba a participar en guerras extranjeras, los cuentos de ciencia ficción que predicaban la futilidad de la guerra eran numerosísimos; pero en cuanto Norteamérica entró en el conflicto, los que pintaban a Hitler y a Tojo como agentes del mayor de los males llenaron todas las revistas dedicadas a cultivar nuestra especialidad. Tras la bomba de Hiroshima, la ciencia ficción se vio literalmente inundada de colaboraciones que describían las horrendas mutaciones producidas por la radiación atómica. Del mismo modo vigente el macarthismo, salió a la luz *The Pedestrian* (El peatón) y otros libros parecidos, que advertían sobre la pasividad policial. Y cuando el racismo surgió como el problema número uno del país, Bradbury y los demás se hicieron presentes con libros de la índole de *Way in the middle of the Air* (Un camino en medio del aire).

Muchos de esos trabajos oportunistas eran en realidad excelentes y es indudable que el tema de «Si esto sigue así...» es fuente fundamental de las ideas en materia de ciencia ficción, como hace ya más de treinta años se encargó de puntualizar Robert Heinlein; pero sucede que la propia excelencia de los libros de Bradbury ha proporcionado, irónicamente, poco favor a la ciencia ficción al llevar a «críticos respetables», como Kingsley Amis, a concluir que la mejor función que la literatura futurística podía cumplir consistía en comentar el mundo de hoy a través de la perspectiva del porvenir. Por lo demás, el reciente crecimiento del criticismo académico relacionado con la ciencia ficción ha producido un énfasis desproporcionado sobre la «relevancia» de ésta en el mundo actual.

Nociones de esa especie son propias de personas cuyo interés por la ciencia ficción es más bien epidérmico y cuyas nociones en tal materia son elementales. Los «críticos respetables» no deben sus reputaciones al hecho de prestar atento cuidado a

las visiones del tiempo elástico de un Cordwainer Smith o a la elegante decadencia de los mundos futuros de un Jack Vance.

Pero los escritores especializados en ciencia ficción (y los lectores que la prefieren a cualquier otra clase de literatura) han de comprender que el verdadero valor de una narración no proviene de una favorable comparación con los escritos de James Joyce o John Dos Passos. Si algún mérito tiene la ciencia ficción, éste radica en que ha de saber tocar resortes que no pueden o no deben tocarse en otros géneros de ficción.

El hecho real es que la verdadera fuerza de la ciencia ficción se halla en su capacidad de ver «más allá» del presente; en su éxito al lograr un olvido de las preocupaciones de este momento, para considerar las reglas de los accidentes históricos que nos han hecho llegar al punto donde estamos y las posibilidades prácticamente ilimitadas que ofrece el futuro. La idea de que una «visión desde el mañana» ha de ser enfocada sobre el día de hoy no sólo es tonta: ha llevado a una miopía creciente en lo que concierne a la ciencia ficción. Cada vez más, las narraciones se han limitado a proyectar luces de poco alcance sobre problemas como la superpoblación o la extinción de ciertas especies animales, relegando preguntas fascinantes sobre la humanidad en el siglo veintiuno, o treinta o cien.

Muy pocos editores (tal vez ninguno) se sienten a gusto en aquella vía. Leen cartas de lectores que les llegan cada día y estimulan a los escritores para que dejen atrás las tímidas referencias a lo cotidiano para aventurarse más allá, es decir, que miren al futuro y no que se refieran al presente.

Afortunadamente, las modas pasan pronto y es de esperar que esas referencias al presente disminuyan con rapidez. Los lectores de ciencia ficción son inteligentes y no necesitan lecciones sobre lo que es obvio para cualquiera. Y los escritores de este género literario tampoco son tontos. Los mejores de ellos ya han percibido que el lector tiene razón. Los que no son tan buenos pronto caerán asimismo en la cuenta, en especial cuando adviertan que sus rápidamente concebidas narraciones sobre la violencia urbana o sobre los reyes del petróleo árabe son despejadas a un lado por los editores en favor de otras que enfocan de frente el verdadero tema de la ciencia ficción: las cosas que nosotros no conocemos.

Los cuentos incluidos en esta antología de las mejores narraciones cortas de ciencia ficción publicadas en los Estados Unidos en 1974, acaso incluyan lecciones, pertinentes o impertinentes, sobre la condición humana hoy en día. Eso es debido a que no es ese aspecto el que he tenido en cuenta al practicar la selección. Si el lector encuentra, como yo, que las narraciones le entretienen, llevándole a pensar en cosas de las que el periódico no se ocupa, se habrá cumplido el fin que nos ha guiado.

TERRY CARR

Enero de 1975

NOSOTROS LOS COMPRADOS

FREDERIK POHL

Ésta es una de las más extrañas historias de amor que el lector pueda leer. Publicada con el título original de *We Purchased People*, es algo que sucede en un futuro en el que los alienígenas de una estrella remota compran cuerpos humanos y controlan todos sus movimientos por medio del dominio mental. Pero las mentes de esas personas advierten perfectamente lo que les sucede y lo que hacen. Siendo así, ¿qué puede suceder cuando dos «comprados» se enamoran entre sí? ¿Cómo han de arreglárselas para estar juntos?

El 3 de marzo, el comprado que llevaba por nombre Wayne Golden tomó parte en las conversaciones de compra celebradas en Washington como representante de la raza dominante de la estrella Groombridge. Lo que llevaba para ofrecer era la licencia de las patentes que permitían fabricar un aparato capaz de transformar los productos de desecho provenientes de una planta nuclear en unidades energéticas. El producto en venta era bueno y el mercado sería favorable: dado que medio estado de Idaho yacía bajo los desechos radiactivos, los americanos estaban ansiosos por comprar y él estaba en condiciones de ofrecer créditos por cien millones de dólares. Al día siguiente tomó el avión para España. Pudo dormir durante todo el viaje, extendido sobre dos asientos de primera clase del Concorde y sujetado por los cinturones de seguridad. El día 5 de aquel mismo mes empleó parte del crédito para comprar quince telas al óleo de Picasso, la cinta de vídeo de un espectáculo flamenco y un clavicordio del siglo xv, dorado y de patas esculpidas a mano. Se preocupó que todo fuese cuidadosamente embalado y expedido a la ciudad de Orlando, en Florida, tras lo cual se enviaría a Cabo Kennedy para que iniciara un viaje a través del espacio que habría de durar más de doce mil años. Los groombridgianos no tenían prisa y pensaban con amplitud. El cohete Saturno V había costado once millones de dólares, pero eso poco importaba: en la balanza comercial, el crédito a favor de Groombridge era elevado. El 15 de marzo, Golden regresó a los Estados Unidos, conectó con precisión dos vuelos en el aeropuerto Logan de Boston y llegó temprano a su casa de Chicago. Comenzaban para él los ochenta y cinco minutos de libertad que se le concedieran.

Yo sabía exactamente lo que haría durante aquellos ochenta y cinco minutos míos. El lector ha de saber que cuando se trabaja para personas que son los dueños de uno, uno no tiene la posibilidad de determinar lo que va a hacer; pero, hasta cierto punto, puede pensar con tiempo y en lo que quiere. Eso que le meten a uno en la cabeza tan sólo le controla. No cambia a la persona en sí. O, por lo menos, así lo creo. (¿Acaso podría saberlo si fuera de otro modo?)

Mis dueños nunca me mienten. Nunca. Incluso llego a pensar que ignoran lo que

es mentir. Si acaso necesitara alguna prueba indicando que no son seres humanos, no tendría una, sino docenas. Aparte que yo sé que ellos viven a ochenta y seis millones de millas en el espacio, cerca de una estrella que yo ni siquiera alcanzo a ver. Es cierto que no me cuentan muchas cosas; pero también lo es que no mienten.

Son cosas que le hacen pensar a uno qué clase de seres son. No quiero referirme a la apariencia externa. Cierta vez eché un vistazo en una biblioteca, aprovechando dos horas de libertad que me habían otorgado. No recuerdo dónde fue. Tal vez en París, en la Bibliothèque Nationale; pero, de todos modos, no entendía el idioma en que estaba escrito el libro. Eso sí: vi las fotografías y los hologramas. Recuerdo perfectamente la estampa física de mis dueños. ¡Jesús! Los altairianos parecen alguna rara especie de araña y los sirianos recuerdan un poco a los cangrejos. Pero la gente de la estrella Groombridge, ah, es algo muy distinto. Me sentí realmente mal cuando me enteré que había sido vendido a algo que se parece tanto a un grupo de gorgojos alojados en una herida abierta. Pero, pensándolo bien, están tan, tan lejos. Y al fin y al cabo todo cuanto debo hacer es recibir de ellos una de sus órdenes transmitidas por radio ultrarrápida y hacer lo que me ordenan. ¿Qué puede importarme el aspecto que puedan tener?

Pero ¿qué clase de extraña criatura puede ser la que nunca dice nada que no sea objetivamente cierto, que nunca cambia de opinión, que nunca promete algo que no ha de cumplir? No son máquinas, lo sé, aunque no estoy tan seguro que ellos no piensen que yo soy una especie de máquina. ¿A usted no se le ocurriría mentir a una máquina, verdad? Ni se molestaría en hacerle promesas, ¿no? Tampoco le haría usted favores, y ellos no me hacen a mí ningún favor. A mí no me dan ochenta y cinco minutos de libertad porque me los haya ganado. De ninguna manera. Y tampoco me los dan porque he hecho algo que les agrada, o porque quieren ganarse mi buena voluntad para que les sirva mejor. Pensándolo bien, todo eso es pura tontería, porque, ¿qué podrían querer de mí? No es como si yo tuviese el poder de elegir. Nunca lo tengo. No necesitan pues mentir, amenazar, sobornar ni recompensar.

Sin embargo, por alguna razón, de vez en cuando me dan minutos, o también horas y hasta días de libertad completa y esta vez tenía ochenta y cinco minutos. Empecé a aprovecharlos de inmediato, como siempre hago. Me dirigí a los bajos del edificio donde vive Carolyn. El empleado de la recepción, que, como digo, no es el dueño, sino que trabaja a cambio de un salario y nos trata como si fuésemos basura, ya me conoce.

—¡Demonios, Wayne! —me dice con su estudiada simpatía y un dejo fingido de amistad que me inspiran ganas de matarle—. Llegas justo para no poder ver a tu damita. La vi... veamos, ¿el miércoles? Sí, creo que el miércoles. Pero ya no está aquí.

—¿Dónde está?

Tomó las tarjetas que estaban sobre su despacho y se tomó su tiempo, porque sabe que con eso me impacienta.

—No lo sé. Aquí no pone nada. Oye, ¿estaba ella con el grupo que fue a Pekín? ¿O no era ella?

No me detuve a asesinarle. Si su nombre no estaba en las tarjetas no podía hallarse a ochenta y cinco minutos de allí (contando la ida y la vuelta).

Me dirigí al salón de caballeros, pero no me quedé en él. Pronto me expuse de nuevo al azotador viento de marzo de Chicago mientras pensaba cómo usaría los setenta y nueve minutos que me quedaban. Setenta y un minutos. Había una especie de restaurante mexicano por allí, a un par de manzanas más allá de Ohio, donde me conocían y no se interesaban en saber quién era. Tal vez la chapa de bronce que llevo en la cabeza no les molesta para nada, porque consideran que está muy bien eso que seres vivientes de otros planetas hagan cosas tan bellas en este mundo. O tal vez no se sientan molestos porque les doy buenas propinas. (¿Qué otra cosa puedo hacer con el dinero que me dan?). Asomé la cabeza, silbé en dirección a Terry, el barman, y le dije:

—Lo de siempre. En seguida volveré. Diez minutos.

Caminé hasta Michigan, compré una camisa limpia y me la puse, tirando la maloliente prenda que llevaba. Sesenta y seis minutos. En la tienda de la esquina adquirí un par de librillos pornográficos, que guardé en el bolsillo y un paquete de tabaco. Me incliné para dar un beso en la mano a la cajera, que era delgada, de buen color y olía bien. Dejándola muy asombrada, me volví al restaurante, entrando precisamente cuando Alicia, la camarera, estaba poniendo sobre mi mesa mi plato y las dos botellas de cerveza que suelo beber. Cincuenta y nueve minutos. Tomé asiento para gozar mejor de mi tiempo. Fumé y comí al mismo tiempo, alternando bebidas, pan y cigarrillos. Uno siempre anhela estos momentos cuando no es su propio patrón y ha de trabajar para otro. No quiero decir con eso que no nos permiten comer cuando estamos trabajando. Por cierto que nos lo permiten; pero no podemos elegir lo que vamos a comer ni dónde lo haremos. Pedí otro plato y más cerveza a Alicia y luego me trajo pastel de chocolate y un café americano que comí y bebí al mismo tiempo. Dieciocho minutos.

Si hubiese tenido un poquito más de tiempo me hubiese largado; pero no lo tenía, de modo que pagué, di propinas a todo el mundo y salí del restaurante para volver a mi casa. A la vuelta de la esquina, una mujer delgada que vestía abrigo de piel y pantalones estaba paseando su perrillo escocés. Me acerqué a ella diciéndole:

—Te daré cincuenta dólares por un beso.

Se volvió. Tenía sus buenos sesenta años pero no estaba mal, realmente, de modo que la besé, entregándole en seguida el pago convenido. Cero minutos. Iba a entrar en mi casa cuando oí la llamada en mi frente. Mis amos se apoderaron otra vez de mí.

Durante los siguientes siete días del mes de marzo, Wayne Golden visitó Karachi, Sniragar y Butte, en Montana, en viaje de negocios por cuenta de los groombridgianos. En total llevó a cabo treinta y dos tareas. Una vez terminadas, y de manera totalmente imprevisible, se le concedieron mil minutos de libertad.

Esta vez me encontraba en Pocatello, Indiana. Si no era Pocatello, se trataba de algún otro lugar parecido. Debía enviar un telex al empleado de la recepción de la casa de Carolyn en Chicago para saber dónde estaba. Como era de prever, se tomó su tiempo para darme su respuesta. Di unas vueltas por los alrededores mientras esperaba. Todo el mundo parecía hallarse muy alegre y sonreía mientras caminaba, paseando bajo la nieve que caía en finos copos. Me dirigían miradas joviales, como para demostrar que les tenía sin cuidado que yo fuese un comprado; detalle que no era difícil de averiguar, pues para eso tenía en mi frente el óvalo de metal dorado, mediante el cual mis dueños impartían las órdenes que debía cumplir. De pronto, el mensaje desde Chicago llegó por fin: «Lo siento, chico, pero Carolyn no está en mi lista. Si la encuentras puedes regañarla de mi parte».

Bien. Muy bien. Tenía mucho dinero para gastar, de modo que me alojé en un buen hotel. El botones me trajo una botella de whisky y bastante hielo. Lo hizo con toda rapidez, porque sabía que no me gusta esperar y también que obtendría una buena propina. Cuando le pregunté por alguna chica no me pudo ofrecer nada que me gustase del todo. Le pedí algún trasero blanco, delgado y de formas bonitas. Eso es lo primero que me agradó cuando vi a Carolyn por primera vez. Es lo que más me gusta. La pequeña niña que me compré en New Brunswick (¿cuál era su nombre?, Raquel, creo) sólo tenía nueve años, pero tenía un trasero tan bueno que usted ni se lo imagina.

Me duché y luego me puse ropa limpia. Mis dueños no suelen darme suficiente tiempo para cosas así. La mayor parte del tiempo, hay que ver lo mal que huelo. Muchas veces llegué a mojarme los pantalones porque no me permitieron ir al baño cuando tenía ganas. En una o dos ocasiones aguanté todo lo que pude pero al fin no pude evitarlo y... diablos, uno se siente asqueroso cuando le sucede algo así. Lo peor ocurrió cierta vez que debí asistir a un simposio en un lugar de Rusia llamado Amkadengorodok. El tema era el proceso de la explosión nuclear. Por cierto que yo no sé nada sobre todo ese asunto y tenía las ideas un poco flojas y confusas, porque pensaba que era una de las cuestiones que debíamos a la gente de las estrellas. Quiero decir que era esa gente la que había arreglado las cosas para que los diferentes países no se fueran a las manos usando armas nucleares y otras cosas por el estilo. Pero no se trataba de eso en la conferencia, sino de explosiones en el núcleo de la galaxia. Cuestiones astronómicas. Bueno. Cuando un tipo llamado Eysenck estaba hablando de la prominencia FG y de la prominencia EMK (que yo no sé, por supuesto, qué

demonios son) y diciendo que ambas formaban parte en realidad de una esfera de pulso expansivo, me ensucié los pantalones. Yo sabía, claro, lo que iba a pasar y ustedes pensarán que tendría que poner en antecedentes a mis amos sobre esas cosas. Pero no me escucharían. El hecho es que el encargado de las actas vino por el corredor hasta donde estaba yo y gritó en mi oído, como si mis dueños fuesen sordos o idiotas, que debían sacarme cuanto antes de allí por razones que tenían que ver con la higiene y el bienestar del resto de los participantes en la importante reunión. Pensé que mis dueños se enfadarían, puesto que aquello significaba que no se enterarían, si yo me marchaba, de lo que se trataba en el resto del simposio. Y resultaba claro que tenían interés en saberlo. En consecuencia, no iban a moverme de allí. Y no me movieron.

Cuando me vi limpio, con una camisa abierta en el cuello y zapatos cómodos, encendí el televisor, sirviéndome en seguida un vaso de whisky con bastante agua: no quería estar ebrio cuando llegase al final de mis mil minutos. En todos los canales se pasaba la misma emisión, que tenía carácter especial y con la cual se celebraba la concertación de un tratado entre los Estados Unidos y dos pueblos estelares: los sirianos y los capellanes, según creí entender. Todo el mundo parecía considerar aquello como un gran acontecimiento y mostrarse muy satisfecho, porque, al parecer, la Tierra acababa de comprar cierta información agrícola y química y, como resultado, pronto tendríamos a nuestra disposición más alimentos de los que necesitábamos. Cuánto debíamos a la gente de esas estrellas, decía el secretario general de la Organización de las Naciones Unidas en un inglés con dejo brasileño. Ahora podríamos considerar como posible que la sabia dirección y guía de aquellos pueblos estelares permitiese la supervivencia de la Tierra. La crisis demográfica quedaría neutralizada y todos viviríamos muy felices.

Sin embargo yo no lo era, a pesar de mi vaso de whisky y la perspectiva que finalmente el botones me enviara alguna chica. Lo que yo realmente quería era ver a Carolyn.

Carolyn era una comprada, como yo, y sólo la había visto un par de docenas de veces. Pero en general, en esas ocasiones, ella, yo o ambos estábamos cumpliendo órdenes. Muy pocas habían sido las ocasiones de vernos cuando los dos nos encontrábamos en libertad. Era algo parecido a enamorarse por correspondencia, si se exceptúa el hecho que de tanto en tanto nos hallábamos cerca, tocándonos casi. Sólo una vez o dos logramos no ya tocarnos, sino hacerlo fuera de todo control. En cierta oportunidad, estando ambos en Budapest, llegamos a contar con ocho minutos, de vuelta de una visita a la gran central hidroeléctrica. Hasta ahora, eso era todo y fuera de eso sólo nos pudimos cruzar fugazmente, acertando tan sólo a vernos, nada más, en el correr de nuestras tareas respectivas. En algunos casos, uno de nosotros estaba libre y encontraba al otro. Siendo así, el libre podía hablar y hasta tocar al otro,

siempre, como es natural, que eso no resultara una interferencia en lo que el otro estaba haciendo. Quien estaba cumpliendo funciones no podía hacer ningún gesto activo, aunque pudiese oír y sentir emociones. De ahí que nos cuidásemos meticulosamente de no perturbar el trabajo que cada uno estaba haciendo. En realidad ignoro qué podría suceder de no actuar de ese modo. ¿Nada, tal vez? De todos modos, no queríamos correr riesgos, aunque a veces nos viésemos tentados de hacerlo y aun cuando la tentación se tornara casi irresistible. Cierta vez sucedió que yo estaba libre y encontré a Carolyn trabajando, pero no haciendo precisamente nada concreto de momento. Simplemente estaba de pie en la puerta cincuenta y uno de la TWA en el aeropuerto de Saint Louis, donde esperaba la llegada de alguien. Sentí deseos de besarla. Le hablé. Le hice una leve caricia, sabe usted, ocultando mi brazo bajo el abrigo con el objetivo que, si alguien acertara a pasar cerca, no advirtiese el gesto o, por lo menos, lo advirtiese apenas. Le dije cosas que quería que ella supiese; pero lo que en realidad deseaba era besarla y no tuve la osadía de hacerlo. Para besarla en los labios tendría que poner mi cabeza ante sus ojos y no creo que me atreviese a tanto porque un gesto así podría interpretarse como un deseo para que ella no pudiese ver bien si la persona que estaba esperando llegaba o no. Al fin y al cabo, para eso ella estaba allí: para esperar a determinada persona que resultó ser un oficial de la policía de Ghana, quien llegaba a Saint Louis para tratar sobre la venta de ciertos prisioneros políticos a los groombridgianos. Yo estaba aún allí cuando apareció en lo alto de la escalerilla; pero me era imposible quedarme para averiguar si, una vez concluidas las negociaciones, ella quedaría libre por cierto tiempo, porque mi propio tiempo se estaba agotando.

Pero se me habían dado tres horas aquella vez, que yo gasté quedándome junto a ella. Aunque fueron tres horas muy tristes y extrañas, no hubiese renunciado a ellas por nada del mundo. Sabía que ella podía oír y sentir todo, a pesar de no poder responder. Aun cuando los amos lo tengan a uno muy atareado, es posible preservar cierta pequeña parte de uno mismo que permanece viva y a esa parte intentaba yo hablar. Le decía los inmensos deseos de besarla que me invadían en aquel momento y las ganas que sentía de acostarme con ella y gozar del placer de estar juntos. Qué diablos. Llegué a decirle que la amaba y que me gustaría que nos casásemos, aunque los dos sabíamos perfectamente que aquello era imposible, que nunca tendríamos la menor oportunidad de lograr semejante cosa, ya que no éramos personas que se acogieran a un retiro o pensión. Éramos seres «comprados».

De todos modos permanecí junto a ella cuanto pude, aunque en definitiva me costó caro: los testículos me hacían daño y mis genitales estaban húmedos, cosas que no podía remediar de ninguna manera, ni masturbándome, hasta que tuviese otro lapso de libertad. Éste me llegó tres semanas más tarde, estando en Suiza, por el amor de Dios. Y fuera de la estación en que Suiza vale la pena. En el hotel no había casi

nadie, con excepción de los camareros y los botones. Apenas un par de viejecitas que contemplaban el óvalo dorado de mi frente como si despidiese mal olor.

Amar sin esperanza es algo terrible, pero también algo que resulta digno de aprecio.

Sea como fuere, yo siempre me hice la ilusión que había esperanzas. Por pequeño que fuese mi tiempo de libertad, me las arreglaba para verla, aunque no siempre lo consiguiera, porque no saben ustedes cómo nos controlan a nosotros, las doscientas o trescientas mil personas que hemos sido compradas para trabajar para no sé qué diablos de cangrejos raros que no pueden vivir en la Tierra y nos usan como brazos ejecutores de lo que desean hacer aquí. Carolyn y yo fuimos comprados por los mismos amos, lo cual tiene sus desventajas pero también sus virtudes. Por ejemplo, entre éstas está la posibilidad que algún día lleguemos a ser libres simultáneamente durante un buen espacio de tiempo. Podría suceder, aunque no sé cómo ni por qué. Tal vez un cambio en el planeta Groombridge o porque se tomen unas vacaciones. No lo sé. Pero de tanto en tanto acaso llegásemos a gozar de un día entero. De una semana, tal vez, si los de Groombridge resolvían no hacer nada. En ese caso, todos los comprados podríamos aprovechar de inmediato cierto lapso de libertad.

Entre las desventajas estaba el hecho que difícilmente nuestros dueños necesitarían a más de uno de nosotros en cada momento, en el mismo lugar. Con uno basta. De ahí que Carolyn y yo no nos encontráramos muchas veces. Por otra parte, cuando yo estaba libre, no era fácil llegar hasta donde se encontraba ella, porque eso lleva su tiempo, por no hablar del que requiere averiguar el paradero exacto antes de salir en busca de ella. En conjunto, sucedía muchas veces que localizarla, viajar, verla y volver requería más tiempo del que disponía. Tenía tantos deseos de hacer el amor con ella..., pero hasta ahora nunca nos habíamos acostado y tal vez nunca lo hiciéramos. Ni siquiera había podido preguntarle por qué la habían sentenciado. Puedo decir que en realidad no la conocía en absoluto; pero de una cosa estaba seguro: la amaba.

Cuando el botones reapareció —con la chica esta vez— yo estaba confortablemente instalado ante la televisión, con los pies sobre la mesa y viendo una película de vaqueros. Le eché un vistazo. No parecía una prostituta, en realidad. Llevaba pantalones de cintura baja, de ésos que dejan afuera el ombligo y lucía unos pechos importantes, aunque eso no es lo que a mí más me atrae. Pero también contaba con maravillosas curvas al final de la espalda y bajo la cintura. Se llamaba Nikki. El botones tomó los billetes que le di y, guardándose cinco, hizo entrega del resto a la chica. En seguida desapareció, riendo. ¿Cuál sería la gracia? El muchacho sabía qué era yo: mi placa lo dice con suficiente claridad a cualquiera. Pero se diría que le causaba gracia.

—¿Quieres que me quite la ropa? —dijo ella.

Tenía una voz infantil y hablaba como si le faltase el aliento. Sus cabellos eran castaño rojizo y mostraba un rostro agradable y amistoso.

—Adelante —repuse.

Comenzó por quitarse las sandalias. Sus pies estaban muy limpios y dejaban ver las huellas donde la pequeña correa sujetaba en el empeine. Luego aflojó sus pantalones y los dejó caer colocándolos en seguida bien doblados en el respaldo de una silla vecina, del tipo de las sillas que distinguen a los hoteles de Conrad Hilton. También dobló y puso en orden su blusa en cuanto se la quitó. Sobre ella puso el medallón que llevaba al cuello. Cuando estuvo vestida tan sólo con dos pequeñas piezas de color rojo, fue hasta la cama, separó las sábanas y, metiéndose entre ellas, se sentó para quitarse el sostén, cuyos elásticos saltaron a un leve movimiento de su mano. No tardó en deslizarse dentro del lecho donde, con un rápido gesto, se deshizo de la prenda restante, que tiró con la punta del pie a un lado de la cama.

—Cuando quieras, cariño —dijo, mientras se cubría hasta los ojos con la sábana.

Pero yo no tenía ganas de acompañarla y no hice el amor con ella. Ni siquiera me cubrí con la sábana. Apuré un poco más el whisky y éste, sumado al cansancio que me dominaba, me dejó dormido.

Al despertarme, ya era de día. La chica no estaba. Antes de irse, eso sí, se había cuidado de vaciarme la billetera. Me quedaban setenta y un minutos. Me vestí y, al bajar, tuve que darles un cheque. A cambio me llevaron a mi casa. Todo cuanto había ganado con la aventura era ropa limpia y resaca. Ahora pienso que la chica debió asustarse de mí. Todo el mundo sabe por qué nosotros, los comprados, somos puestos en venta y acaso algunos teman que volvamos a las andadas. No saben que nuestros dueños han pensado en eso antes y que estamos programados para no hacer nada que pueda disgustarles. Los líos no les gustan, de modo que nada de nada. Hay que ver lo bien que nos comportamos.

Pero me hubiese gustado que no me robara la cartera.

La suprema estrategia y los objetivos perseguidos por los habitantes del espacio, en particular por aquéllos que eran sus propietarios en la estrella Groombridge, resultaban sumamente oscuros para la persona comprada que llevaba el nombre de Wayne Golden. Sin embargo, lo que hacían no era difícil de comprender. Todo el mundo sabía que la gente de las estrellas había establecido rápido contacto con la de la Tierra y que, para llevar a cabo sus negocios en este planeta creyó conveniente comprar cuerpos de criminales convictos, colocando en ellos receptores de radio ultrarrápida de taquiones. Por qué hicieron tal cosa es algo difícil de comprender. Entendían en materia de objetos de arte y querían comprarlos, como compraron asimismo especies raras de plantas y flores, que sometieron a muy bajas temperaturas. Adquirieron ciertos objetos que les resultaron útiles, simplemente. Una vez, cada cierto número de meses, un cohete era disparado en Merritt Island, desde

una zona que está al norte de Cabo Kennedy, y dentro de él iba un cargamento, dirigido a la estrella Groombridge, con todo lo comprado. El viaje duraba doce mil años. Otros cargamentos salían hacia otros astros poblados por otras razas de la confraternidad galáctica y, naturalmente, tardaban en llegar más o menos que eso, según las distancias. Sin embargo, en ningún caso los que encargaban las mercancías podían llegar a verlas. Tales distancias eran, en todos los casos, demasiado grandes.

En lo que gastaban más y mejor su dinero era en cohetes y en personas a quienes se les trasplantaba los receptores de taquiones. Cada cohete costaba por lo menos diez millones de dólares. El precio de mercado para un hombre en buen estado de salud física (aunque fuese paranoico, cosa que no importaba) apto para desempeñar trabajos durante tres o más décadas estaba alto: no valía menos de varios centenares de miles de dólares. Y los compraban por docenas.

Otras cosas que compraban, como sinfonías grabadas en cinta, piezas chinas de las primeras dinastías y cuadros de Van Gogh, no llegaban a sumar el uno por ciento de lo que gastaban en la compra de personas y en transporte de cargas. Tenían, desde luego, muchísimo dinero para gastar, porque cada raza estelar vendía licencias de sus propios tipos de tecnología y cada una recibía también amplios créditos de parte de los terráneos, concedidos por los gobiernos de los distintos países de este planeta por sus servicios en materia de prevención de guerras y de solución pacífica de los conflictos internacionales. Sin embargo, pensaba Wayne Golden, especulando con las pocas luces que disponía para juzgar las acciones mediante las cuales sus dueños conducían sus asuntos, el que mandaba, o los que mandaban, estaban ciertamente demasiado lejos para conducir bien las cosas. De todos modos, ni él ni nadie que, como él, fuera comprado, recibía órdenes de evacuar consultas. No contaban.

A fines de la primavera había estado permanentemente ocupado durante varias semanas, sin libertad alguna. En total había cumplido sesenta y ocho misiones, grandes y pequeñas. En ninguna de dichas misiones hubo nada de extraordinario, excepto en una, sucedida en París. Estaba observando un tumulto que se desarrollaba en la Place de la Concorde cierto día de mayo, situado en uno de los balcones de la embajada norteamericana donde estaba cumpliendo una tarea que le encargaran sus dueños, cuando de pronto entró en la habitación una muchacha llamada Carolyn. Le susurró algo al oído, trató —sin éxito— de masturbarlo cuando el agregado de la embajada estaba fuera del cuarto, permaneció allí durante unos cuarenta minutos y luego salió, llorando en silencio. Golden ni siquiera había podido contemplarla mientras se marchaba. El 6 de junio, el comprado Wayne Golden fue enviado a su alojamiento de Dallas, con libertad para hacer cuanto quisiese, la cual podía ser cancelada previo aviso de cincuenta minutos exactos.

¡Dios mío! ¡Nunca me había sucedido una cosa igual! ¡Fue como si el guardián de la prisión entrara en la celda del condenado a muerte llevando un indulto de último

momento! Apenas podía creer lo que veía.

De todos modos, me puse en acción al instante. Me acababa de llegar un informe que me daba cuenta del paradero exacto de Carolyn, de modo que salí disparado de Dallas en un avión de Panamá Red rumbo a Colorado y me puse a beber champaña tan pronto como la azafata pudo traérmelo.

Pero al llegar no encontré a Carolyn.

Recorrí las calles de Denver de arriba abajo, sólo para advertir que era inútil, porque se había marchado de allí. Pude saber por teléfono que había sido enviada a Rantoul, en Illinois, de modo que salí para allí de inmediato. Me detuve en la ciudad de Kansas, donde debía cambiar de aparato y llegué a Illinois sin pérdida de tiempo. Pero Carolyn tampoco estaba en Illinois. Alguien me dijo, aunque sin darme seguridad alguna, que era probable que se encontrara en el distrito de Nueva York. Salté a un avión, alquilé un auto en Newark y me dirigí por un camino con peaje a Garden State, observando cuidadosamente cada auto que veía para ver si hallaba al Volvo rojo que, según parece (aunque no era seguro), conducía. Me detenía en estaciones de servicio y otros lugares así con mucha frecuencia para indagar sobre una chica de cabello oscuro bastante corto, ojos marrones y nariz respingona. ¡Ah, claro, y un óvalo dorado en la frente!

Recuerdo que mi primer problema lo tuve en New Jersey. Allí comencé a bromear con una chica de diecinueve años que trabajaba como cajera en un cine de Paramus. La invité a salir una vez terminada la función de la una de la madrugada. Pero no era el tipo de mujer que a mí me gustaba. Demasiado vieja y muy frívola. No me gustó. Sin embargo, no deseaba que muriera.

Después de eso me sentí un poco atemorizado. Cada noche encendía el televisor a la hora de las noticias, a las seis y a las once, y nunca pasaba por un puesto de periódicos sin leer todos los titulares. Y eso durante dos meses. Por fin me puse a reflexionar sobre lo que realmente quería, con todo cuidado. Quería chicas que fuesen muy jóvenes y, en lo posible, vírgenes.

En Perth Anthony frecuenté durante tres días un pequeño restaurante, observando las pequeñas que salían del colegio parroquial. Así encontré a la segunda. Me tomó mi tiempo. La primera que me gustó volvía a su casa en el autobús de la escuela. La segunda, en cambio, iba a pie; pero su hermana mayor la acompañaba y no era, por cierto, una cría. Podía gritar o defenderse. La tercera volvía sola. Corría el mes de diciembre y los días eran cortos. Aquella tarde era ya casi de noche. Un viernes. Caminó y caminó, pero no rumbo a su casa. Nunca he perseguido a nadie sexualmente, sabe usted. Quiero decir que, en cierto modo, soy virgen o algo parecido. No es eso lo que quería, sino lo que siempre me ha interesado: verlas morir. Cuando me estaban instruyendo el sumario criminal, se me preguntó si conocía la diferencia entre el bien y el mal. Yo no sabía qué responder. Sabía que lo que había

llevado a cabo era algo que, para ellos, estaba mal hecho; pero para mí no era así. Había hecho algo que necesitaba hacer.

Conduje mi coche por el Parkway, sintiéndome desalentado por no hallar a Carolyn. Consulté bien la carretera y tomé un atajo que llevaba a la ruta treinta y cinco. Entrando en ella, volví hacia atrás, dirigiéndome en dirección al colegio. Pasé delante de él y, siguiendo hasta el depósito de maderas, encontré el lugar donde asesinó a la niña. Detuve el motor del vehículo y miré a mi alrededor. Era un día raro. Las cosas parecían diferentes. A un costado podía verse una gran pila de tablas. Pensando fríamente, el día estaba lejos de ser hermoso: el cielo aparecía cubierto y los focos de los automóviles barrían a cada instante el lugar, que estaba sumiéndose en sombras. Bajo mis dedos podía sentir una rugosidad moviéndose y viva: la pequeña trataba de gritar. Veamos. Esto sucedió..., ¿hace cuánto? Sí. Nueve años.

Si yo no la hubiese matado, ahora tendría unos veinte años y se acostaría con medio mundo. Quizá fuese una drogadicta. Tal vez se sintiese cansada, agotada. Quizá se hubiese casado. Mirándolo bien, la había salvado de muchas cuestiones sórdidas y asquerosas, como eso de menstruar y de permitir que las manos y las bocas de los hombres la recorriesen. Todo eso...

Me empezó a doler la cabeza. Es algo que la placa dorada que le colocan a uno en la cabeza provoca a veces, cuando uno se pone a pensar detalladamente en lo que ha hecho en épocas pasadas. Llega a doler mucho, en realidad.

Puse el automóvil en marcha, lo lancé hacia adelante y, casi en seguida, la jaqueca desapareció.

Pero he de decir que yo nunca pensé en Carolyn en aquel sentido.

Nunca pudieron probarme la muerte de la pequeña. Si me agarraron fue por la enfermera del estacionamiento de Long Beach. Una mujer que no valía nada. Era delgada y llevaba un suéter sobre el uniforme. Me confundí. No supe hasta más tarde que era una mujer hecha y derecha, lo cual me enfureció. Tuvieron razón en apresarme; me estaba volviendo descuidado. Pero, realmente, la prisión de Marlboro donde me pusieron era odiosa. Y allí me pasé siete años, nada menos. ¡Jesús! Había que levantarse muy temprano y beber un líquido medicinal de color rosado en un vaso de papel; hacerse la cama, cumplir faenas. A mí me correspondía limpiar las letrinas y debía soportar los olores y el espectáculo aquél, que haría vomitar a cualquiera.

Después de cierto tiempo me permitieron ver la televisión y hasta leer algún periódico. Cuando los habitantes de Altair tomaron contacto por primera vez con los de la Tierra me sentí interesado y más aún cuando supe que empezaban a comprar lo que llamaban «pacientes de demencia criminal» para que fuesen sus brazos ejecutores aquí abajo. Quise que me compraran. Cualquier cosa antes de seguir en aquella maldita prisión, aunque tuviese que meterme una pequeña caja en la cabeza y olvidar

para siempre lo que es una vida normal.

Pero los de Altair no me compraron. No sé por qué causa sólo querían negros. Luego, otros astros siguieron la política de Altair comunicando por radio ultrarrápida sus pedidos de gente en venta. Pero tampoco ellos me quisieron. Los de Proción sólo querían mujeres jóvenes. Nunca compraron un solo hombre. Alguien me dijo que en esa estrella no hay más que un sexo. No sé bien cómo es el asunto; esos seres tienen sus peculiaridades en un sentido u otro y se explica, porque algunos son metálicos, otros tienen un caparazón, otros son como de gas o parecen burbujas. No es extraño que tengan costumbres y exigencias raras. Por ejemplo, el comprado por la gente de Canopus no puede comer pescado.

Yo los encuentro repulsivos y no entiendo por qué los Estados Unidos tuvieron que meterse a hacer tratos con ellos. Sin embargo, fue nuestro país quien se interesó primero. Es que, como los rusos se disponían a negociar y también los chinos, supongo que nosotros no podíamos permanecer fuera. En general no es que las cosas hayan ido tan mal, cuando se piensa con más calma: se han acabado las guerras y en infinidad de terrenos nos han ayudado con eficacia. En cuanto a mí, no me ha ido mal. Sin duda. Los de Groombridge aparecieron tarde en el mercado de la compra de gente, de modo que casi todos los criminales con buena salud ya estaban vendidos. Siendo así, tenían que comprar lo que había y me compraron a mí.

Conduje a todo lo largo del camino de la costa, pasando por Asbury Park, Atlantic City, hasta llegar a Cape May. Desde allí volví a llamar por teléfono al edificio donde vivía Carolyn; pero no había modo de localizarla. De todas maneras, lo cierto es que probablemente sólo estaba persiguiendo la cáscara de ella, puesto que de seguro estaba trabajando. Pero, aun así, podría besarla y tocarla. Eso me bastaría. Quería encontrarla. Además, tal vez no estuviese trabajando o tal vez la dejaran en libertad por unas horas. Como yo estaba en libertad por tiempo indefinido, era preciso probar suerte. ¿Cuántas veces le dan a uno libertad indefinida? Si conseguía llegar hasta donde estaba, podría quedarme a su lado y tarde o temprano acaso a ella también le diesen licencia. Aunque sólo fuesen dos horas... Aunque sólo fuesen treinta minutos.

Y de pronto, precisamente cuando estaba haciendo averiguaciones en un motel cerca de la base militar donde las chicas se alineaban detrás de una mesa esperando el toque de diana para ver a sus amigos, recibí el aviso: presentarme en la residencia de Filadelfia lo antes posible.

Estaba muerto de sueño, pero me las arreglé para llevar el cacharro de Hertz a la velocidad de un Maseratti. La obligación es la obligación. Estacioné el auto y firmé la constancia de llegada en la recepción. El pecho me dolía, me saltaba el corazón y tenía la boca reseca. Estaba enfadado, además, porque acababa de perder la gran oportunidad de ver a Carolyn y estar junto a ella.

—¿Qué quieren? —pregunté al recepcionista.

—Entre —repuso. Su rostro reflejaba un regocijo malsano.

Todos los recepcionistas nos tratan igual, en cualquier parte del mundo.

—Ella misma le dirá lo que quiere.

Yo no sabía qué significaba aquel «ella». Abrí la puerta, atravesé el umbral y allí estaba Carolyn.

—Hola, Wayne —me dijo.

—Hola, Carolyn —dije yo.

No tenía la más remota idea de cómo debía actuar ni qué debía decir. Ella no me dio ninguna pista. Estaba sentada apaciblemente. Entonces, repuesto un poco de mi sorpresa, pude advertir que no llevaba mucha ropa encima. Sólo una bata. Y muy corta. Su asiento era una de esas camas que se transforman en sillones.

Ustedes pensarán que, ante semejante panorama y teniendo en cuenta lo que yo sentía por Carolyn y los anhelos que había debido soportar, aquello debía ser aceptado al instante como un regalo de los dioses —regalo muy personal y delicado— que venía a representar algo así como el sueño dorado de todo norteamericano. Pero se equivocan. No es porque estuviese fatigado. La razón estaba en Carolyn; en la expresión de su rostro, que no parecía invitarme a nada. Ni siquiera mostraba una actitud vagamente enamorada. Era la de una chica que sirve habitualmente de camarera en un bar y que está acostumbrada a las actitudes que no la comprometen a nada.

—Sucedte, Wayne —dijo—, que lo natural es que nos metamos en la cama. ¿Por qué no te desnudas?

A veces soy capaz de salirme de mí mismo y de mirarme como si fuese alguien de afuera. Por terrible o por triste que sea la situación en que me halle, encuentro que mi reacción tiene siempre algo de cómico. Así ocurrió cuando asesiné a la pequeña en Edison Township. En realidad sonreía cuando le repuse:

—Carolyn, ¿qué sucede?

—Es simple: quieren que hagamos el amor, Wayne. Ya sabes quiénes: los habitantes de Groombridge. Tienen especial interés en saber cómo hacen las cosas los seres humanos y hemos de hacerlas para que ellos lo sepan.

Iba a preguntarle por qué teníamos que ser nosotros los que lleváramos a efecto la demostración; pero no tuve que hacer ninguna pregunta. Comprendí que tanto Carolyn como yo teníamos desde tiempo atrás aquella idea en la cabeza, con lo cual sin duda nuestros dueños vieron despertadas sus curiosidades. No puedo decir que el juego me gustara, para hablar con exactitud. Es más: en cierto modo me pareció odioso. Sin embargo era mejor que nada, así que dije:

—¡Bueno, cariño; estupendo!

Casi sentía lo que estaba diciendo. Me dirigí hacia donde estaba y me dispuse a

tomarla entre mis brazos. Pero en aquel momento ella me advirtió:

—No. Hay que esperar, Wayne. Quieren hacerlo ellos.

—¿Qué quieres decir con eso de esperar? ¿Esperar qué?

Sentí que por su cuerpo corría un escalofrío.

—¿Significa esto que hemos de esperar a ser conectados a ellos para que sientan a través de nuestros cuerpos?

Se recostó contra mí.

—Así me lo han dicho, Wayne. En cualquier momento sucederá, supongo.

La empujé un poco.

—Cariño —le dije casi llorando—. Hace mucho tiempo que estaba deseando... ¡Jesús, Carolyn! Entiéndeme bien: no es que sólo pensara en acostarme contigo...

—Lo siento —repuso ella. Podía ver lágrimas en sus ojos.

—¡Esto es repugnante! —grité. La cabeza me ardía. Estaba realmente furioso—. Esto no es jugar limpio y no estoy dispuesto a tolerarlo. ¡No tienen derecho, ningún derecho!

Pero sí que lo tenían. Todo el derecho del mundo. Nos habían comprado, entregado el precio convenido y en consecuencia éramos de ellos. Yo lo sabía; pero no quise aceptarlo, aun sabiendo cómo eran las cosas, porque la idea de hacer aquello, lejos de significar placer para mí, era algo que hubiese dado cualquier cosa por no hacer, ya que significaba, ni más ni menos, que ellos la acariciarían con mis manos, la besarían con mi boca, la inundarían con mi semen. Era la peor clase de violación. Algo peor no podía concebirse y estoy seguro que lo que había hecho antes era menos canallesco que esto. Ambos íbamos a ser violados en seguida. Sin embargo...

Sin embargo sentí el golpear caliente en la plancha dorada. Mi libertad quedaba cancelada sin aviso. Ni siquiera llegué a gritar. Me quedé en mi lugar, pasivo, puesto que ni siquiera era dueño de un músculo de mi cuerpo, mientras aquellos tipos que eran mis dueños usaron mi cuerpo para hacer a Carolyn toda suerte de cosas. Ni siquiera pude llorar.

Al concluir la serie de experimentos previstos, todos los cuales fueron debidamente registrados, la comprada conocida con el nombre de Carolyn Schëmer ya no era utilizable. Se hicieron los registros del caso en los archivos y el departamento para rehabilitados del reformatorio de mujeres de Meadville fue notificado que dicha persona había fallecido. Se iniciaron los trámites para comprar otra en su lugar.

El comprado conocido como Wayne Golden fue enviado a sus misiones habituales, las que cumplió con normalidad, siempre bajo control. Pero se observó que al ser dejado en libertad mostraba signos de agresividad y afán destructor, tanto con el prójimo como consigo mismo. La hipótesis que gozó de más favor consistía en

explicar que la conducta sexual que dicha persona estableciera como norma propia (es decir, la destrucción de su copartícipe en el acto sexual) podría no ser la más apropiada en la etapa experimental que se estaba estudiando. En espera de una ocasión más propicia, Wayne Golden continúa funcionando con eficiencia normal; pero el control ya no se le interrumpe nunca. Según parece, así continuarán las cosas indefinidamente.

EL HOMBRE DEL AGUJERO

LARRY NIVEN

Larry Niven es un escritor que siempre aporta nueva y consistente vida a los temas habituales de la ciencia ficción. En este relato —titulado *The Hole Man*—, por ejemplo, se incluye la aventura de un equipo explorador de Marte que descubre la estructura de algo extrahumano abandonado mucho tiempo atrás. Nada sorprendente hay en eso, dirán ustedes. He aquí lo que el capitán Childrey tiene que decir al respecto.

Un día Marte volará.

Andrew Lear dice que todo comenzará con violentos terremotos para terminar horas o días después. De todos modos, el fin será súbito. Él sabrá. Y suya ha de ser la culpa.

Lear dice también que lo que suceda puede ser cuestión de años o de centurias. De modo que en eso estamos, Lear y el resto de nosotros. Estudiamos la base de operaciones extrahumana para ver qué puede decirnos, mientras el centro del mundo en que nos hallamos desaparece gradualmente. La cosa es suficiente para provocarnos pesadillas.

Fue Lear quien halló la base no humana.

Llegamos a Marte. Éramos catorce en el apiñado recinto acondicionado para respirar y vivir de la nave Percival Lowell. Dábamos vueltas en círculo, siguiendo una órbita y, sin prisas, corregíamos nuestros mapas mientras buscábamos algo que treinta años de exploraciones con los Mariner hubiesen podido pasar por alto.

Entre otras cosas, señalábamos los mascones. Esas concentraciones de masa bajo el lunarmaria habían sido casi seguramente causadas por asteroides de gran tamaño; por montañas de roca que cayeron silenciosamente del cielo hasta llegar al suelo con la energía de miles de bombas nucleares. Marte ha venido cruzando hasta ahora un cinturón de asteroides. Y eso, desde los últimos cuatro billones de años. Acaso su superficie muestre mayores y mejores mascones. Podrían afectar nuestras órbitas.

Andrew Lear trabajaba sin descanso y estudiaba continuamente la aguja que iba haciendo sus marcas sobre el papel diseñado a propósito, mientras circundábamos Marte. Un pequeño aparato a un costado del Percival Lowell daba vueltas. Dentro de su delgada caparazón había un sistema de pesas con doble palanca engañosamente simple. Se trataba de un detector de masas situadas ante la nave. La aguja registraba sus oscilaciones.

Cuando pasábamos por encima de Sirbonis Palus, la aguja comenzó a señalar extrañas curvas.

Otro hombre hubiese soltado una maldición y tratado de arreglar el aparato. Andrew Lear reflexionó y por fin movió el mando que interrumpía la rotación del aparato exterior.

Tenía que dar vueltas para señalar una masa estática.

Pero lo que ahora enviaba eran simples ondas sinusoidales.

Lear salió disparado hacia el lugar en que se hallaba el capitán Childrey.

Bueno, «disparado» es un modo de decir. Su carrera se parecía más bien a una exhibición de atletismo en trapecio. Se agarraba a las manecillas que sobresalían de las paredes de la nave espacial, ayudándose con violentos movimientos de las manos y los pies. Moverse con rapidez es difícil cuando no hay gravedad y Lear era un astrofísico de cuarenta años, no un atleta. Al llegar a la cabina de control respiraba con dificultad.

Childrey, que sí era un atleta, esperó a que Lear recobrase el aliento, mientras le contemplaba con sonrisa paciente y un poco desdeñosa.

Hacía tiempo que tenía a Lear por algo chiflado y las palabras de éste sirvieron para remachar su idea.

—¿Qué, hay señales dadas por la gravedad? Doctor Lear, ¿me hará usted el favor de no molestarme con sus ridículas ideas? Estoy ocupado.

Sus palabras no eran enteramente descorteses: algunos de los entusiasmos de Lear eran peculiares. Hablaba de generadores de gravedad y de agujeros negros; pensaba que era preciso buscar las esferas Dyson, que eran estrellas completamente encerradas en un caparazón artificial; sostenía que masa e inercia eran dos cosas diferentes; que era posible extraer la inercia de una nave espacial y así acentuar la velocidad de vuelo, etcétera. Era un soñador de ojos abiertos y cuando se excitaba tenía tendencia a vagar en torno a los puntos concretos.

—Usted no entiende —le explicó a Childrey—, la radiación de la gravedad es más difícil de eliminar que las ondas electromagnéticas. El modelo de las ondas de gravedad sería fácil de detectar. Las civilizaciones más avanzadas de la galaxia se están acaso comunicando mediante la gravedad. Algunas de ellas incluso modulan tal vez pulsars o estrellas de neutrón rotativo. Es en ese sentido que el Proyecto Ozma estaba equivocado: de acuerdo con el proyecto sólo se han venido buscando señales en el espectro electromagnético.

Childrey soltó la carcajada.

—Por cierto. Sus amiguitos están empleando estrellas de neutrón para enviarle a usted mensajes. Pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros?

—Pues bien, mire —Lear puso ante los ojos del capitán un trozo de papel pautado que había arrancado de la máquina—. He obtenido este registro mientras pasábamos sobre Sirbonis Palus. Mi opinión es que debíamos tomar tierra ahí.

—La tomaremos en Mare Cimmerium, como lo sabe usted perfectamente. La

unidad de descenso ya está preparada y lista para que la ocupen mis hombres. Hemos pasado cuatro días escrutando y tomando registros sobre esa zona, doctor Lear. Es plana y de color marrón verdoso. Al llegar la primavera, el mes que viene, descubriremos si hay alguna forma de vida allí. Y todo el mundo lo quiere así, con excepción de usted.

Lear mantenía aún en la mano su papel pautado y lo apretaba contra sí como si fuese un escudo.

—Se lo pido como un favor especial: haga otro círculo sobre Sirbonis Palus.

Childrey terminó por acceder y ordenó dar otra vuelta en la misma órbita. Tal vez las ondas sinoidales le convencieron. Tal vez no. Acaso quisiera demostrarnos a todos lo rematadamente loco que estaba Lear.

Pero al pasar de nuevo sobre Sirbonis Palus apareció en el papel una pequeña marca circular. Y el indicador de masa de Lear marcaba de nuevo ondas sinoidales.

Los extraterrestres se habían marchado. Durante los primeros cinco meses siempre esperábamos que estuviesen de vuelta en cualquier momento. Todo el equipo de la base funcionaba sin pausa y a la perfección, como si sus dueños acabasen de salir de allí.

La base tenía la forma de un plato hondo invertido. Constaba de dos pisos y carecía de ventanas. El aire de dentro era respirable, como el de la tierra a tres millas de altura, aunque más rico en oxígeno. El aire de Marte es mucho más inconsistente y, además, venenoso. De modo que era evidente que aquellos seres no eran marcianos.

Los muros eran gruesos y se encontraban profundamente erosionados. Se inclinaban hacia adentro, contra la presión interna. El techo era algo más delgado pesaba tan sólo lo suficiente para que la presión lo soportara. Tanto los muros como el techo estaban hechos de polvo de Marte derretido a altas temperaturas.

El sistema de calefacción aún estaba en funcionamiento, como también el de luz, que consistía en unos puntos que daban un resplandor color rojo ladrillo. La calefacción era excesiva: algo más de diez grados por encima de lo normal. Durante casi una semana buscamos infructuosamente los mandos para reducir aquel calor, pero al fin pudimos encontrarlos. Estaban detrás de unos paneles cerrados herméticamente. El sistema de aire dejó entrar verdaderos vendavales hasta que logramos controlarlo.

Pudimos extraer una serie de conclusiones sobre ellos, partiendo de los indicios que al marcharse habían dejado. De seguro provenían de un mundo más pequeño que la tierra, el cual rotaba en torno a una estrella insignificante y muy roja, dentro de una órbita cercana. Estaban cerca del calor porque el planeta se hallaba inmovilizado por corrientes, lo cual le permitía presentar siempre una cara a la estrella. Los extraterrestres debían haber desarrollado una civilización bajo una luz invariable; un

día no interrumpido, alumbrado de luz roja. Los vientos soplarían constantemente desde las fronteras que daban a la oscuridad.

Carecían de todo sentido de intimidad. Los únicos corredores que tenían puertas eran conductos de aire. La segunda planta tenía forma hexagonal y su piso era una estructura metálica. No aislaba a quienes estuviesen en ella de aquéllos que se encontraran en la planta inferior. El sótano era un inmenso recipiente, lleno de mercurio que lo cubría de pared a pared. Las habitaciones resultaban extraordinariamente pequeñas y abigarradas. Como los muebles y los aparatos estaban junto a las puertas, al principio no hacíamos sino golpearlos codos y rodillas contra ellos. Los techos estaban a menos de seis pies de altura en ambos pisos, de modo que la mayoría de nosotros teníamos que movernos por allí agachados, actitud que se contagió a quienes eran lo bastante bajos como para permitirse circular derechos. Cuestión de habituarse. Pero Lear era alto y, cuando decidía ponerse rápidamente de pie, se golpeaba a menudo la cabeza, se hallase donde se hallase.

Pensamos que debían ser de talla más baja que los humanos, pero que en otros aspectos debían parecerse a nosotros, porque sus asientos acolchados parecían destinados a los habitantes de la tierra por su tamaño y proporciones. Acaso fuesen sus mentes las que eran distintas.

Ya habíamos tenido bastante con la permanencia en la nave espacial. Y ahora había que quedarse metido en aquellos recintos estrechos y bajos. A todos se nos agriaba el carácter y nos tornábamos susceptibles.

Dos de nosotros no podíamos soportar aquello.

Lear y Childrey no parecían del mismo planeta.

Para Childrey, el orden era algo fundamental. Como la limpieza. Y hacía en esos sentidos todo lo imaginable; tanto que lo realizado por él solo bastaría para todos. Durante los largos meses pasados a bordo de la Percival Lowell nos obligaba a practicar ejercicios gimnásticos. Terminantemente rehusaba aceptar que alguien omitiese sus instrucciones en la materia y renunciase a la calistenia diaria. Al fin optamos por no discutir más con él sobre ello.

De acuerdo. La gimnasia nos mantuvo en buena forma. Pero, ahora no podíamos llevar a cabo el saludable ejercicio diario dando vueltas por la sala agachados.

Pasado un mes desde el momento en que llegáramos a Marte, Childrey era el único hombre totalmente vestido que se encontraba en la base; el único que seguía desafiando aquel calor. Verle sonaba a reproche y acaso eso era lo que Childrey quería al sacrificarse de aquel modo. Lear había sido el primero en quitarse la camisa.

En la tierra, las costumbres de Lear no eran más que rasgos un poco caprichosos del carácter. A veces, llevado por la prisa, se detenía a observar si sus calcetines eran iguales. No era raro tampoco que olvidara meter sus platos en el lavavajillas durante dos o tres días. De hecho, era lo que casi siempre le sucedía cuando estaba interesado

en algún caso intrincado. Dios ayude a la mujer que trate de poner orden y limpieza en su estudio. Si todo estaba en desorden, se disculpaba diciendo a eventuales visitas que le gustaba vivir en una casa «donde se vivía».

Andrew Lear era un hombre brillante, pero de los que carecen de ductilidad y miran al mundo a través de un solo ángulo. Fuera de los problemas espaciales, nada le atraía en especial. Una expedición a Marte, por ejemplo, suponía algo que él no podía de ninguna manera pasar por alto. Un problema, porque su desorden era un inconveniente. En estos viajes, la limpieza y el cuidado son vitales.

Por ejemplo, no se ha de dejar la «mosca» abierta en el traje espacial.

Sin embargo, un mes después del aterrizaje, Childrey cogió a Lear con la «mosca» abierta.

La «mosca» en el traje que mantiene al cuerpo a la presión adecuada es un caño blando de caucho que se coloca mediante un dispositivo especial sobre los genitales. Lleva una vejiga y tiene una llave de interrupción. Se ha de abrir la llave para orinar; y al término de la micción, debe cerrarse. Luego se afloja una válvula y se evacua el contenido de la vejiga artificial en el espacio.

Se fabrican aparatos similares para las mujeres. Son un poco más complicados, pues están provistos de una sonda, que es extraordinariamente incómoda de llevar. Supongo que quienes diseñan esos aparatos mejorarán tarde o temprano sus modelos, porque parece injusto que se pongan obstáculos a la mitad de la raza humana que pretende alcanzar su destino final, es decir, el que nos espera a todos nosotros.

A Lear le agradaban los largos paseos. Le gustaba enormemente el paisaje desértico de Marte, con su cielo violeta oscuro y la suave pantalla de polvillo anaranjado que baila ante la luz. Le gustaba la línea del horizonte, nítida y cercana. Se sentía atraído por el infinito paisaje muerto. Pero no podía dedicar mucho tiempo a su afición, porque necesitaba llevar a cabo mucho trabajo de laboratorio dentro de la base. Siempre que podía, permanecía ante su comunicador, destinado a entrar en contacto con seres extraterrestres. Allí se pasaba las horas, bajo un techo muy bajo, cercano a su cabeza inclinada sobre los aparatos, y todo lo demás llenando incómodamente la habitación de tal manera que siempre se estaba golpeando los codos y las rodillas.

Cuando volvía cierta vez de dar un paseo se encontró con Childrey que precisamente salía a dar el suyo. Childrey advirtió que la válvula del traje de Lear estaba abierta y que el resorte que la cerraba se encontraba roto. Lear había permanecido varias horas fuera de la base y con ello corrido el riesgo de desangrarse hasta morir, pues el vacío podría haberle desgarrado la carne.

Nunca supimos con exactitud lo que Childrey le dijo a Lear aquel día; pero éste penetró en la base murmurando entre dientes y con las orejas enrojecidas. No quiso hablar con nadie del episodio.

Los psicólogos de la NASA tendrían que haber evitado que ambos hombres se embarcasen en la misma nave y conviviesen en el mismo planeta. Sí. Ya se sabe. Hablar es fácil. Pero Lear y Childrey eran dos hombres insustituibles. Los mejores en sus respectivas especialidades. Y gozaban, además, de la salud óptima para emprender este tipo de viajes y sobrevivir. No faltaban, por cierto, astrofísicos tan competentes y célebres como Lear; pero eran muchos años mayores que él. En cuanto a Childrey, tenía en su haber mil horas de vuelo espacial. Se había encontrado entre los últimos hombres que dejaron la luna.

En realidad, cada uno en su campo, todos nosotros éramos los hombres más competentes.

Los extraterrestres habían dejado el comunicador en funcionamiento, así como el resto del instrumental de la base.

Debía ser algo extraordinariamente pesado, a juzgar por los pilares que había sido preciso colocarle debajo y el gran bulto que, con el fin de darle cabida, se notaba bajo el techo.

Ni el propio Lear podía explicar por qué el comunicador estaba en el segundo piso; pero, tras estudiar durante unos días el aparato, fue capaz de saber cómo funcionaba. En seguida envió un jubiloso mensaje desde Marte hasta el detector de masas que se hallaba en el Lowell.

Lear instaló poco después un detector de masas junto al comunicador, haciéndolo colocar sobre una plataforma extremadamente complicada, para prevenirlo contra toda vibración. El detector producía ondas de puntas tan agudas que algunos de nosotros pensábamos ser capaces de sentir la radiación gravitacional que llegaba del comunicador.

Lear estaba enamorado del cacharro.

Olvidaba comer hasta que sentía tal apetito que se lanzaba sobre la comida, devorándola con las ansias de un lobo hambriento.

—Hay una masa muy pesada ahí —nos dijo un día, hablando con la boca llena.

Hacía dos meses que vivíamos en la base.

—La máquina usa campos electromagnéticos y vibra a altas velocidades. Mirad. —Tomó un tubo de dentífrico y, colocándolo ante él, lo sacudió rápidamente con un movimiento vibratorio. Todos los ojos de los presentes se volvieron hacia él a través de la mesa en zigzag dejada por los extraterrestres, la cual estaba extraordinariamente desordenada—. ¿Veis? Ahora estoy haciendo ondas gravitacionales; pero son demasiado groseras porque este tubo de pasta de dientes es muy gordo. De modo que la amplitud es prácticamente cero. Esa máquina es muy amplia y pesada. Requiere una cantidad muy grande de fuerza proveniente de algún campo para permanecer donde está.

—¿De qué fuente saldrá esa fuerza? —preguntó alguien—. ¿Del neutronio, como

en el núcleo de una estrella de neutrones?

Lear movió la cabeza mientras engullía otra cucharada de alimento.

—A esa escala el neutronio no daría seguridades de estabilidad. Personalmente pienso que se trata de un agujero negro de quantum. Sin embargo, aún no sé cómo arreglármelas para calcular su masa.

—¿Un agujero negro de quantum? —dije yo.

Lear asintió con alegría.

—Tuve suerte. Tú sabes que yo era contrario al proyecto de viaje a Marte. Desde un punto de vista económico, pensaba que hubiésemos logrado mucho más dedicándonos a explorar los asteroides. Entre otras cosas, era probable que averiguásemos de ese modo si realmente había por ahí agujeros negros de quantum. ¡Y resulta que hemos conseguido dar con uno!

Se puso de pie, cuidando de no golpearse la cabeza.

—¡Como lo oís!

De inmediato se volvió a trabajar. Recuerdo que nos quedamos mirándonos interrogativamente a través de la mesa en zigzag. Luego tiramos a suertes... y perdí.

El día en que Lear olvidó cerrar su válvula, Childrey impartió una orden: Lear no podría dejar la base sin ser escoltado.

Malo para Lear, que apreciaba muchísimo el paseo en solitario. Pero no paraba ahí la cosa. Childrey le había dado una nomina de posibles integrantes de la escolta, que constaba de hombres en quienes él depositaba toda su confianza, seguro de que se cuidarían escrupulosamente de que Lear no hiciese algo que resultara peligroso para él o para los demás integrantes de la expedición. Como es natural, se trataba en todos los casos de hombres especialmente adiestrados en las rutinas de supervivencia espacial. Pero todos ellos se sentían más cercanos a la prolijidad de Childrey que a las extravagantes maneras de Lear, lo cual no podía dejar de molestar a éste. Era como si el propio Childrey se hubiese autodesignado para acompañarle.

Vistas las circunstancias, casi no asomó más las narices fuera de la base. Ahora siempre era posible saber dónde se hallaba.

Me dirigí al comunicador, quedándome debajo de él y mirándole a través de la reja que formaba el piso de la segunda planta, donde él se hallaba ante el aparato.

Había terminado casi de dismantelar los paneles protectores situados en torno al comunicador de ondas gravitacionales. Lo que podía verse dentro era una especie de computadora, con bobinas electromagnéticas en la mayor parte de los casos y una mesa cuadrada con una serie de botones, que, diría, era la idea que los extraterrestres tenían de una máquina de escribir. Lear estaba tratando de manipular un inductor sensorial magnético con el fin de averiguar si podía hallar unos cables sin tener que arrancar la aislación.

—¿Qué ha podido sacar en limpio? —le pregunté.

—Poco que valga la pena. La aislación parece absolutamente perfecta y tengo miedo de abrirla. Vete a saber la fuerza que hay ahí dentro, si necesita semejante protección. —Sonrió mirándome—. Te mostraré algo.

—¿Qué?

Puso una palanca en forma de codo sobre una bandeja circular de color gris.

—Esto es un micrófono. Me llevó bastante tiempo advertirlo Aquí está Andrew Lear hablando a cualquiera que pueda oírle. —Cerró la palanca y arrancó una tira de papel pautado del indicador de masa. En él podían verse unas líneas anguladas que interrumpían las suaves ondas sinusoidales—. Ya ves: el sonido de mi voz enviado a través de una radiación gravitacional. Y no desaparecerá hasta que alcance los límites del universo.

—Lear, usted mencionó unos agujeros negros de quantum hace un rato. ¿Qué es eso?

—Hum... Ya sabes lo que es un agujero negro.

—Así lo creo.

Lear nos había dado extensas clases sobre este punto durante los meses que durara el viaje del Lowell. Cuando un astro no demasiado pesado ha agotado su combustible nuclear se transforma en una masa blanca pequeña. Un astro más pesado —digamos ciento cuarenta y cuatro veces más pesado que el sol y también más grande que éste— puede agotar su combustible, también. En tal caso, lo que sucede es que se transforma en una masa de diez kilómetros de diámetro, compuesta tan sólo de neutrones aglutinados. Tal es la materia más densa en este universo.

Pero un gran astro va más allá de eso. Cuando un astro muy macizo ha llegado al final de su carrera... cuando el gas y la presión radiactiva de dentro ya no tienen fuerzas suficientes para preservar a las paredes exteriores contra la propia y feroz gravedad del astro... puede destrozarse por completo hasta que la gravedad resulta más fuerte que cualquier otra cosa y la masa queda comprimida más allá del radio Swarzschild. Así queda excluido del universo. Lo que entonces sucede es un enigma. El radio Swarzschild marca las fronteras más allá de las cuales nada es capaz de contrarrestar el pozo gravitacional. Ni siquiera puede hacerlo la luz. Todo queda engullido.

De modo que el astro se ha marchado, pero la masa permanece y se transforma en agujero sin luz perdido en el espacio, o tal vez en otro universo.

—Un astro que se apaga puede dejar un agujero negro —dijo Lear—. Acaso haya muchos agujeros negros y algunos muy grandes. Es posible incluso que formen verdaderas galaxias. De todos modos, lo que importa es que tal es la única forma en que pueden formarse agujeros negros hoy.

—¿Hoy?

—Hubo un tiempo en que podían formarse agujeros negros de todos tamaños. Era

durante la época anterior al Gran Estallido, es decir, la explosión que iniciara la expansión del universo. La fuerza emanada del Gran Estallido podría haber comprimido pequeños vórtices locales de materia más allá del radio Swarzschild. Lo que quedó, que fue de todas maneras pequeño en tamaño, es lo que ahora llamamos agujeros negros de quantum.

Escuché detrás de mí una risa y al volverme advertí que capitán Childrey había penetrado en el recinto. El comunicador había impedido a Lear verlo y yo no le había oído entrar.

—¿De qué temas trascendentales estáis hablando? —preguntó.

—De un agujero negro de cuyo diámetro la masa del globo terráqueo sólo será la centésima parte. Estoy hablando de cosas que pesan 10—5 gramos por lo menos, una de las cuales podría hallarse en el centro del sol.

—¡Eh!

—Sí —Lear estaba probando al capitán. No le agradaba que se rieran de él—. Digamos 1017 gramos de masa y 10—11 centímetros de diámetro. Podría comerse unos cuantos átomos.

—Bueno, al menos sabe usted dónde buscarlo —repuso Childrey—. Ahora, todo cuanto ha de hacer es hallarlo.

Lear asintió con seriedad.

—Podría haber agujeros negros de quantum en los asteroides. Un pequeño asteroide podría capturar un agujero negro de quantum con bastante facilidad. En especial si está cargado. Un agujero negro podría contener una carga que...

—B... b... bien.

—Todo cuanto debiéramos hacer es localizar a un pequeño asteroide mediante el detector de masas. Si la masa es mayor lo normal, podemos hacerla a un lado y ver si deja un agujero negro.

—Precisará usted ojos muy aguzados para ver algo tan pequeñito. Pero si lo consigue, ¿qué hará con él?

—Se ha de poner una carga en él, si es que no la tiene ya, luego manipularlo con ayuda de campos magnéticos. Se hacer vibrar a éstos con el fin de producir radiación gravitacional. Creo poder conseguirlo con esto —dijo Lear dando palmadas al comunicador extraterrestre.

—B... b... bien —contestó Childrey.

Cuando se marchó seguía sonriendo.

Una semana después de aquel episodio, todos en la base se referían a Lear llamándole «El hombre del agujero». Se le consideraba un hombre que tenía un agujero negro entre ambos oídos.

Yo no había encontrado nada que fuese precisamente cómico en lo que él me narrara sobre aquel asunto. La rica variedad del universo... Sin embargo, cuando

Childrey hablaba del agujero negro en la caja de no sé qué estudiada por Lear, hacía realmente reír a cualquiera.

Será preciso tener en cuenta algo importante: Childrey no había echado en saco roto lo que dijera Lear. No tenía nada de tonto. Simplemente creía que Lear estaba chalado y le gustaba reír a su costa.

Entretanto, nuestro trabajo seguía adelante.

Sobre la superficie de Marte había hondonadas cubiertas de polvo finísimo. Un material fascinador que, de tan tenue, se movía como un aceite viscoso. Llegaba hasta las rodillas, en general. Atravesar esas zonas no era peligroso; pero, como resultaba fatigante, lo evitábamos. Cierta vez Brace se metió en la hondonada más cercana a la base y comenzó a introducir la mano bajo el polvillo. Decía tener una corazonada. Al volver a la base llevaba consigo unos recipientes erosionados que parecían hechos de algún material plástico. Los extraterrestres, por lo que se veía, usaron aquello para tirar su basura mientras permanecieron en la base.

Al analizar los hallazgos químicamente tuvimos poca fortuna. El material de que estaban hechos era prácticamente indestructible. Supimos algo más sobre la química de uso entre aquellos seres, aunque no mucho.

En cuanto al resto, pudimos localizar algo en las huellas que dejaran sobre los bancos y también en el gran lecho común. Dichas huellas contenían la mayor parte de los componentes del protoplasma; pero Arsvey no pudo encontrar señales de DNA, lo cual, según él, no era de extrañar. Tendrían que haber otras moléculas orgánicas que explicaran su código genético.

Los extraterrestres habían dejado tras de sí varios volúmenes con notas, escritas con caracteres que, naturalmente, eran indescifrables; pero, al estudiar las fotografías y los diagramas, nos llevamos la gran sorpresa. Muchas de aquellas notas se referían a temas antropológicos.

Aquellos seres habían llevado a cabo un estudio detallado de la tierra durante la primera era glacial.

Ninguno de nosotros era antropólogo, lo cual era una verdadera desventaja. Por ejemplo, no pudimos averiguar si habían encontrado algo insólito. Lo único que pudimos hacer fue fotografiar todo el material encontrado y radiarlo al Lowell. Algo era seguro: los extraterrestres se habían marchado de aquel lugar hacía muchísimos años, dejando en funcionamiento sus sistemas de luz y de aireación y el comunicador en condiciones de enviar ondas.

Pero ¿para quiénes? ¿Para nosotros? ¿Para otros?

Había otra posibilidad. Acaso la base hubiese permanecido sin funcionar durante unos seiscientos mil años, para ponerse nuevamente en marcha cuando, mediante algún detector, advertía que algo se aproximaba a Marte. Pero Lear no creía en esa posibilidad.

—Si la energía hubiese sido interrumpida en el comunicador —sostuvo— la masa ya no se encontraría aquí. Los campos energéticos han de funcionar de manera continua si se desea que la base permanezca donde está. Haciendo un símil con nuestro sistema de proporciones, esto es más pequeño que un átomo.

De modo que el sistema energético de la base había estado en funcionamiento durante seiscientos mil años. ¿Qué diablo podría ser aquello? ¿De dónde provenía el sistema energético? Hallamos algunos cables y, siguiéndolos, pudimos comprobar que venían de debajo de la base. Se hundían en el polvo marciano transformado en lava. Ni siquiera intentamos excavar. La fuente era probablemente de raíz geofísica. El hoyo y los canales de conducción sugerían que la energía era tomada al núcleo del planeta. Acaso los extraterrestres habían querido excavar un gran túnel para tomar elementos en el núcleo que les sirviesen para la experimentación. Luego habían colocado un generador que se servía de la diferencia de temperaturas existente entre el núcleo y la superficie.

A todo esto, Lear continuaba buscando las fuentes de energía en el comunicador. Encontró el medio de interrumpir las ondas. La masa —si es que la había— descansaba: era curioso constatar que el detector de masas marcaba ahora una línea recta y no las ondas muy quebradas de antes.

Carecíamos del equipo necesario para sacar partido de aquellas riquezas científicas. El que llevábamos era el normalmente necesario para efectuar una exploración por Marte; de ninguna manera el requerido para estudiar pruebas de una civilización procedente de otros astros. La única excepción estaba dada por Lear. A él se le veía a sus anchas. Casi nada conseguiría arruinar su felicidad.

No sé cómo se las arregló para proseguir con su trabajo, porque se me destinó a otra tarea.

El aterrizador que tocó tierra en Marte aún tenía combustible. La NASA nos había provisto de mucho porque el proyecto incluía un estudio de las superficies, destinado a localizar con exactitud un lugar propio para el aterrizaje de grandes naves. Tras largas discusiones que llegaron a ser airadas, decidimos coger el vehículo, elevarnos en él y planear por el lugar. Así llegamos a una hondonada cubierta de finísimo polvo y dejamos que el aterrizador descendiese.

Los resultados fueron sorprendentes. El polvillo se elevó como si fuese una nube inmensa y tenue y se alejó en el horizonte. En ese momento, la hondonada nos reveló su fondo. Que estaba literalmente cubierto de objetos y materiales de otro mundo. Arsvey comenzó a gritar, llamando a Brace. Afortunadamente éste no perdió la cabeza. Incluyó un poco la pequeña nave y describió una vuelta suave, de modo que el movimiento brusco de ésta no dañara de algún modo el hallazgo.

Trabajamos horas y horas en el lugar, aunque no muy delicadamente, puesto que también en este caso nos encontrábamos con que ninguno de nosotros poseía los

conocimientos y el instrumental necesarios para sacar pleno partido del descubrimiento. Sin embargo algo sabíamos de lo cuidadosos que han de ser los arqueólogos e hicimos cuanto pudimos. Vestigios de agua habían tenido tiempo para transformar en cemento parte del polvo, de modo que la estructura de algo que debió ser de mucha importancia estaba sujeta al suelo en gran parte. Sin embargo, cogimos lo que no lo estaba, lo colocamos en unas parihuelas y lo transportamos a la base.

Los extraterrestres no tenían por costumbre tomar baños, de modo que tuvimos que instalar una ducha en un recinto de altos muros que ellos reservaban para llevar a cabo tareas que no comprendíamos bien. Acaso rituales. Cuando acababa de quitarme el traje espacial y me dirigía al baño sintiéndome muy cansado, ansiaba hallarlo desocupado.

Oí sus voces antes de verlos.

Lear hablaba a gritos.

Childrey no le imitaba del todo; pero su voz era airada a veces y otras, burlona. Estaba de pie entre dos pilares, con las manos en la cintura. Sus blancos dientes despedían destellos blancos y su cabeza estaba vuelta hacia arriba para poder mirar de frente a su interlocutor.

Terminó de hablar y por un momento reinó el silencio. Entonces Lear dejó escapar un sonido de fastidio y se volvió para tocar uno de los botones del cuadro que parecía una máquina de escribir.

Childrey mostró una expresión de asombro. Se llevó rápidamente la mano a un muslo, para retirarla enseguida ensangrentada. Miró su pierna y elevó la mirada donde se encontraba Lear. Se dispuso a hacer una pregunta.

Pero antes de hablar se desplomó lentamente por causa de la escasa gravedad. Gracias a eso pude llegar antes de que su cabeza tocase el suelo. Dando un tirón desgarré su ropa y me las arreglé para atarle un pañuelo por encima de la herida, destinado a evitar la hemorragia. La herida parecía causada un punzón y no era grande. Estaba como fruncida en la parte superior. Se hallaba a la altura de la ingle.

Childrey quiso hablar, pero sus ojos estaban semicerrados se le veía malo. Tosió y pude ver sangre en su boca.

Una sensación de frío me recorrió el cuerpo. ¿Cómo acertaría a hacer algo si no sabía siquiera lo que había sucedido?

Vi una mancha de sangre en su hombro derecho y, al desgarrar la camisa del capitán, me encontré con otra herida, muy similar a la que tenía en el muslo.

El medico acudió.

Childrey tardó una hora en morir, aunque el facultativo había abandonado toda esperanza mucho antes. Aparte de las dos heridas que yo llegara a ver, el examen mostró que su carne estaba abierta por una línea fina que le corría por un pulmón y seguía hasta el vientre interesándole parte de los intestinos.

La autopsia reveló; además, un pequeño orificio muy preciso que le atravesaba los huesos de la cadera.

Escudriñando el piso a la altura del lugar donde Childrey se encontraba una hora antes, encontramos una perforación debajo mismo del comunicador. Presentaba el tamaño de una mina de lápiz y aparecía cubierto de polvo.

—Cometí un error —dijo Lear al resto de nosotros durante la audiencia que se llevó a cabo—. Nunca debí tocar aquel botón. Acaso interrumpí la energía que mantiene a la masa en su lugar. Cayó y el capitán Childrey, que se hallaba en el lugar exacto, fue alcanzado.

—Los efectos seguramente le atravesaron, arrebatándole la masa.

—No, no es eso —rectificó Lear ante aquella teoría—. Yo pensaba que tenía un efecto de 10^{14} gramos; pero la suma real a de ser de 10^6 . El daño le fue causado a Childrey por una corriente que le atravesó. Podrán ver cómo ha quedado pulverizado el material que forma el piso.

No podía sorprender a nadie que surgieran especulaciones sobre un posible asesinato.

Lear se encogió de hombros.

—¿Asesinato mediante el uso de qué arma? Childrey no creía en absoluto que hubiese allí un agujero negro. Y tampoco lo creíais así la mayor parte de vosotros. —Esbozó una amplia sonrisa—. ¿Os imagináis un proceso criminal por un caso como éste? Pensad en el fiscal tratando de explicar al jurado lo que él pensaría que sucedió. Tendría que comenzar por explicar lo que es un agujero negro y luego lo que es un agujero negro de quantum. Debería seguir exponiendo por qué no existe el arma homicida o, lo que es lo mismo, explicar que ésta se halla en Marte. ¡Si llega hasta ahí sin recibir como respuesta la hilaridad general, tendría que proseguir, desarrollando la tesis de que algo más pequeño que un átomo es capaz de matar a alguien!

Pero ¿no sabía el doctor Lear que aquel aparato era peligroso? ¿No había sido capaz de calcular su enorme masa por las apariencias que mostraba?

Lear extendió ambas manos.

—Caballeros, no sólo estamos tratando con masas, sino también con otros parámetros. La fuerza del suelo, por ejemplo. Podría haber calculado la masa partiendo de la cantidad de fuerza que mantiene al aparato en su lugar; pero ¿hubiese alguno de vosotros pensado ingenuamente que los extraterrestres acaso usaran el sistema métrico decimal para hacer marcas en sus medidores? Aún no he podido descifrar lo que indican éstos.

Lo conveniente hubiese sido establecer seguridades que los circuitos de energía no pudiesen cerrarse por accidente. Lear podría haberlas omitido premeditadamente.

—Sí; probablemente no lo tuve en cuenta. Estaba demasiado ocupado en la tarea

de hallar el modo gracias al cual eso podía funcionar.

Y así quedaron las cosas. Resultaba obvio que ningún proceso criminal tendría lugar. Ni el juez ni el jurado estarían en condiciones de comprender de qué estaba hablando el fiscal, en el supuesto caso de que éste llegase a explicar algo adecuadamente.

Pero un par de cosillas nunca llegaron a ser mencionadas.

Por ejemplo, las últimas palabras del capitán Childrey. Tal vez yo las repitiese si me interrogaran sobre el punto. Aunque quizá no lo hiciera. Fueron éstas: «Muy bien. ¡Muéstreme eso! Muéstmelo o admita que ahí no hay nada!»

Mientras la audiencia se dispersaba dije a Lear en voz baja:

—Ése ha sido sin duda el asesinato más extraño que jamás aya ocurrido.

—Si sostienes eso públicamente te demandaré por difamación —me susurró.

—¿Lo dice en serio? ¿Irá *usted* a explicar al jurado por qué lo que sostengo no es cierto?

—No. Me bastaría callarme.

—De todos modos, si usted ha hecho algo no saldrá impune tampoco: no se a qué se va a dedicar ahora. ¿Qué estudiará? Se le ha escapado de entre los dedos el único agujero negro que se conoce en el universo.

Lear frunció el ceño.

—Tienes razón. En parte, al menos. El agujero negro ya no esta donde estaba. Pero puedo calcular su masa partiendo de la masa del comunicador.

—Oh...

—Y también puedo ahora abrir el comunicador y ver qué hay dentro de él. Averiguar cómo lo controlaban. Demonios, quisiera tener seis años.

—¿Qué? ¿Para qué?

—Bueno... —Aún no he conseguido medir los tiempos. Sólo puedo hacer cálculos un poco a la ligera. Por lo tanto ignoro si dentro de unos años o dentro de unas centurias aparecerá un agujero negro entre la Tierra y Júpiter... Y tendría que ser lo suficientemente grande como para dejarse estudiar. Creo que la aparición podría tener lugar, más o menos, dentro de cuarenta años.

De pronto comprendí de qué estaba hablando y no supe si echarme a reír o ponerme a gritar.

—Lear, ¡usted no puede estar pensando que algo tan pequeño como eso podría tragarse a Marte!

—Oh, recuerda que es capaz de engullir cuanto se le pone a tiro. Un núcleo por aquí, un electrón por allá... Por otra parte no necesita esperar que los átomos se le acerquen. Su gravedad es colosal y se dedica a bombear el centro del planeta con cuya sustancia se alimenta. Cuanto más come, más fuerte se siente. Y más grande. Si. Creo que terminará absorbiendo a Marte.

—¿Podría suceder eso en los próximos trece meses?

—¿Antes de que abandonemos Marte, dices? Hum... —Los ojos de Lear asumieron una expresión ausente—. No lo creo, pero tendré que hacer más cálculos. Sólo puedo hacer pronósticos a la ligera...

NACIDOS CON LOS MUERTOS

ROBERT SILVERBERG

Robert Silverberg ha creado un asombroso número de relatos de ciencia ficción, todos ellos excelentes, en el correr del año 1974. Pero elegir el mejor no resultó difícil, porque sin duda lo más sobresaliente es su cuento más largo. Se trata de *Born with the Dead*, una nouvelle fascinadora centrada en torno a un futuro Orfeo que sigue a la mujer amada más allá de los umbrales de la muerte. No es que se halla encontrado con cancerberos o carontes. En lugar de ellos, el héroe de Silverberg encara un obstáculo más terrible aún: la indiferencia.

CAPITULO 1

«Y lo que los muertos no pudieron decirte, en vida, pueden decírtelo ahora, tras la muerte. La comunicación de los muertos es hablada con lengua de fuego, más allá del lenguaje de los vivos».

T. S. ELIOT, *Little Gidding*

Supuestamente, su difunta esposa Sybille estaba en camino hacia Zanzíbar. Eso fue lo que le dijeron, y él lo creyó. Jorge Klein había alcanzado esa etapa en su búsqueda en la cual creería en cualquier cosa, tan sólo con que tal creencia le encaminase hacia Sybille. De todos modos, no era tan absurdo que ella se dirigiera a Zanzíbar. Sybille siempre había querido ir allí. En alguna inescrutable forma obsesiva el lugar había apresado el centro de su conciencia hacía mucho tiempo. Cuando estaba viva no había sido posible para ella ir allí, pero ahora, liberada de todos los lazos, ella sería atraída hacia Zanzíbar como un pájaro hacia su nido, como Ulises por Ítaca, como una polilla por una llama.

El avión, un pequeño Havilland FP-803 de Air Zanzíbar, despegó más de medio lleno de Dar es Salaam a las 09:15 en una suave mañana brillante, giró alegremente por encima de las densas masas de árboles de mango, florecidos de un rojo deslumbrante, y de los altos cocoteros a lo largo de las orillas verde azuladas del Océano Indico, y se dirigió hacia el norte en el pequeño salto a través del estrecho hacia Zanzíbar. Este martes, el 9 de marzo de 1993, sería un día insólito para Zanzíbar: cinco muertos estaban a bordo del avión, los primeros de su clase que nunca habían visitado esa isla fragante. Daud Mahmoud Barwani, el oficial de Sanidad de servicio esa mañana en el aeropuerto Karume de Zanzíbar, había sido advertido de esto por los oficiales de emigración en el continente. Él no tenía idea de cómo iba a manejar la situación, y se encontraba atemorizado: Éstos eran momentos tensos en Zanzíbar. Todos los momentos son tensos en Zanzíbar. ¿Les debería negar la entrada? ¿Planteaban los muertos alguna amenaza para la siempre precaria estabilidad política de Zanzíbar? ¿O incluso amenazas más sutiles? Los muertos podrían ser portadores de peligrosos males espirituales. ¿Había algo en el Código Administrativo Revisado acerca de denegar visados basándose en la sospecha de contagios del espíritu? Daud Mahmoud Barwani mordisqueó malhumoradamente su desayuno frío, chapatti, un montículo de patata fría con curry y esperó sin ansia la llegada de los muertos.

Habían pasado casi dos años y medio desde que Jorge Klein había visto a Sybille por última vez: la tarde del sábado 13 de octubre de 1990, el día de su funeral. Ese

día ella yacía en su ataúd tal como si estuviera simplemente dormida, su belleza enteramente respetada por la dura experiencia final: la piel pálida, los oscuros cabellos brillantes, las delicadas ventanas de la nariz, los labios plenos. Una tela tornasolada en oro y violeta envolvía su cuerpo sereno; una trémula neblina electrostática, débilmente perfumada con una fragancia de jazmín, la protegía de la descomposición. Durante cinco horas ella flotó en el estrado mientras eran leídos los ritos de despedida y ofrecidas las condolencias; luego, cuando sólo quedaron unas pocas personas, el núcleo más interior de su círculo de amigos, Klein la besó ligeramente en los labios y la entregó a los silenciosos hombres sombríamente vestidos que el Pueblo Frío había enviado. Ella había pedido en su testamento ser revivida; se la llevaron en una camioneta negra para hacer el trágico trabajo en su cadáver. El ataúd, marchando sobre sus anchos hombros, pareció para Klein desaparecer en un punzante vórtice gris que él se sentía incapaz de penetrar. Probablemente él nunca lograra oírla otra vez. En esos días los muertos se guardaban estrictamente en secreto, secuestrados tras los muros de sus ghettos autoimpuestos; era raro ver alguna vez a uno fuera de los Pueblos Fríos, raro incluso que uno de ellos tuviera contacto indirecto con el mundo de los vivos.

De modo que fue forzada en él una redefinición de su relación. Durante nueve años habían sido Jorge y Sybille, Sybille y Jorge, yo y tú formando nosotros, por encima de todo nosotros, un trascendental nosotros. Él la había amado con intensidad casi dolorosa. En vida habían ido a todas partes juntos, haciéndolo todo mano a mano, compartiendo tareas de investigación y de clase, pensando pensamientos intercambiables, expresando gustos que fueron casi siempre idénticos, tan enteramente permeaba a cada uno el otro. Ella fue una parte de él, él de ella, y hasta el momento de su muerte inesperada él había asumido que sería así por siempre. Eran aún jóvenes, él 38, ella 34, décadas para mirar hacia adelante. Entonces ella se fue. Y ahora eran meros anónimos el uno para el otro: ella no era Sybille, sino sólo un muerto; él no era Jorge, sino sólo un caliente. Ella estaba en algún sitio de Norteamérica, caminando, hablando, comiendo, leyendo, y no obstante se había ido, perdida para él, y sólo a él le incumbía aceptar la alteración en su vida; y exteriormente lo aceptó, pero a pesar de eso, aunque sabía que nunca más podrían ser las cosas como una vez fueron, se permitió la indulgencia de la esperanza triste y persistente de recobrarla.

Barwani no estaba preparado para eso. Cuando Ameri Kombo, el controlador de vuelo en el cubículo contiguo, le llamó por teléfono comunicando el aterrizaje, Barwani contestó:

—Notifica al piloto que nadie debe desembarcar hasta que haya dado autorización. Debo consultar la reglamentación. Posiblemente haya un peligro para la salud pública.

Durante veinte minutos dejó al avión permanecer posado, todas las escotillas selladas, en la tranquila pista de aterrizaje. Cabras errantes surgieron de la zona de arbustos y lo examinaron. Barwani no consultó leyes. Se acabó su humilde comida; después plegó sus brazos y trató de lograr el estado conveniente de tranquilidad. Estos muertos, se dijo a sí mismo, no pueden hacer ningún daño. Eran gente como cualquier otra, excepto que habían experimentado un tratamiento médico extraordinario. Debía vencer su miedo supersticioso de ellos: él no era un patán, ni un necio recogedor de especias, ni Zanzíbar era una morada de hombres primitivos. Los admitiría, les daría sus pastillas antimalaria como si fueran turistas ordinarios, les enviaría en su dirección adecuada. Muy bien. Ahora estaba preparado. Llamó por teléfono a Ameri Kombo.

—No hay peligro. Los pasajeros pueden salir.

Eran nueve en total, un cargamento escaso. Los cuatro calientes aparecieron primero, con aspecto sombrío y un poco congelado, como alguien que hubiera tenido que viajar con una banda de cobras desjauladas. Barwani los conocía a todos ellos: la esposa del cónsul alemán, el hijo del comerciante Chowdhary y dos ingenieros chinos, todos regresando de unas breves vacaciones en Dar. Él estrechó sus manos sin formalidades al cruzar la puerta. Después vinieron los muertos, tras un intervalo de medio minuto: probablemente se habían sentado juntos en un extremo del avión casi vacío y los demás habían permanecido en el otro. Había dos mujeres y tres hombres, todos ellos altos y con sorprendentemente buen aspecto. Él se los había esperado con un modo de andar desmadejado, un caminar arrastrando los pies, cojeando vacilantes, pero se movieron con zancadas agresivas, como si se encontrasen con mayor vitalidad ahora que cuando habían estado vivos. Cuando alcanzaron la puerta Barwani dio un paso adelante para saludarlos, diciendo suavemente:

—Controles de Sanidad, vengan por aquí, por favor.

Estaban respirando, indudablemente respirando: saboreó una emanación de licor del hombre pelirrojo grande, un sabor misterioso y agradable y dulce, tal vez anís, de la mujer de pelo oscuro. Le pareció a Barwani que sus pieles tenían una extraña textura cerúlea, un lustre irreal, pero posiblemente fuera su imaginación; las pieles blancas siempre le habían parecido artificiales. La única diferencia inequívoca que él podía detectar en los muertos estaba en sus ojos, una forma que tenían de permanecer alarmantemente fijos en una única mirada intensa durante varios segundos antes de desviarse. Ésos eran los ojos, Barwani pensó, de gente que se habían asomado sobre el Vacío sin haber sido tragados. Un revuelo de preguntas brotó violentamente dentro de él: ¿Qué es eso quiere, cómo se siente, qué recuerda, dónde fue? Los dejó no expresados. Atentamente dijo:

—Bienvenidos a la isla del clavo. Queremos hacerles notar que la malaria ha sido totalmente erradicada aquí por medio de medidas de previsión de gran alcance, y para

prevenir la indeseable reaparición de la enfermedad necesitamos que tomen ustedes estas pastillas antes de proseguir adelante.

Los turistas a menudo ponían reparos a eso; esta gente se tragó sus píldoras sin decir una palabra de protesta. Una vez más Barwani ansió llegar hasta ellos, lograr algún tipo de contacto que quizá le podría ayudar a trascender el plúmbeo peso de la existencia. Pero un aura, un escudo de extrañeza, rodeaba a estos cinco y, aunque él era un hombre afable que tendía a entablar fácilmente conversaciones con extraños, los pasó en silencio de uno en uno hasta Mponda, el hombre de inmigración. La frente alta de Mponda estaba brillante de sudor, y se mordía el labio inferior; evidentemente estaba tan perturbado por los muertos como Barwani. Anduvo a tientas con los formularios, selló un visado mal colocado, tartamudeó al decir a los muertos que debía retener sus pasaportes toda la noche.

—Se los mandaré por mensajero hasta su hotel por la mañana —les prometió Mponda, y envió a los visitantes hacia adelante hasta el área de recogida del equipaje con una premura innecesaria.

Klein tenía solamente un amigo con quien se aventuraba a hablar sobre el tema, un colega suyo en UCLA, un atildado y pulcro sociólogo Parsi de Bombay llamado Framji Jijibhoi, quien estaba tan inmerso en la compleja nueva subcultura de los muertos como un caliente podría llegar a estarlo.

—¿Cómo puedo aceptar esto? —clamó Klein—. No lo puedo aceptar en modo alguno. Ella está ahí fuera, en algún sitio, está viva, ella...

Jijibhoi le cortó con un golpecito rápido de las puntas de los dedos.

—No, querido amigo —dijo tristemente—; no viva, no viva del todo, simplemente revivida. Debes aprender a captar la diferencia.

Klein no podría aprender a captar nada que tuviera que ver con la muerte de Sybille. No podía soportar pensar que ella había pasado hacia otra existencia de la cual él quedaba completamente excluido. Encontrarla, hablar con ella, participar en su experiencia de la muerte y en cualquier situación más allá de la muerte, se convirtió en su único propósito. Él estaba indisolublemente amarrado a ella, como si ella fuera todavía su esposa, como si Jorge y Sybille, a pesar de todo, existiese en alguna forma.

Esperó cartas de ella, pero no llegó ninguna. Al cabo de algunos meses empezó a intentar rastrearla, avergonzado por su compulsividad y por las brechas abiertas de forma creciente en la formalidad de esta especie de viudedad. Viajaba de un Pueblo Frío a otro —Sacramento, Boise, Ann Arbor, Louisville— pero ninguno le admitía, ninguno respondía siquiera a sus preguntas. Los amigos le pasaron las habladurías: que ella vivía entre los muertos de Tucson, de Roanoke, de Rochester, de San Diego, pero nada resultó de estos relatos; le rechazaron allí también, pero no del todo insensiblemente, pues logró obtener una evidencia vagamente segura de que Sybille

realmente había estado allí.

En el verano del 92 Jijibhoi le dijo que Sybille había salido de la reclusión del Pueblo Frío. Ella había sido vista, dijo, en Newark, Ohio, recorriendo el campo de golf municipal en Octagon State Memorial en compañía de un jactancioso arqueólogo pelirrojo llamado Kent Zacharias, también un muerto, en otro tiempo especialista en las culturas Hopewell, constructoras de montículos en el valle de Ohio.

—Es una fase nueva —dijo Jijibhoi—, no imprevista. Los muertos comienzan a abandonar su anterior filosofía de separatismo total. Hemos comenzado a observarlos visitando nuestro mundo como turistas; explorando la interconexión de la muerte-vida, como les gusta llamarla. Será muy interesante, querido amigo...

Klein voló de inmediato hacia Ohio y, sin verla realmente en ningún momento, la rastreó de Newark hasta Chillicothe, de Chillicothe a Marietta, desde Marietta a Virginia del Oeste, donde perdió su pista entre Moundsville y Wheeling. Dos meses más tarde ella —se dijo— estaba en Londres, después en Cairo, luego Addis Abeba. A principios del 93 Klein se enteró, a través de los canales informales de comunicación doctoral —por un ex californiano ahora en la Universidad Nyerere en Arusha— que Sybille estaba de safari en Tanzania y planeaba ir, en algunas semanas, a recorrer Zanzíbar.

Por supuesto. Durante diez años ella había estado trabajando en una tesis doctoral sobre el establecimiento del Sultanato árabe en Zanzíbar a principios del siglo XIX — estudios inevitablemente interrumpidos por otras labores académicas, por las aventuras amorosas, por el matrimonio, por reveses financieros, por las enfermedades, la muerte, y otras responsabilidades— y de hecho nunca había podido visitar la isla que fuera tan central para ella. Ahora estaba libre de todos los enredos. ¿Por qué no debería ir a Zanzíbar al fin? ¿Por qué no? Por supuesto: ella se dirigía hacia Zanzíbar. Y así, Klein iba a Zanzíbar también, para esperarla.

Mientras los cinco se perdían de vista en taxis, a Barwani se le ocurrió algo. Preguntó a Mponda por los pasaportes y escudriñó los nombres. Tan extraños: Kent Zacharias, Nerita Tracy, Sybille Klein, Anthony Gracchus, Laurence Mortimer. Él nunca se había acostumbrado a los nombres europeos. Sin las fotos sería incapaz de decir cuáles eran las mujeres, cuáles los hombres. Zacharias, Tracy, Klein... ah. Klein. Comprobó una nota recordatoria de hacía dos semanas, clavada con chinchetas en su escritorio. Klein, sí. Barwani telefoneó al Shirazi Hotel —empresa que le llevó varios minutos— y pidió hablar con el americano que había llegado diez días antes, ese hombre delgado cuyos labios parecían continuamente prensados por la tensión, cuyos ojos habían fulgurado con fatiga, el que había pedido un pequeño servicio de Barwani, un favor especial, y le había arrojado un muy necesitado centenar de chelines como anticipo. Hubo un retraso largo, sin duda mientras los mozos registraban el hotel, mirando en la habitación del hombre, la barra, el salón, el jardín,

y luego el americano estuvo en línea.

—La persona por la que usted preguntó acaba de llegar, señor —le dijo Barwani.

CAPÍTULO 2

El baile comienza. Gusanos bajo las puntas de los dedos, labios comenzando a pulsar, angustia y ahogo. Todo ligeramente fuera de compás y fuera de tono, cada uno su propio tempo y ritmo. Lentamente, las conexiones. Labio con labio, corazón con corazón, encontrando individualidad en el otro, horriblemente, tentativamente, quemando... Las notas encontrándose a sí mismas en los acordes, los acordes en la secuencia, la cacofonía virando a polifónico coro de contrapunto, un diapason de celebración.

R. D. LAING, *The Paradise Bird*

Sybille se pone de pie tímidamente al borde del campo de golf municipal en el Octagon State Memorial en Newark, Ohio, sujetando sus sandalias en una mano e introduciendo subrepticamente los dedos del pie en la exuberante, inmaculada alfombra de hierba verde amarillenta, densa y cortada al rape. Es una tarde de verano de 1992, muy sofocante; el aire, bellamente translúcido, se reviste de esa luz trémula intemporal del medio oeste, y las gotitas de agua de la aspersion matutina aún no han sido abrasadas en el césped. ¡La extraordinaria hierba! Ella no había visto a menudo hierba como ésa en California, y por supuesto no en el Pueblo Frío de Sión en la sedienta Utah. Kent Zacharias, imponente al lado de ella, menea la cabeza tristemente.

—¡Un campo de golf! —masculla— ¡Uno de los enclaves prehistóricos más importantes de Norteamérica y construyen un campo de golf a su lado! Bien, supongo que pudo haber sido peor. Podrían haber nivelado todo con una excavadora y haberlo convertido en un aparcamiento municipal. Mira, allí, ¿ves los terraplenes?

Ella está temblando. Éste es su primer viaje prolongado fuera del Pueblo Frío, su primera aventura en el mundo de los calientes desde su reavivado, y recoge vibraciones amenazadoras de toda la vida que florece en torno a ella. El parque está rodeado de pequeñas casas agradables, bien conservado. Los niños en bicicleta se disparan a través de las calles. Enfrente de ella, los golfistas lanzan alegremente golpes fuera. Los pequeños carros amarillos de golf trepan con loca energía por las cuestas y las depresiones del camino. Hay pelotones de turistas que, como ella misma y Zacharias, han venido a ver los túmulos indios. Hay perros corriendo sueltos. Todo esto parece amenazarle a ella. Incluso la vegetación —la hierba espesa, los arbustos manicurados, los árboles masivos cargados de hojas con bajas ramas colgantes— la perturba. Ni la cercanía de Zacharias es reconfortante, pues él también parece inflamado con vitalidad de no muerto; su cara es florida, sus rasgos son amplios y llenos de vida a medida que señala hacia los bajos terraplenes de cima plana, las hondonadas herbosas y los cerros, componiendo el gigantesco círculo conectado y el octógono del monumento antiguo. Por supuesto, estos montículos son el motivo principal de su ser, incluso ahora, cinco años después de muerto. Ohio es su Zanzíbar.

—Antiguamente cubría cuatro millas cuadradas. Un grandioso centro ceremonial, el equivalente Hopewell de Chichen Itza, de Luxor, de... —hace una pausa. La conciencia de su ansiedad finalmente ha sido depurada a través de la intensidad de su celo arqueológico— ¿Cómo estás? —pregunta amablemente.

Ella sonríe con sonrisa animosa. Humedece sus labios. Ladea la cabeza: hacia los golfistas, hacia los turistas, hacia la fila de primorosas casitas al borde del parque. Se estremece.

—También es alegre para ti, ¿no es así?

—Mucho —dice ella.

Alegre. Sí. Un pequeño pueblo alegre, un pueblo de portada de revista, un pueblo de cámara de comercio. Newark yace sosegado en el seno del mar del tiempo: si no fuera por el aspecto de los automóviles, esto podría ser 1980 ó 1960 o quizá 1940. Sí. La maternidad, el béisbol, la tarta de manzana, la iglesia cada domingo. Sí. Zacharias asiente y hace uno de los signos de consuelo.

—Venga —murmura—. Vamos hacia el corazón del complejo... Nos perderemos del siglo veinte a lo largo del camino.

Con brutales zancadas imperiales, él se zambulle en el campo de golf. Las largas piernas de Sybille deben afanarse para mantener el mismo paso que él. Enseguida están en el terraplén, han entrado en el octógono sagrado, han penetrado la bóveda del pasado, y en ese momento Sybille siente que han logrado cruzar con éxito la interfaz entre la vida y la muerte. ¡Qué silencio hay aquí! Ella siente la presencia poderosa de las fuerzas de la muerte; y esos espíritus oscuros alivian su ansiedad. Las intrusiones del mundo de lo viviente en estos recintos de los muertos se tornan insignificantes: las casas fuera del parque ya no están a la vista, los golfistas son meras sombras incorpóreas absurdas, los bulliciosos carros amarillos de golf se convierten en escarabajos, los turistas errantes son invisibles.

Ella está sobrecogida por el tamaño y la simetría del antiguo lugar. ¿Qué fantasmas duermen aquí? Zacharias los conjura, agitando las manos como un mago. Ella ha oído tanto de él ya acerca de esta gente, estos Hopewells. ¿Cómo se llamaron ellos a sí mismos? ¿Cómo podemos saberlo jamás? ¿Quién amontonó estas murallas de tierra hace veinte siglos? Ahora él los trae a la vida para ella con gestos y bajas palabras apremiantes. Murmura ferozmente:

—¿Los ves?

Y ella los ve. Las nieblas descienden. Los montículos vuelven a despertar; los constructores de túmulos se hacen presentes. Altos, delgados, atezados, casi desnudos, ataviados con relucientes petos de cobre, con collares de discos de piedra, brazaletes de hueso y mica y concha de tortuga, con pesadas cadenas de brillantes perlas apelmazadas, con anillos de piedra y de terracota, brazaletes de dientes de pantera y dientes de oso, con adornos espirales de metal en las orejas, con taparrabos

de piel. Aquí hay sacerdotes con ropas intrincadamente tramadas y máscaras pavorosas. Hacia acá hay jefes con coronas de varillas de cobre, moviéndose con dignidad helada a lo largo de la avenida de muro de tierra larga. Los ojos de esta gente resplandecen de energía. ¡Qué cultura tan enormemente vital, tan enormemente derrochadora, sostienen aquí! Pero Sybille no está enajenada por su vigor palpitante, pues es el vigor de los muertos, la vitalidad de lo extinto.

Mira de nuevo. Sus caras pintadas, sus miradas fijas que no parpadean. Esto es un cortejo fúnebre. Los indios han venido a estos intrincados cercados geométricos para realizar sus actos de culto, y ahora, desfilando solemnemente a lo largo de los perímetros del círculo y el octógono, cruzan hacia adelante, hacia la zona mortuoria más allá. Zacharias y Sybille se quedan solos en mitad del campo. Él le murmura:

—Ven. Los seguiremos.

Lo hace real para ella. A través de su astuto arte ella tiene acceso a esta comunidad de los muertos. ¡Qué fácilmente ha sido arrastrada atrás a través del tiempo! Aprende aquí que se puede añadir a sí misma al pasado sellado en cualquier sitio; es sólo el presente, indefinido e imprevisible, lo que es problemático. Ella y Zacharias flotan a través del prado brumoso, sin sensación alguna de pisar el suelo; dejando el octógono, viajan ahora hacia abajo por un largo terraplén herboso hacia el lugar de los túmulos, al borde de un bosque oscuro de robles de amplias copas. Entran en un claro extenso. En medio el terreno ha sido enlucido con arcilla, y luego cubierto ligeramente con arena y grava fina; sobre esta base ha sido levantada la casa mortuoria, una estructura de cuatro paredes sin techo, cuyos muros están formados por hileras de empalizadas de madera. En su interior hay una plataforma baja de arcilla coronada por una tumba rectangular de leños, en la cual pueden verse dos cuerpos: Un hombre joven, una mujer joven, cara a cara, sus cuerpos totalmente extendidos, bellos aun en la muerte. Llevan puestas pecheras de cobre, ornamentos de oreja de cobre, brazaletes de cobre, gargantillas relucientes de amarillentos dientes de oso.

Cuatro sacerdotes se sitúan en las esquinas de la casa mortuoria. Sus caras están cubiertas por grotescas máscaras de madera coronadas por grandes cornamentas, y llevan varas de dos pies de largo, efigies del hongo mortuorio en madera enfundada con cobre. Un sacerdote comienza un cántico áspero, percusivo. Los cuatro levantan sus varas y bruscamente las abaten. Es una señal; comienza el depósito de bienes funerarios. Filas de deudos inclinados bajo pesados sacos se acercan a la casa mortuoria. Caras extáticas, no llorosas, incluso festivas; ojos brillantes, pues esta gente sabe lo que olvidarán las culturas posteriores: que la muerte no es final sino más bien continuación natural de la vida. Sus amigos recién idos deben ser envidiados. Son honrados con regalos abundantes, a fin de que puedan vivir como reyes en el siguiente mundo: fuera de los sacos vienen pepitas de cobre, hierro de

meteoro y plata, miles de perlas, abalorios de concha, abalorios de cobre y hierro, botones de madera y piedra, montones de canutos metálicos para las orejas, trozos y volutas de obsidiana, efigies animales esculpidas de pizarra y hueso y concha de tortuga, hachas y cuchillos ceremoniales de cobre, volutas cortadas de mica, maxilares humanos incrustados con turquesas, burda alfarería oscura, agujas de hueso, sábanas de paño tejido, serpientes enrolladas modeladas de piedra negra, un torrente de ofrendas, amontonado alrededor e incluso sobre los dos cuerpos.

Finalmente la tumba queda ahogada en regalos. Una vez más hay una señal de los sacerdotes. Elevan sus varitas y los acompañantes, retrocediendo hacia los bordes del claro, forman un círculo y comienzan a cantar un himno sombrío, palpitante y lúgubre. Zacharias, después de un momento, canta con ellos, embelleciendo silenciosamente la melodía con pesados melismas. Su voz es un rico contrabajo, tan inesperadamente bello que Sybille está conmovida poco menos que hasta la ofuscación, y mira hacia él con temor. De improviso él se interrumpe completamente, se vuelve hacia ella, toca su brazo y se inclina para decir:

—Canta tú también.

Sybille asiente con indecisión. Ella se une a la canción, de forma vacilante al principio, su garganta estrangulada por la inseguridad; luego se encuentra parte correcta del rito, en cierta forma, y su tono se hace más confiado. Sus cristalinas subidas de soprano se elevan espléndidamente vertiginosas por encima de las otras voces.

Ahora comienza otro tipo de ofrenda: los niños cubren la casa mortuoria con montones de varitas de leña menuda, ramajes muertos, ramas gruesas, toda clase de restos combustibles hasta dejarla totalmente oculta a la vista, y los sacerdotes gritan una pausa. Entonces, desde el bosque, viene una mujer portando un tizón resplandeciente; una muchacha, en realidad, totalmente desnuda, su bruñido cuerpo pálido pintado de rojo y verde con extravagantes bandas horizontales en pechos y nalgas y muslos, su largo pelo reluciente y negro flotando a modo de capa tras ella mientras corre. Corre velozmente hacia lo alto de la casa mortuoria; contacta jadeante la brasa con las astillas, aquí, aquí, aquí, ejecutando una danza salvaje a medida que avanza, y arroja la antorcha en el centro de la pira. Las llamas saltan hacia el cielo en un arrebato feroz. Sybille se siente abrasada por la explosión de calor. La casa y el sepulcro son rápidamente consumidos.

Mientras las ascuas todavía resplandecen, comienza el aporte de tierra. Excepto los sacerdotes, quienes permanecen rígidos en los puntos cardinales del emplazamiento, y la chica que esgrimió la antorcha, la cual yace como ropa desechada al borde del claro, la comunidad completa participa. Hay un hoyo abierto detrás de una pantalla de árboles cercanos; los adoradores, formando filas, se dirigen a él y excavan la tierra, llevándola hasta la casa mortuoria quemada en cestas, en

delantales de piel de ante, en grandes terrones húmedos agarrados por sus manos desnudas. Silenciosamente se deshacen de sus cargas sobre las cenizas y regresan a por más.

Sybille lanza una mirada a Zacharias; él asiente con la cabeza; se unen a la fila. Ella baja al interior del hoyo, extrae un terrón de húmeda tierra negra a su lado y lo lleva hacia el montículo creciente. Regresa una y otra vez. El montículo crece rápidamente, dos pies por encima del nivel del suelo ya, tres, cuatro, una creciente ampolla circular, su perfil gobernado por las ubicaciones inalterables de los cuatro sacerdotes, sus contornos ahusados formados por el apisonamiento de veintenas de pies desnudos. Sí, piensa Sybille, ésta es una forma válida de celebrar la muerte, éste es un rito apropiado. El sudor se derrama por su cuerpo, sus ropas quedan manchadas y embarradas, y aun así ella corre hacia el tajo de tierra, se apresura de allí al montículo, corre hacia la cantera, corre hacia el montículo, corre, corre, transfigurada, extasiada.

Entonces el hechizo se trunca. Algo sale mal, ella no sabe qué, y las nieblas se aclaran, el sol deslumbra sus ojos, los sacerdotes y los constructores de montículos y el montículo inacabado desaparecen. Ella y Zacharias están otra vez en el octógono, carros de golf atronando más allá de ellos por todas partes. Tres niños y sus padres están parados a apenas algunos pies de ella, mirando fijamente, mirando fijamente; y un niño de alrededor de diez años apunta hacia Sybille y dice en una voz que resuena a través de la mitad de Ohio:

—Papi, ¿qué le pasa a esa gente? ¿Por qué parecen tan raros?

La madre jadea y grita:

—Calla, Tommy, ¿no tienes modales?

Papi, aparentemente furioso, le cruza la cara al niño de una bofetada, le agarra de la muñeca y tira de él hacia el otro lado del parque, toda la familia siguiendo su estela.

Sybille tiembla convulsivamente. Se da la vuelta, presionando sus manos sobre sus ojos delatores. Zacharias la abraza.

—Está bien —dice tiernamente—. El niño no conoce nada mejor. Está bien.

—¡Sácame de aquí!

—Quiero enseñarte...

—Otro día. Lléveme fuera. Al motel. No quiero ver nada. No quiero que nadie me vea a mí.

Él la lleva al motel. Ella permanece una hora boca abajo en la cama, quebrantada por sollozos secos. Varias veces le dice a Zacharias que ella está no lista para este viaje, que quiere volver al Pueblo Frío, pero él no dice nada; simplemente acaricia los músculos tensos de su espalda, y finalmente su ánimo se calma. Ella se vuelve hacia él y sus ojos se encuentran y él la toca y hacen el amor a la manera de los muertos.

CAPÍTULO 3

La novedad es renovación: *Ad hoc enim venit, ut renovemur in illo*; al renovarlo otra vez, tal como el primer día; *herrlich wie am ersten Tag*. Reforma, o renacimiento; volver a nacer. La vida es como el ave fénix, siendo siempre renacida de su propia muerte. La naturaleza verdadera de la vida es la resurrección; toda vida es vida después de la muerte, una segunda vida, una reencarnación. *Totus hic ordo revolubilis testatio est resurrectionis mortuorum*. El patrón universal de recurrencia da testimonio de la resurrección de los muertos.

NORMAN O. BROWN, *Love's Body*

—Las lluvias comenzarán en poco tiempo —dijo el taxista, avanzando velozmente por la carretera estrecha hacia Zanzíbar. Había estado charlando sin parar, totalmente confiado con sus pasajeros. No debe saber lo que somos, decidió Sybille —. Quizá comiencen en una semana o dos. Serán las lluvias largas. Las lluvias cortas llegan a finales de noviembre y diciembre.

—Sí, lo sé —respondió Sybille.

—Ah, ¿ha estado usted en Zanzíbar antes?

—En cierto sentido —contestó ella.

En cierto sentido ella había estado en Zanzíbar muchas veces ¡Y cuán serenamente tomaba eso, ahora que el Zanzíbar verdadero empezaba a superponerse a sí mismo en el molde dentro de su mente, sobre ese Zanzíbar-ilusión que ella había llevado consigo durante tanto tiempo! Tomaba todo con calma ahora: nada la excitaba, nada la despertaba. En su anterior vida el retraso en el aeropuerto la habría conducido al enfurecimiento: un vuelo de diez minutos, y después quedar atrapado en la pista de aterrizaje durante el doble de tiempo. Pero ella había permanecido tranquila a lo largo de todo aquello, sentada casi inmóvil, escuchando vagamente lo que decía Zacharias y contestando ocasionalmente como si enviara mensajes desde algún otro planeta. Y ahora Zanzíbar, tan plácidamente destacado. En los viejos tiempos ella había sentido una especie de asombro paradójico cada vez que una señal familiar de las lecciones de geografía de niñez, o del cine o los carteles de viaje —el Gran Cañón, la línea del horizonte en Manhattan, el Pueblo Taos— se mostraba en la realidad con el aspecto exacto que ella imaginaba que tendría; pero ahora aquí estaba Zanzíbar, desplegándose predeciblemente y de manera poco sorprendente ante ella, y ella lo observaba con el ojo frío de una cámara, impasible, insensible.

El aire suave, húmedo y caluroso estaba grávido con un agobio de perfumes, no sólo el esperado perfume acre del clavo, sino también las fragancias más cremosas que tal vez fueran de hibisco, frangipani, jacarandá, buganvilla, penetrando la ventana abierta del taxi como zarcillos inquisitivos. La inminencia de las lluvias largas era una presión tangible, una presencia, una pesadez en la atmósfera: de un momento a

otro una cortina podría ser descorrida a un lado y comenzarían los torrentes. La carretera estaba delineada por dos desgreñados muros verdes de palmas, quebrados por chabolas de techos de hojalata; detrás de las palmas había misteriosas arboledas oscuras, densas y extrañas. A lo largo de la carretera se extendía el imponente conjunto tropical de obstáculos habituales: pollos, cabras, niños desnudos, viejas con caras encogidas, desdentadas, todos vagabundeando alrededor sin preocuparse por la intrusión del taxi en su zona de paso. El taxi aceleró a través del terreno llano, hacia la península en la cual se asienta la ciudad de Zanzíbar. La temperatura pareció elevarse perceptiblemente minuto a minuto; un puño de calor húmedo aprisionaba con fuerza la isla.

—Aquí está el puerto, señores —dijo el conductor. Su voz fue un ronroneo ronco impertinente, condescendiente, irritante—. Por este lado, por favor.

La arena era deslumbradoramente blanca, el agua de un azul cristalino cegador; un par de dhows se movieron soñolientamente a través de la boca del puerto, sus velas latinas hinchándose ligeramente a medida que la suave brisa marina las atrapaba. Un enorme edificio blanco de madera, de cuatro pisos, un pastel de boda de terrazas largas y pasamanos de hierro fundido, coronado por una enorme cúpula. Sybille, reconociéndolo, anticipó la perorata del conductor, oyéndolo como un eco subliminal:

—Benefit al-Ajaib, la Morada de las Maravillas, antigua casa del Gobierno. Aquí ofreció el Sultán grandes banquetes, aquí los más famosos de África le rendían homenaje. Ya no se usa. La puerta cercana es el antiguo Palacio del Sultán, ahora Palacio del Pueblo. ¿Desean ustedes entrar a la Morada de las Maravillas? Está abierta: paramos, les llevo ahora...

—En otra ocasión —respondió Sybille débilmente—. Estaremos aquí por algún tiempo.

—¿Ustedes no aquí solamente un día como la mayoría?

—No, una semana o más. He venido a estudiar la historia de su isla. Seguramente haré una visita al Beit al-Ajaib. Pero hoy no.

—No hoy, no. Muy bien: usted me telefona, le llevo a cualquier parte. Soy lbuni.

Le brindó una obsequiosa sonrisa dentada sobre su hombro e hizo girar el taxi tierra adentro con un fiero bandazo, dentro del laberinto de calles sinuosas y callejones estrechos que eran Stonetown, el antiguo barrio árabe.

Todo estaba silencioso aquí. Los macizos edificios de piedra blanca presentaban fachadas lisas hacia las calles. Las ventanas, meras grietas, se ocultaban tras contraventanas. La mayoría de las puertas —las famosas puertas revestidas con paneles de Stonetown, ricamente talladas, tachonadas de latón diestramente incrustado, cada puerta una obra maestra islámica meticulosamente adornada— estaban cerradas y aparentemente bajo llave. Las tiendas se veían destartaladas, y los

pequeños escaparates estaban moteados de polvo. La mayoría de los carteles estaban tan descoloridos que Sybille apenas los podía distinguir:

EMPORIO PREMCHAND
ANTIGÜEDADES MONJI
CASA DE LOS HERMANOS ABDULLAH
BAZAR MOTILAL

Hacía largo tiempo que los árabes se habían marchado de Zanzíbar. Igual que la mayoría de los indios, aunque —se respondió— estaban regresando lentamente. Ocasionalmente, a medida que proseguía su intrincado camino a través del laberinto de Stonetown, el taxi sobrepasaba a largas limusinas negras, probablemente de marca rusa o china, conducidas por chofer y ocupadas por altivos hombres de piel morena con ropas blancas. Legisladores, suponía ella que serían, camino de reuniones de Estado. No había otros vehículos a la vista, y ningún peatón, excepto unas pocas mujeres cubiertas con túnicas totalmente negras, apresurándose en recados solitarios. Stonetown no tenía nada de la vitalidad del campo; era un lugar de fantasmas, pensó ella, un lugar apropiado para pasar las vacaciones los muertos. Recorrió con la mirada a Zacharias, quien cabeceó y sonrió, una extraña sonrisa rápida que acusó recibo de su comprensión y le dijo que él también había comprendido. La comunicación era veloz entre los muertos y la sonorización aparente rara vez necesitada.

La ruta hacia el hotel parecía extraordinariamente involucionada, y el conductor paró frecuentemente enfrente de tiendas, diciendo ilusionadamente:

—¿Quieren cofres de metal, vasijas de cobre, antigüedades de plata, cadenas de oro chinas?

Aunque Sybille rechazó amablemente sus sugerencias, él continuó señalando bazares y grandes tiendas, ofreciendo recomendaciones vehementes de calidad y precio moderado, y gradualmente ella se percató, reteniendo sus ubicaciones por el pueblo, que habían pasado por ciertas esquinas más de una vez. Por supuesto: el conductor debía estar al servicio de tenderos que le contrataban para tentar a los turistas.

—Por favor llévenos a nuestro hotel.

Dijo Sybille. Y cuando él insistió en su mercadeo: «El mejor marfil aquí, el mejor encaje», ella lo repitió más firmemente, aunque mantuvo su estado de ánimo. A Jorge le habría agradado su transformación, pensó; él había sido con excesiva frecuencia la víctima inmediata de su impaciencia volcánica. No conocía la causa específica del cambio. ¿Algún efecto secundario metabólico del proceso de resurrección, quizás, o tal vez sus dos años de comunión con el padre Guía en el Pueblo Frío? ¿O era acaso, simplemente, el nuevo conocimiento de que todo el tiempo era de ella, que

abandonarse a sí misma a una sensación de premura era absurdo ahora?

—Su hotel es éste.

Dijo por fin Ibuni.

Era una vieja mansión árabe: arcos altos, innumerables balcones, aire rancio, ventiladores eléctricos girando perezosamente en los corredores oscuros. Sybille y Zacharias recibieron una suite desparramada en el tercer piso, mirando hacia un patio exuberante con palmas, nandirobas bermejos, árboles kapoc, poinsetias y agapantos. Mortimer, Gracchus y Nerita habían llegado bastante antes en el otro taxi y estaban en una suite idéntica un piso más abajo.

—Me daré un baño —dijo Sybille a Zacharias—. ¿Estarás en el bar?

—Muy probablemente. O paseando por el jardín.

Él salió. Sybille se despojó rápidamente de sus ropas empapadas por el sudor del viaje. El cuarto de baño era una maravilla bizantina, con elaborados remolinos policromos en los azulejos y una inmensa tina amarilla soportada a gran altura por patas de bronce que representaban garras de águila sobre esferas. El agua templada goteó dentro lentamente cuando ella hizo girar el grifo. Sonrió a su imagen reflejada en el alto espejo oval. Había habido un espejo parecido a ése en la casa del despertar. En la mañana siguiente a su despertar, cinco o seis muertos habían entrado en su cuarto para celebrar con ella su transición exitosa a través de la interfaz, y habían traído aquel gran espejo con ellos; delicadamente, con gran ceremonia, habían hecho bajar la colcha para enseñarla a sí misma en él —desnuda, delgada, de cintura estrecha, de pechos altos— la belleza de su cuerpo inalterado, no deteriorado ni por la muerte ni por la reanimación, sino ciertamente realzado por ellas, de forma que había adquirido un aspecto más joven e incluso radiante en su pasaje a través de ese abismo terrible.

—Eres una mujer muy bella.

Fue Pablo. Ella se enteró de su nombre y de todos los demás más tarde.

—Siento un torrente de alivio. Temí despertar y encontrarme como una ruina consumida.

—Eso no pudo haber sucedido —respondió Pablo.

—Y nunca ocurrirá —dijo una joven. Se llamaba Nerita.

—¿Pero los muertos envejecen?

—Oh, sí, envejecemos, igual que los calientes. Pero no exactamente como...

—¿Más lentamente?

—Muchísimo más lentamente. Y de modo distinto. Todos nuestros procesos biológicos funcionan más lentamente, excepto las funciones del cerebro, las cuales tienden a ser más rápidas de lo que fueron en vida.

—¿Más rápidas?

—Ya lo verás.

—Todo eso suena ideal.

—Somos inmensamente afortunados. La vida nos ha tratado bien. Nuestra situación es... sí, ideal. Somos la nueva aristocracia.

—La nueva aristocracia...

Sybille se introdujo lentamente en la bañera, la espalda recostada contra la porcelana fría, retorciéndose un poco, dejando subir la superficie tibia del agua hasta su garganta. Cerró sus ojos y divagó apaciblemente.

Todo Zanzíbar estaba esperando para ella.

Las calles que nunca pensé que podría visitar. Deja a Zanzíbar esperar. Deja a Zanzíbar esperar. Palabras que yo nunca pensé decir. Cuando dejé mi cuerpo en una orilla lejana.

Tiempo para todo, todo a su debido tiempo.

—Eres una mujer muy bella —le había dicho Pablo, sin pretender adularla.

Ella había querido explicarles, esa primera mañana, que realmente no le importaba tanto la apariencia de su cuerpo, que sus prioridades reales se hallaban en otra parte, eran «más altas»; pero no había habido necesidad alguna de decirles aquello. Ellos entendían. Comprendían todo. Además, ella daba importancia a su cuerpo. Ser bella era menos importante para ella que para esas mujeres para quienes la belleza física constituía su única ventaja natural, pero su apariencia tenía importancia para ella; su cuerpo la complacía, y sabía que agradaba a los otros, proporcionaba su vía de entrada hacia la gente, era una manera de entablar relaciones, y ella siempre había estado agradecida por eso. En su otra existencia su deleite por su cuerpo había sido deficiente por la conciencia de la segura inevitabilidad de su lenta descomposición, la certeza de la pérdida de ese poder accidental que la belleza la daba; pero ahora a ella le había sido concedida la redención de eso: cambiaría andando el tiempo, pero no tendría que sentir —como deben sentirlo los calientes— que gradualmente perdía el control. Su cuerpo revivido no la traicionaría volviéndose feo. No.

—Somos la nueva aristocracia.

Después de su baño se quedó de pie unos minutos al lado de la ventana abierta, desnuda en la brisa húmeda. Los sonidos llegaron a ella: campanas distantes, la cháchara alegre de aves tropicales, las voces de niños cantando en un lenguaje que ella no podía identificar. ¡Zanzíbar! Sultanes y especias, Livingstone y Stanley, Tippu Tib el negrero, Sir Richard Burton pasando una noche en este mismo cuarto del hotel, tal vez. Hubo una sequedad en su garganta, una palpitación en su pecho: un poco de excitación cobrando vida en ella al fin y al cabo. Sintió expectación, incluso avidez. Todo Zanzíbar yacía ante ella. Muy bien. Muévete, Sybille, ponte algo, déjanos almorzar, una mirada al pueblo.

Cogió una blusa ligera y unos pantalones cortos de su maleta. Justo entonces

Zacharias regresó al cuarto, y ella dijo, sin alzar la vista:

—Kent, ¿crees que estará bien llevar estos pantalones cortos aquí? Son... —una mirada a su cara y su voz se apagó—. ¿Qué pasa?

—Acabo de hablar con tu marido.

—¿Él está aquí?

—Vino hacia mí en el vestíbulo. Sabía mi nombre. ‘Usted es Zacharias’, dijo, con un pequeño deje a lo Bogart en su voz, como un marido engañado de película encarándose con el Otro. ‘¿Dónde está ella? Debo verla’.

—Oh, no, Kent.

—Le pregunté qué quería de ti. ‘Soy su marido’ respondió, y yo le dije ‘tal vez fue su marido una vez, pero las cosas han cambiado’, y entonces...

—No puedo imaginarme a Jorge discutiendo. ¡Es un hombre tan apacible, Kent! ¿Cómo se le veía?

—Esquizofrénico —respondió Zacharias—. Los ojos vidriosos, los músculos de la mandíbula agarrotados, signos de tremenda presión por todos lados. Él sabe que se supone que no puede hacer cosas como ésta, ¿no es así?

—Jorge sabe exactamente cómo se supone que debe comportarse. ¡Oh, Kent, qué lío tan estúpido! ¿Dónde está ahora?

—Sigue en el primer piso. Nerita y Laurence charlan con él. No quieres verle, ¿verdad?

—Claro que no.

—Escríbele una nota diciéndoselo y yo se la bajaré. Dile que se marche.

Sybille negó con la cabeza.

—No quiero hacerle daño.

—¿Hacerle daño? Él te ha seguido alrededor de medio mundo como un niño enamorado, él ha intentado violar tu intimidad, él ha desestabilizado un viaje importante, él ha rehusado atenerse a las convenciones que rigen las relaciones entre calientes y muertos, y tú...

—Él me ama, Kent.

—Él te amó. Bien, admito eso. Pero la persona que él amó ya no existe. Hay que hacerle entender eso.

Sybille cerró los ojos.

—No quiero lastimarlo. Y no quiero que tú le hagas daño tampoco.

—No le lastimaré. ¿Vas a verle?

—No —respondió ella. Gruñó con irritación y arrojó sus pantalones cortos y su blusa en una silla. Había un martilleo agudo en sus sienes, una sensación de ser desafiado, de estar amenazado, que ella no sentía desde aquel día horrible en los montículos Newark. Caminó a grandes pasos hacia la ventana y miró afuera, casi esperando ver a Jorge discutiendo con Nerita y Laurence en el patio. Pero no había

nadie allá abajo salvo un criado que miró hacia arriba como si sus pechos desnudos fuesen faros y que le ofrendó una amplia sonrisa resplandeciente. Sybille le dio la espalda y dijo lentamente—: Dile que es imposible para mí verle. Usa esa palabra. No que no le quiero, ni que no quiera verle, ni que no es correcto que yo le vea, simplemente que es imposible. Y luego telefonea al aeropuerto. Quiero volver a Dar en el avión de la noche.

—¡Pero si apenas hemos llegado!

—No importa. Volveremos en otra ocasión. Jorge es muy insistente; no aceptará nada excepto una negativa brutal, y no puedo hacerle eso. Así que nos iremos.

Klein nunca había visto antes a los muertos de cerca. Cuidadosa, ansiosamente, hurtó rápidas miradas intensas sobre Kent Zacharias mientras se sentaban lado a lado en sillas de caña entre las palmas plantadas en macetas en el vestíbulo del hotel. Jijibhoi le había contado que apenas saltaba a la vista, que uno lo percibía más subliminalmente que por cualquier manifestación exterior, y era cierto; había un cierto aire en torno a los ojos, claro está, la famosa fijeza de los muertos, y había algo extrañamente pálido en la piel de Zacharias bajo la tez rojiza, pero si Klein no hubiera sabido lo que era Zacharias, no podría haberlo adivinado. Trató de imaginarse a este hombre, a este pelirrojo arqueólogo muerto de rostro encendido, a este cavador de montones de basura, en la cama con Sybille. Haciendo con ella lo que fuese que los muertos hicieran en sus acoplamientos. Ni siquiera Jijibhoi estaba seguro. Algo con las manos, con los ojos, con susurros y sonrisas, en absoluto genital, al menos eso suponía Jijibhoi. Éste es el amante de Sybille, con quien estoy hablando. Éste es el amante de Sybille. Qué extraño que le molestase tanto. Ella había tenido romances cuando estaba viva; como él, como todo el mundo; era su estilo de vida. Pero él se sentía amenazado, abrumado, derrotado, por este cadáver andante de un amante.

Dijo:

—¿Imposible?

—Ésa fue la palabra que ella usó.

—¿No puedo disponer de diez minutos con ella?

—Imposible.

—¿Me permitiría ella verla durante unos momentos, al menos? Solamente quiero ver cómo se encuentra.

—¿No encuentra usted humillante montar todo este estropicio sólo por echarla un vistazo?

—Sí.

—¿Y aun así lo desea?

—Sí.

Zacharias dijo suspirando.

—No puedo hacer nada por usted. Lo siento.

—Tal vez Sybille esté cansada después de tantos viajes. ¿Cree usted que podría estar de un humor más receptivo mañana?

—Quizás —respondió Zacharias—. ¿Por qué no regresa usted entonces?

—Ha sido usted muy amable.

—De nada.

—¿Puedo invitarle a una copa?

—Gracias, no —respondió Zacharias—. No me permito más. No desde entonces...

Sonrió.

Klein pudo oler el whisky en el aliento de Zacharias. Bien, entonces. Bien. Se iría. Un conductor esperando fuera de los terrenos del hotel atizó su cabeza fuera de su ventana del taxi y dijo esperanzadoramente:

—¿Excursión por la isla, caballero? ¿Quiere ver las plantaciones de clavo, el estadio de atletismo?

—Ya los he visto —respondió Klein—. Lléveme a la playa.

Consumió la tarde observando las pequeñas olas de color turquesa lamiendo la arena rosada. A la mañana siguiente regresó al hotel de Sybille, pero ellos se habían ido, los cinco; en el último vuelo de la noche hacia Dar, dijo el recepcionista como disculpándose. Klein preguntó si podría hacer una llamada telefónica, y el empleado le mostró un antiguo aparato en un nicho cerca del bar. Telefonó a Barwani.

—¿Qué pasa? —demandó— ¡Usted me dijo que se quedarían al menos una semana!

—Verá, señor, las cosas cambian —respondió Barwani suavemente.

CAPÍTULO 4

¿Qué presagia? ¿Qué traerá el futuro? No sé, no tengo premonición. Cuando una araña se arroja hacia abajo desde algún punto fijo, consecuentemente con su naturaleza, sólo ve ante ella un espacio vacío en donde no puede encontrar puntos de apoyo por más que se extienda. Y así es conmigo: Siempre ante mí un espacio vacío; lo que me conduce adelante es una seguridad que yace detrás de mí. Esta vida es desquiciada y terrible, no ser soportaba.

SOREN KIERKEGAARD, *O bien... o bien*

Jijibhoi dijo:

—En todo este asunto de la muerte, ¿quién puede decir qué es lo correcto, querido amigo? Cuando yo era un niño, en Bombay no era insólito entre nuestros vecinos hindúes practicar el rito del suttee, esto es, la cremación de la viuda en la pira fúnebre de su marido; y ¿bajo qué pretensión les podemos llamar bárbaros? Por supuesto —sus ojos morenos relampaguearon traviesamente— que les llamamos bárbaros, aunque nunca cuando nos podrían oír. ¿Quieres más curry?

Klein reprimió un suspiro. Estaba lleno, y el curry era una sustancia llameante, de una incandescencia mucho más allá de su grado habitual de tolerancia; pero la hospitalidad de Jijibhoi, discretamente insistente, tenía una cierta calidad hierática que hacía que Klein se sintiera como un blasfemo cada vez que rehusaba algo en su casa. Sonrió y asintió con la cabeza, y Jijibhoi, levantándose, puso un montículo de arroz en el plato de Klein, y luego lo enterró bajo carne de cordero con curry, aliñado con salsas chutney y sambal. Silenciosamente, sin dilación, la esposa de Jijibhoi fue a la cocina y regresó con una botella fría de Heineken. Le concedió a Klein una sonrisa tímida mientras la ponía delante de él. Trabajaban bien juntos, estos dos Parsis, sus anfitriones.

Eran una elegante pareja; notable, incluso. Jijibhoi era un hombre alto y erguido, con una enérgica nariz aguileña, morena piel levantina, pelo como el azabache, un bigote imponente. Sus manos y sus pies eran extraordinariamente pequeños; su talante era educado y reservado; se movía con una rapidez rayana en el nerviosismo. Klein conjeturó que andaría en los inicios de los cuarenta, aunque sospechaba que su estimación fácilmente podría estar fuera de sitio por diez años en cualquier dirección. Su esposa —extrañamente, Klein nunca había oído su nombre— era menor que su marido, casi tan alta, hermosa de tez —el color radiante de la aceituna— y sensual de figura. Se enfundaba invariablemente en fluidos saris de seda; Jijibhoi llevaba ropas occidentales de ejecutivo, trajes y corbatas veinte años pasados de moda. Klein nunca había visto a ninguno de ellos con la cabeza descubierta: ella llevaba puesto un pañuelo de lino blanco, él un casquete brocado que podría llevar a la gente a confundirle con un judío oriental. Vivían sin hijos y eran autosuficientes, formando

una pareja concluida, una unidad perfecta, dos segmentos de la misma entidad, unida e indivisible, como Klein y Sybille lo fueran una vez. Su armoniosa interacción de pensamientos y gestos los hacía un poquito desconcertantes, incluso intimidadores, para los demás. Como Klein y Sybille lo hicieran una vez.

Klein dijo:

—Entre tu gente...

—Oh, muy diferente, muy diferente, realmente único. ¿Tú conoces nuestra costumbre funeraria?

—La exposición de los muertos, ¿no?

La esposa de Jijibhoi soltó una risita.

—¡Un esquema muy antiguo de reciclaje!

—Las Torres de Silencio —respondió Jijibhoi. Se dirigió a la enorme ventana del comedor y permaneció en pie, de espaldas a Klein, fijando la mirada en las luces deslumbrantes de Los Angeles. La casa de Jijibhoi, toda ella pino rojo y cristal, se encaramaba precariamente sobre pilotes cerca de la cima de Benedict Canyon, justo debajo de Mulholland: la vista se apropiaba de todo desde Hollywood a Santa Monica —. Hay cinco de ellas en Bombay, en Malabar Hill, un cerro rocoso dominando el Mar de Arabia. Tienen siglos de edad; cada una circular, varios centenares de pies de circunferencia, rodeadas por un muro de piedra de veinte o treinta pies altos. Cuando un Parsi muere... ¿sabes algo de esto?

—No tanto como me gustaría saber.

—Cuando un Parsi muere, es trasladado en un ataúd de hierro hasta las Torres por portadores de cadáveres profesionales; los asistentes al funeral van detrás en procesión, de dos en dos, unidos de las manos y sujetando un pañuelo blanco entre ellos. Una escena hermosa, querido Jorge... Hay una entrada en el muro de piedra a través de la cual pasan los portadores del cadáver, transportando su carga. Nadie más puede entrar en la Torre. Dentro hay una plataforma circular pavimentada con losas grandes y dividida en tres filas de receptáculos poco profundos, abiertos. La fila exterior se usa para los cuerpos de varones, la siguiente para los de mujeres y la más interior para los niños. El muerto es dejado en un lugar de descanso; los buitres se elevan desde las palmeras altas en los jardines contiguos a las Torres; en un plazo de una hora o dos, sólo permanecen los huesos. Más tarde, el esqueleto desnudo, secado al sol, es lanzado en un hoyo en el centro de la Torre. Los ricos y los pobres se desmenuzan juntos allí en el polvo.

—¿Y todos los Parsis son... ah... enterrados así?

—Oh, no, no, de ningún manera —respondió Jijibhoi cordialmente—. Todas las tradiciones antiguas están en retroceso hoy día, ¿sabes? Nuestra gente más joven aboga por la cremación o incluso el entierro convencional. No obstante, muchos de nosotros continuamos contemplando la belleza de nuestro método.

—¿Belleza?

La esposa de Jijibhoi respondió en una voz queda:

—Enterrar a los muertos en el suelo, en una tierra tropical húmeda donde las enfermedades son altamente contagiosas, no nos parece higiénico. Y quemar un cuerpo es desaprovechar su materia. Pero dar los cuerpos de los muertos a las eficientes aves hambrientas —rápidamente, limpiamente, sin remilgos— es para nosotros una forma de celebrar la economía de la naturaleza. Hacer los huesos de uno mezclarse en el hoyo con los huesos de la comunidad entera es, para nosotros, la democracia final.

—¿Y los mismos buitres no esparcen contagios, alimentándose como lo hacen con los cuerpos de...

—Nunca —respondió Jijibhoi firmemente—. Ni contraen nuestras enfermedades.

—Y deduzco que ambos tenéis la intención de hacer que vuestros cuerpos regresen a Bombay cuando... —sobrecogido, Klein hizo una pausa, meneó la cabeza, carraspeó con turbación, y forzó una débil sonrisa—. ¿Ves lo que este curry radiactivo vuestro ha hecho con mis modales? Discúlpame. ¡Aquí sentado, un invitado a tu mesa, interrogándote acerca de tus planes funerarios!

Jijibhoi rió entre dientes.

—La muerte no es terrible para nosotros, estimado amigo. Es... casi no merece la pena decirlo, ¿no? Es un suceso natural. Durante un tiempo estamos aquí, y luego nos vamos. Cuando nuestro tiempo acabe, sí, ella y yo nos entregaremos a las Torres del Silencio.

Su esposa agregó bruscamente:

—¡Mejor allí que en los Pueblos Fríos! ¡Mucho mejor!

Klein nunca había observado tal vehemencia en ella antes.

Jijibhoi se giró de la ventana y la miró furiosamente. Klein tampoco había visto eso antes. Parecía como si la frágil red de elaborada cortesía que habían estado hilando toda la tarde se desenredara repentinamente, y que hasta los lazos entre Jijibhoi y su esposa experimentaran tensión. Alterado ahora, agitadamente, Jijibhoi comenzó a recoger los platos vacíos, y tras un momento embarazosamente largo dijo:

—Ella no pretendía ofenderte.

—¿Por qué debería ofenderme?

—Una persona que amas escogió ir a los Pueblos Fríos. Podrías pensar que había una crítica implícita de ella en la expresión de disgusto de mi esposa.

Klein se encogió de hombros.

—Ella tiene derecho a sus propios sentimientos sobre el reavivado. Me pregunto, sin embargo...

Se detuvo, inquieto, temiendo indagar demasiado profundamente.

—¿Sí...?

—No tiene importancia.

—Por favor —dijo Jijibhoi—. Somos viejos amigos.

—Me preguntaba —respondió Klein lentamente— si no resulta duro para ti pasar todo el tiempo entre muertos, estudiándolos, estudiando sus métodos, dedicándoles tu carrera entera, cuando tu esposa evidentemente aborrece los Pueblos Fríos y todo lo que procede de ellos. Si el tema de tu trabajo la repele, no debes poder compartirlo con ella.

—Oh —respondió Jijibhoi, relajándose visiblemente—, así que es eso... pues yo tengo incluso menos simpatía por todo el fenómeno del reavivado que ella.

—¿Tú tienes...? —éste era un aspecto de Jijibhoi que Klein nunca había sospechado— ¿Te repele? ¿Entonces por qué escogiste hacer un sondeo tan intensivo de ello?

Jijibhoi pareció auténticamente sorprendido.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que uno debe tener lealtad personal por el tema de un área de estudio? —soltó una carcajada—. Tú eres de origen judío, creo, y a pesar de eso tu tesis doctoral concernía, creo recordar, con las fases tempranas del Tercer Reich.

—¡*Touché!* —Klein se estremeció.

—Como sociólogo, encuentro la subcultura de los muertos irresistible —prosiguió Jijibhoi—. Tener un aspecto tan radicalmente nuevo de la existencia humana haciendo erupción durante la carrera de uno es un regalo increíble. No hay ningún campo más fecundo que yo pueda investigar. Pero no tengo aspiración, ninguna en absoluto, de entregarme nunca para reavivar. Para mí, para mi esposa, estarán las Torres del Silencio, el sol caliente, los buitres complacientes. Allí estará nuestro fin. *Terminus*.

—No tenía idea de que te sintieses así. Supongo que si hubiera sabido más sobre la teología Parsi, podría haberme percatado...

—No comprendes. Nuestras objeciones no son religiosas. Es que nosotros compartimos un anhelo, una manía idiosincrásica, por no continuar más allá del tiempo asignado. Pero además tengo serias reservas acerca del impacto del reavivado en nuestra sociedad. Siento un profundo desasosiego por la presencia de esos muertos entre nosotros, siento un miedo puramente personal de esta gente y la cultura que están creando, siento incluso un aborrecimiento por —Jijibhoi se cortó de repente— ...su indulto. Ésa es quizá una palabra demasiado fuerte. ¿Ves qué compleja es mi postura hacia este tema, mi mezcla de fascinación y repulsión? Vivo en tensión constante entre esos polos. Pero ¿por qué te digo todo esto, que si no te molesta seguramente debe aburrirte? Oigamos hablar de tu viaje a Zanzíbar.

—¿Qué puedo decir? Fui, esperé un par de semanas para que ella se presentase, no pude estar cerca de ella en modo alguno, y volví a casa. Todo un viaje hasta África

y no conseguí ni un atisbo suyo.

—¡Qué frustración, querido Jorge!

—Se quedó en su habitación del hotel. No me dejaron subir.

—¿Ellos...?

—Su séquito —respondió Klein—. Ella viajaba con otros cuatro muertos, una mujer y tres hombres. Compartiendo su habitación con el arqueólogo, Zacharias. Él fue el que la ocultó de mí, y lo hizo muy hábilmente, por cierto. Actúa como si la poseyera. Tal vez lo haga. ¿Qué me puedes contar tú, Framji? ¿Se casan los muertos? ¿Es Zacharias su nuevo marido?

—Es muy improbable. Los términos «esposa» y «marido» no se usan entre los muertos. Establecen relaciones, sí, pero los lazos de pareja parecen raros entre ellos, posiblemente desconocidos por completo. En lugar de eso tienden a crear agrupamientos pseudo-familiares de apoyo con tres o cuatro, o incluso más individuos, los cuales...

—¿Quieres decir que sus cuatro acompañantes en Zanzíbar son sus amantes?

Jijibhoi gesticuló elocuentemente.

—¿Quién puede decirlo? Si tratas de decir en un sentido físico, entonces lo dudo, pero uno nunca puede estar seguro. Zacharias parece ser su compañero especial, en todo caso. Varios de los demás puede ser parte de su pseudo-familia también; o todos, o ninguno. Tengo motivos para creer que en ciertos momentos cada muerto puede aducir una relación familiar con cualquier otro de su clase. ¿Quién sabe? Percibimos las actividades de esta gente, como dijo alguien, a través del espejo, misteriosamente...

—No veo a Sybille emparejada tan fácilmente. Ni siquiera sé qué aspecto tiene ahora.

—No ha perdido nada de su belleza.

—Eso me has dicho antes. Pero quiero verla yo mismo. Tú no puedes comprender realmente, Framji, cómo ansío verla. El dolor que siento, no soy capaz de...

—¿Te gustaría verla ahora mismo?

Klein se estremeció en un espasmo de asombro.

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Está...?

—¿Escondida en la habitación de al lado? No, no, nada de eso. Pero tengo una pequeña sorpresa para ti. Ven a la biblioteca.

Sonriendo cálidamente, Jijibhoi dirigió el camino desde el comedor hasta el pequeño estudio contiguo, un cuarto completamente abarrotado desde el suelo hasta el techo con libros en una variedad asombrosa de lenguajes: no simplemente inglés, francés y alemán, sino también sánscrito, hindi, Gujerati, Farsi, las lenguas propias de la formación políglota de Jijibhoi en la diminuta colonia Parsi de Bombay, una comunidad en la cual ningún lenguaje, una vez valorado, era jamás descartado.

Apartando una pila de publicaciones profesionales muy usadas, sacó un cubo de película brillante, activando su luz interior con un toque del pulgar, y se lo dio a Klein.

La imagen holográfica, bien definida y brillante, mostró tres formas en una ancha llanura herbosa que parecía no tener límites; libre de árboles, piedras grandes, o cualquier otra interrupción visual, se desenrollaba una interminable alfombra verde bajo un liso cielo azul mortecino. Zacharias estaba de pie a la izquierda, su cara desviada de la cámara; miraba hacia abajo, mientras montaba un rifle formidable. En el extremo derecho estaba un hombre moreno y rechoncho, de aspecto robusto, cuya cara pálida, brutalmente destacada, parecía toda barba y fosas nasales. Klein le reconoció: Anthony Gracchus, uno de los muertos que habían acompañado a Sybille hasta Zanzíbar. Sybille permanecía en pie al lado de él, vestida con unos amplios pantalones caquis y una crujiente blusa blanca. El brazo de Gracchus estaba extendido; evidentemente señalando un objetivo, y ella apuntaba atentamente una escopeta casi tan grande como la de Zacharias.

Klein giró el cubo, estudiando la cara de ella desde varios ángulos, y la visión hizo que sus dedos se tornaran espesos y torpes, que sus párpados temblaran. Jijibhoi había hablado correctamente: ella no había perdido nada de su belleza. Pero no era totalmente la Sybille que él había conocido. Cuando la vio por última vez, yaciendo en su ataúd, ella había parecido ser una perfecta imagen de mármol de sí misma, y ahora tenía esa misma apariencia estatuaria irreal. Su cara era una máscara inexpresiva, calma, remota, lejana; sus ojos eran misterios relucientes; sus labios registraban una sonrisa débil, enigmática, apenas perceptible. Le asustó contemplarla así, tan ajena, tan poco familiar. Quizás era la intensidad de su concentración, que le confería esa apariencia marmórea imponente que ella parecía derramar por todo su ser durante el acto de apuntar. Inclinando más el cubo, Klein pudo ver a lo que apuntaba: Un raro pájaro desmañado avanzando a través de la hierba en la zona izquierda inferior del cubo, un pájaro más grande que un pavo, redondo como un saco, con plumaje gris ceniza, pecho y cola blanquecinos, alas de un blanco amarillento, y unas cortas, cómicas patas amarillas. Su cabeza era inmensa y su pico negro terminaba bruscamente en un gran gancho. La criatura parecía solemne, bastante digna, y débilmente ridícula; no parecía consciente de que su destino estaba frente a ella. Qué extraño ver a Sybille a punto de matarlo, ella que siempre había detestado el acto de quitar la vida: ¡Sybille la cazadora ahora, Sybille la diosa lunar, Diana Sybille!

Klein, estremecido, miró a Jijibhoi y dijo:

—¿Dónde ha sido tomado esto? En ese safari en Tanzania, supongo.

—Sí. En febrero. Este hombre es el guía, el cazador blanco.

—Le vi en Zanzíbar. Se llama Gracchus; era uno de los muertos que viajaban con

Sybille.

—Dirige una reserva de caza no muy lejos del Kilimanjaro, preparada exclusivamente para el uso de los muertos —respondió Jijibhoi—. Una de las manifestaciones más extravagantes de su subcultura, de hecho. Cazán sólo a aquellos animales que...

Klein preguntó expectante:

—¿Cómo obtuviste tú esta foto?

—Fue tomada por Nerita Tracy, otro de los acompañantes de tu esposa.

—La encontré en Zanzíbar, también. Pero cómo...

—Un amigo de ella es conocido mío, uno de mis informantes, de hecho; una valiosa conexión en mis investigaciones. Varios meses atrás le pregunté si podría obtener algo como esto para mí. No le dije, claro está, que lo quisiese para ti — Jijibhoi le miró fijamente—. Pareces preocupado, querido amigo.

Klein cabeceó. Cerró los ojos como para protegerlos de los planos deslumbrantes de la foto de Sybille. Finalmente respondió en una voz lacónica, carente de matices:

—Debo llegar a verla.

—Quizá sería mejor para ti si abandonarás.

—No.

—No existe ninguna forma de que pueda convencerte de que es peligroso para ti perseguir tu fantasía de...

—No —respondió Klein—. Ni lo intentes. Es necesario para mí alcanzarla. Necesario.

—¿Cómo lo llevarás a cabo, entonces?

Klein respondió mecánicamente:

—Yendo al Pueblo Frío de Sión.

—Ya has hecho eso. No te dejarán entrar.

—Esta vez lo harán. No rechazan a los muertos.

Los ojos del Parsi se dilataron.

—¿Renunciarás a tu vida? ¿Es éste tu plan? ¿Qué estás diciendo, Jorge?

Klein, risueño, respondió:

—Eso no es lo que quise decir en absoluto.

—Estoy asombrado.

—Tengo la intención de infiltrarme. Me disfrazaré como uno de ellos. Me meteré calladamente en el Pueblo Frío del mismo modo en que un infiel se desliza en La Meca —aferró la muñeca de Jijibhoi—. ¿Me puedes ayudar? ¿Entrenarme en sus maneras, enseñarme su jerga?

—Te descubrirán al minuto.

—Puede que no. Tal vez llegaré a Sybille antes de que lo hagan.

—Es una locura —respondió Jijibhoi calmadamente.

—Así y todo. Tú tienes el conocimiento. ¿Me ayudarás?

Suavemente, Jijibhoi retiró su brazo del control de Klein. Atravesó el cuarto y se ocupó durante algunos momentos de un estante de libros descuidado, ordenando y reacomodando puntillosamente. Finalmente, respondió:

—Allí es poco lo que yo puedo hacer por ti. Mi conocimiento es amplio pero no profundo, no suficientemente profundo. Pero si insistes en ir hasta el final con esto, Jorge, te puedo presentar a alguien que puede estar capacitado para ayudarte. Es uno de mis informantes, un muerto, un hombre que ha rechazado la autoridad de los Padres Guía, una persona que anda entre los muertos pero no con ellos. Tal vez él puede instruirte en lo que necesitarías saber.

—Llámale —dijo Klein.

—Debo advertirte de que es imprevisible, turbulento, quizá incluso traicionero. Los valores humanos comunes no tienen significado para él en su estado actual.

—Llámale.

—Si pudiera disuadirte de...

—Llámale.

CAPÍTULO 5

Discutir trae problema. Estos días los leones rugen de lo lindo. La alegría sigue la pena. No está bien pegar a los niños demasiado. Usted debería irse ahora y volver a casa. Es imposible trabajar hoy. Usted debería ir a la escuela todos los días. No es aconsejable seguir este sendero, hay agua en medio. No importa, podré cruzar. Deberíamos regresar rápidamente. Estas lámparas emplean un montón de aceite. No hay mosquitos en Nairobi. No hay leones aquí. Hay gente aquí, buscando huevos. ¿Hay agua en el pozo? No, no hay. Si hay sólo tres personas, entonces el trabajo será imposible hoy.

D. V. PERROTT, *Teach Yourself Swahili*

Gracchus hace señas furiosamente a los mozos y ruge:

—*Shika njia hii* —al frente, tres giran, dos continúan caminando con pesadez en línea recta. Llama—: ¡*Ninyi nyote!* ¡*Fanga kama hivi!* —menea la cabeza, escupe, se sacude el sudor de la frente. Añade, hablando en una voz más baja y en inglés, con cuidado de que no le oigan— ¡Haced lo que digo, bastardos negros malignos, o estaréis más muertos que yo antes de la puesta del sol!

Sybille ríe nerviosamente.

—¿Les hablas siempre así?

—Trato de ser natural con ellos. ¿Pero qué hacen bien, qué hace bien cualquiera de ellos? Vamos, déjame ir a su paso.

Hace menos de una hora que ha amanecido pero el sol ya calienta mucho, en este árido paisaje llano entre el Kilimanjaro y el Serengeti. Gracchus está dirigiendo a la banda hacia el norte a través de la hierba alta, siguiendo el rastro de lo que él cree que es un cuaga, pero abrir una senda en la hierba alta es trabajo agotador y los portadores no dejan de desviarse hacia un barranco que ofrece la sombra tentadora de una espesura de espinos, y tiene que hostigarlos continuamente para mantenerlos firmes en la ruta que él quiere. Sybille ha advertido que Gracchus grita ferozmente a sus negros, como si fuesen no mucho más que bestias recalcitrantes, y habla de ellos a sus espaldas con un desprecio similar, pero todo eso parece hecho por puro alarde, todo parte de su papel de cazador blanco: también ha notado a veces, cuando ella supuestamente no se enteraba, que en secreto Gracchus es de hecho amable, tierno, incluso afectuoso entre los portadores, gastando bromas con ellos —supone ella— con expresivas burlas Swahili y juguetones puñetazos fingidos. Los portadores hacen también su papel: se comportan tal como se espera de su profesión, alternativamente respetuosos y condescendientes hacia los clientes, fingiendo ser alternativamente los depositarios omniscientes de la tradición del monte y salvajes simples, ingenuos, apropiados sólo para acarrear fardos. Pero los clientes a los que sirven no son realmente como los deportistas de la época de Hemingway, dado que son muertos, y los portadores están secretamente aterrorizados de los seres extraños

a quienes sirven. Sybille los ha visto mascullando plegarias y acariciando amuletos cada vez que accidentalmente tocan a uno de los muertos, y ocasionalmente ha captado una mirada desprevenida transmitiendo puro miedo, posiblemente repulsión. Gracchus no es su amigo, por más alegre que pueda estar entre ellos: parecen considerarle como algún tipo de brujo monstruoso, y a los clientes como demonios encarnados.

Sudando, hablando poco, los cazadores se mueven en fila india: primero los portadores con las armas y los suministros; luego Gracchus, Zacharias, Sybille, Nerita disparando constantemente su cámara, y Mortimer. Los parches de nubes blancas derivan lentamente a través del inmenso arco del cielo. La hierba es exuberante y densa, pues las lluvias cortas fueron inusualmente fuertes en diciembre. Animales pequeños corren a toda prisa a su través, visibles sólo en destellos rápidos, ardillas y chacales y gallinas de Guinea. A veces pueden verse criaturas mayores: tres avestruces arrogantes, un par de resollantes hienas, una banda de gacelas Thomson fluyendo como un río de color tostado a través de la llanura. Ayer Sybille espió a dos jabalís verrugosos, algunas jirafas, y un serval, un elegante gato salvaje de grandes orejas que avanzaba a rastras como un guepardo en miniatura. Ninguna de estas bestias pueden ser cazadas, sino sólo ésas especiales que los agentes del coto han introducido para las especiales necesidades de sus clientes; cualquier cosa considerada fauna africana nativa, lo cual quiere decir cualquier cosa que viviera aquí antes de que los muertos alquilaran esta región del Masai, está protegida por orden del Estado. Los Masai están autorizados para realizar alguna cacería de leones, dado que ésta es su reserva, pero quedan tan pocos Masai que el perjuicio que pueden provocar es mínimo. Ayer, después de los facoqueros y antes de las jirafas, Sybille vio a sus primeros Masai: cinco hombres enjutos, hermosos, de cuerpo alargado, desnudos bajo escasas túnicas rojas, caminando silenciosamente sin rumbo aparente a través de los arbustos, haciendo pausas frecuentes para quedarse con aire pensativo sobre una pierna, apoyados contra sus lanzas. De cerca eran menos apuestos: desdentados, salpicados de moscas, quebrantados. Se ofrecieron a vender sus lanzas y sus collares de cuentas por algunos chelines, pero los componentes de safari ya se habían abastecido de artefactos Masai en tiendas de recuerdos de Nairobi, a precios pasmosamente más altos.

Durante el resto de la mañana acechan al cuaga, Gracchus señalándoles huellas de pezuñas aquí, estiércol fresco allá. Es Zacharias que quien ha pedido disparar a un cuaga.

—¿Cómo puedes asegurar que no vamos detrás de una cebra? —pregunta malhumoradamente.

Gracchus le guiña un ojo.

—Confía en mí. También encontraremos cebras por el camino. Pero tú

conseguirás tu cuaga. Te lo garantizo.

Ngiri, el porteador principal, gira y sonríe abiertamente.

—*Piga quagga m'uzuri, bwana.*

Le dice a Zacharias, y guiña el ojo también; y entonces —Sybille lo ve claramente— su alegre sonrisa confiada se desvanece como si hubiese tenido ánimos para mantenerla sólo durante un instante, y un velo de temor cubre su oscura cara reluciente.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Zacharias.

—Que dispararás a un cuaga excelente —contesta Gracchus.

Los cuagas. El último salvaje fue matado allá por 1870, quedando sólo tres en el mundo, todas hembras, en zoológicos europeos. Los Boers los habían dado caza hasta el borde de la extinción para alimentar con su carne blanda a los esclavos hotentotes y para hacer de sus pieles rayadas sacos para el grano bóer, veldschoen de cuero para los pies bóer. El cuaga del Zoo de Londres murió en 1872, el de Berlín en 1875, y el cuaga de Amsterdam en 1883, y no fueron vistos vivos otra vez hasta la restauración artificial de la especie a través de selección posterior de la raza y manipulación genética en 1990, cuando este coto de caza fue abierto para una clientela restringida y especial.

Es casi mediodía ya, y no ha sido disparada una bala en toda la mañana. Los animales han comenzado a dirigirse a cubierto; no aparecerán hasta que se alarguen las sombras. Momento para hacer un alto, montar el campamento, sacar la cerveza y los sándwiches, contar historias exageradas sobre aventuras horripilantes con búfalos enloquecidos y elefantes nerviosos. Pero no se quedan demasiado. Los caminantes se acercan a una colina baja y ven, en la depresión alargada más allá, una gran cantidad de avestruces y varios centenares de cebras pastando. A medida que los humanos surgen a la vista, los avestruces empiezan a alejarse lenta y cautelosamente, pero las cebras, del todo imperturbables, continúan pastando. Ngiri señala con el dedo y dice:

—*Piga quagga, bwana.*

—Simplemente un montón de cebras —responde Zacharias.

Gracchus niega con la cabeza.

—No. Escucha. ¿Oyes el sonido?

Al principio nadie advierte nada inusual. Pero entonces, sí, Sybille lo oye: un inquieto relincho agudo, muy extraño, un sonido salido de un tiempo perdido, el grito de una bestia que ella no había oído antes. Es una canción de los muertos. Nerita la oye también, y Mortimer, y finalmente Zacharias. Gracchus indica con la cabeza hacia el flanco distante de la depresión. Allí, entre las cebras, hay media docena de animales que casi podrían ser cebras, pero cebras inacabadas, rayados sólo en la cabeza y la parte delantera; el resto de sus cuerpos es de un marrón amarillento, sus piernas son blancas, sus crines marrón oscuro con rayas pálidas. Sus pelajes brillan

como mica al sol. De vez en cuando levantan sus cabezas, emiten ese extraño resoplido percusivo silbante, y se inclinan de nuevo hacia la hierba. Cuagas. Extraviados desde el pasado, reliquias, fantasmas revividos. Gracchus hace señales y la banda se despliega a lo largo de la cima de la colina. Ngiri le da a Zacharias su arma gigantesca. Zacharias se arrodilla, avista.

—No te precipites —susurra Gracchus—. Tenemos toda la tarde.

—¿Parezco apresurado? —pregunta Zacharias.

Las cebras bloquean ahora al pequeño grupo de cuagas de su vista, casi como intencionadamente. Él no debe pegar un tiro a una cebra, claro está, o habrá problemas con los guardas forestales. Pasan los minutos. Luego la pantalla de cebras se separa abruptamente y Zacharias aprieta el gatillo. Hay un estampido enorme; las cebras se escapan en diez direcciones, de manera que el ojo es bombardeado con vertiginosas ondas estroboscópicas de blanco y negro. Cuando pasa la convulsa confusión, uno de los cuagas yace sobre su costado, completamente solo en el prado, habiendo efectuado la transición a través de la interfaz. Sybille lo mira serenamente. La muerte la desalentó una vez, muerte de cualquier tipo, pero ya no.

—¡*Piga m'uzuri!* —gritan gozosamente los porteadores.

—Kufa —dice Gracchus—. Muerto. Un tiro limpio. Ya tienes tu trofeo.

Ngiri se da prisa con el cuchillo de desollar. Esa noche, acampando bajo el ancho flanco del Kilimanjaro, cenan cuaga asado, muertos y porteadores por igual. La carne es jugosa, recia, débilmente picante.

A última hora de la tarde siguiente, a medida que atraviesan una corriente helada que, perfilada por árboles, rompe el campo lleno de espesos y altos matorrales verdegrisáceos, encuentran una monstruosidad: una caótica cosa peluda de doce o quince pies de altura, erguida sobre sus masivos cuartos traseros y balanceándose sobre una cola increíblemente gruesa, robusta. Se apoya contra un árbol, tirando de sus ramas altas con sus largos miembros delanteros rematados por feroces zarpas como una hilera de hoces; come ruidosamente con voracidad hojas y varitas de leña. Pronto los advierte y mira alrededor, estudiándolos con unos pequeños ojos amarillos estúpidos; luego vuelve a su comida.

—Una rareza —dice Gracchus—. Conozco a cazadores que han andado por todo este parque sin toparse nunca con uno. ¿Habéis visto vosotros alguna vez algo tan feo?

—¿Qué es eso? —pregunta Sybille.

—Un megaterio. El perezoso gigante de tierra. Sudamericano, en realidad, pero no nos detuvimos en nimiedades sobre geografía cuando abastecimos este lugar. Tenemos sólo cuatro de ellos, y cuesta no sé cuántos miles de dólares disparar a uno. Nadie ha firmado por un perezoso terrestre todavía. Dudo que alguien quiera.

Sybille se pregunta dónde podría ser vulnerable a una bala la bestia: seguramente

no en su débil cerebro del tamaño de un maní. Se pregunta, también, qué clase de deportista encontraría placer en matar algo semejante. Durante un rato observan cómo el torpe monstruo desgarrar el árbol. Luego siguen adelante.

Gracchus les muestra otro prodigio a la caída del sol: una esfera pálida, similar a un melón enorme, anidado en un montículo de hierba espesa junto a un arroyo.

—¿Un huevo de avestruz? —especula Mortimer.

—Cerca. Muy cerca. Es un huevo de moa. El pájaro más grande del mundo. De Nueva Zelanda, extinto sobre el siglo dieciocho.

Nerita se inclina y da unos ligeros golpecitos al huevo.

—¡Qué tortilla podríamos hacer!

—Podría dar de comer a unos setenta y cinco como nosotros —responde Gracchus—. Siete litros de líquido, fácilmente. Pero por supuesto que no debemos entrometernos en eso. El crecimiento natural es de suma importancia para conservar este parque abastecido.

—¿Y dónde está mamá moa? —pregunta Sybille—. ¿Debería dejar desamparado el huevo?

—Los moas no son precisamente brillantes —replica Gracchus—. Ésa es una buena razón para explicar por qué se extinguieron. Ha debido alejarse para encontrar algo de cena. Y...

—Buen Dios —barbota Zacharias.

El moa ha regresado, emergiendo repentinamente desde un matorral. Se levanta como una montaña con plumas por encima de ellos, delineada por el azul oscuro del crepúsculo: un avestruz, más o menos, pero un avestruz exagerado, un avestruz último, un pájaro de casi cuatro metros de altura, con un pesado cuerpo redondeado y un gran cuello recio como una manguera y patas como árboles jóvenes armadas de garras robustas. ¡Seguramente éste es el rukh de Simbad, que puede volar con elefantes en sus garras! El pájaro los mira fijamente, contemplando lánguidamente a la cuadrilla de seres pequeños apolonados alrededor de su huevo; arquea su cuello como si preparase un ataque, y Zacharias intenta alcanzar uno de los fusiles, pero Gracchus detiene su mano, pues el moa simplemente se yergue para protestar. Articula un profundo mugido triste y no se mueve.

—Simplemente retroceded despacio —les dice Gracchus—. No atacará. Pero manteneos alejados de sus patas; una patada podría mataros.

Mortimer responde.

—Voy a pedir una licencia para un moa.

—Matarlos es aburrido —le dice Gracchus—. Simplemente se quedan de pie ahí y te dejan disparar. Estarás más contento con lo que firmaste.

Por lo que Mortimer ha firmado es por un uro, el buey salvaje extinto de los

bosques europeos, conocido por César, conocido por Plinio, cazado por el héroe Sigfrido, enteramente exterminado ya para el año 1627. Las llanuras de África Oriental no son un ambiente confortable para el uro, y el rebaño conjurado por los nigromantes genéticos se mantiene aislado en las tierras altas arboladas, un viaje de varios días desde los lugares frecuentados por los cuagas y los perezosos de tierra. En esta arboleda oscura los cazadores se encuentran con tropas de babuinos parlanchines y elefantes solitarios de grandes orejas y, en un lugar de luz quebrada y sombra, un antílope espléndido, un bongó con un par de cuernos delicadamente curvados. Gracchus los dirige hacia adelante, a lo más profundo. Parece tenso: hay peligro aquí. Los porteadores se mueven furtivamente a través del bosque como fantasmas negros, diseminándose en arco como pinzas de cangrejo, comunicándose entre ellos y con Gracchus por medio de silbidos. Todo el mundo mantiene las armas preparadas por aquí. Sybille medio anticipa leopardos escondidos sobre las ramas colgantes, cobras reptando a través de la maleza. Pero no siente miedo.

Se acercan a un claro. Gracchus dice.

—Uros.

Una docena de ellos ramonea en los arbustos: enormes toros de pelo corto y larga cornamenta, musculosos y alerta. Recogiendo el olor de los intrusos, levantan sus cabezas pesadas, olfatean, miran encolerizadamente. Gracchus y Ngiri dialogan con las cejas. Asintiendo con la cabeza, Gracchus masculla hacia Mortimer:

—Demasiados. Espera a que se dispersen.

Mortimer sonrío. Parece un poco nervioso. El uro tiene la reputación de atacar sin previo aviso. Cuatro, cinco, seis bestias se pierden de vista, y los demás se retiran hacia el borde del claro, como para planear la estrategia; excepto un gran toro, de mirada agria y hosca, que permanece en su sitio, ceñudo. Gracchus se hace un ovillo sobre sus pies. Su cuerpo corpulento parece, para Sybille, un estudio de la inmovilidad, de la preparación.

—Ahora —dice.

En ese mismo momento el uro ataca, moviéndose con rapidez extraordinaria, la testa baja, los cuernos extendidos como lanzas. Mortimer dispara. La bala produce un fuerte sonido abocinado, chocando contra el hombro del uro, un disparo perfecto, pero el animal no cae, y Mortimer dispara otra vez, abalanzándose poco airosamente sobre la barriga, y entonces Gracchus y Ngiri están disparando también, no al uro de Mortimer sino sobre las cabezas de los otros, para ahuyentarlos, y la arriesgada táctica funciona, pues los otros animales salen en estampida por la arboleda. El único al que Mortimer ha disparado continúa hacia él, tambaleante ahora, perdiendo ímpetu, y cae prácticamente a sus pies, rodando, acuchillando el suelo del bosque con sus cascos.

—Kufa —dice Ngiri—. Piga nyati m'uzuri, bwana.

Mortimer sonríe abiertamente.

—Piga —responde.

Gracchus le hace un saludo.

—Más excitantes que el moa.

—Y éstos son míos —dice Nerita tres horas más tarde, indicando un árbol en el borde exterior del bosque. Varios centenares de palomas grandes anidan en sus ramas, tantas que el árbol parece reto ar aves en vez de hojas. Las hembras son simples, pardo claro por arriba, gris por abajo; pero los machos son llamativos, con un plumaje rico, lustroso y azul en sus alas y dorsos, las pechugas de un color rojo vino, manchas iridiscentes de bronce y verde en sus cuellos, y vívidos ojos extraños, de una naranja brillante, llameante. Gracchus dice:

—Bien. Has encontrado a tus palomas silvestres norteamericanas.

— D nde est  la emoción en disparar a palomas desde el pie de un árbol? —pregunta Mortimer.

Nerita le regala una mirada desdeñosa.

— D nde est  la emoción en acribillar a balazos a un toro de carga? —hace señales a Ngiri, quien pega un tiro al aire.

Las palomas alarmadas estallan desde sus perchas y vuelan en círculos bajos. Antaño, siglo y medio atrás en los bosques de América del Norte, nadie se molestaba en disparar a las palomas silvestres al vuelo: las palomas eran comida, no deporte, y era más simple dispararlas mientras estaban posadas, pues así un solo cazador podía matar miles de aves en un día. Así, llevó sólo cincuenta años reducir la población de la paloma silvestre norteamericana de incontables miles de millones que ennegrec an el cielo, a cero. Nerita es más deportiva. Ésta es una prueba de su habilidad, al fin y al cabo. Apunta su escopeta, dispara, recarga, dispara, recarga. Las aves sorprendidas caen al suelo. Ella y su arma son una única entidad, compartiendo un propósito. En instantes ha terminado. Los portadores recuperan las aves caídas y las rompen los cuellos. Nerita tiene la docena de palomas que su licencia permite: un par como trofeo, el resto para la cena de esta noche. Las supervivientes han regresado a su árbol y se quedan mirando plácidamente, sin reproche, a los cazadores.

—Proliferan tan jodidamente rápido —masculla Gracchus— ...si no andamos con cuidado, se saldrán del coto y se apropiarn de toda África.

Sybille se ríe.

—No te preocupes. Lucharemos. Las exterminamos una vez y lo podemos hacer nuevamente, si tenemos que hacerlo.

La presa de Sybille es un dodo. En Dar, cuando solicitaban sus licencias, los demás se burlaron de su elección: un pájaro incapaz de volar y gordo, incapaz de correr o pelear, tan falto de juicio que no teme a nada. Ella los ignoró. Ella quiere un dodo porque para ella es el esencia de la extinción, el prototipo de todo lo que está

muerto y desvanecido. Que no haya deporte alguno en disparar a dodos estúpidos significa poco para Sybille. La caza misma es absurda para ella.

A través de este parque enorme discurre como en un sueño. Ve perezosos de tierra, grandes alcas, cuagas, moas, gallinas silvestres, rinocerontes de Java, armadillos gigantes y muchas otras rarezas. El lugar es una morada de fantasmas. El ingenio de los artesanos genéticos es ilimitado. ¿Algún día, tal vez, el coto de caza ofrecerá trilobites, tyranosauros, mastodontes, tigres de dientes de sable, baluchitherios? Incluso —¿por qué no?— jaurías de australopitecos, tribus de Neandertales. Para la diversión de los muertos, cuyos juegos tienen cierta tendencia a ser sombríos. Sybille se pregunta si realmente puede ser considerada asesinato, esta matanza de artículos de novedad engendrados en laboratorio. ¿Son estos animales reales o artificiales? ¿Cosas vivas, o construcciones ingeniosamente animadas? Reales, decide. Vivos. Comen, metabolizan, se reproducen. Deben parecerse reales a sí mismos, luego son reales; más reales, tal vez, que los seres humanos muertos que caminan de nuevo en sus propios cuerpos de desecho.

—La escopeta —pide Sybille al porteador más cercano.

Allí está el pájaro, feo, ridículo, contoneándose laboriosamente a través de la hierba alta. Sybille acepta un arma y avista a lo largo de su cañón.

—Un momento —dice Nerita—. Me gustaría tomar una foto de esto.

Se mueve a través el grupo, con un cuidado exagerado para no asustar al dodo, pero el dodo no parece consciente de ellos. Como un emisario del reino de las tinieblas, transmitiendo buenas noticias de muerte para estas criaturas todavía no extintas, avanza con dificultad diligente al otro lado de su senda.

—Muy bien —dice Nerita—: Anthony, señala al dodo, ¿quieres? Como si acabases de descubrirlo. Kent, me gustaría que tú mires tu arma, estudia su cerrojo o algo por el estilo. Estupendo. Y Sybille, simplemente mantén esa postura de apuntar... sí.

Nerita toma la foto.

Tranquilamente, Sybille aprieta el gatillo.

—*Kazi imekwisha* —dice Gracchus—. El trabajo está acabado.

CAPÍTULO 6

Aunque retroceder hacia uno mismo es un asunto en el mejor de los casos difícil, comparable a tratar de cruzar una frontera con documentos de identidad prestados, parece ser ahora la única condición necesaria para los principios de autorrespeto auténtico. La mayor parte de nuestros tópicos acerca del autoengaño continúan siendo la mayor decepción. Los trucos que funcionan en los otros no valen por nada en esa muy bien iluminada callejuela donde uno mantiene citas consigo mismo: Ninguna de las lindas sonrisas engañarán aquí a nadie, ninguna de las hermosamente trazadas listas de buenos deseos.

JOAN DIDION, *On Self-Respect*

—Haría bien en creerse lo que Jeej intenta decirle —dijo Dolorosa—. Diez minutos dentro del Pueblo Frío, y tendrán su número. Cinco minutos.

El hombre de Jijibhoi era pequeño, de aspecto arrugado, cuarenta o cincuenta años de edad, con largos cabellos morenos descuidados y desorbitados ojos ardientes. Su piel era cetrina y su cara huesuda. Los otros muertos que Klein había visto de cerca tenían en torno a ellos un aire de serenidad sobrenatural, pero no éste: Dolorosa estaba tenso, inquieto, un crujidor de nudillos, un roedor de labios. A pesar de eso, de algún modo no había duda de que era un muerto, tan muerto como Zacharias, como Gracchus, como Mortimer.

—¿Tendrán mi qué? —preguntó Klein.

—Su número. Su número. Sabrán que usted no es un muerto, porque eso no puede ser fingido. Jesús, ¿aún no habla usted inglés? Jorge, es un nombre extranjero. Debería haberlo sabido. ¿De dónde es usted?

—Argentina, en realidad, pero me trajeron a California cuando era un niño pequeño. En 1955. Mire, si me atrapan, me atrapan. Yo simplemente quiero entrar allí y pasar media hora hablando con mi esposa.

—Señor, usted ya no tiene ninguna esposa.

—Con Sybille —respondió Klein, exasperado—. Hablar con Sybille, mi... mi antigua esposa.

—Bien. Le meteré.

—¿Cuánto costará?

—No piense en eso —respondió Dolorosa—. Le debo a Jeej algunos favores. Más que unos pocos. Así es que le conseguiré la droga.

—¿Qué...?

—La droga que los agentes del Tesoro usan cuando se infiltran en los Pueblos Fríos. Estrecha las pupilas, contrae los vasos capilares, le aporta ese saludable aspecto de viejo zombi. Los agentes siempre son atrapados y expulsados, y también le pasará a usted, pero al menos entrará allí sintiendo que ha llevado un disfraz convincente. La

cápsula aceitosa pequeña, una cada mañana en ayunas.

Klein miró a Jijibhoi.

—¿Por qué infiltran agentes del Tesoro en los Pueblos Fríos?

—Por las mismas razones por las que envían espías a cualquier otra parte —respondió Jijibhoi—. Para espiar. Tratan de recabar información sobre las transacciones financieras de los muertos, ¿me entiendes? Y hasta que sea aprobada por el Congreso una legislación adecuada que defina el estado de vida, no hay manera exacta de obligar a una persona conceptuada legalmente como muerta a comunicar...

Dolorosa interrumpió:

—Las explicaciones luego. Le puedo conseguir una tarjeta de residencia del Pueblo Frío de Albany en Nueva York. Usted murió en diciembre pasado, ¿de acuerdo? Y le reavivaron hacia el Este porque, veamos...

—Pude haber asistido a las convenciones anuales de la Asociación Histórica Americana en Nueva York —sugirió Klein—. Eso es lo que hago, ¿sabe? Profesor de historia contemporánea en UCLA. Debido al día festivo de Navidad mi cuerpo no podría ser enviado de regreso a California, sin habitáculo en ningún vuelo, así que me llevaron a Albany. ¿Cómo suena eso?

Dolorosa sonrió.

—Usted realmente disfruta elaborando mentiras, profesor ¿no es así? Puedo captar esa cualidad en usted. De acuerdo, Pueblo Frío de Albany, y éste es su primer viaje fuera de allí, su viaje de secado —así es como lo llaman, secado—. Usted ha salido del Pueblo Frío como una mariposa nueva recién salida de su capullo, todo blando y húmedo, y se encuentra abandonado a sus propios medios en un lugar extraño. Ahora, hay un montón de cosas de las que usted necesitará estar al corriente: cómo comportarse, pequeñas afectaciones, elegancia social, esa clase de majaderías, y trabajaré en eso con usted mañana, el miércoles y el viernes, tres sesiones; eso debe ser suficiente. Por ahora déjeme presentarle lo esencial. Hay sólo tres cosas que de veras debe recordar mientras está dentro:

1) Nunca formule una pregunta directa.

2) Nunca se apoye en el brazo de alguien. ¿Sabe qué quiero decir?

3) Mantenga en la mente que para un muerto el universo entero es dúctil; nada es real, nada importa en exceso, es todo sólo un chiste. Sólo un chiste, amigo, sólo un chiste.

A principios de abril voló hacia Salt Lake City, alquiló un coche, y condujo más allá de Moab hacia el interior del altiplano bordeado por montañas de roca roja donde los muertos habían construido el Pueblo Frío de Sión. Ésta era la segunda visita de Klein a la necrópolis. La otra había sido a finales del verano del 91, una época ardiente, abrasadora, en que el sol llenaba la mitad del cielo y hasta los nudosos enebros se veían sobrecogidos por la sed; pero ahora era una tarde escarchada, con

una débil luz pálida fluyendo por entre las invernales colinas occidentales y ráfagas ocasionales de nieve ligera formando remolinos a través del aire azul acerado. Las instrucciones de ruta de Jijibhoi pulsaron desde la pantalla memo en su salpicadero. Catorce millas desde la ciudad, sí, la estrecha senda pavimentada saliendo de la carretera, sí, el pequeño y discreto letrero anunciando CARRETERA RESERVADA, PROHIBIDA LA ENTRADA, sí, una segunda señal unas mil yardas más adentro, PUEBLO FRÍO DE SIÓN. SÓLO SOCIOS, sí, y entonces apenas más allá de la barrera de luz verde a través de la carretera, el sistema de escáner, el cerramiento de controles de carretera como segadoras en el exterior de las instalaciones físicas subterráneas, una voz en un altavoz invisible diciendo:

—Si tiene usted un permiso para entrar en el Pueblo Frío de Sión, por favor colóquelo bajo su limpiaparabrisas izquierdo.

Aquella otra vez no había tenido permiso, y no había llegado más allá de aquí, sin embargo al menos había mantenido un pequeño coloquio con el portero invisible de entre el cual había exprimido la información de que Sybille estaba efectivamente viviendo en ese Pueblo Frío en particular. Esta vez fijó la tarjeta de residencia falsificada de Dolorosa en su parabrisas, y esperó tensamente, y en treinta segundos los controles de carretera se deslizaron fuera de la vista. Siguió adelante, a lo largo de una carretera sinuosa que seguía los contornos naturales de un denso bosque de coníferas cubiertas de maleza, y llegó por fin hasta un muro del ladrillo que formaba una curva más allá de los árboles, como si circundara el pueblo entero. Probablemente lo hacía. Klein tuvo una percepción abrumadora del Pueblo Frío como una ciudad hermética, masiva y sellada como el antiguo Egipto. Había una puerta de metal en el muro de ladrillo; verdes ojos electrónicos le examinaron, señalaron su aprobación, y el muro quedó franqueable.

Condujo lentamente hacia el centro de pueblo, pasando a través de una zona de lo que supuso serían edificios de suministros —depósitos de almacenamiento, una subestación de energía, las depuradoras municipales, lo que fueran un montón de sombríos bloques cenicientos sin ventanas— y después la zona residencial, la cual no era mucho más encantadora. Las calles se encontraban tendidas sobre una cuadrícula rectangular; los edificios eran rechonchos, lúgubres, impersonales, homogéneos. No había prácticamente tráfico de automóviles, y a lo largo de una docena de bloques no vio más de diez peatones, los cuales no le dedicaron ni una mirada. Así que éste era el ambiente que los muertos elegían para pasar sus segundas vidas. Pero ¿por qué tal desolación deliberada?

Dolorosa había advertido:

—Usted nunca nos entenderá.

Dolorosa tenía razón. Jijibhoi le había dicho que los Pueblos Fríos eran algo menos que atractivos, pero Klein no estaba preparado para esto. Había una cualidad

glacial en torno del lugar, como si estuviera totalmente enterrado dentro de un bloque de hielo transparente: silencio, esterilidad, una calma mortuoria. Pueblo Frío, sí, apropiadamente denominado. Arquitectónicamente, el pueblo se veía como un compendio de lo peor de todas las tendencias urbanísticas baratas y de mala calidad posibles, pero la textura psíquica que proyectaba era incluso más deprimente, más como una de esas espantosas comunidades de jubilación, uno de los innumerables Leisure Worlds o Sun Manors, esos desangelados santuarios estériles donde colonias enteras de ese otro tipo de muertos vivientes se congregaban para aguardar la trompeta final. Klein tembló.

Por fin, otros pocos minutos más adentro en el pueblo, un signo de actividad, si bien no exactamente de vida: un centro comercial, edificios pardos estucados de techo plano alrededor de un patio en forma de U, un flujo constante de compradores moviéndose de un lado a otro. Bien. Su primer examen estaba a punto de comenzar. Estacionó su coche cerca de la boca de la U y caminó desasosegadamente hacia el interior. Sentía como si su frente fuese un faro, emitiendo resplandores traicioneros a intervalos rítmicos: FRAUDE INTRUSO CONTRABANDISTA ESPÍA. Adelante, pensó, agárrenme, agarren al impostor, llévenlo al otro lado, expúlsenme, átenme con una cuerda, crucifíquenme. Pero nadie pareció recibir las señales. Era totalmente ignorado. ¿Por cortesía? ¿O simplemente desprecio? Espió lo que él esperaba que fuesen miradas furtivas de los compradores, a medias esperando toparse con Sybille inmediatamente. Todos ellos parecían sonámbulos, moviéndose en vidrioso silencio ocupados en sus asuntos. Ninguna sonrisa, ninguna charla: el distanciamiento gélido de esta gente reservada realzaba la familiar atmósfera suburbana del centro comercial con intensidad surrealista; Norman Rockwell con un recubrimiento de Dalí o De Chirico. El centro comercial se veía como cualquier centro comercial: tiendas de ropa, un banco, una tienda de discos, cafeterías, una floristería, un terminal estéreo de TV, un teatro, una tienda de baratijas. Una diferencia, sin embargo, se hizo aparente a medida que Klein deambulaba de tienda en tienda: el lugar entero estaba automatizado. No había dependientes en ningún sitio, sólo las omnipresentes pantallas de datos, y sin duda una batería de escáneres escondidos para desanimar a los rateros. (¿O moría el impulso hacia el robo insignificante con la primera muerte del cuerpo?). Los propios clientes seleccionaban la mercancía, señalada por medio de las pantallas de datos, tocando con sus pulgares para cargar el producto a sus cuentas. Por supuesto. Nadie iba a malgastar su preciosa existencia reavivada parado tras un mostrador para vender zapatillas de tenis o algodón de azúcar. Ni eran los residentes en los Pueblos Fríos propensos a diluir su aislamiento contratando una mano de obra de calientes importados. Obviamente, alguien tendría que hacer algún pequeño trabajo —¿cómo entraba la mercancía en las tiendas?— pero, en general, pensó Klein, lo que no pudiera ser hecho por máquinas no sería hecho en absoluto.

Vagó por el centro unos diez minutos. Justo cuando empezaba a creer que debía de ser enteramente invisible para esta gente, un hombre pequeño y ancho, cargado de hombros, calvo pero con características curiosamente jóvenes, se detuvo ante él y dijo:

—Soy Pablo. Le doy la bienvenida al Pueblo Frío de Sión —esta inesperada perforación del silencio sobresaltó tanto a Klein que tuvo que luchar para retener su correcta imperturbabilidad de muerto. Pablo sonrió calurosamente y unió ambas manos en dirección a Klein en cordial saludo, pero sus ojos eran glaciales, hostiles, distantes, una contradicción aterradora—. He sido enviado para llevarle hasta el área de alojamiento. Traiga su coche.

Aparte de para dar orientaciones, Pablo habló sólo tres veces durante el viaje en coche de cinco minutos.

—Aquí está la casa de resurrección —dijo. Un edificio de cinco pisos, tan acogedor como un hospital, con muros de bronce oscuro y ventanas negras como el ónice—. Ésta es la casa del Padre Guía —indicó Pablo un momento más tarde. Un edificio modesto de ladrillo, como una rectoría, al borde de un pequeño parque. Y, finalmente—: Aquí es donde usted morará. Disfrute su visita.

Salió bruscamente del coche y se alejó andando rápidamente.

Ésta era la casa de los forasteros, el hotel para muertos de visita, una estructura de ladrillo gris bastante baja, funcional y nada seductora, uno de los edificios menos atractivos en esta ciudad de edificios rematadamente desagradables. Por muy distinto que pudiera ser para los muertos, claramente no lo habían construido pensando en la arquitectura decorativa. Una voz de una pantalla de datos en el vestíbulo espartano le asignó una habitación: una caja de muros blancos, cuadrada, alta de techo. Tenía su retrete, su pantalla de datos, una cama estrecha, una cómoda, un armario modesto, una ventana pequeña que le proporcionaba una vista de un edificio vecino tan deslustrado como éste. Nada se había dicho acerca del alquiler; quizá era un invitado de la ciudad. Nada se había dicho sobre nada. Parecía que había sido aceptado. Tanta seguridad sombría de Jijibhoi de que sería instantáneamente detectado, tanta insistencia de Dolorosa sobre que tendrían su número en diez minutos o menos. Llevaba en el Pueblo Frío de Sión media hora. ¿Tenían su número?

—Comer no es importante entre nosotros —había dicho Dolorosa.

—¿Pero usted come?

—Por supuesto que comemos. Simplemente no es importante.

Era importante para Klein, sin embargo. No necesariamente haute cuisine, sino algún tipo de comida, preferentemente tres veces al día. Él estaba hambriento ahora. ¿Tocar el timbre para el servicio de habitaciones? No había sirvientes en esta ciudad. Recurrió a la pantalla de datos. Primera regla de Dolorosa: nunca haga una pregunta directa. Seguramente eso no era aplicable a la pantalla de datos; sólo para sus muertos

asociados. No tenía por qué cumplir con sutilezas de etiqueta para hablar a una computadora. A pesar de eso, la voz detrás de la pantalla podría no ser de una computadora después de todo, así es que trató de emplear el estilo conversacional oblicuo y elíptico que Dolorosa aseguraba que los muertos preferían entre ellos:

—¿Cena?

—Economato.

—¿Dónde?

—Central Cuatro —respondió la pantalla.

¿Central Cuatro? Bien. Encontraría el camino. Se cambió de ropa y bajó por el largo corredor cubierto de vinilo hacia el vestíbulo. La noche había llegado; las farolas emitían una luz intensa. Bajo la capa de la oscuridad la fealdad de la ciudad ya no era tan protuberante, y había incluso una especie de controlada belleza en torno a la regularidad brutal de sus calles.

Las calles estaban sin marcar, sin embargo, y desiertas. Klein caminó al azar durante diez minutos, esperando encontrar a alguien dirigiéndose hacia el economato Central Cuatro. Pero cuando se encontró con alguien, una mujer alta y regia bastante entrada en años, fue incapaz de abordarla. (Nunca haga una pregunta directa. Nunca se apoye en el brazo de alguien). Caminó en la misma dirección, en silencio y a distancia, hasta que ella giró de pronto para entrar en una casa. Durante diez minutos más vagabundó a solas otra vez. Esto es ridículo, pensó: muerto o caliente, soy un extraño en la ciudad, debería tener derecho a un poco de ayuda. Tal vez Dolorosa simplemente trataba de complicar las cosas. En la siguiente esquina, cuando Klein divisó a un hombre encorvado para ocultarse del viento, encendiendo un cigarrillo, se acercó audazmente a él.

—Perdone.

El otro levantó la vista.

—¿Klein? —dijo—. Sí. Desde luego. ¡Hombre, entonces usted también ha hecho el cruce!

Klein recordó: era uno de los acompañantes de Sybille en Zanzíbar. El agudo, el afilado Mortimer. Un miembro de su agrupamiento pseudo-familiar, lo que sea que eso fuere. Klein clavó malhumoradamente los ojos en él. Éste debía de ser el momento en que su impostura quedaba al descubierto, pues sólo habían pasado unas seis semanas desde que discutió con Mortimer en los jardines de hotel de Sybille en Zanzíbar, no el tiempo suficiente para que alguien muera y sea reavivado y concluya su secado. Pero pasó un momento y Mortimer no dijo nada. Por fin Klein respondió:

—Acabo de llegar. Pablo me enseñó la casa de forasteros y ahora ando buscando el economato.

—¿Central Cuatro? Yo voy para allá. Ha tenido usted suerte —ningún signo de sospecha en la cara de Mortimer. Acaso una sonrisa fugaz dejó traslucir su

apreciación de que Klein no podría ser lo que afirmaba ser. Recuerde que para un muerto el universo entero es plástico, es todo sólo un chiste. Dijo—: Estoy esperando a Nerita. Podemos comer todos juntos.

—Fui reavivado en el Pueblo Frío de Albany. Acabo de salir.

—Qué agradable —respondió Mortimer.

Nerita Tracy salió de un edificio apenas más allá de la esquina, una mujer esbelta de aspecto atlético, alrededor de la cuarentena, con pelo castaño rojizo corto. A medida que ella avanzaba rápidamente hacia ellos Mortimer dijo:

—Aquí está Klein, a quien nos encontramos en Zanzíbar. Recién reavivado, de Albany.

—Sybille se divertirá.

—¿Está ella en la ciudad? —farfulló Klein.

Mortimer y Nerita intercambiaron miradas sagaces. Klein se sintió avergonzado. *Nunca haga una pregunta directa.* ¡Maldito Dolorosa!

Nerita respondió:

—La verá dentro de poco. ¿Vamos a cenar?

El economato era menos austero de lo que Klein había esperado: De hecho era realmente un restaurante acogedor, elaboradamente construido en cinco o seis niveles divididos por lustrosas colgaduras oscuras en zonas de comedor pequeñas y aisladas. Gozaba de la apariencia cálida, fértil, de un balneario tropical. Pero la comida, que llegó mediante máquinas —por medio de dispensadores giratorios—, era prefabricada y triste: otra irritante contradicción. Sólo un chiste, amigo, sólo un chiste. En todo caso él estaba menos hambriento de lo que había pensado en el hotel. Se sentó con Mortimer y Nerita, picoteando su comida, mientras su conversación fluía más allá de él a varias veces la velocidad de su pensamiento. Hablaron en fragmentos y elipsis, en perífrasis y aposiopesi, en un estilo abundante en quiasmos, metonimias, meiosis, oxímoron, y ceumas; sus deslumbrantes técnicas retóricas le dejaron frustrado e incómodo, sumido en un mar de dudas sobre su intención. Cada dos por tres se lanzaban desde una maraña de indirección a ensartarle con una estocada confirmatoria rápida: ¿No es eso? decían entonces, y él sonreía y asentía, asentía y sonreía, respondiendo, Sí, sí, claro que sí. ¿Sabían que era una falsificación, y estaban simplemente jugando con él, o le habían, de algún modo, increíblemente, aceptado como uno de ellos? Tan sutil era su estilo que él no podría asegurarlo. Un miembro muy nuevo de la sociedad de los reavivados, se dijo a sí mismo, podría ser visto aquí casi como un caliente con la cara muerta.

Entonces Nerita dijo, nada de juegos verbales esta vez:

—Todavía la añora terriblemente, ¿no es así?

—Así es. Algunas cosas evidentemente nunca perecen.

—Todo parece —respondió Mortimer—. El dodo, el uro, el Sacro Imperio

Romano Germánico, la Dinastía T'ang, los muros de Bizancio, el lenguaje de Mohenjo-daro.

—Pero no la Gran Pirámide, el Yangtze, el celacanto, o el cráneo de Pitecántropo —rebatío Klein—. Algunas cosas persisten y aguantan. Y algunas pueden ser regeneradas. Los lenguajes perdidos han sido descifrados. Creo que el dodo y el uro son cazados dentro de cierto parque africano en esta misma época.

—Copias —respondió Mortimer.

—Copias convincentes. Simulaciones tan buenas como el original.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó Nerita.

—Quiero lo que sea posible tener.

—¿Una copia convincente del amor perdido?

—Podría querer tranquilidad para charlar cinco minutos con ella.

—Lo tendrá. Pero no esta noche. ¿Ve? Ahí está ella. Pero no la moleste ahora.

Nerita saludó con la cabeza a través del piélagos en el centro del restaurante; en una zona alejada, tres niveles por encima de donde se sentaban, habían aparecido Sybille y Kent Zacharias. Se detuvieron durante un breve momento al borde de su rincón ovalado del comedor, fijando la mirada, blanda y carente de emoción alguna, en el pozo central del restaurante. Klein palpó un músculo que sacudía con fuerza incontrolada su mejilla, una maldita revelación tanto de ausencia de muerte como de nerviosismo, y presionó su mano sobre él, de forma que vibró como una cuerda y latió contra su palma. Ella era como una diosa allá arriba, manifestándose en su santuario para sus adoradores, una trémula figura pálida, más bella aún de lo que había llegado ser para él a través de los realces angustiados del recuerdo, y le parecía mentira que ese ser hubiera sido alguna vez su esposa; que él la hubiese conocido cuando sus ojos estaban hinchados y enrojecidos por una noche de estudio, que él hubiese bajado su vista hasta su cara mientras hacían el amor y hubiera visto sus labios retroceder en ese espasmo de éxtasis tan cercano a una mueca de dolor, que él la hubiera conocido caprichosa y cruel durante la enfermedad, de mal genio e impaciente en la salud, una persona con defectos y debilidades, con olores e imperfecciones, en resumen un ser humano; esta diosa, esta criatura reavivada irreal, este objeto de su búsqueda, esta Sybille. Serenamente ella giró, serenamente desapareció dentro de su nicho encubierto.

—Ella sabe que usted está aquí —le dijo Nerita—. Usted la verá. Tal vez mañana.

Entonces Mortimer respondió algo enloquecedoramente oblicuo, y Nerita contestó con la misma mistificación descentrada, y Klein una vez más fue zambullido en el río de su danzante juego de palabras natural, hundido en él, abajo y abajo y abajo, y como luchó para evitar ahogarse, como peleó para comprender sus intercambios, no miró ni una sola vez hacia el lugar donde se sentaba Sybille, ni una sola vez, y se felicitó a sí mismo por haber logrado al menos eso en su mascarada.

Esa noche, yaciendo a solas en su cuarto de la casa de visitantes, se pregunta lo que le dirá a Sybille cuando finalmente se encuentren, y lo que ella le dirá a él. ¿Se atreverá a pedirla sin ambages que le describa la calidad de su nueva existencia? Eso es todo cuanto él quiere de ella, realmente: ese conocimiento, ese atisbo de una abertura en su personalidad transfigurada. ¿Esto es cuanto él espera llevarse de ella, sabiendo como sabe que allí apenas tendrá oportunidad de recobrarla? Pero ¿se atreverá a preguntar, se atreverá siquiera a eso? Por supuesto, al preguntar tales cosas la revelará que él es todavía un caliente, demasiado torpe y tosco de percepción para comprender la vida de un muerto. Pero él está seguro de que ella sentirá eso de cualquier manera, inmediatamente. ¿Qué responderá él, qué responderá? Hace gran despliegue de un imaginado guión de su conversación en el teatro de su mente:

“—Dime a qué se parece, Sybille, existir en la forma que lo haces ahora.

“—Es como nadar bajo una lámina de cristal.

“—No entiendo.

“—Todo está tranquilo donde estoy, Jorge. Hay una paz que supera toda comprensión. Yo solía sentir algunas veces que estaba atrapada en una gran tormenta, que estaba siendo abofeteada por cada ráfaga, que mi vida estaba siendo consumida por convulsiones y frenesís, pero ahora... ahora, estoy en el ojo de la tempestad, en el lugar donde todo está siempre en calma. Contemplo más bien que dejarme a mí misma actuar.

“—Pero ¿no hay una pérdida de sentimiento de ese modo? ¿No sientes que eres envuelta en un manto aislante? Como nadar bajo vidrio, dices... eso lleva a estar aislada, recortada, casi adormecida.

“—Supongo que tú podrías opinar así. Lo que significa es que una ya no es afectada por lo innecesario.

“—me suena como una existencia limitada.

“—Menos limitada que la tumba, Jorge.

“—Nunca comprendí por qué quisiste ser reavivada. Tú te comiste el mundo, Sybille, viviste con tal intensidad, tal pasión... Para reacomodarse al tipo de existencia que tienes ahora, para estar sólo medio viva...

“—No seas tonto, Jorge. Estar medio vivo es mejor que pudrirse en el suelo. Era demasiado joven. Había mucho todavía por ver y hacer.

“—¿Para verlo y hacerlo medio viva?

“—Esas fueron tus palabras, no las mías. No estoy viva del todo. Tampoco soy menos ni más que la persona que tú conociste. Soy otro tipo de ser. Ni menos ni más, sólo diferente.

“—¿Son diferentes todas tus percepciones?

“—Mucho. Mi perspectiva es más amplia. Las cosas sin importancia se revelan como cosas sin importancia.

“—Dame un ejemplo, Sybille.

“—Prefiero no hacerlo. Muere y ven con nosotros, y lo entenderás.

“—¿Sabes que no estoy muerto?

“—¡Oh, Jorge, qué divertido eres!

“—Es muy agradable poder divertirme todavía.

“—Se te ve tan dolorido, tan trágico. Casi podría sentir lástima por ti. Venga: Pregúntame algo.

“—¿Puedes dejar a tus acompañantes y vivir otra vez en el mundo?

“—Nunca he pensado en eso.

“—¿Podrías?

“—Supongo que podría. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Éste es mi mundo ahora.

“—Este ghetto.

“—¿Eso te parece?

“—Os encerráis a vosotros mismos en una sociedad cerrada con vuestros iguales, una subcultura estrecha. Vuestra jerga, vuestro propio muro de etiqueta e idiosincrasia. Diseñado, creo, principalmente para mantener a los extraños fuera de sitio, para mantenerlos sintiéndose como extranjeros. Es un asunto defensivo. Los hippies, los negros, los homosexuales, los muertos: idéntico mecanismo, idéntico proceso.

“—Los judíos, también. No olvides a los judíos.

“—Claro, Sybille, los judíos. Con sus pequeños chistes tribales, sus días de fiesta especiales, su propio lenguaje misterioso, sí, un buen ejemplo.

“—Así es que me he unido a una tribu nueva. ¿Qué hay de malo en eso?

“—¿Necesitabas ser parte de una tribu?

“—¿Qué tenía antes? ¿La tribu de los californianos? ¿La tribu de los académicos?

“—La tribu de Jorge y Sybille Klein.

“—Demasiado estrecha. De todas formas, he sido expulsada de esa tribu. Necesitaba unirme a otra.

“—¿Expulsada?

“—Por la muerte. Después de eso no hay vuelta atrás.

“—Tú podrías volver. Cuando quisieras.

“—Oh, no, no, no, Jorge, no puedo, no puedo, ya no soy Sybille Klein, nunca lo seré de nuevo. ¿Cómo podría explicártelo? No hay remedio. La muerte provoca cambios. Muere y entiende, Jorge. Muere y entiende.

Nerita dijo:

—Ella le espera en el salón.

Era una sala grande, fríamente amueblada, en el extremo más alejado del ala opuesta de la casa de extranjeros. Sybille permanecía al lado de una ventana a través de la cual se filtraba la luz pálida, ligeramente fría, de la mañana. Mortimer estaba

con ella, y también Kent Zacharias. Los dos hombres recibieron a Klein con misteriosas sonrisas oblicuas, corteses o burlonas; él no podría asegurarlo.

—¿Le gusta nuestro pueblo? —preguntó Zacharias—. ¿Ha estado viendo los lugares de interés?

Klein optó por no contestar. Se dio por enterado de la pregunta con una inclinación de cabeza apenas perceptible y se volvió hacia Sybille. Extrañamente, se sintió enteramente calmado en este momento de cumplir su deseo de años: No sintió absolutamente nada en su presencia: ningún pánico, ningún anhelo, ningún desfallecimiento, ninguna nostalgia, nada. Nada. Como si él fuera realmente un muerto. Supo que era la tranquilidad del terror absoluto.

—Les dejaremos solos —dijo Zacharias—. Deben tener mucho que contarse el uno al otro.

Salió, con Nerita y Mortimer. Los ojos de Klein encontraron los de Sybille y se demoraron allí. Ella le miraba fríamente, en una especie de valoración impersonal. Esa condenada sonrisa, pensó Klein: La muerte los convierte a todos en Mona Lisas.

Ella dijo:

—¿Piensas quedarte aquí por mucho tiempo?

—Probablemente no. Unos días, tal vez una semana —humedeció sus labios—. ¿Cómo estás, Sybille? ¿Cómo te va?

—Va como era de esperar.

¿Qué quieres decir con eso? ¿Puedes darme algún detalle? ¿Estás decepcionada por algo? ¿Hay alguna sorpresa? ¿Cómo ha sido para ti, Sybille? Oh, Jesús. Nunca haga una pregunta directa. Dijo:

—Me gustaría que me hubieras dejado visitarte en Zanzíbar.

—Eso no era posible. No hablemos de eso ahora —desechó el episodio con un gesto casual. Tras un momento dijo—: ¿Te gustaría oír una historia fascinante que he descubierto acerca de los primeros días de influencia omaní en Zanzíbar?

La impersonalidad de la pregunta le sorprendió. ¿Cómo podía parecer ella tan absolutamente carente de curiosidad sobre su presencia en el Pueblo Frío de Sión, su pretensión de ser un muerto, sus razones para querer verla? ¿Cómo podía zambullirse tan rápida, tan fríamente, en una discusión sobre los sucesos políticos arcaicos en Zanzíbar?

—Supongo que sí —respondió débilmente.

—En realidad es una especie de cuento de Las Mil y Una Noches. Es la historia de cómo Ahmad el Astuto derrocó a Abdullah ibn Muhammad Alawi.

Los nombres eran extraños para él. Ciertamente había tomado alguna pequeña parte en sus investigaciones históricas, pero habían pasado años desde que había trabajado con ella, y todo aquello había sido arrastrado en la corriente de su mente, dejando un residuo confuso de Ahmads y Hasans y Abdullahs.

—Lo siento —respondió—. No recuerdo quiénes fueron.

Sybille impasible, respondió:

—Seguramente recuerdas que en el siglo XVIII y principios del XIX, la potencia principal en el Océano Indico fue el estado árabe de Omán, controlado desde Muscat en el Golfo Pérsico. Bajo la dinastía Busaidi, fundado en 1744 por Ahmad ibn Said al-Busaidi, los omaníes extendieron su poder hacia África Oriental. La capital lógica para su imperio africano era el puerto de Mombasa, pero fueron incapaces de expulsar a una dinastía rival que gobernaba allí, así es que el Busaidi miró hacia Zanzíbar, una cosmopolita isla cercana donde se mezclaban árabes, indios y población africana. La ubicación estratégica de Zanzíbar en la costa y su puerto espacioso y bien protegido hacían de ella una base ideal para el comercio de esclavos del este de África, que el Busaidi de Omán pretendía controlar.

—Algo creo recordar, ahora.

—Muy bien. El fundador del Sultanato omaní de Zanzíbar fue Ahmad ibn Majid el Astuto, que llegó al trono de Omán en 1811, ¿recuerdas? A la muerte de su tío Abd er Rahman al-Busaidi.

—Los nombres me suenan —dijo Klein inseguro.

—Siete años más tarde —continuó Sybille—, tratando de conquistar Zanzíbar sin el empleo de la fuerza, Ahmad el Astuto rasuró su barba y bigote y visitó la isla disfrazado de adivino, vistiendo ropas amarillas y una valiosa esmeralda en su turbante. En ese tiempo la mayor parte de Zanzíbar era regida por un gobernante nativo, de sangre mixta árabe y africana, Abdullah ibn Muhammad Alawi, cuyo título hereditario era Mwenyi Mkuu. Los súbditos de Mwenyi Mkuu eran principalmente africanos, miembros de una tribu llamada Hadimu. El sultán Ahmad, que acababa de llegar a la ciudad de Zanzíbar, brindó una demostración de sus habilidades de adivinación en el puerto y atrajo tanta atención que obtuvo rápidamente una audiencia en la corte del Mwenyi Mkuu. Ahmad predijo un futuro luminoso para Abdullah, declarando que un poderoso príncipe famoso en todo el mundo vendría a Zanzíbar, haría al Mwenyi Mkuu su gran consejero, y le confirmaría a él y a sus descendientes como señores de Zanzíbar para siempre.

“—¿Cómo sabes tú esas cosas?

“—Bebo cierta poción —replicó el sultán Ahmad— que me permite ver el porvenir. Deseas probarla?

“—Pues claro que quiero.

“Respondió Abdullah, y acto seguido Ahmad le dio una droga que le sumió en el éxtasis y le mostró visiones del paraíso. Mirando hacia abajo desde su lugar cerca de la banqueta de Allah, el Mwenyi Mkuu vio un Zanzíbar rico y feliz, gobernado por los hijos de los hijos de sus hijos. Durante horas vagó entre fantasías de autoridad omnipotente.

—Luego Ahmad se fue, y dejó crecer de nuevo su barba y su bigote, y regresó a Zanzíbar diez semanas más tarde en todo su esplendor, como Sultán de Omán, a la cabeza de una armada imponente y poderosa. Fue de inmediato hasta la corte del Mwenyi Mkuu y propuso, tal como el adivino había profetizado, que Omán y Zanzíbar examinaran un tratado de alianza bajo la cual Omán cargaría con la responsabilidad de la mayor parte de las relaciones exteriores de Zanzíbar, incluyendo el comercio de esclavos, mientras garantizaba la autoridad del Mwenyi Mkuu sobre los asuntos domésticos. A cambio de su abdicación parcial de autoridad, el Mwenyi Mkuu recibiría compensación financiera de Omán. Recordando la visión que le había revelado el adivino, Abdullah firmó el tratado de inmediato, legitimando por tanto lo que fue, de hecho, la conquista omaní de Zanzíbar. Tuvo lugar un gran banquete para celebrar el tratado, y como una señal de elogio, el Mwenyi Mkuu ofreció al Sultan Ahmad una extraña droga usada localmente, conocida como borgash, o 'flor de la verdad'. Ahmad sólo fingió depositar la pipa en sus labios, pues él aborrecía todas las drogas que alteran la mente, pero Abdullah, mientras la flor de la verdad le poseyó, contempló a Ahmad y reconoció los contornos de la cara del adivino detrás de la barba nueva del Sultán. Cayendo en la cuenta de que había sido engañado, el Mwenyi Mkuu empujó su daga, la punta de la cual estaba envenenada, profundamente en el costado del Sultán y escapó el salón de banquete, instalándose en la isla vecina de Pemba. Ahmad ibn Majid sobrevivió, pero el veneno consumió sus órganos vitales y los diez años restantes de su vida los pasó en agonía constante. Por lo que respecta al Mwenyi Mkuu, los hombres del Sultán le cazaron finalmente y le dieron muerte junto con noventa miembros de su familia, y la autoridad nativa en Zanzíbar fue con eso extinguida.

Sybille hizo una pausa.

—¿No es una historia llamativa y maravillosa? —preguntó por fin.

—Fascinante —respondió Klein—. ¿Dónde la encontraste?

—Las memorias inéditas de Claude Richburn de la Compañía de la India Oriental. Profundamente enterradas en los archivos de Londres. Extraño que ningún historiador llegase antes, ¿no es así? Los textos generalmente aceptados simplemente dicen que Ahmad usó su flota de guerra para intimidar a Abdullah y firmar el tratado, y luego había hecho asesinar al Mwenyi Mkuu en el primer momento oportuno.

—Muy extraño —convino Klein. Pero él no había venido aquí para oír románticos cuentos de pociones visionarias y traiciones reales.

Tanteó en busca de alguna forma de llevar la conversación a un nivel más personal. Los fragmentos de su diálogo imaginario con Sybille flotaban en su mente. Todo está tranquilo donde estoy, Jorge. Hay una paz que sobrepasa toda comprensión. Como nadar bajo una lámina de cristal. El camino está en que ya no te afecta lo innecesario. Las cosas pequeñas se revelan como cosas sin importancia. Muere y ven

con nosotros, y entenderás. Sí. Quizá. Pero ¿pensaba ella realmente alguna de esas cosas? Él había puesto todas las palabras en su boca; todo lo que él había imaginado que ella decía era su propia construcción, inútil como llave hacia la Sybille verdadera. ¿Dónde encontraría él la llave, entonces?

Ella no le dio oportunidad.

—Regresaré a Zanzíbar dentro de poco —dijo—. Allí hay mucho de lo que quiero enterarme sobre este incidente, en las viejas leyendas posteriores del país acerca de los últimos días del Mwenyi Mkuu, quizá variantes de la historia básica...

—¿Puedo acompañarte?

—¿Tú no tienes tu propia investigación que reanudar, Jorge? —preguntó ella, y no esperó una respuesta. Caminó enérgicamente hacia la puerta del salón y salió, y él estuvo solo.

CAPÍTULO 7

Quiero definir lo que ellos y sus psiquiatras contratados llaman «sistemas ilusorios». No hay ni que decirlo, las «falsas ilusiones» están siempre oficialmente definidas. No tenemos que preocuparnos por cuestiones de realidad o irrealidad: sólo se examinan por conveniencia. Es el sistema lo que importa. Cómo se organizan los datos a sí mismos dentro de él. Algunos son consistentes, otros se caen a pedazos.

THOMAS PYNCHON, *Gravity's Rainbow*

Una vez más los muertos, esta vez sólo tres, llegaban en el vuelo matutino de Dar. Tres eran mejor que cinco, consideró Daud Mahmoud Barwani, pero eran todavía más que suficiente. No era que ésos otros, dos meses atrás, hubieran causado algún problema; quedándose solamente un día y moviéndose rápidamente hacia el continente de nuevo, pero le hacía sentir incómodo el pensar en tales criaturas en la misma pequeña isla que él mismo.

¿Con todo el mundo para elegir, por qué continúan viniendo a Zanzíbar?

—El avión está aquí —informó el controlador de vuelo.

Trece pasajeros. El funcionario de Sanidad dejó atravesar la puerta a la gente de vuelo local: primero dos periodistas y cuatro legisladores regresando de la Conferencia panafricana en Ciudad del Cabo y luego un grupo de cuatro turistas japoneses, serios hombres retraídos festoneados de cámaras. Y después los muertos; y Barwani se sorprendió al descubrir que eran los mismos de la otra vez: el hombre pelirrojo, el hombre de pelo café sin la barba, la mujer morena. ¿Tenían los muertos tanto dinero que podían volar de América a Zanzíbar cada pocos meses? Barwani había oído el chismorreo de que cada nuevo muerto, cuando se levantaba de su ataúd, era obsequiado con una cantidad de lingotes de oro igual a su propio peso, y ahora pensó que empezaba a creer en ello. Nada bueno vendrá de tener tales seres sueltos por el mundo, se dijo a sí mismo, y ciertamente nada de tolerarlos en Zanzíbar. Pero él no tenía alternativa.

—Bienvenidos otra vez a la isla de los clavos —dijo untuosamente, y soltó una sonrisa burocrática, y se preguntó, no por primera vez, lo que sería de Daud Mahmoud Barwani una vez que sus días en la tierra hubieran tocado a su fin.

—Ahmad el Astuto contra Abhullah Comosellame —dijo Klein—. Eso es todo sobre lo que ella habló. La historia de Zanzíbar —estaba en el estudio de Jijibhoi. La noche era cálida y caía una lluvia fuera de temporada, desdibujando el millón luces brillantes de la Depresión de Los Angeles—. Habría sido, ya sabes, falto de tacto hacer cualquier pregunta directa. Falto de tacto. No me he sentido tan falto de tacto desde que tenía catorce años. Estaba indefenso entre ellos, un extranjero, un crío.

—¿Crees que vieron a través de tu disfraz? —preguntó Jijibhoi.

—No podría decirlo. Parecían jugar conmigo, hacer deporte conmigo, pero ése precisamente podría ser su comportamiento normal con cualquier recién llegado. Nadie me puso en duda. Nadie sugirió que podría ser un impostor. Nadie pareció preocuparse mucho por mí o lo que hacía allí o qué había pasado para que estuviera muerto. Sybille y yo estuvimos cara a cara, y quise extender la mano hacia ella, quise que ella extendiera la mano hacia mí, y no hubo contacto, ninguno, nada en absoluto; era como si simplemente nos hubiéramos encontrado en algún cóctel académico y lo único en su mente era la nueva pepita de historia oculta que ella acababa de desenterrar, de modo que me contó todo acerca de cómo el Sultán Ahmad fue más listo que Abdullah y cómo Abdullah apuñaló al Sultán —Klein prendió la mirada de un grupo de libros familiares en los estantes abarrotados de Jijibhoi— Oliver y Mathew, Historia de Africa Oriental —libros que habían viajado a todas partes con Sybille en los años de su matrimonio. Tiró del Volumen I, diciendo—: Pretendía que las historias convencionales dan una descripción incompleta e inexacta del incidente y que sólo ahora ella ha averiguado la historia verdadera. Por todo lo que sé, sencillamente podría estar jugando conmigo, relatándome un pedazo de historia establecida como si fuera algo que nadie supo hasta la semana pasada. Déjame ver: Ahmad, Ahmad, Ahmad...

Examinó el índice. Aparecían listados cinco Ahmads, pero no había entrada para un Sultán Ahmad ibn Majid el Astuto. Ciertamente era citado un Ahmad ibn Majid, pero era mencionado sólo en una nota a pie de página y parecía haber sido un cronista árabe. Klein encontró tres Abdullahs, ninguno de ellos relacionado con Zanzíbar.

—Algo es incorrecto —murmuró.

—No tiene importancia, querido Jorge —respondió suavemente Jijibhoi.

—La tiene. Espera un minuto —rondó por las listas. Bajo Zanzíbar, Gobernantes, no encontró a Ahmads, ningún Abdullah; descubrió un Majid ibn Said, pero cuando comprobó la referencia se encontró con que había reinado en algún momento de la segunda mitad del XIX. Desesperadamente, Klein volvió páginas, examinando rápidamente, volviendo atrás, buscando. Finalmente alzó la vista y dijo—: ¡Está todo equivocado!

—¿*La Historia Oxford de África Oriental*?

—Los detalles de la historia de Sybille. Mira, ella dijo que este Ahmad el Astuto subió al trono de Omán en 1811 y se apoderó de Zanzíbar siete años más tarde. Pero el libro mantiene que un tal Seyyid Said al-Busaidi se convirtió en Sultán de Omán en 1806 y reinó durante cincuenta años. Fue él, no este inexistente Ahmad el Astuto, quien apresó Zanzíbar, pero lo hizo en 1828, y el gobernante al que coaccionó para firmar un tratado con él, el Mwenyi Mkuu, se llamaba Hasan ibn Ahmad Alawi, y —Klein negó con la cabeza— ...es un reparto enteramente distinto de personajes. Nada de apuñalamientos, nada de que asesinatos, las fechas son enteramente diferentes, el

asunto entero...

Jijibhoi sonrió tristemente.

—Los muertos hacen a menudo travesuras.

—¿Pero por qué inventaría ella una fantasía completa y la disfrazaría como un nuevo descubrimiento sensacional? ¡Sybille fue el estudioso más escrupuloso que jamás conocí! Ella no lo haría nunca.

—Ésa fue la Sybille que tú conociste, amigo querido. Sigo instándote a que te des cuenta de que ésta es otra persona, una persona nueva, dentro de su cuerpo.

—¿Una persona que mentiría acerca de la historia?

—Una persona que bromearía —respondió Jijibhoi.

—Sí —masculló Klein.

Que bromearía. Recuerda que para un muerto el universo entero es dúctil, nada es real, nada importa una mierda.

Que tomaría el pelo un ex marido estúpido, cargante, fastidiosamente persistente, que ha aparecido en su Pueblo Frío llevando puesto un disfraz transparente y fingiendo ser un muerto. Que inventaría no sólo una historia sino incluso sus primeras figuras, en broma, un juego, un *jeu d'esprit*. Oh, Dios mío. ¡Oh, Dios mío, qué cruel es, qué estúpido fui! Fue su forma de decirme que sabía que yo era un muerto falsificado. ¡Quid pro quo, embuste por embuste!

—¿Qué harás?

—No sé —respondió Klein.

Lo que hizo, en contra de la enérgica advertencia de Jijibhoi y de su juicio superior, fue obtener más píldoras de Dolorosa y regresar al Pueblo Frío de Sión. Habría un placer espasmódico, como el de hurgar el hueco de un diente perdido, en enfrentar a Sybille con la evidencia de su Ahmad ficticio, de su Abdullah imaginario. No consentiré más juegos entre nosotros, le diría. Dime lo que necesito saber, Sybille, y luego dejarme ir; pero dime sólo la verdad. Ensayó su discurso durante todo el camino hasta Utah, puliendo y embelleciendo. No hubo necesidad de ello, sin embargo, pues esta vez la puerta del Pueblo Frío de Sión no se abriría para él. Los escáneres escudriñaron su tarjeta falsificada de Albany y el altavoz dijo:

—Sus credenciales no son válidas.

Todo podría haber terminado ahí. Podría haber regresado a Los Angeles y recoger los pedazos de su vida. Todo este semestre había estado de licencia sabática, pero el período estival llegaba y había trabajo por hacer. Regresó a Los Angeles, pero sólo el tiempo suficiente para rellenar una maleta algo mayor, encontrar su pasaporte y conducir hasta el aeropuerto. En un dulce atardecer de mayo un jet BOAC le llevó sobre el Polo a Londres, donde, deteniéndose apenas para tomar un café y bollos en una tienda del aeropuerto, abordó otro avión que le trasladó al sudeste hacia África. Más dormido que despierto, vio flotar suavemente los hitos de ensueño: el

Mediterráneo, llegando y yéndose con rapidez asombrosa, y la alfombra leonada del desierto libio, y el poderoso Nilo, reducido al grosor de una hebra marrón cuando se mira desde diez millas de altura. Repentinamente el Kilimanjaro, envuelto en niebla, aprisionado por la nieve, surgiendo amenazador como una gigantesca ampolla bicéfala a su derecha, muy abajo, y pensó que podría ver a lo lejos, por su izquierda el resplandor distante del sol en el Océano Indico. Entonces la gran aguja del morro del avión comenzó su brusco descenso, y él se encontró, poco después, caminando en el húmedo aire caliente y la cegadora luz del sol de Dar es Salaam.

Demasiado pronto, demasiado pronto. Sintió que no estaba listo para seguir hasta Zanzíbar. Un día o dos de descanso, tal vez: eligió un hotel de Dar al azar, el Agip, por el sonido extraño de su nombre, y cogió un taxi. El hotel se veía lustroso y limpio, una cosa estilizada en el reluciente estilo de los 60, mucho más barato que el Kilimanjaro, donde había permanecido brevemente en el viaje anterior, y localizado en un agradable barrio frondoso de la ciudad, cerca del océano. Paseó por los alrededores durante un breve tiempo, descubrió que estaba totalmente exhausto, regresó a su cuarto para una siesta que se alargó por espacio de casi cinco horas y, despertando atontado, se dio una ducha y se vistió para comer. El comedor del hotel estaba lleno de musculosos hombres rubios de rostro encendido, sin chaqueta y vistiendo camisas blancas de cuello abierto, todos ellos le recordaron perturbadoramente a Kent Zacharias; pero éstos eran calientes, británicos por sus acentos; ingenieros, supuso, a juzgar por sus conversaciones. Estaban construyendo una presa y una central eléctrica en alguna parte de la costa, le pareció, o quizá una central eléctrica sin presa; bebían una gran cantidad de ginebra y hablaban con vigorosos gritos atronadores. Había también muchos hombres de negocios japoneses, cómo no, de aspecto acicalado y comedido con trajes azul profundo y corbatas estrechas, y en la mesa al lado de Klein había cinco hombres atezados de pelo rizado hablando en rápido hebreo: israelíes, seguramente. Los únicos africanos a la vista eran camareros y bármanes. Klein pidió ostras Mombasa, bistec, y una garrafa de vino tinto, y encontró la comida inesperadamente buena, aunque dejó la mayor parte de ella en su plato. Era última hora de la tarde en Tanzania, pero para él eran las diez en punto de la mañana, y su organismo estaba desorientado. Se desplomó en la cama, meditó vagamente sobre la presencia probable de Sybille a solamente unos minutos de vuelo, en Zanzíbar, y cayó en un sueño pesado del cual despertó, lo que le pareció muchas horas más tarde, para descubrir que aún faltaba un buen rato para el amanecer.

Vagabundeó a lo largo de la mañana visitando el viejo barrio nativo, caluroso y polvoriento, con calles sin pavimentar y filas de chozas de latón, y al mediodía regresó a su hotel para darse una ducha y almorzar. De nuevo la misma distribución nacional en el restaurante —británicos, japoneses, israelíes— aunque las caras

parecían diferentes. Iba por su segunda cerveza cuando entró Anthony Gracchus. El cazador blanco, ancho de hombros, pálido, de barba densamente poblada, ataviado con pantalones cortos y camisa caquis, casi parecía haberse salido del cubo de película que Jijibhoi le había enseñado tiempo atrás. Klein se encogió instintivamente, volviéndose hacia la ventana, pero demasiado tarde: Gracchus le había visto. Toda charla se fue interrumpiendo en el restaurante a medida que el hombre muerto caminaba a grandes pasos hacia la mesa de Klein, tiraba de una silla no solicitada, y se sentaba; entonces, como si un proyector de película hubiera sido detenido y ahora avanzara de nuevo, los ingenieros británicos reanudaron su griterío, aunque ahora sonaban algo tensos.

—¡Qué pequeño es el mundo! —dijo Gracchus—. Abarrotado, por lo menos. En camino hacia Zanzíbar, ¿no es eso, Klein?

—En un día o así. ¿Sabía usted que estaba aquí?

—Claro que no —los duros ojos de Gracchus centellearon astutamente—. Esto ha sido una pura coincidencia. Ella ya está allí.

—¿Ella?

—Ella, Zacharias y Mortimer. He oído que se encontró con ellos en Sión.

—Brevemente —respondió Klein—. Vi a Sybille. Brevemente.

—Insatisfactoriamente. Hasta el punto de que usted la ha seguido hasta aquí de nuevo. Déjelo, hombre. Déjelo.

—No puedo.

—¡No puede! —Gracchus frunció el entrecejo—. Una respuesta de neurótico, no puedo. Lo que quiere decir usted es no quiero. Un hombre adulto puede hacer cualquier cosa que quiera siempre que no sea una imposibilidad física. Olvídela. Usted está únicamente molestándola, por este camino, interfiriendo con su trabajo, estorbándola —Gracchus sonrió—. Con su vida. Ella lleva muerta casi tres años, ¿no comprende? Olvídela. El mundo está lleno de mujeres distintas. Usted es todavía joven, tiene dinero, no es feo, tiene una reputación profesional...

—¿Es eso lo que lo que le han mandado decirme?

—No fui enviado aquí para decirle nada, amigo. Sólo estoy tratando de salvarle de usted mismo. No vaya a Zanzíbar. Vuélvase casa y empiece su vida otra vez.

—Cuando la vi en Sión, ella me trató con desprecio —respondió Klein—. Se divirtió a mi costa. Quiero preguntarla por qué hizo eso.

—Porque usted es un caliente y ella es un muerto. Para ella usted es un payaso. Para todos nosotros es usted un payaso. No es nada personal, Klein. Simplemente hay un abismo en nuestras posiciones, un abismo demasiado ancho para que usted lo cruce. Usted fue a Sión drogado como un hombre del Tesoro, ¿no es así? ¿La cara pálida, los ojos abultados? No engañó a nadie. Por supuesto, no la engañó a ella: el juego que jugó con usted fue su forma de decirle eso. ¿No sabe usted eso?

—Lo sé, sí.

—¿Qué más quiere usted, entonces? ¿Más humillación?

Klein meneó la cabeza cansadamente y clavó los ojos en el mantel. Pasado un momento levantó la vista, y sus ojos encontraron los de Gracchus, y se asombró al darse cuenta de que confiaba en el cazador, que por primera vez en sus relaciones con los muertos sentía que se estaba encontrando con sinceridad. Respondió en voz baja:

—Estuvimos muy unidos, Sybille y yo, y entonces ella murió, y ahora no soy nada para ella. No he podido aceptar eso. La necesito todavía. Quiero compartir mi vida con ella, incluso ahora.

—Pero no puede hacerlo.

—Ya lo sé. Pero eso no me ayuda a dejar de hacer lo que estoy haciendo.

—Sólo hay una cosa que pueda compartir con ella —respondió Gracchus—. Es su muerte. Ella no se rebajará a su nivel: usted debe ascender a suyo.

—No sea absurdo.

—¿Quién es absurdo, usted o yo? Escuche, Klein. Creo que es usted un imbécil, creo que es una criatura débil, pero no me desagrada usted, no le culpo por su estupidez. Así que le ayudaré, si usted me lo permite —metió la mano en un bolsillo de su camisa y extrajo un tubo diminuto de metal con un dispositivo de seguridad en un extremo—. ¿Sabe qué es esto? Es un dardo de autodefensa, del tipo que llevan todas las mujeres en Nueva York. Muchos muertos los llevan, también, porque nunca sabemos cuándo comenzará la reacción, cuando la chusma se volverá contra nosotros. Sólo que no usamos las drogas anestésicas en nosotros mismos. Oiga, podemos entrar andando en cualquier taberna del barrio nativo y puede tener una riña decente en cinco minutos, y en la confusión le meteré uno de estos dardos, y le tendremos en el Hospital General de Dar quince minutos después, embutido en una unidad de congelación, y por unos pocos miles de dólares le podemos enviar a ser descongelado en California, y para la noche del viernes sufrirá usted reavivación en, digamos... el Pueblo Frío de San Diego. Y cuando salga de eso, usted y Sybille estarán en el mismo lado del abismo, ¿ve? Si usted está destinado a regresar junto con ella alguna vez, ésa es la única forma. Por ahí tiene una oportunidad. Por este camino no tiene ninguna.

—Es impensable —respondió Klein.

—Inaceptable, tal vez. Pero no impensable. Nada es impensable una vez que alguien ha pensado en ello. Considérelo. ¿Me lo promete? Considere la idea antes de subir a ese avión para Zanzíbar. Me quedaré aquí esta noche y mañana, y luego salgo para Arusha donde debo encontrarme con algunos muertos llegados para una cacería, y cuando quiera antes de ese momento lo haré por usted si da la orden. Considere la idea. ¿Podrá pensar en ello? Prométame que lo pensará.

—Pensaré en ello.

—Bien. Bien. Gracias. Ahora vamos a almorzar y cambiemos de tema. ¿Le gusta

a usted comer aquí?

—Me intriga una cosa. ¿Por qué tiene este lugar una clientela exclusivamente no africana? ¿Se atreven a discriminar a los negros en una república negra?

Gracchus soltó una carcajada.

—Son los negros los que quienes tienen prejuicios, amigo. Éste se considera un hotel de segunda clase. Todos los negros están en el Kilimanjaro o el Nyerere. No obstante, no es un lugar tan malo. Le recomiendo los platos de pescado, si no los ha probado usted, y hay un aceptable vino blanco de Israel que...

CAPÍTULO 8

¡Oh Señor, pensé en el dolor de ahogarse!
¡Qué ruido terrible las aguas en mis oídos!
¡Qué horribles visiones de muerte en mis ojos!
Yo creí ver un millar naufragios temibles;
Un millar de hombres de los que los peces comían;
Cuñas de oro, grandes anclas, cúmulos de perlas,
Piedras inapreciables, joyas incalculables,
Todo esparcido en el fondo del mar.
Algunas yaciendo en las calaveras de hombres muertos,
Y en los agujeros
Donde una vez habitaron ojos, avanzaban,
Como si los ojos fueran despreciables, gemas refulgentes
que enamoraban el fondo fangoso de lo profundo
y se burlaban de los huesos muertos que yacían esparcidos alrededor.

SHAKESPEARE, *Richard III*

El vino israelí —aseveraba Mick Dongan—. Bien, lo probaré alguna vez, especialmente si hay alguna pequeña ironía nítida unida a él. Veréis, allí estábamos en Egipto, en Egipto, en ese fabuloso banquete en las colinas en Luxor, y nuestro anfitrión era un príncipe saudí, ni más ni menos, en traje tradicional completo hasta las gafas de sol, y cuando saca al cordero asado sonrío diabólicamente y dice, por supuesto que podríamos beber un Mouton Rothschild, pero sólo he conseguido tener una pequeña reserva de vinos israelíes selectos en mi bodega, y puesto que creo que usted es, como yo mismo, un connoisseur de las pequeñas inconveniencias, he pedido a mi dispensero que abra una botella o dos de... Klein ¿ves a esa chica que acaba de entrar?

Es enero de 1981, primera hora de la tarde, una llovizna fina en el aire. Klein almuerza con seis colegas del Departamento de Historia en Los Jardines Colgantes sobre el Westwood Plaza. El hotel es un ziggurat enorme sobre pilares; Los Jardines Colgantes es un restaurante en el tejado, a noventa pisos de altura, de decoración neobabilónica freaky, todo él toros alados y dragones resollantes sobre los azulejos azules y amarillos, camareros con largas barbas rizadas y cimitarras en sus caderas; estrafalario club nocturno, afectada guarida de la facultad durante el día. Klein mira hacia su izquierda. Sí, una mujer hermosa, mediada la veintena, serenamente bella, de aspecto serio, tomando asiento por sí misma, poniendo en el suelo una pila de libros y unos casetes sobre la mesa ante ella. Klein no liga con chicas desconocidas: una cuestión de principios éticos, y también un asunto de timidez innata. Dongan le toma el pelo.

—Dale un repaso, ¿quieres? Juraría que es tu tipo. Sus ojos tienen el color

perfecto para ti, ¿no? —Klein ha estado quejándose, últimamente, de que hay demasiadas chicas de ojos azules en Southern California. Por alguna razón, los ojos azules le resultan perturbadores; incluso amenazadores. Sus ojos son castaños. Así son también los de ella: oscuros, cálidos, brillantes. Él cree haberla visto alguna que otra vez en la biblioteca. Quizá hasta han intercambiado miradas fugaces. Dongan dice—: Vamos. Venga, Jorge, adelante.

Klein le mira furiosamente. No irá. ¿Cómo puede entrometerse en la intimidad de esta mujer? Imponerse ante ella sería casi como una violación. Dongan sonrío con complacencia; su burlona risa insípida es un agujijón cruel. Klein se niega a dar una espantada. Pero entonces, mientras él vacila, la chica sonrío también, una sonrisa tímida y fugaz, tan rápidamente esfumada que él no está del todo seguro de que haya ocurrido; pero sí está lo suficientemente seguro, y se encuentra a sí mismo levantándose, cruzando el suelo de alabastro, revoloteando torpemente sobre ella, buscando algunas palabras inspiradas con las cuales establecer contacto, y las palabras no llegan. Pero a pesar de eso contactan por un procedimiento ya pasado de moda, mirada frente a mirada, y él queda aturdido por la intensidad de lo que pasa entre ellos en ese primer momento inexplicable.

—¿Está usted esperando a alguien? —musita él, atontado.

—No —la sonrisa otra vez, mucho menos vacilante—. ¿Le gustaría acompañarme?

Ella es una graduada, descubre rápidamente. Recién obtenido sus master, comenzando ahora su doctorado: el comercio de esclavos en África Oriental en el XIX, con hincapié específico en Zanzíbar.

—Qué romántico —responde él— ¡Zanzíbar! ¿Ha estado allí?

—Nunca. Espero ir algún día. ¿Y usted?

—Nunca. Pero siempre me interesó, desde que coleccionaba sellos de crío. Era el último país en mi álbum.

—No en el mío —responde ella—: era Zululand —resulta que ella le conoce de nombre. Incluso había estado pensando en matricularse en su curso sobre El nazismo y su Descendencia—. ¿Es usted sudamericano?

—Nacido allí. Educado aquí. Mis abuelos escaparon a Buenos Aires en el 37.

—¿Por qué Argentina? Creía que había sido un refugio de nazis.

—Lo fue. Sin embargo, también se llenó de refugiados de idioma alemán. Todos sus amigos fueron hacia allá. Pero era demasiado inestable. Mis padres salieron en el 55, poco antes de una de las revoluciones importantes, y vinieron a California. ¿Y qué hay de usted?

—Soy de familia británica. Nací en Seattle. Mi padre pertenecía al servicio consular. Él...

Aparece un camarero. Piden sándwiches sin mayor interés. El almuerzo parece

muy poco importante ahora. El contacto todavía se mantiene. Él ve el *Nostramo* de Conrad en su pila de libros; ella está hacia la mitad, y él justamente acaba de terminarlo, y la coincidencia les divierte. Conrad es uno de sus favoritos, expresa ella. Suyo, también. ¿Qué hay de Faulkner? Sí, y Mann, y Virginia Woolf, y comparten incluso cierto apego por Hermann Broch, y una aversión por Hesse. Qué extraño. ¿Óperas? Freischutz, Hollander, Fidelio, sí.

—Tenemos gustos muy teutones —comenta ella.

—Tenemos gustos muy similares —añade él. De repente se encuentra a sí mismo sosteniendo la mano de Sybille.

—Increíblemente parecidos —responde ella.

Mick Dongan les mira lascivamente desde la parte distante de la sala; Klein le dispensa un ceño terrible. Dongan guiña el ojo.

—Vámonos de aquí —dice Klein, justo cuando ella comienza a decir lo mismo.

Hablan durante la mitad de noche y hacen el amor hasta el amanecer.

Él dice solemnemente durante el desayuno:

—Debes saber que decidí hace mucho tiempo no casarme nunca y, desde luego, no tener nunca un hijo.

—Lo mismo hice yo —responde ella—. Cuando tenía quince años.

Estaban casados cuatro meses más tarde. Mick Dongan fue su padrino de boda.

Gracchus dijo, cuando dejaron el restaurante:

—¿Pensará en lo que le he dicho? ¿Querrá hacerlo?

—Lo haré —dijo Klein—. Se lo prometo.

Fue a su cuarto, empacó su maleta, pagó la cuenta del hotel, y tomó un taxi hacia el aeropuerto, llegando con abundancia de tiempo para el vuelo de la tarde para Zanzíbar. El mismo hombrecito taciturno estaba de servicio como funcionario de Sanidad cuando aterrizó, Barwani.

—Señor, ha regresado —dijo Barwani—. Pensé que podría hacerlo. La otra gente lleva aquí varios días ya.

—¿La otra gente?

—Cuando usted estuvo aquí la última vez, señor, me ofreció amablemente un anticipo para poder estar informado cuando cierta persona llegara a la isla —los ojos de Barwani brillaron—. Esa persona, con dos de sus compañeros de antes, está aquí ahora.

Klein colocó cuidadosamente un billete de veinte chelines en el escritorio del oficial de Sanidad.

—¿En qué hotel?

Los labios de Barwani no se abrieron. Evidentemente veinte chelines no cubrían sus expectativas. Pero Klein no sacó otro billete, y después de un momento Barwani respondió:

—Como la otra vez. El parlamento de Zanzíbar. ¿Y usted, señor?

—Como la otra vez —respondió Klein—. Me quedaré en el Shirazi.

Sybille estaba en el jardín del hotel, repasando las notas de investigación del día, cuando llegó la llamada telefónica de Barwani.

—No dejes que se vuelen mis papeles —le dijo a Zacharias, y entró. Cuando regresó, pareciendo molesta, Zacharias preguntó:

—¿Hay problemas?

—Sí —suspiró ella—. Jorge. Está en camino a su hotel ahora.

—Qué pesado —murmuró Mortimer—. Creí que Gracchus podría hacerle entrar en razón.

—Evidentemente no —respondió Sybille—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué te gustaría hacer? —preguntó Zacharias.

Ella sacudió la cabeza.

—No podemos permitir que esto siga así, ¿no crees?

El aire de la noche era húmedo y fragante. Las lluvias largas habían llegado y se habían ido, y la isla entera estaba bajo la mano de la enloquecida fertilidad de la nueva estación: en el exterior de la ventana de la habitación del hotel de Klein algún enorme tallo trepador extendía monstruosas flores atrompetadas, amarillas, y alrededor de los terrenos del hotel absolutamente todo estaba en flor, todo era un frenesí de húmedas frondas jóvenes. La sensibilidad de Klein reverberaba con esa sensación de vigorosa novedad universal; anduvo de arriba abajo por el cuarto, lleno de energía, tratando de idear algún plan realizable. ¿Ir inmediatamente a ver a Sybille? ¿Forzar su entrada, si era necesario, con gritos y alboroto, y exigir saber por qué ella le había contado ese cuento fantástico de sultanes imaginarios? No. No. No habría más enfrentamientos, no más lamentaciones; ahora que estaba aquí, ahora que estaba próximo a ella, la buscaría serenamente, la hablaría calmadamente, invocaría los recuerdos de su viejo amor; la hablaría de Rilke y Woolf y Broch, de tardes en Puerto Vallarta y noches en Santa Fe, de música oída y caricias compartidas. No intentaría revivir su matrimonio, pues eso era imposible, sino simplemente el recuerdo del lazo que una vez había existido; obtendría de ella algún reconocimiento de que había estado ahí y entonces, sobria y calmadamente, él conjuraría ese lazo; él y ella juntos maniobrarían para rescatarlo hablando a media voz del cambio que había caído sobre sus vidas; hasta, después de tres horas, o cuatro o cinco, conseguir por sí mismo, con ayuda de ella, aceptar lo inaceptable. Eso era todo. Él no pediría nada, no mendigaría nada, sólo que ella le ayudara durante una tarde para liberar su alma de esta vana obsesión destructiva. Incluso un muerto, incluso un caprichoso, antojadizo, volátil, arbitrario, disoluto muerto, a buen seguro entendería la conveniencia de eso, y le concedería libremente su colaboración. Seguramente. Y luego a casa, a por un nuevo comienzo, demasiado tiempo pospuesto.

Se preparó a salir.

Hubo un golpe suave en la puerta.

—¿Señor? ¿Señor? Tiene visitas abajo.

—¿Quién? —preguntó Klein, aunque sabía la respuesta.

—Una señora y dos caballeros —contestó el botones—. El taxi los ha traído desde el parlamento de Zanzíbar. Le están esperando en el bar.

—Diles que bajaré en un momento.

Se dirigió a la jarra con hielo sobre el tocador, bebió un vaso de agua fría de forma irreflexiva, mecánicamente; se sirvió un segundo vaso, apurándolo también. Esta visita era inesperada. ¿Y por qué había traído ella todo su séquito? Tuvo que luchar para recobrar esa perspectiva, esa sensación de propósito comprendido que creía haber logrado antes del aviso. Finalmente abandonó la habitación.

Iban impecablemente vestidos en esta noche húmeda. Zacharias con una casaca de color tostado y unos pantalones verde pálido, Mortimer con un caftán blanco ceñido ribeteado con un intrincado brocado, Sybille con una sencilla túnica de color lavanda. Sus caras pálidas no aparecían deterioradas por la transpiración; parecían perfectamente serenos, modelos de compostura. Nadie se sentaba cerca de ellos en el salón. Mientras Klein entraba, se levantaron para saludarle, pero sus sonrisas surgieron siniestras, no había nada de cordialidad en ellas. Klein se aferró tensamente a su pretendida calma. Dijo quedamente:

—Qué amables al venir. ¿Puedo pedirles algo de beber?

—Ya tenemos —Zacharias señaló con el dedo—. Deje que seamos sus anfitriones. ¿Qué va a tomar?

—Pimm Number Six —respondió Klein. Trató de corresponder a sus sonrisas heladas—. Llevas una túnica preciosa, Sybille. Se os ve tan engalanados a todos que me siento avergonzado.

—Tú nunca fuiste famoso por tu gusto en el vestir —respondió ella.

Zacharias regresó del mostrador con la bebida de Klein. La cogió y brindó seriamente con ellos.

Después de que un breve silencio Klein dijo:

—¿Crees que podría hablar contigo en privado, Sybille?

—No hay nada que debamos decirnos el uno al otro que no pueda decirse delante de Kent y Laurence.

—A pesar de ello.

—Prefiero que no, Jorge.

—Como gustes.

Klein miró con atención directamente en sus ojos y no vio nada allí, nada, y se acobardó. Todo lo que había tenido la intención de expresar escapó de su mente. Sólo fragmentos revueltos bailaban allí: Rilke, Broch, Puerto Vallarta. Tragó de golpe el

contenido de su copa.

Zacharias dijo:

—Tenemos un problema que discutir, Klein.

—Continúe.

—El problema es usted. Usted está causando una gran angustia a Sybille. Ésta es la segunda vez que la ha seguido hasta Zanzíbar, literalmente hasta el fin del mundo, Klein, y aparte de eso ha hecho varios intentos por entrar con engaños en un santuario cerrado en Utah, y esto interfiere con la libertad de Sybille, Klein: es una interferencia imposible, intolerable.

—Los muertos somos muertos —aseveró Mortimer—. Somos comprensivos con la hondura de sus sentimientos por su difunta esposa, pero esta persecución compulsiva suya debe terminar.

—Lo hará —respondió Klein, clavando los ojos en un punto en el muro estucado a medio camino entre Zacharias y Sybille—. Sólo quiero una hora o dos de conversación a solas con mi... con Sybille, y después le doy mi palabra de que no habrá más...

—Tal y como usted prometió a Anthony Gracchus no venir a Zanzíbar —interrumpió Mortimer.

—Yo sólo quería...

—Tenemos nuestros derechos —respondió Zacharias—. Hemos pasado a través de infierno, literalmente a través del infierno, para llegar donde estamos. Usted ha violado nuestro derecho a ser dejados en paz. Usted nos incomoda. Usted nos aburre. Usted nos molesta. Odiamos ser molestados.

Miró hacia Sybille. Ella asintió con la cabeza. La mano de Zacharias desapareció en el bolsillo del pecho de su chaqueta. Mortimer agarró la muñeca de Klein con asombrosa rapidez y movió de un tirón su brazo hacia adelante. Un pequeño tubo de metal refulgió en el puño enorme de Zacharias. Klein había visto un tubo semejante en la mano de Anthony Gracchus hacía sólo un día.

—No —jadeó Klein— ¡No creo... No!

Zacharias hundió rápidamente la fría boquilla del tubo en el antebrazo de Klein.

—La unidad congeladora está llegando —dijo Mortimer—. Estará aquí en cinco minutos o menos.

—¿Qué pasa si llega tarde? —preguntó Sybille con inquietud—. ¿Qué ocurriría si algo irreversible le sucede a su cerebro antes de que llegue?

—No está completamente muerto aún —le recordó Zacharias—. Hay tiempo. Hay tiempo de sobra. Hablé con el doctor yo mismo, un chino brillante, con perfecto dominio del inglés. Fue sumamente comprensivo. Le congelarán en un plazo de un par de minutos tras la muerte. Reservaremos pasaje de carga a bordo del avión de la mañana para Dar. Estará en los Estados Unidos dentro de veinticuatro horas, te lo

aseguro. San Diego será avisado ¡Todo saldrá bien, Sybille!

Jorge Klein yacía caído al otro lado de la mesa. La barra se había vaciado en el mismo momento en que había gritado y trastabillado hacia adelante: la media docena de clientes se habían escabullido, no muy deseosos de estropear sus vacaciones compartiendo una tarde con la presencia de la muerte, y los mozos de restaurante y los camareros, los ojos desorbitados, aterrados, habían escapado al vestíbulo. Un ataque al corazón, había anunciado Zacharias, algún tipo de ataque súbito, tal vez una apoplejía, ¿dónde está el teléfono? Nadie había visto el tubo diminuto haciendo su trabajo.

Sybille tembló.

—Si algo sale mal...

—Ya oigo la sirena —dijo Zacharias.

Desde su escritorio en el aeropuerto, Daud Mahmoud Barwani observó el voluminoso ataúd refrigerado siendo cargado a bordo del avión matutino para Dar por mozos gruñidores. ¿Y luego, y luego, y luego? Enviarían al muerto hasta el otro lado del mundo, hasta América, e infundirían vida nueva en él, y andaría otra vez entre los hombres. Barwani meneó la cabeza. ¡Esta gente! El hombre que estaba vivo está ahora muerto, y estos muertos, ¿quién sabe qué son? ¿Quién sabe? ¿Quién pudo haber anticipado que llegaría el día en que los muertos regresarían de la tumba? No yo. ¿Y quién puede prever en lo que nos convertiremos todos nosotros, dentro de cien años? No yo. No yo. Dentro de cien años yo estaré descansando, pensó Barwani.

CAPÍTULO 9

«Morimos con los que mueren:
Mirad. Se alejan y nosotros con ellos
Hemos nacido con los muertos:
Mirad. Vuelven y nosotros con ellos.

T. S. ELIOT, *Little Gidding*

En el día de su despertar no vio a nadie salvo a los asistentes de la casa de reavivado, quienes le bañaron y le alimentaron y le ayudaron a caminar lentamente alrededor de su habitación. No le dijeron nada, ni él a ellos; las palabras parecían irrelevantes. Se sintió extraño en su piel, demasiado cómodamente contenido, como si toda su vida hubiera llevado puestas ropas mal ajustadas y ahora hubiera encontrado por primera vez un sastre competente. Las imágenes que sus ojos le traían eran cortantes, extrañamente claras, y débilmente aureoladas por los colores del prisma, un efecto que desapareció imperceptiblemente a lo largo del día. El segundo día fue visitado por el padre Guía de San Diego, en absoluto el patriarca formidable que él había imaginado, sino más bien un ejecutivo frío, eficiente, rondando la cincuentena, que le saludó cordialmente y le informó con brevedad de las disciplinas y las rutinas que debería dominar antes de poder salir del Pueblo Frío.

—¿Qué mes es?

Preguntó Klein, y el padre Guía le dijo que era junio, el diecisiete de junio de 1993. Había dormido cuatro semanas.

Ahora es la mañana del tercer día después de su despertar, y tiene a invitados: Sybille, Nerita, Zacharias, Mortimer, Gracchus. Se colocan en su cuarto y permanecen formando un arco al pie de su cama; resplandecen al fulgor de la luz que atraviesa las estrechas ventanas. Como semidioses, como ángeles, brillando intensamente con un deslumbrante resplandor interior, y ahora él está en su compañía. Le abrazan formalmente. Gracchus primero, luego Nerita, después Mortimer. Zacharias avanza a continuación hacia su cabecera: Zacharias, que le envió en brazos de la muerte, y sonrío a Klein y Klein devuelve la sonrisa, y se abrazan. Entonces es el turno de Sybille: ella desliza su mano entre las de él, él la atrae, sus labios pasan rozando su mejilla, la toca, su brazo rodea sus hombros.

—Hola —susurra ella.

—Hola —responde él.

Le preguntan cómo siente, cómo de rápido regresan sus fuerzas, si ha estado ya fuera de la cama, cuánto tardará en comenzar su secado. El estilo de su conversación es el estilo sesgado, elíptico, propio de los muertos, pero no totalmente el beodo recortado y críptico, la clase de conversación que normalmente usarían entre ellos; le

están favoreciendo, conduciéndole poquito a poco al interior de sus costumbres. Al cabo de cinco minutos cree que está obteniendo la habilidad necesaria.

Dice, usando su taquigrafía verbal:

—He debido ser gran carga para vosotros.

—Lo fuiste, lo fuiste —asiente Zacharias—. Pero todo eso ha terminado.

—Te perdonamos —dice Mortimer.

—Te damos la bienvenida —afirma Sybille.

Hablan de sus planes para los meses siguientes. Sybille casi ha terminado su trabajo en Zanzíbar; se retirará al Pueblo Frío de Sión durante los meses de verano para escribir su tesis. Mortimer y Nerita van a México para recorrer los antiguos templos y pirámides. Zacharias va a Ohio, hacia sus queridos túmulos. En otoño se reagruparán en Sión y planearán la diversión del invierno: una excursión a Egipto, tal vez, o a Perú, a las cumbres del Machu Picchu. Las ruinas, los emplazamientos arqueológicos, les fascinan; en los lugares donde la muerte ha sido más activa, su alegría es más intensa. Están excitados, emocionados, charlatanes, hablando virtualmente por los codos, ahora. Luego iremos a Zimbabwe, a Palenque, a Angkor, a Knossos, a Uxmal, a Nínive, a Mohenjodaro. Y mientras siguen sin parar, hablando con manos y ojos y sonrisas, e incluso palabras —incluso palabras, torrentes de palabras—, se desdibujan y se vuelven irreales para él; son meros títeres danzantes dando tumbos sobre un escenario mal pintado, son insectos que zumban, avispas o abejas o mosquitos, con toda su conversación sobre viajes y festivales, sobre Boghazkby y Babilonia, sobre Megiddo y Massada; y deja de oírlos, deja de sintonizarlos, miente allí sonriendo, los ojos vidriosos, la mente a la deriva. Le desconcierta el hecho de tener tan poco interés en ellos. Pero entonces entiende de pronto que es una señal de su liberación. Está liberándose de las viejas cadenas. ¿Se unirá a su grupo? ¿Por qué debería hacerlo? Quizá viajará con ellos, quizá no, a medida que el capricho se apropie de él. Más probablemente no. Casi seguramente no. Él no necesita su compañía. Él tiene sus intereses. Él ya no seguirá a Sybille por todas partes. Él no necesita, él no quiere, él no pretenderá. ¿Por qué debería convertirse en uno de ellos, desarraigado, un peregrino amoral, un fantasma hecho carne? ¿Por qué debería abrazar los valores y las costumbres de esta gente que le ha dado muerte tan desapasionadamente como podría aplastar un insecto, sólo porque él los había aburrido, porque los había molestado? Él no los odia por lo que le hicieron, no siente un resentimiento que pueda identificar, simplemente elige separarse a sí mismo de ellos. Dejarlos flotar de ruina en ruina, dejarlos perseguir la muerte de continente en continente: él seguirá su propio camino. Ahora que ha cruzado la interfaz se encuentra con que Sybille ya no tiene importancia para él. Oh, señor, las cosas cambian.

—Nos iremos ahora —dice suavemente Sybille.

Él asiente. No responde otra cosa.

—Te veremos después de tu secado —le dice Zacharias, y le toca ligeramente con sus nudillos, un gesto de despedida usado sólo por los muertos.

—Te veo —dice Mortimer.

—Te veo —dice Gracchus.

—Pronto —dice Nerita.

Nunca, responde Klein, expresándolo sin palabras, pero ellos le entenderán. Nunca. Nunca. Nunca. Nunca veré a ninguno de vosotros, nunca te veré a ti, Sybille. Las sílabas resuenan a través de su cerebro, y la palabra nunca, nunca, nunca comienza a rodar sobre él como el oleaje de la ruptura, limpiándole, purificándole, curándole. Es libre. Está solo.

—Hasta luego —se despide Sybille desde el vestíbulo.

—Hasta luego —responde él.

Pasaron años antes de que la viese de nuevo. Pero consumieron los últimos días del 99 juntos, disparando a los dedos bajo la sombra del poderoso Kilimanjaro.

EL AUTOR DE LAS SEMILLAS DE ACACIA Y OTROS EXTRACTOS DEL DIARIO DE LA SOCIEDAD DE ZOOLOGÜISTAS

URSULA K. LE GUIN

A finales del siglo XIX un científico muy conocido dogmatizó que la humanidad había aprendido todas las leyes importantes de la naturaleza, que ninguna otra cosa quedaba por conocer pues la precisión de los cálculos aplicados tan solo podía dejar en el aire pequeños restos sin importancia. Conociendo los profundos cambios que desde entonces ha experimentado la ciencia, tal dogma ha llegado a ser una mera broma. Todavía, a veces, pensamos que efectivamente estamos en posesión de todos los conocimientos básicos y que ninguna cosa futura constituirá una sorpresa. En esta corta e ingeniosa pieza, cuyo título original es *The Author of the Acacia Seeds and Other Extracts from the Journal of the Association of Therolinguistics*, Ursula K. Le Guin sugiere que quedan muchas cosas por aprender: que la humanidad puede vivir durante un millón de años rodeada de seres inteligentes, cuyas formas artísticas se encuentran ante nuestros propios ojos, esperando tan sólo ser descifradas.

MANUSCRITO ENCONTRADO EN UN HORMIGUERO

Los mensajes, escritos con exudación de glándulas sensitivas, fueron hallados sobre la superficie de infecundas semillas de acacia colocadas en hilera al final de un túnel estrecho e irregular, posiblemente una desviación de otro más profundo y vertebral de la colonia. Lo primero que llamó la atención de los investigadores fue el peculiar sentido del orden que manifestaba la posición de las semillas.

Los mensajes son fragmentarios y la traslación peca de aproximativa, en parte debido a la inexcusable necesidad de interpretar; pero el texto es rico en sugerencias, principalmente por su novedad con respecto a los restantes escritos fórmicos que conocemos.

Semillas 1-13

(No deseo) pulsar las antenas. (No quiero) golpear. (Quiero) verter sobre secas semillas (mi) dulzura de alma. Pueden encontrarlas cuando (yo haya) muerto. ¡Palpa esta seca madera. (¡Soy yo quien) habla! (¡Yo estoy) aquí!

Como alternativa, este pasaje puede ser leído:

(No debes) pulsar las antenas. (No debes) golpear. (Puedes) verter sobre secas semillas (tu) dulzura de alma. Pueden encontrarlas cuando (hayas) muerto. ¡Palpa

esta seca madera! Habla: (¡Yo estoy) aquí!

En el no muy conocido dialecto de las Hormigas es omitido el uso de pronombres personales, excepto los de la tercera persona de singular y plural y la primera del plural. En este texto que comentamos sólo aparecen las formas radicales de los verbos; de manera que no podemos decidir si se trata de una autobiografía o un manifiesto.

Semillas 14-22

Largos son los túneles. Más largo es Lo-que-no-es-túnel. Ningún túnel puede alcanzar la longitud de Lo-que-no-es-túnel. Pues Lo-que-no-es-túnel posee más distancia que la que puede recorrerse en diez días (es decir, la eternidad). ¡Salve!

El signo traducido como «¡Salve!» corresponde a la mitad del acostumbrado saludo «¡Salve la Reina!», o «¡Larga vida a la Reina!», o «¡Hurra por la Reina!», sin embargo, el signo correspondiente a «Reina» ha sido omitido.

Semillas 23-29

Como la hormiga entre hormigas bárbaras es asesinada, así la hormiga sin hormigas parece sin remedio; pero permanecer sin hormigas es tan dulce como melado rocío.

No es propiamente un asesinato lo que se comete sobre las hormigas que se introducen en otras colonias. Aislada de sus compañeras, muere invariablemente en el curso de uno o dos días. La dificultad de este pasaje se encuentra en el signo «sin hormigas», que para nosotros toma el sentido, más propio, de «solitario», concepto, no obstante, para el que no existe signo alguno en el léxico fórmico.

Semillas 30-31

¡Come los huevos! ¡Arriba la Reina!

En torno a la frase encontrada en la semilla 31 se ha desatado multitud de disputas. Se trata de un punto importante, ya que el sentido de todos los textos anteriores podría ser desentrañado plenamente a la luz de la última exhortación transcrita. El Dr. Rosbone arguye ingeniosamente que el autor, una obrera estéril y sin alas, suspira inútilmente por llegar a convertirse en un apuesto macho alado y fundar una nueva colonia, remontándose por los aires en el vuelo nupcial con una nueva Reina. Aunque, ciertamente, el texto permite tal lectura, estamos convencidos por nuestra parte que nada en el escrito supone cosa semejante, y menos todavía la frase

que se lee en la semilla inmediatamente anterior, la número 30: «¡Come los huevos!» Su lectura, aunque sorprendente, no reporta duda ninguna.

En lo concerniente a nuestra postura, nos atrevemos a sugerir que la confusión resultante del texto de la Semilla 31 tiene origen en una interpretación etnocéntrica del término «arriba». Entre nosotros, la palabra «arriba» contiene una denotación benigna. No así, en cambio, no necesariamente así, repetimos, para una hormiga. «Arriba» indica el lugar de donde procede el alimento, de esto no hay duda; pero «abajo» implica la dirección de la seguridad, de la paz, del hogar. «Arriba» se encuentra el sol abrasador; la gélida noche... sin el refugio de los amados túneles... exilio, en suma, la muerte. Justo aquí es donde queremos señalar lo siguiente: este extraño autor, en la soledad de su abandonado túnel, abrumada por el desamparo, concibe lo que para una hormiga constituye la más abominable blasfemia: lo que expresa la correcta lectura de las Semillas 30 y 31: lo que en términos humanos dice:

¡Come los huevos! ¡Abajo la Reina!

Un ya apergaminado cuerpo de pequeña obrera fue encontrado junto a la Semilla 31 cuando ocurrió el insólito descubrimiento del manuscrito. La cabeza había sido desgajada del tórax, probablemente por obra y gracia de las mandíbulas de algún soldado de la colonia. Las semillas, delicadamente dispuestas, como persiguiendo la gracia figurativa de un pentagrama musical, no habían sido tocadas. (La casta militar de las hormigas es analfabeta; más aún, puede atribuirse el desinterés del soldado a la ausencia de materia comestible en los objetos tan brillantemente dispuestos). Ninguna hormiga de la colonia ha quedado con vida; fueron masacradas en el curso de una guerra con un hormiguero vecino, poco tiempo después de la muerte del Autor de las Semillas de Acacia.

G. D'Arbay, T. R. Bardol

PROCLAMA DE UNA EXPEDICIÓN

La extrema dificultad que presentaba el acceso a la literatura de los Pingüinos ha sido por fin subsanada por el empleo de filmadoras submarinas. Gracias a las películas al menos nos ha sido posible repetir y repasar con todo detalle las fluidas frases de tal escritura, hasta el punto de que, con tenaz empeño y paciente estudio, muchos elementos de este elegantísimo y rico acervo cultural han podido ser conocidos, aunque muchos matices (y tal vez la esencia) necesariamente queden ignorados.

Fue el Profesor Duby quien, al apuntar posibles filiaciones del escrito con el Ganso Silvestre hizo realizable la tarea de formular el primero aunque rudimentario léxico pingüino. Así, pues, las analogías con el idioma delfín, que por entonces

constituían estudio común, han resultado ser bastante equivocadas.

Verdaderamente, parecía extraño que señales manifestadas casi enteramente por alas, cuello y contorno general pudieran suministrar la clave de la poesía de estos literatos de agua, con su cuello corto y ridículas alas. Sin embargo, opinamos que no debiera parecer tan extraño si consideramos, a despecho de cualquier grosera apariencia que nos refute, que los pingüinos son pájaros.

Por el hecho de que los escritos pingüinos ofrezcan manifiesta semejanza de *forma* con la literatura delfín, no debemos abandonarnos en manos del prejuicio que la haría también partícipe de una similitud de *contenido*. Pues realmente ello no ocurre. Hay, de hecho, un idéntico sentido de la agudeza, extraordinarios brotes de humor, rica invención e inimitable gracia. De los miles de culturas literarias que coexisten en el acervo acuático, sólo unas cuantas despliegan el humor sobre todas las cosas, especialmente de manera sencilla y primitiva; y baste como ejemplo la confrontación entre la soberbia elegancia del Tiburón o el Tarpón y el alegre vigor de los escritos cetáceos. La alegría, la fuerza, el humor, son justamente caracteres del elenco literario de los autores pingüinos, sobre todo de muchos de los más fines *auteurs* focas. Ciertamente, la temperatura de la sangre constituye un nexo a considerar. ¡Pero, señores, la conformación del útero y el cerebro levantan una indiscutible barrera! Los delfines no ponen huevos. Un mundo de diferencias se encuentra en este simple hecho. Sólo cuando el Profesor Duby nos hizo reconsiderar que los pingüinos son pájaros, que ellos no nadan sino que *vuelan en el agua*, sólo entonces, decimos, pudieron los zoolingüistas comenzar a estudiar científicamente, con todo el peso del término, la literatura marina de los pingüinos; sólo entonces, insistimos, los kilómetros de película empleados pudieron ser reexaminados con propiedad y, finalmente, apreciados.

Pero aún pesan sobre nosotros muchas dificultades de traslación.

Un satisfactorio y progresivo paso hacia delante ha sido dado ya en Adélie. Las dificultades de filmación de un grupo cinético en un agitado mar, tan espeso como una sopa de guisantes y plancton, a una temperatura del 31º Fahrenheit, han sido considerables; pero la perseverancia del círculo literario Ross Ice Barrier ha sido plenamente recompensada con, por ejemplo, la obtención de pasajes tales como «Bajo el iceberg», de la *Canción del Otoño*, pasaje conocido ahora mundialmente, gracias a la interpretación de Anna Serebryakova, del Ballet de Leningrado. Ningún homenaje verbal puede aproximarse siquiera a la sublimidad desplegada en la versión de Miss Serebryakova. No hay forma de reproducir por escrito la tan importante *multiplicidad* del texto original, tan bellamente ejecutada por los soberbios coros de la compañía del Ballet de Leningrado.

Evidentemente, lo que designamos como «traslación» más arriba, refiriéndonos al texto de Adélie, no es, si hablamos francamente, sino un compendio de meras notas,

como un libreto de ópera huérfano de partitura. La versión del ballet es la versión verdadera. Ninguna palabra puede completarla.

Quisiera ahora sugerir, aunque esta sugerencia sea acogida con actitudes de ira o desvergonzada risa, que, *para el zoolingüista*, tan opuesto al artista y al aficionado, la cinética acuática del pingüino constituye el campo menos prometedor de su estudio, y menos todavía el correspondiente a los textos de Adélie, con todo su hechizo y relativa simplicidad, atreviéndome a destacar su mediocridad con respecto al Emperador.

¡El Emperador! Anticipo a mis colegas la responsabilidad de esta sugerencia. ¡Emperador! ¡El más difícil, el más arcano de todos los dialectos pingüinos! La lengua de la que el propio Profesor Duby ha subrayado: «La literatura del pingüino emperador es tan prohibida, tan inaccesible, como el mismo helado corazón de la Antártida. Sus bellezas pueden ser celestiales, pero no están a nuestro alcance».

Posiblemente. No subestimo las dificultades: no al menos las que se relacionan con el temperamento del pingüino imperial, mucho más reservado y ascético que todos los restantes pingüinos. Pero, paradójicamente, yo sitúo mi esperanza en esta característica reserva. El emperador no es solitario sino que, por naturaleza, puede ser calificado de pájaro social, y habita en colonias, como la especie de Adélie, cuando llega la temporada de la reproducción; sólo que esas colonias son mucho más reducidas, mucho más tranquilas que las de Adélie. Los lazos entre los miembros de una colonia emperador son más personales que sociales. El emperador es un individualista. De aquí mi opinión de que la literatura propia del emperador sea solista y no coral, personal y no colectiva; de aquí también que pueda ser trasladada a términos humanos. Admito que puede ser una literatura cinética, en efecto, pero ¡qué diferencia con esa elástica, polimórfica, vertiginosa literatura coral de los mares! Un concreto análisis, una exacta transcripción pueden ser posibles por fin.

¡¿Y qué?! —dirán mis críticos—. ¿Vamos, sin más, a lanzarnos hasta Cabo Crozier, entre tinieblas y ventiscas, a sesenta grados bajo cero, por la simple esperanza de recuperar la problemática poesía de unos cuantos extraños pajarracos que habitan en esos lugares, en pleno invierno, entre las tormentas de nieve, a sesenta grados bajo cero, posados sobre hielos eternos con un huevo a los pies?

Mi respuesta, señores, es Sí. Pues, al igual que el Profesor Duby, mi instinto me dice que la belleza de esa poesía constituye lo menos terrenal que podemos encontrar sobre la tierra.

A aquéllos de mis colegas que se sienten fortalecidos y animados por el espíritu de la curiosidad científica y el riesgo estético, yo les digo que apelen a su imaginación: el hielo, las cortinas de nieve, las tinieblas, los prolongados alaridos del viento. En esa espantosa desolación una pequeña pléyade de poetas permanece agazapada. Están hambrientos, hace semanas que no comen. A los pies de cada uno,

bajo cálido techo emplumado, yace un gran huevo que no teme los mortales zarpazos del frío. Los poetas no se escuchan entre ellos, no pueden cruzar recíprocas miradas. Tan sólo siente el calor del otro. Tal es su poesía; tal es su arte. Como cualquier literatura cinética, ésta abandona la palabra y se condensa en el silencio; al contrario que otras literaturas cinéticas, ésta es principalmente inmóvil, tenue, inefablemente sutil. El fruncimiento de una pluma, el imperceptible soplo de un ala; el apenas escaso roce entre cualesquiera de sus partes. Entre la indecible, misérrima indigencia, la afirmación. En el reino de la ausencia, la presencia. En la muerte, la vida.

Señores, he obtenido una considerable subvención de la UNESCO y he organizado una expedición. Todavía tenemos cuatro plazas libres. El viernes zarpamos para la Antártida. Si alguno de ustedes quiere unirse a nosotros, sea bienvenido.

D. Petri

EDITORIAL, POR EL PRESIDENTE
DE LA SOCIEDAD DE ZOOLOGÜISTAS

¿Qué es el Lenguaje?

Esta pregunta, capital para la ciencia de los zoolingüistas, ha sido contestada — cierto que un tanto heurísticamente— por la misma existencia de la ciencia. El lenguaje es comunicación. Éste es el postulado sobre el que descansa nuestra teoría y nuestra investigación, y del que proceden nuestros descubrimientos; y es el hecho que esos mismos descubrimientos ratifican la veracidad del postulado. Pero al enunciar una pregunta, afín pero no idéntica, como qué cosa puede ser el Arte, nos encontramos con una ausencia de respuestas satisfactorias.

Tolstoi, en el libro cuyo título es esa misma pregunta, respondió de manera clara y rotunda: el Arte es también comunicación. Una definición semejante ha sido aceptada, según mi más profundo convencimiento, con excesiva precipitación, sin el menor asomo de revisión y crítica por parte de los zoolingüistas. Por ejemplo, para hacerlo notar de alguna manera, ¿por qué los zoolingüistas estudian solamente animales?

¿Por qué? Porque las plantas no se comunican.

Las plantas no se comunican; esto es un hecho. Por consiguiente las plantas carecen de lenguaje; muy bien; hasta aquí sigue funcionando nuestro axioma de base. Por lo tanto, es obvio, las plantas no tienen arte. ¡Un momento, sin embargo! Esta última aseveración no parte de nuestro postulado básico, sino tan sólo del indemostrado argumento tolstoiano.

¿Qué ocurriría si el arte no fuera comunicación?

¿O qué, si una parte de la producción artística lo fuera y la otra no?

Nosotros, animales en definitiva, capaces de realizar actos, sujetos a dependencias, buscamos (debo decir que con exceso) un arte comunicativo, activo, dependiente; y cuando lo encontramos no podemos menos que reconocerlo. El desarrollo de este poder para detentar, así como la habilidad en las matizaciones, constituye una reciente y gloriosa proeza.

Ante lo cual me permito insinuar que, pese a los prodigiosos progresos llevados a cabo por los zoolingüistas durante las últimas décadas, nos encontramos todavía en el umbral de una verdadera edad del dominio zoolingüista. Por ello mismo no debemos convertirnos en esclavos de nuestras antiguas tesis. Aún no se han abierto nuestros ojos a los vastos horizontes que ante ellos se despliegan. En suma, no nos hemos encarado con el casi terrorífico desafío de la Planta.

Si no en tanto que comunicación, el arte vegetal existe, y ello debe conducirnos a la revisión de algunos de los conceptos de nuestra ciencia y a preparar un competente equipo de técnicos.

Pues no es tan sencillo eludir las exigencias críticas y técnicas que, necesarias para el estudio de los misteriosos asesinatos de la Comadreja, el erotismo del Batracio, la saga perforadora de la Lombriz, no son menos imprescindibles para afrontar el arte de la Secoya, la cadencia del Junco y muchas otras.

Esto ha sido irrevocablemente demostrado, paradójicamente, por el fracaso — noble fracaso, sin embargo— de los esfuerzos del Dr. Srivas, de Calcuta, al usar cámaras fotográficas con el objetivo abierto en exposición, a fin de registrar un léxico del Girasol. Su intento fue un desafío, pero condenado a la derrota. Pues su proyecto era cinético, un método apropiado a las artes *comunicativas* de las tortugas, las ostras y los perezosos. Había observado la extrema lentitud del movimiento de las plantas y sólo a partir de este dato debía ser resultado el problema.

Problema que fue en aumento. El arte que él pretendía descubrir, si realmente existía, era un arte sin comunicación, y probablemente un arte exento de movimiento. Es posible que el Tiempo, ese elemento esencial, matriz y parámetro de todo arte animal conocido, no participe necesariamente del arte vegetal. Las plantas pueden muy bien usar un compás cuyo modelo sea la eternidad. Es algo que desconocemos.

Realmente se trata de algo que no conocemos. Todo cuanto hemos podido averiguar al respecto es que el Arte considerado como vegetal es completamente diferente del Arte animal. Qué es no podemos decirlo, pues todavía no lo hemos descubierto. Aún con cierta inseguridad puedo afirmar que existe, y cuando sea demostrada su existencia y conocida su esencia, ésta no consistirá en una acción sino en una reacción: advertiremos que no se tratará de una comunicación sino de una recepción. Será exactamente lo contrario de cuanto sabemos y podemos identificar. Será el primer arte-pasivo que conozcamos.

Pero ¿podemos verdaderamente conocerlo? ¿Podemos verdaderamente entenderlo?

La empresa estará llena de dificultades. Ello es obvio. Sin embargo no debemos desesperar. Recuérdese que, incluso en pleno siglo xx, muchos artistas y científicos no creían en la posibilidad de que el Delfín llegara a ser comprendido por el cerebro humano. Una actitud semejante por nuestra parte nos llevaría a ser el hazmerreír de nuestros sucesores, de tal manera que cualquier fitolingüista dirá a algún crítico de estética: «¿Advierte usted que eran incapaces hasta de leer las Berenjenas?». Así, sonreirán ante nuestra ignorancia; y mientras continuarán aumentando sus éxitos, registrando, por ejemplo, la lírica de los líquenes sobre la cara norte de Pike's Peak.

Y con ellos, o después de ellos, aunque al principio no más que como aventurero osado, aparecerá la figura del geolingüista, que, ignorando, casi despreciando, el delicado tránsito hacia la lírica liquen, querrá aprehender lenguajes todavía menos comunicativos, todavía más pasivos, enteramente atemporales: la fría y volcánica poesía de las rocas, cada una de las cuales será una palabra lanzada por la tierra desde tiempos inmemoriales, en la inmensa soledad, inmensa confraternidad del cosmos.

ÍCARO DE LAS TINIEBLAS

BOB SHAW

Bob Shaw, oriundo de Belfast, Irlanda del Norte, trasladado a Inglaterra huyendo de la guerra civil recientemente estallada en su país, es quizá más consciente que los mismos norteamericanos de lo que supone la gigantesca ola de violencia que azota el mundo contemporáneo. En *Dark Icarus* nos ofrece un ingenioso relato futurista en el que la gente posee la facultad cotidiana de volar por los aires mediante unidades individuales de antigraavedad, y las pesquisas que una policía de tráfico aéreo realiza en torno a un asesino que ha encontrado nuevos caminos para el crimen...

El cadáver del polizonte se deslizaba oblicuamente a una altura de unos tres mil metros, en dirección a la zona de control de Birmingham. Era una noche de invierno y la temperatura que imperaba a esa altura, por debajo de los cero grados, había agarrotado sus miembros y recubierto enteramente su cuerpo de una oscura escarcha. La sangre, que había fluido por entre el resquebrajado blindaje, habíase congelado sobre la especie de cangrejo que rodeaba el pecho del hombre con los émulos de pinzas. El cuerpo, en correcta posición de vuelo, se mecía indefenso a merced de incontroladas corrientes, experimentando un extraño deslizamiento a través del espacio. Situada sobre la cintura, podía verse una insistente luz del tamaño de un guisante que parpadeaba en progresivo descenso, bajo una espesa capa de hielo.

Robert Hasson, sargento de la Policía del Aire, se encontraba más cansado e irritable que si hubiera realizado una jornada de ocho horas de vuelo. Había permanecido en el cuartel general hasta la hora del almuerzo, dictando y recibiendo informes, ocupado en formalidades con el propósito de obtener un balance de sus gastos y pagos en el curso de los dos últimos meses. Y entonces, justo cuando se disponía a marcharse a casa, bastante disgustado, fue requerido en la oficina del capitán Nunn para echar una nueva ojeada sobre el asunto de los Ángeles Wellwyn. Los cuatro Ángeles detenidos.

—Joe Sullivan, Flick Bugatti, Denny Johnston y Toddy Thomas —se encontraban sentados a un lado del despacho, pudiendo verse todavía sobre sus cuerpos los engranajes de vuelo.

—Le diré qué es lo que me molesta de todo este asunto —decía Bunny Ormerod, el anciano abogado, con la actitud propia de su oficio—. La indiferencia rutinaria de la policía. La despreciativa dureza con que los rancios burócratas aceptan la trágica muerte de un niño —Ormerod se volvió protectoramente hacia los cuatro Ángeles, con cierta complicidad en su gesto—. Uno podría llegar a pensar que se trata de

cotidiana rutina.

Hasson se encogió de hombros.

—Así es, prácticamente —dijo.

Ormerod abandonó su boca a una indolente mueca, al tiempo que giraba el objetivo de la pequeña filmadora prendida de su camisa de seda hacia la figura de Hasson.

—¿Tendría la amabilidad de repetir esa declaración? —preguntó.

Hasson posó la mirada directamente sobre el objetivo del aparato registrador, ahora enteramente al descubierto.

—Prácticamente, cada día o cada noche, sucede que algún retrasado mental se ajusta un mecanismo contragravitatorio, se pone a volar a una velocidad de quinientos o seiscientos kilómetros por hora y, pensando que es Superman, merodea por entre los bloques de viviendas. Entonces estás perdido. Y no exagero. Créame, yo no los condeno por cagarse en las paredes de los edificios. —Hasson advirtió que Nunn se removía tras su abarrotada mesa, pero continuó obstinadamente—. El asunto sólo nos concierne cuando comienzan a despanzurrar a la gente. Sólo entonces me pongo a perseguirlos.

—Usted los caza abajo.

—No hago otra cosa.

—Me refiero a la forma en que usted captura a estos niños.

Hasson miró a los Ángeles con frialdad.

—No veo aquí ningún niño. El más joven de esta banda tiene dieciséis años.

Ormerod dirigió una sonrisa de conmiseración hacia los cuatro Ángeles vestidos de negro.

—Vivimos en un mundo difícil y complejo, sargento —dijo—. Para un joven que tiene dieciséis años, no es fácil, precisamente a causa de su edad, la comprensión del mundo que lo rodea.

—Mierda —comentó Hasson. Miró nuevamente a los Ángeles y señaló a un rechoncho y barbudo mozalbete sentado tras ellos—. Tú, Toddy, acércate.

Los ojos de Toddy parpadearon brevemente.

—¿Para qué? —preguntó.

—Quiero que enseñes tus insignias a Mr. Ormerod.

—Ni hablar. No quiero —respondió Toddy con engreimiento—. Me parece un abuso.

Hasson suspiró, se dirigió hacia el grupo formado por los cuatro Ángeles, agarró a Toddy por las solapas y lo condujo hasta donde Ormerod estaba como si lo que arrastraba no fuera sino un fardo de cuero barato. Tras él se escuchó un rumor de frenéticas protestas y el crujido de las sillas al moverse, en tanto Toddy era arrancado del coto protector de sus compañeros. La oportunidad de expresar sus sentimientos

mediante la acción, por limitada que ésta fuera, proporcionaba a Hasson una satisfacción cercana a cualquier efectiva terapéutica.

Nunn se irguió a medias y exclamó:

—Sargento, ¿qué supone usted que está haciendo?

Hasson ignorándolo por completo, se dirigió a Ormerod.

—¿Ve este emblema? ¿La «F» grande con alas? ¿Sabe qué significa?

—Para mí no tiene más interés que lo que pueda significar su propia conducta, sargento —respondió Ormerod, al tiempo que una de sus manos, en un ademán pretendidamente casual, bloqueaba el objetivo de su pequeña filmadora. Hasson comprendió el gesto: la reciente legislación estipulaba que los tribunales rehusaran considerar cualquier evidencia filmada a menos que fuera entregado como prueba todo el carrete y era evidente que Ormerod no quería registrar la existencia de la insignia.

—Échele una ojeada, ande. —Hasson repitió la descripción de la insignia para que fuera recogida por la grabadora de sonido adjunta a la fumadora—. Significa que nuestro niño entre comillas ha practicado actos sexuales agarrado a su presa en libre caída. Y está orgulloso de ello, ¿no, Toddy?

—¿Mister Ormerod? —Los ojos de Toddy se detuvieron suplicantes en la cara del abogado.

—Por su propio bien, sargento, creo que debería dejar marchar a mi cliente —dijo Ormerod. Su pequeña mano mariposeaba todavía frente al objetivo de la filmadora.

—Claro que sí. —De un zarpazo arrancó Hasson la filmadora de la camisa de Ormerod, dejando un agujero en su lugar, y la irguió frente al pecho de los Ángeles y sus ordenadas insignias. Apartó luego a Toddy de su lado y devolvió la filmadora a Ormerod con un amanerado y sarcástico gesto de cortesía.

—No debió hacerlo, Hasson. —Los aristocráticos modales de Ormerod comenzaban a dejar paso a la ira que permanecía oculta—. Su comportamiento explica a gritos que se trata de una venganza personal contra mi cliente.

Hasson rió.

—Toddy no es su cliente. Usted fue contratado por el padre de Joe Sullivan para intentar salvarlo de una acusación de homicidio impremeditado, y ocurre que el simplón de Toddy se encuentra en el mismo lío.

Joe Sullivan, sentado entre los otros tres Ángeles, abrió la boca para responder pero al punto cambió de idea. Parecía mejor preparado que sus compañeros.

—Vale, Joe —le dijo Hasson—. Recuerdas perfectamente que la voz cantante debe llevarla el picapleitos. —Sullivan pareció resentirse y guardó silencio con la mirada puesta sobre los azules nudillos de sus puños apretados.

—Me parece que no sacamos nada en claro —dijo Ormerod a Nunn—. Tengo que hablar en privado con mis clientes.

—Hágalo —soltó Hasson—. Dígales que se borren la pintura de guerra. ¿No es eso lo que le preocupa? A ver si la próxima vez me encuentro con algo mejor. —Aguardó impasible, en tanto Ormerod y dos policías acompañaban a los cuatro Ángeles fuera de la habitación.

—No le entiendo —dijo Nunn tan pronto como los otros hubieron salido—. ¿Qué es lo que cree estar haciendo exactamente? Ese chico puede declarar que usted lo ha estado maltratando...

—Ese chico, como usted lo llama, sabe dónde podemos encontrar al Fogonero. Todos ellos lo saben.

—Ha sido usted demasiado duro con ellos.

—No lo afirme tan aprisa. —Hasson sabía perfectamente cuándo se sobrepasaba y cuándo no, pero era demasiado obstinado para retractarse y reconocer sus excesos.

—¿Qué quiere decir? —Nunn hizo una mueca remilgada que, sin embargo no tenía nada de inofensiva.

—¿Por qué se me ha obligado a hablar con ese hato de chulos en esta oficina? ¿Qué pasa con los despachos disponibles en el piso de abajo? ¿Acaso sólo somos una banda de asesinos los que no hemos obtenido dinero del viejo Sullivan por bajo manga?

—¿Está usted diciendo que yo he aceptado dinero de Sullivan?

Hasson reflexionó un momento.

—No creo que sea ése su caso —dijo—. Permítame aclararle un punto. Sé a ciencia cierta que esos cuatro han volado con el Fogonero. Si pudiera estar solo con cualquiera de ellos, al menos media hora, entonces yo...

—Usted mismo se ha quemado, Hasson. Parece no darse cuenta de que no se puede ir por el mundo sin saber el suelo que se pisa. Usted es un policía del aire, y esto significa que la gente no quiere nada con usted. Hace cien años los automovilistas no aguantaban a la policía de tráfico sólo porque ésta los obligaba a obedecer unas cuantas normas de sentido común; ahora cualquier persona puede volar por los aires, mejor incluso que los pájaros, y la gente se encuentra con que también hay policías por allí arriba, amargándolos, Hasson. Usted amarga a la gente y la gente le odia a usted.

—Eso no me quita el sueño.

—No pienso en ningún momento que tema usted los gajes del trabajo policial, Hasson. De veras que no. Sólo quiero decir que, en esa obsesión suya por el mítico Fogonero, usted quiere saltarse las reglas del juego.

Hasson empezó a excitarse, percatándose de que Nunn estaba llevando la conversación hacia un tema importante.

—El Fogonero es real —dijo—. Yo lo he visto.

—Tanto si existe como si no, voy a impedirle volar a usted.

—No puede hacer eso —exclamó Hasson súbitamente.

—¿Por qué no? —preguntó Nunn, mirándolo atentamente.

—Porque... —Hasson luchaba por encontrar los términos exactos, cualesquiera términos, cuando el comunicador esférico del escritorio de Nunn titiló con rojos destellos, indicando la presencia de un mensaje urgente.

—Sí —dijo Nunn en dirección a la esfera.

—Señor, hemos registrado una angustiada llamada automática —contestó una voz masculina—. Alguien vuela sin control a unos trescientos metros. Creemos que puede ser Inglis.

—¿Muerto?

—Hemos intentado establecer contacto por radio, señor, pero no contesta.

—Ya. Hay que evitar que cause algún accidente. Envíe alguien por él. Quiero un informe completo.

—Sí, señor.

—Yo subiré por él —dijo Hasson, lanzándose hacia la puerta.

—No podrá con el tráfico que hay a estas horas. —Nunn se puso en pie y dio una vuelta a la mesa—. Además, usted está cesante de vuelo. Ya se lo dije, Hasson.

Hasson pensó que estaba sobrepasando los límites de la especial indulgencia para con los miembros de la Patrulla Aérea.

—Si es Lloyd Inglis el que está arriba, subiré por él ahora mismo —dijo—. Y si está muerto... me prohibiré a mí mismo el poder volar. Permanentemente. ¿De acuerdo?

Nunn movió la cabeza indeciso.

—¿Quiere matarse?

—Tal vez. —Hasson cerró la puerta y corrió hacia sus aparejos de vuelo.

Dejando a sus pies la cúpula del cuartel general de policía, Hasson emergió a un firmamento llameante, surcado por innumerables ríos de fuego. La mayor parte del tráfico estaba compuesta por viajeros procedentes del sur, que regresaban de una agotadora jornada de trabajo; una minoría de usuarios provenía de diversos puntos ubicados en la agitada zona de control de Birmingham. Las luces intermitentes colocadas en hombros y tobillos de miles y miles de viajeros volantes chisporroteaban y parpadeaban, alterando su paralaje en virtud de las falsas olas de avance y retroceso a lo largo del constante flujo. Confundidas en la distancia, la proximidad y la lejanía conferían una apariencia de orden en forma de enhiestas columnas verticales. Hasson sabía, sin embargo, que la apariencia no correspondía a ninguna realidad... Había quienes se precipitaban en cruces y adelantamientos, concediendo la mínima atención posible a los cambios de luces y al contingente peligro de colisión. Eran justamente los que se consolaban a sí mismos pensando en la disminución progresiva de las posibilidades de choque con cualquier otro infractor;

pues no era sólo propio de los habituales agentes de ventas trasnochadores el volar salvajemente. Estaba también el borracho, el drogado, el antisocial, el inepto, el suicida, el buscador de emociones fuertes, el criminal: toda una amplia gama de tipos que no estaban preparados para las responsabilidades inherentes al vuelo personal, en cuyas manos los aparejos antigravitatorios se convertían en instrumentos de muerte.

Hasson puso al máximo de intensidad sus luminosas señales de policía. Con la pistola de tintura al alcance de la mano, Hasson ascendió con cautela, elevándose hasta que las luminosas estelas de la ciudad conformaron a sus pies un infinito laberinto de brillantes trazos regulares. Cuando el altímetro adosado a la pantalla de su visor le informó que se encontraba a una altura de doscientos metros, comenzó a prestar mayor atención a las funciones del radar. Se trataba de la altitud media que frecuentaba la mayor parte de los voladores. Sin embargo, continuó ascendiendo con creciente atención, ya inmerso en una densa oscuridad que podía albergar perfectamente el peligro de encontrarse de repente con otro ser lanzado a mortal velocidad. Los aéreos ríos de viajeros volantes se distinguían ahora como estratos separados. Pese a la tiniebla, aquéllos no evitaban las grandes velocidades, adelantándose unos a otros como fugitivas estelas de luz.

Al alcanzar poco más de los ochocientos metros, Hasson comenzó a sentir un leve relajamiento. Se encontraba enfrascado en el problema de cómo trasladar a Inglis cuando súbitamente, radar y alarmas sonoras le avisaron de algún peligro. Volvió la mirada en la dirección señalada por los alertas. Ante el terreno barrido por sus propios faros apareció la figura de un hombre volando sin luces, lanzado a extrema velocidad. Veterano en miles de lances parecidos, Hasson tuvo tiempo de calcular con un margen de escaso error su viraje. En la fracción de un segundo apuntó con su pistola y disparó una nube de indeleble tizne. El otro pasó a través de ella —rápido vislumbre de rostro pálido y azotado por la soberbia, y oscuros ojos incapaces de ver— y desapareció entre una estruendosa ráfaga de turbulencia. Hasson llamó al cuartel general e informó detalladamente del suceso, añadiendo de su cosecha que el delincuente podía estar bajo el efecto de alguna sobredosis de droga. En un sector que alberga un millón de personas surcando los aires, era prácticamente imposible —y molesto— la captura del agresor; pero sus arreos de vuelo y equipo en general habían sido marcados a perpetuidad y la reposición de los mismos utensilios no estaba al alcance de todos los bolsillos.

Al alcanzar los tres mil metros, Hasson estabilizó la fuerza de su antigravitación y tomó una dirección hipotética que le sirviera de referencia para la búsqueda de Inglis, iniciando un deslizamiento horizontal con los ojos bien abiertos e interrogando la oscuridad que le rodeaba. Sus faros iluminaron una espesa neblina, descubriéndose inmerso en una zona de velada visibilidad que le hacía imposible detentar cualquier objeto situado más allá. La zona limitaba el vuelo personal que no fuera provisto de

calentadores especiales; Hasson sintió que el frío comenzaba a traspasarlo. La corriente del tráfico quedaba abajo, cálida y segura.

Unos cuantos minutos más tarde el radar de Hasson registró la presencia de un objeto frente a él. Horadando la oscuridad con los faros alcanzó a descubrir la figura de Lloyd Inglis, que se deslizaba grotescamente por entre los ríos de negro aire. Supo al mismo tiempo que su amigo estaba muerto y comenzó a girar en torno suyo, respetando los límites de la interferencia de campo, hasta que descubrió la grieta en la placa pectoral de Inglis. La herida parecía haber sido producida por una lanza.

La última semana Inglis y Hasson patrullaban rutinariamente por los alrededores de Bedford cuando descubrieron un grupo de ocho voladores sin luz. La explosión de una pequeña linterna, desprendida de las manos de Inglis, permitió descubrir brevemente las siluetas, entre las cuales ambos hombres entrevieron el delgado contorno de una lanza. La tenencia de cualquier objeto sólido estaba prohibida para cualquier persona con aparejos de vuelo, pues representaba un serio peligro para los otros voladores y para cualquier caminante de tierra firme; es más, no era frecuente el uso de armas aun entre los delincuentes del aire. Todo parecía indicar que habían dado con el Fogonero. Extendiendo redes y lazos, Inglis y Hasson se lanzaron a su persecución. En el curso de la caza organizada perecieron dos personas: una de ellas, una joven mujer que también volaba sin luces, lanzada de cabeza contra uno de la banda; el otro había sido uno de los líderes del grupo, que acabó casi partido por la mitad al caer sobre la antena de una emisora de radio. Finalmente, todo cuanto los policías pudieron mostrar después de tantos inútiles esfuerzos era un grupo de cuatro segundones de los Ángeles. Wellwyn. El Fogonero, portador de la lanza, había desaparecido amparado en el anonimato.

Ahora, mientras inspeccionaba el cuerpo congelado de su antiguo camarada, Hasson comprendió que el Fogonero había actuado bajo el impulso de la venganza. Había identificado a sus víctimas a través del reportaje periodístico sobre el arresto de Joe Sullivan. Maldiciendo con tristeza y amargura, Hasson inclinó su cuerpo, quedando horizontal por el peso de sus útiles de vuelo. Súbitamente, se dejó caer sobre el rígido cadáver pasando los brazos en torno suyo; inmediatamente ambos cuerpos iniciaron un rápido descenso, a causa de la recíproca anulación de los campos antigravitatorios. No desconociendo los trucos de la libre caída, Hasson se esmeró para atar una cuerda a uno de los ojales del cinturón de Inglis, hecho lo cual alejó el cuerpo de sí. Mientras los dos cuerpos se separaban más allá de la distancia de interferencia de campo, la violencia de la fuerza del aire en torno a ellos desaparecía gradualmente. Hasson consultó su posición y vio que había caído poco más de cien metros. Sujetó la cuerda largada a su cintura y se dirigió hacia el Oeste, en dirección a cualquier lugar donde pudiera descender mediante los conmutadores de nivelación. Muy por debajo de él se apreciaba el tráfico de la zona de control de

Birmingham, arremolinándose como una galaxia de dorados tonos; pero Hasson —situado ahora en el centro de su propio universo, de blanca y neblinosa luz— se encontraba aislado de todo ello, absorbido por sus pensamientos.

Lloyd Inglis, el bebedor de cerveza, el amante de los libros, el nunca tacaño Lloyd estaba muerto. Y antes que él otros habían caído: Singleton, Larmor, y luego McMeekin. La mitad de los hombres que desde siete años atrás compusieron el equipo de Hasson había muerto en el cumplimiento de su deber... ¿y para qué? Para un policía era insoportable la existencia de esta humanidad agraciada con la libertad tridimensional que proporcionaban los utensilios de vuelo. Utilizando la propia gravedad de la Tierra, volviéndola contra sí misma, el vuelo había sido posible. Era algo fácil, no demasiado costoso, incluso divertido... e imposible de controlar. Tan sólo en las Islas Británicas había ocho millones de voladores individuales, y cada uno de ellos era como un superhombre impaciente por desatar su intemperancia y lanzarse en busca del ocaso sobre el curvo horizonte del mundo. La aviación había ido progresivamente desapareciendo del cielo, casi de la noche a la mañana, y no porque no fuera en definitiva una necesidad sino porque resultaba peligroso deslizarse entre núcleos atestados de insoportables novatos con su recién estrenado juguete. En cambio, el alado delincuente nocturno, el Icaro de las tinieblas, era el verdadero héroe de la época. ¿Dónde estaba la solución para un policía del aire?, se preguntaba Hasson. Quizás el tradicional concepto de policía, perro guardián de la responsabilidad ajena, no era ya del todo válido. Quizás el inevitable precio de la libertad consistiera en una lenta lluvia de cuerpos destrozados sobre la tierra, en tanto la hipotética autoridad iba menguando...

El ataque cogió a Hasson por sorpresa.

Sobrevino tan rápidamente que fue simultánea la doble peligrosidad de la alarmante cercanía y el desplazamiento del aire tras el cuerpo atacante. Hasson se dobló, vio la lanza negra, viró para esquivarla, recibió un terrible golpe tangencial producido por el viento y salió catapultado mientras giraba sobre sí mismo. Todo ello en la fracción de un segundo. La caída, causada por la momentánea interferencia de campos antigravitatorios, no había sido gran cosa. Desconectó los faros y luces de vuelo en un acto de precaución refleja; luego forcejeó para desasir sus brazos de la cuerda que lo unía al cadáver, ahora enrollada en torno suyo por efecto de su rotación. Cuando obtuvo cierta estabilidad permaneció completamente inmóvil, intentando darse cuenta de la situación. Su cadera derecha estaba resintiéndose desde el impacto, pero, dentro del margen que le permitían sus sensaciones, podía asegurar que ninguno de sus huesos se había roto. Se preguntó entonces si su atacante se habría marchado, satisfecho con un único embate, o si permanecía por allí en espera de continuar lo que no habría sido sino el comienzo de un duelo.

—Eres un tío rápido, Hasson —dijo una voz en la oscuridad—. Más rápido que tu

compinche. Pero eso no te salvara.

—¿Quién eres? —gritó Hasson mientras buscaba el mando del radar.

—Lo sabes perfectamente. Soy el Fogonero.

—Eso es una horterada. —Hasson mantenía la firmeza de su voz mientras comenzaba a desplegar sus redes y lazos—. ¿Cuál es tu verdadero nombre? Te pregunto por el que puede leerse en los libros psiquiátricos que comentan tu caso.

La tiniebla río.

—Muy bien, sargento Hasson. Eres un chico impaciente: pretendes ganar tiempo, intentas amoscarme y quieres saber mi nombre. Todo a la vez.

—No necesito ganar tiempo. Acabo de lanzar un mensaje por radio.

—Quieres ganar el tiempo que tardarán en venir los encargados de encontrarte muerto.

—¿Por qué muerto? ¿Por qué quieres matarme?

—Porque te dedicas a cazar a mis amigos y a impedirles que vuelen.

—Son una amenaza para ellos mismos, y también para el resto de la gente.

—Eres tú quien los obliga a ser una amenaza. Te engañas a ti mismo, Hasson. Sólo eres un poli al que le gusta rastrear a la gente para acabar con ella. Voy a enviarte a tierra por ser tan buen poli: voy a enviaros a ti y a los lazos con los que quieres auxiliarte.

—¿Lazos? —gritó Hasson en dirección a la voz.

Hubo otra risa y el Fogonero empezó a cantar: «Yo puedo verte en las tinieblas porque yo soy el Fogonero; puedo volar contigo aunque no adviertas que estoy ahí». Las conocidas palabras crecían chillonamente a medida que su origen se aproximaba. Y, repentinamente, iluminada por el tráfico que abajo circulaba y por las estrellas que chisporroteaban arriba, Hasson distinguió la forma de un hombre corpulento. Advirtió algo espantoso e inhumano en sus mecanismos de volar.

Hasson, suspirando por el arma de fuego que le había sido denegada por la tradición de la policía británica, observó algo.

—¿Dónde está la lanza?

—¿Quién la necesita? Déjala estar.

El Fogonero extendió sus brazos y, aun en medio de la confusión, aun sin la menor referencia de puntos en el espacio, hízose evidente que aquel hombre era un gigante, un ser que no tenía ninguna necesidad de otras armas que las que la naturaleza le había concedido.

Hasson pensó en la lanza cayendo pesadamente sobre un concurrido suburbio tres mil metros más abajo, y un odio helado comenzó a serpear dentro de él reconciliándolo con la futura pelea, a despecho de los resultados. Mientras el Fogonero se preparaba, Hasson volteó un lazo en lentos círculos, inclinando sus aparejos para contrarrestar la inercia que las vueltas del lazo provocaban. Alzó las

piernas preparándolas para algún rápido golpe, al tiempo que acababa de desembarazarse de la cuerda que hacía del cuerpo de Inglis un fantasmal espectador de los acontecimientos. Sintióse nervioso y excitado, pero no particularmente asustado desde que el Fogonero había descartado el empleo de la lanza. El combate aéreo tenía características especiales que no se daban en el comúnmente sostenido sobre suelo firme, donde tenía primacía la participación de los instintos; el combate aéreo debía ser aprendido y practicado necesariamente, e incluso los mismos profesionales nunca abandonaban cierta inseguridad de aficionado, a despecho de la fuerza y la inteligencia del otro. El Fogonero, por ejemplo, había cometido un serio error al permitir a Hasson la estabilidad necesaria para el uso agresivo de sus piernas.

Pese a sus bravatas, el Fogonero, según se podía apreciar vagamente, vectoraba la nivelación de sus aparejos con apenas perceptibles movimientos de hombros. Es un buen volador, pensó Hasson, aunque no sea tan bueno en la teoría del combate...

El Fogonero cayó como una exhalación, aunque no tan rápido como debiera haberlo hecho. Hasson experimentó algo parecido a una desbordante lujuria cuando se contempló a sí mismo con tiempo suficiente para calcular y colocar su golpe justo donde quería. Había escogido un punto vulnerable, exactamente bajo el visor, y cuando propinó la patada su movimiento fue imprevistamente contrarrestado por la abrupta caída provocada por la mutua supresión de los dos campos contragravitatorios, conllevando empero suficiente energía como para reventar el cuello de un hombre. De cualquier modo que fuera había fallado y el Fogonero, al tiempo que apartaba la cabeza, asió la erecta pierna de Hasson. Ambos hombres cayeron de nuevo, ahora en condiciones desiguales, pues Hasson sujetaba todavía el cuerpo de Inglis, cuyo campo contragravitatorio se encontraba demasiado lejos para ser suprimido. Un segundo después, el Fogonero, usando la fuerza de sus enormes brazos, quebró la pierna de Hasson doblándola al revés por la articulación de la rodilla.

Aturdido por el dolor, Hasson sintió su cabeza sin fuerzas siquiera para pensar. Flotó en la negrura durante un tiempo indefinido, agitando los brazos incontroladamente, contraído su rostro en desesperada mueca. Lejanamente percibía el movimiento de la nebulosa espiral que se agitaba a miles de metros debajo de ellos; precisamente por allí, interponiéndose entre esa imagen lejana y su aturdida mirada, una oscura silueta se movía amenazante. Una parte del cerebro de Hasson informó de que era imposible entretenerse con reacciones primarias; intentó desesperadamente recuperar el equilibrio físico, pensando que si la vida debía continuar para él sólo iría mediante el ejercicio de la inteligencia. Pero ¿estaba en disposición de pensar cuando el dolor invadía su cuerpo un ejército que arrojara insoportables bombas de mortero continuamente sobre su cerebro?

En principio, se dijo Hasson a sí mismo, debes zafarte de Lloyd Inglis. Y

comenzó a manipular el nudo que la cuerda formaba en la hebilla de su cinturón; entonces la voz del Fogonero sonó cerca de él, a sus espaldas.

—¿Cómo te gustaría, Hasson? —El tono de la voz era triunfal—. Eso es para mostrarte que puedo participar de tu propio juego. Pero podemos también intentar jugar al mío.

Hasson aceleró sus movimientos sobre el nudo, al tiempo que tiraba de la cuerda. El cuerpo de Inglis se encontraba ya próximo y finalmente apareció con su interferencia radial. Manteniéndolo en esa provechosa cercanía, Hasson e Inglis comenzaron a caer. Al instante, pudo verse al Fogonero lanzarse en picado sobre ellos, alargando un brazo y atrapando el cuerpo de Hasson, cayendo el trífido grupo en confuso descenso. Remolinos de fuego comenzaron a expandirse bajo ellos.

—Éste es mi juego —cantaba el Fogonero en la conjunta caída—. Puedo cabalgar sobre ti durante todo el camino hasta el suelo, porque yo soy el Fogonero.

Hasson, conociendo los trucos típicos del aire, acalló su dolor y alcanzó el interruptor general de energía, pero dudó un momento sin atreverse a accionarlo. En la interacción de dos cuerpos, la extinción de un campo contragravitatorio restauraría al otro su normal funcionamiento, desatándose una fuerza que repelería a ambos entre sí. Éste era un dato previo en el juego del Fogonero, pues todo consistía en una prueba de nervios, en la que el continuo descenso y la recíproca anulación de campo contragravitatorio desafiaba la fortaleza y resistencia de los contrincantes. Aquí, sin embargo, la situación se complicaba por la presencia de Inglis, el silencioso compañero que ya había perdido: su campo contragravitatorio anulaba el de los otros dos, a despecho de la muerte de cualquiera, a menos que...

Hasson pudo liberar un brazo de la tenaza paródicamente lasciva en que lo tenía el Fogonero y atrajo hacia sí el cuerpo de Inglis. Tanteó buscando el interruptor general de energía del hombre muerto, pero sólo encontró una lisa capa de sangre helada.

Los antes lejanamente brillantes horizontes volvíanse cercanos, con su flujo de tráfico abriéndose como una planta carnívora. El aire, a causa de la velocidad de caída, rugía de manera ensordecedora. Hasson intentó romper el helado casquete que cubría el interruptor del artefacto de Inglis, pero instantáneamente el brazo del Fogonero se aferró en torno a su cuello, obligándole a torcer la cabeza.

—No conseguirás escaparte de mí —gritó al oído de Hasson—. No conseguirás huir como un cagón. Quiero comprobar lo bien que botas en el suelo.

Continuaban cayendo.

Hasson, todavía preso por el nudo que la cuerda formaba en la hebilla de su cinturón, se resintió del peso de Inglis y se dispuso a desembarazarse de él de una vez por todas. Sin embargo, pensó entonces que ganaría muy poco con ello. Cualquier niñoato jugueterón mantendría la interferencia de campo hasta el último momento, pero

hasta tan postrer instante que, aun con su mecanismo funcionando a la máxima potencia, el golpe contra el suelo sería inevitable. El Fogonero, conocedor de su resistencia, probablemente intentaba prevenirse de ser destrozado en el impacto. El juego era un desafío a muerte, de manera que deshacerse del cuerpo de Inglis no conducía a nada.

Habían descendido casi dos mil metros y les faltaban ya pocos segundos para penetrar en el campo de acción de los niveladores de las vías aéreas. El Fogonero comenzó a jadear con excitación, restregándose contra Hasson como un perro en celo. Sujetando a Inglis con la mano izquierda, Hasson usó la derecha para sujetar el extremo de la cuerda en torno al alzado muslo del Fogonero, anudándola violentamente. Todavía se encontraba en esta operación cuando irrumpieron en plena zona de tráfico. Las luces relampagueaban por todas partes y la vertiginosa galaxia se cernió sobre sus cuerpos. Los contornos de las calles podían apreciarse bajo ellos, divisándose claramente la circulación de tráfico rodado. Supo Hasson entonces que estaba cerca el momento en que el Fogonero liberaría el abrazo.

—Gracias por el paseo —gritó el Fogonero de súbito, con la voz entrecortada por efecto de la caída—. A ver si llegas pronto.

Hasson encendió sus faros y acabó de apretar el nudo, provocando la atención del Fogonero. Éste miró el nudo en torno a su muslo. Su cuerpo sufrió una convulsión al comprobar que era él y no Hasson quien permanecía sujeto al muerto y mortal policía del aire. Dio un empujón a Hasson y comenzó a arañar la cuerda. Hasson quedó libre a merced del viento, sabiendo que la cuerda resistiría aun ante la fuerza del gigantesco Fogonero. Al ponerse en funcionamiento el campo contragravitatorio, pareció que alas invisibles comenzaban a agitarse; entonces volvió la vista atrás. Vio ambos cuerpos cayendo, el uno gritando frenéticamente, rebasar el alcance de sus luces, rumbo a un mortal impacto con la tierra.

Hasson no disponía de tiempo para perderlo en introspecciones estériles su propio aterrizaje forzoso estaba a punto de suceder y requeriría de toda su destreza y experiencia para salir airoso y con vida, pero no podía dejar de considerar que no le era satisfactoria la forma en que el Fogonero había encontrado la muerte. Nunn y los otros estaban equivocados con él.

—Aun así, —pensó durante los precipitados últimos segundos— he estado cazando como un halcón por demasiado tiempo. Este será mi último vuelo.

Sin temor, se preparó para el irracional abrazo de la tierra.

LIGERAS ACOTACIONES SOBRE LOS TEMPONAUTAS

PHILIP K. DICK

Philip K. Dick puede ser, después de Ray Bradbury y Kurt Vonnegut, el escritor de ciencia-ficción más popular entre los lectores del género. Sus historias exploran los desconcertantes misterios que puede haber entre lo posible y lo real... y sirva como testimonio este amargo relato —titulado *A Little Something for Us Temponauts*— sobre los primeros viajeros del tiempo estadounidenses, que, adentrados una semana en el futuro, descubren que ya están muertos.

Addison Doug avanzaba, con aire exhausto, por el largo sendero de lajas redondas hechas de madera sintética, paso a paso, la cabeza baja y como si le agobiase un enorme dolor físico. La joven le veía llegar, sufriendo ella también al darse cuenta de su dolor y su cansancio, pero al mismo tiempo se alegraba de que al menos estuviese allí. Paso a paso el hombre avanzó hacia ella sin levantar la cabeza, automáticamente... como si hubiese recorrido aquel camino muchas veces, pensó ella de pronto. Conoce el camino demasiado bien. ¿Por qué?

—¡Addi! —gritó y echó a correr hacia el hombre con deseos de ayudarlo—. Dijeron por la televisión que estabas muerto. ¡Que todos habíais muerto!

El hombre se detuvo y con una mano esbozó el gesto de echarse hacia atrás el pelo, que ya no era largo. Se lo habían cortado antes del lanzamiento. Pero sin duda lo había olvidado.

—¿Crees algo de lo que ves en la televisión? —dijo, y siguió avanzando, con pausas y vacilante, pero sonriendo ahora. Alargó la mano hacia ella.

«Dios, qué bueno es poder tocarle y sentir sus manos en mí —pensó la joven—. Aún tiene más fuerzas de las que yo creía».

—Estaba a punto de buscar a alguien —jadeó—. Alguien que te reemplazase.

—Te rompo la cabeza si lo haces —contestó él—. De todas formas no es posible, nadie puede reemplazarme.

—Pero ¿qué pasó con la implosión, al volver? Dicen que...

—Lo he olvidado —contestó él con el tono que solía usar cuando quería decir: no voy a hablar de ello. Este tono la había irritado siempre antes, pero no ahora. Esta vez se dio cuenta de lo horrible que debía de ser el recuerdo—. Voy a quedarme en tu casa un par de días —continuó él diciendo, mientras avanzaban juntos por el sendero hacia la puerta abierta de la casa, en forma de A—. Quiero decir, si estás de acuerdo. Benz y Crayne se reunirán conmigo más tarde. Quizá esta misma noche. Tenemos

mucho que hablar y que calcular.

—Entonces, sobrevivisteis los tres —dijo ella mirando su rostro demacrado—. Nada de lo que dijeron en la televisión... —Comprendió al fin, o creyó comprender—. Era una historia inventada. Por razones políticas o para engañar a los rusos, me imagino. Para que la Unión Soviética crea que el lanzamiento fue un fracaso, debido a vuestra entrada, al volver...

—No —dijo él—. Un crononauta ruso se reunirá con nosotros, probablemente. Para ayudarnos a calcular lo que ha sucedido. El general Toad dice que hay ya uno en camino hacia aquí. Ya le han concedido el pase. A causa de la gravedad de la situación.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha, sorprendida—. Entonces, ¿para quién inventaron esa historia?

—Vamos a beber algo primero —dijo Addison—, y luego intentaré explicarte lo que yo sé.

—Lo único que tengo de momento es un poco de brandy californiano.

Addison dijo:

—No importa lo que sea. Bebería cualquier cosa, tal y como me siento.

Se derrumbó sobre el sofá, echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar un suspiro agobiado, mientras la joven se apresuraba a preparar bebida para los dos.

La radio del coche estaba diciendo: «... Apenados ante el trágico giro que han tomado los acontecimientos, a partir de un imprevisto...»

—Palabrería oficial —dijo Crayne cerrando el aparato. Iba en el coche con Benz y les resultaba difícil encontrar la casa. Sólo habían estado allí una vez. Crayne pensó que era una manera bastante informal de reunirse en conferencia para un asunto de tal importancia, esto de darse cita en casa de la chica de Addison, allí en las afueras de Ojai. Tenía la ventaja, sin embargo, de que no les molestarían los curiosos. Y no disponían de mucho tiempo. Aunque esto era difícil de saber. Nadie podía asegurarlo.

A ambos lados de la carretera se velan colinas que en un tiempo estuvieron cubiertas de bosques. Ahora los caminos de entrada a las casas y las irregulares carreteras de plástico fundido estropeaban el paisaje por todas partes, pensó Crayne.

—Apuesto a que esto fue muy hermoso en el pasado —le dijo a Benz, que iba conduciendo.

—La Floresta Nacional de los Padres no queda lejos de aquí —contestó Benz—. Me perdí en ella una vez cuando tenía ocho años. Pasé horas y horas en el bosque, pensando que iba a morderme una serpiente de cascabel. Cada rama que veía me parecía una serpiente.

—Bueno, pues ya te ha mordido ahora —dijo Crayne.

—A todos nosotros —añadió Benz.

—Sabes —dijo Crayne—, es una experiencia terrible esto de estar muerto.

—Habla por ti.

—Pero técnicamente...

—Si haces caso de lo que dice la radio y la televisión —dijo Benz volviendo hacia él su cara de gnomo, muy seria—, no estamos más muertos que la demás gente que vive en este planeta. La única diferencia es que la fecha de nuestra muerte está inscrita en el pasado, mientras que la de los otros corresponde a un momento incierto del futuro. Algunos de ellos la tienen bien fijada, sin embargo; por ejemplo, los que están en un hospital de cancerosos. Para ellos es tan seguro como lo es para nosotros. Más aún. Fíjate en esto: ¿cuánto tiempo podemos quedarnos aquí antes de tener que regresar? Disponemos de un margen que los cancerosos graves no tienen.

Crayne respondió con acento cáustico:

—Pronto vas a decirme que hemos de alegrarnos por no sentir dolores.

—Addi los tiene. Le vi partir dando bandazos esta mañana. Los tiene psicosomáticamente y se han convertido en una dolencia física. Como si Dios le estuviese metiendo la rodilla en el cuello. Lleva demasiado peso sobre sí y no es justo. Pero no se queja en voz alta. Sólo de vez en cuando enseña sus llagas —sonrió al decir esto.

—Addi tiene más razones para vivir que nosotros.

—Todo hombre tiene más razones para vivir que ningún otro hombre. Yo no tengo una chica con la que acostarme, pero me gustaría ver las puestas de sol sobre Riverside Freeway unas cuantas veces más. No son las cosas que tienes para vivir lo que cuenta, sino las ganas que tienes de verlas, las ganas que tienes de estar ahí... Eso es lo más triste de nuestro caso.

Continuaron rodando en silencio.

Los tres temponautas estaban sentados, fumando, en el saloncito de la casa de la joven. Se lo tomaban con calma. Addison Doug estaba pensando que la chica tenía una expresión más provocativa y deseable que nunca, con su suéter blanco muy ajustado y su microfalda. Ojalá que no estuviese tan provocativa. Él no tenía fuerzas para eso ahora, tal y como se sentía por dentro. Demasiado cansancio.

—¿Sabe ella de lo que se trata? —preguntó Benz señalando a la chica—. Quiero decir, ¿podemos hablar abiertamente? ¿No le sorprenderá demasiado?

—Aún no le he dado ninguna explicación —dijo Addison.

—Pues será mejor que lo hagas —comentó Crayne.

—¿Qué es lo que ocurre? —dijo ella, con un sobresalto, poniéndose una mano entre los dos montículos de sus pechos, como si quisiera tocar algún símbolo religioso que no estaba allí. Addison se quedó pensativo un momento.

—Fuimos aspirados al hacer la entrada —dijo Benz, que era realmente el más cruel del grupo. O por lo menos el más brusco—. Verá usted, señorita...

—Hawkins —dijo ella en un susurro.

—Encantado de conocerla, señorita Hawkins —dijo Benz observándola de arriba abajo con su habitual frialdad—. ¿Tiene usted además un nombre?

—Merry Lou.

—Muy bien, Merry Lou —dijo Benz. Los otros dos hombres observaban la escena en silencio—. Parece uno de esos nombres que las camareras llevan cosidos en la blusa. «Me llamo Merry Lou y voy a servirle la cena, y el desayuno, y el almuerzo durante los próximos días, o durante los días que sean hasta que abandonen la partida y vuelvan a su propio tiempo. Serán cincuenta y tres dólares y ocho centavos, por favor; propina no incluida. Y espero que no vuelvan nunca, ¿me oye?»

—Había empezado a temblarle la voz. Y el cigarrillo también—. Lo siento, señorita Hawkins —dijo, y añadió luego—: Estamos todos desquiciados con este lío de la entrada. La implosión, ya sabe. Tan pronto como llegamos nos enteramos de la cosa. En realidad, lo hemos sabido antes que nadie.

—Pero no podíamos hacer nada —dijo Crayne.

—Nadie puede hacer nada —le dijo Addison, y le pasó el brazo por la cintura. Parecía una escena vivida previamente, y de pronto comprendió. Estamos en un círculo cerrado, y seguimos dando vueltas y vueltas por él, tratando de resolver el problema de entrada, imaginando siempre que es la primera vez, la única vez, y sin resolverlo nunca. ¿Qué número hace esta tentativa? Quizá sea la millonésima. Quizá nos hemos sentado aquí un millón de veces, analizando los mismos hechos una vez y otra y sin llegar a ningún sitio. Se sentía cansado hasta la médula, al pensar esto. Y experimentó al mismo tiempo una especie de odio filosófico que envolvía a los otros dos hombres, porque ellos no tenían este enigma que resolver. Todos vamos al mismo sitio, como dice la Biblia. Pero... lo que pasa es que nosotros tres hemos estado allí ya. Estamos allí, en este mismo momento. De manera que es tonto pedimos que permanezcamos en la superficie de la Tierra y discutamos y nos preocupemos tratando de averiguar lo que ha funcionado mal. Eso son nuestros herederos quienes tendrían que hacerlo. Nosotros ya hemos hecho bastante.

No lo dijo en voz alta, sin embargo. Por los otros.

—Quizá tropezasteis con algo —sugirió la joven.

Mirando hacia los otros dos, Benz dijo, con sarcasmo:

—Si, quizá «tropezamos» con algo.

—Los comentaristas de la televisión continúan diciendo eso —insistió Merry Lou—. Que el peligro de la entrada estaba en encontrarse fuera de fase espacial y, por lo tanto, chocar con algún objeto tangente a nivel molecular. Cualquier objeto... —hizo un gesto al llegar aquí—. Ya sabéis, «dos objetos no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo». De modo que todo saltó, por esta razón.

Hizo una pausa y miró en torno, con aire interrogador.

—Ése, desde luego, es el mayor agente de riesgo —asintió Crayne—. Por lo

menos en teoría, según calculó el doctor Fein, de planteamiento, cuando llegaron a la cuestión de imprevistos. Pero disponíamos de muchos sistemas de seguridad, con tal de que funcionasen automáticamente. La entrada no podía tener lugar a menos que estos aparatos nos hubiesen estabilizado espacialmente, para que no nos amontonásemos sobre algo. Naturalmente todos ellos pueden haber fallado en secuencia. Uno detrás de otro. Estuve haciendo todas las comprobaciones en el momento del lanzamiento y todas ellas coincidían en que estábamos en la fase conveniente, en aquel momento. No oí tampoco ninguna señal de aviso.

De pronto dijo Benz:

—¿Os dais cuenta de que nuestros más próximos parientes son ahora ricos? Les corresponden todas las primas de nuestros seguros de vida federales y comerciales. Nuestros «parientes más próximos»... ¡Dios del cielo! Pero si somos nosotros mismos. Podemos pedir el pago de muchos miles de dólares, en mano. Entrar en la oficina de seguros y decir simplemente: estamos muertos. Venga la pasta.

Addison Doug estaba pensando en los funerales públicos. Lo tenían ya todo preparado, para después de las autopsias. Aquella larga hilera de «Cadillacs» negros, desfilando por Pennsylvania Avenue, seguida de todos los dignatarios del Gobierno y de todos los condenados científicos. Y nosotros estaremos allí. No de una manera, sino de dos: dentro de los féretros de roble, con incrustaciones de metal y las banderas por encima, y al mismo tiempo de pie, en coches abiertos, saludando a la muchedumbre del cortejo fúnebre.

—Las ceremonias —dijo en voz alta.

Los otros se quedaron mirándole, sin acabar de comprender. Y luego, uno tras el otro, comprendieron. Pudo verlo en sus rostros.

—No —dijo Benz, con voz ronca—. Eso no es posible.

Crayne sacudió la cabeza con énfasis:

—Nos darán la orden de estar allí, y allí estaremos. Cuestión de disciplina.

—¿Tendremos que sonreír también? —exclamó Addison—. ¿Sonreír como cabrones?

—No —dijo el general Toad lentamente, su cabeza de pavo oscilando sobre su cuello de escoba. Tenía la piel ajada y llena de manchas, como si el gran peso de las condecoraciones que colgaban de su pecho y del cuello rígido de su guerrera hubiesen iniciado un proceso de ruina en su organismo—. No tienen ustedes que sonreír, sino, por el contrario, adoptar una actitud condolidada, como corresponde a las circunstancias. A tono con el duelo nacional que preside la ocasión.

—Eso va a resultar un tanto difícil —dijo Crayne. El crononauta ruso no dijo nada. Su cara angulosa de pájaro, que aún parecía comprimida bajo los auriculares de traducción simultánea adosados a sus orejas, parecía abstraída y preocupada.

—La nación entera notará su presencia entre nosotros, una vez más, durante este

breve intervalo. Las cámaras de todas las cadenas de televisión del país apuntarán hacia ustedes sin previo aviso y los comentaristas han sido ya instruidos para que le digan al público lo siguiente. —Sacó una hoja de papel mecanografiado del bolsillo, se caló las gafas, se aclaró la garganta y soltó su perorata—: «Estamos enfocando ahora tres figuras que vienen juntas en un coche. No podemos reconocerlas aún del todo. ¿Pueden ustedes?» —el general Toad bajó la hoja escrita—. Al llegar a este punto interrogarán también a sus colegas. Y por fin exclamarán: «Pero Roger»... o Walter, o Ned, según las circunstancias del caso...

—O Bill interrumpió Crayne—, en el caso de que se trate de la cadena Bufonidae, que opera desde el pantano.

El general Toad ignoró la frase y siguió diciendo:

—En líneas generales exclamarán: «Pero, Roger, me parece que estamos viendo a los tres temponautas en persona. ¿Significa esto que el problema ha sido...» Y el colega comentarista responderá con voz ligeramente más sombría: «Lo que estamos viendo en esta ocasión, creo que es, David (o Henry, o Peter, o Ralph, según los casos), la primera comprobación práctica de lo que los técnicos llaman la Actividad del Tiempo de Salida, es decir, la ATS. Contrariamente a lo que pudiera parecernos a primera vista, éstos no son —repito no son— nuestros tres valientes temponautas propiamente dichos, sino más bien su imagen, recogida por nuestras cámaras, suspendida temporalmente en su viaje hacia el futuro, cuyo destino, en principio, era el siglo próximo... Pero según parece hubo una constricción en su lanzamiento y aquí están ahora, entre nosotros, en lo que conocemos como el presente».

Addison Doug cerró los ojos y se quedó pensando; seguro que Crayne va a preguntarle ahora si las cámaras no podrían enfocarle comiendo algodón de azúcar y con un globo en la mano. Creo que todos nos hemos vuelto locos con este enredo. Luego se preguntó: ¿cuántas veces habremos pasado ya por esta estúpida rutina?

«No puedo demostrarlo; sin embargo —pensó con fatiga—, sé que es cierto. Hemos estado sentados aquí muchas veces ya, oyendo estas mismas palabras sin sentido». Se estremeció al pensarlo. Cada palabra que oía...

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó Benz, inquisitivo.

El crononauta soviético tomó la palabra por primera vez desde su llegada y preguntó a bocajarro:

—¿Cuál es el máximo intervalo posible de ATS para su equipo de tres hombres? Y ¿qué porcentaje de este tiempo se ha consumido ya?

Crayne dijo, al cabo de una pausa:

—Ya nos instruyeron al respecto antes de que viniésemos aquí, hoy. Hemos consumido aproximadamente la mitad del tiempo de intervalo ATS.

—Sin embargo —interrumpió el general Toad—, hemos previsto que el Día de Duelo Nacional caiga dentro del plazo que aún queda. Esto nos obliga a acelerar la

autopsia y demás investigaciones forenses, pero en vista del sentimiento público creímos nuestro deber...

«La autopsia», pensó Addison Doug, y de nuevo sintió un estremecimiento. Esta vez no pudo contenerse y dijo:

—¿Por qué no dejamos toda esta tontería para otro momento y nos acercamos a Patología, para ver unos cuantos cortes de tejido coloreado en el microscopio? Tal vez hasta seamos capaces de dar unas cuantas ideas que ayuden a la ciencia médica a encontrar algunas de las respuestas que están buscando. Respuestas, explicaciones, eso es lo que se necesita. Explicaciones para problemas que no existen aún. Ya desarrollaremos los problemas más tarde. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Quién está de acuerdo?

—No quiero ver mi páncreas en la pantalla de proyección —dijo Benz—. Iré al desfile, pero no estoy dispuesto a tomar parte en mi propia autopsia.

—Podrías distribuir cortes microscópicos coloreados de tus propios tejidos entre las personas que asistan al desfile —dijo Crayne—. Cada uno de nosotros podría llevar una bolsita llena de ellos, como si fuesen confeti. ¿Qué le parece, general? Creo que, al fin y al cabo, sonreiremos.

—He estado revisando el archivo sobre todo lo que se refiere a la sonrisa —replicó el general Toad, pasando algunas de las páginas que había apiladas frente a él—. Y el resultado de esta revisión demuestra que la sonrisa está fuera de lugar, ya que no concuerda con el sentimiento público. De manera que esta cuestión queda cerrada. Por lo que se refiere a presenciar la autopsia que en estos momentos se está llevando a cabo...

—Nos la vamos a perder si nos quedamos aquí sentados —le dijo Crayne a Addison—. Siempre me pierdo lo mejor.

Sin hacerle caso, Addison se dirigió al crononauta soviético:

—Oficial N. Gauki —dijo en el micrófono que colgaba de su pecho—, ¿cuál cree usted que es el mayor terror con el que tiene que enfrentarse un viajero del espacio? ¿Que ocurra una implosión debida a la yuxtaposición al entrar, como ha sucedido con nuestro lanzamiento? ¿O hay otras obsesiones traumatizantes que usted y su compañero experimentaron durante su breve pero altamente prometedor viaje temporal?

N. Gauki respondió, después de una pausa:

—R. Plenya y yo intercambiamos opiniones sobre el particular en varias ocasiones. Creo que puedo hablar por los dos si digo, respondiendo a su pregunta, que nuestro miedo más constante era el de que pudiésemos entrar en un círculo cerrado de tiempo del que nos sería imposible escapar.

—¿Se repetiría para siempre? —preguntó Addison Doug.

—Sí, señor A. Doug —respondió el crononauta, con un sombrío asentimiento de

cabeza.

Un miedo que no había experimentado hasta entonces se apoderó de Addison. Volviéndose hacia Benz murmuró:

—¡Mierda!

Y quedaron mirándose el uno al otro.

—No creo que sea esto lo que haya sucedido —dijo Benz en voz baja al cabo de unos instantes, poniendo una mano sobre el hombro de Doug, que es el abrazo de la amistad—. Simplemente implotamos al entrar, eso es todo. Tranquilízate.

—¿Podríamos levantar la sesión pronto? —preguntó Addison, con voz ahogada, incorporándose en su silla. El cuarto entero, y la gente que había en él le ahogaban. «Claustrofobia —pensó—. Como cuando estando en el colegio proyectaron un test sorpresa en las máquinas de enseñanza y vi que no podía pasarlo». Por favor —dijo sencillamente, levantándose. Todos se quedaron mirándole con expresiones diferentes. La cara del ruso era la más comprensiva y las líneas de su rostro mostraban su preocupación. Addison hubiera deseado...—. Quiero irme a casa —les dijo, y se sintió como un imbécil.

Era ya muy tarde, por la noche, en un bar del Hollywood Boulevard, y estaba borracho. Afortunadamente, Merry Lou estaba con él y lo estaba pasando estupendamente. Por lo menos eso decía la gente. Se agarró a Merry Lou.

—El verdadero significado de la vida —dijo—, su más alta expresión, está en la pareja hombre-mujer. En su unidad absoluta. ¿Tengo razón?

—Sí, ya lo sé —dijo Merry Lou—. Lo estudiamos en clase.

Esa noche, a petición suya, Merry Lou era una rubia menuda, vestida con pantalones acampanados, tacones altos y una blusa recogida por encima del ombligo. Un rato antes llevaba una piedra de lapislázuli en el hoyito, pero se le había perdido durante la cena en Ting Ho. El dueño del restaurante les había prometido continuar buscando por todas partes, pero Merry Lou se había quedado muy triste desde entonces. Era simbólico, dijo. Pero no dijo de qué. O por lo menos él no podía recordarlo. Quizá era esto lo que ocurría. Ella le había dicho lo que significaba y él lo había olvidado.

Un negro elegante, vestido con chaqueta a rayas y una corbata muy llamativa, sentado en una mesa cercana, no dejaba de mirar a Addison desde hacía un buen rato. Era obvio que tenía ganas de ir a su mesa y no se atrevía. Entretanto no cesaba de mirar.

—¿No has tenido nunca la sensación de saber exactamente lo que va a ocurrir un momento después? —le preguntó Addison a Merry Lou—. ¿Lo que alguien va a decir, palabra por palabra? ¿Hasta en los menores detalles? Como si ya hubieses vivido la escena.

—A todos nos ocurre alguna vez —dijo Merry Lou, sorbiendo su «Bloody

Mary».

El negro se levantó y fue hacia ellos. Se detuvo junto a Addison.

—Perdone si le molesto, señor —dijo.

Addison se volvió hacia Merry Lou:

—Ahora va a decir: «¿No le conozco de alguna parte? ¿No le he visto en la televisión?»

—¡Eso es precisamente lo que quería decirle! —exclamó el negro.

Addison dijo:

—Sin duda ha visto mi foto en la página 46 del Time de esta semana, en la sección de nuevos descubrimientos médicos. Yo soy el médico rural de una pequeña ciudad en Iowa que ha sido catapultado a la fama por mi invención de un sistema muy difundido y al alcance de todos para conseguir la vida eterna. Varias de las grandes empresas farmacéuticas están ya dedicándose a la fabricación de mi vacuna.

—Ahí debe de ser donde vi su foto —dijo el negro, pero no parecía muy convencido. Tampoco estaba borracho. Clavó la mirada en Addison—. ¿Me permite que me siente con ustedes?

—Claro —respondió Addison. Y vio ahora en la mano del hombre la marca del departamento de seguridad que se había ocupado del proyecto desde el principio.

—Señor Doug —dijo el agente de seguridad, sentándose a su lado—. Realmente no debería estar aquí hablando de esa manera. Igual que le he reconocido yo, podría reconocerle cualquier otra persona y sufrir un síncope. Técnicamente, está usted violando un estatuto federal al estar aquí. ¿Se da usted cuenta de esto? Tendría que arrestarle. Pero es una situación difícil. No queremos armar jaleo y hacer una escena. ¿Dónde están sus dos colegas?

—En mi casa —dijo Merry Lou. Era obvio que no había visto la marca identificadora—. Escuche —añadió con tono cortante—, ¿por qué no se larga? Mi marido ha pasado por una prueba sumamente dura y ésta es la primera oportunidad que tiene de relajarse.

Addison miró al hombre.

—Sabía lo que iba a decirme antes de que se acercase. —(Palabra por palabra, pensó para sí. Tengo razón y Benz está equivocado, y esta escena va a continuar repitiéndose una y otra vez).

—Quizá —dijo el agente— pueda convencerle de que vuelva a casa de miss Hawkins voluntariamente. Llegó un mensaje hace apenas unos minutos —se golpeó con un dedo el pequeño auricular que llevaba en la oreja derecha— con la consigna, a todos nosotros, de que se lo transmiéramos a usted, urgentemente, si le localizábamos. En las ruinas de la torre de lanzamiento... han estado buscando entre los escombros, ¿sabe?

—Ya, ya lo sé —dijo Addison.

—Creen que han encontrado una primera pista. Uno de ustedes trajo algo consigo. Algo de ATS, además de lo que llevaron en la salida y violando todas sus instrucciones de entrenamiento.

—Déjeme que le pregunte una cosa —le interrumpió Addison—. Supongamos que alguien me ve. Supongamos que me reconoce. Bueno, ¿y qué?

—El público está convencido de que aunque fallase la operación de entrada, el vuelo por el tiempo, el primer lanzamiento americano de vuelo por el tiempo, fue un éxito. Tres temponautas americanos fueron proyectados a cien años de distancia en el futuro, casi el doble de lo que consiguieron los soviéticos el año pasado. El hecho de que en realidad sólo fuera una semana representará un choque menor para la opinión si creen que ustedes tres decidieron por propia voluntad manifestarse de nuevo en este continuum porque querían estar presentes, de hecho se sentían obligados a estar presentes...

—En el desfile —le interrumpió Addison—. Por partida doble, además, se vieron compelidos a asistir al dramático y sombrío espectáculo de su propio funeral y serán enfocados allí por las cámaras de las más importantes cadenas de televisión. Señor Doug, el coste y el trabajo que ha supuesto todo esto, en los más altos niveles, con objeto de subsanar una situación difícil, son enormes. Pero será más fácil para el público, y esto es de vital importancia si es que se ha de hacer un nuevo lanzamiento. Eso es, a fin de cuentas, lo que todos deseamos.

Addison Doug se le quedó mirando.

—¿Qué es lo que deseamos?

Con cierta vacilación, dijo el agente de seguridad:

—Hacer nuevos viajes en el tiempo. Como han hecho ustedes. Desgraciadamente, ustedes no pueden repetirlo, a causa de la trágica implosión y la muerte que sufrieron. Pero otros temponautas...

—¿Queremos qué? ¿Es eso lo que queremos? —repitió Addison levantando la voz. La gente estaba mirándolos desde las mesas cercanas. Mirándolos con nerviosismo.

—Sin duda —respondió el agente—. Y no grite.

—Yo no quiero eso —dijo Addison—. Yo quiero parar. Parar para siempre. Tumbarme en el suelo, sobre el polvo. No ver más veranos... siempre el mismo verano.

—Ves uno y ya los has visto todos —dijo Merry Lou histéricamente—. Creo que tiene razón, Addi. Vámonos de aquí. Tú has bebido demasiado, y es tarde. Además esas noticias sobre el...

Addison la interrumpió:

—¿Qué es lo que alguien trajo? ¿Cuánta masa extra?

—El análisis preliminar —contestó el agente de seguridad— indica que

maquinaria con un peso de más de cuarenta kilos fue introducida en el campo de tiempo del módulo y traída con ustedes. Esta masa... —hizo un gesto con la mano— es lo que hizo saltar todo en el acto. No se pudo compensar ese exceso respecto a lo que en un principio había en el área de lanzamiento.

—¡Uauh! —exclamó Merry Lou con los ojos muy abiertos—. Quizá alguien os vendió un fonógrafo cuadrafónico por un dólar noventa y ocho centavos, con micrófonos de suspensión aérea de cinco centímetros y provisión de discos de Neil Diamond para toda la vida. —Intentó reír, pero no pudo. En lugar de ello se le nublaron los ojos—. Addi —susurró—, lo siento. Pero parece... brujería. Quiero decir que es absurdo. Todos habíais sido informados sobre esta cuestión del peso, en la entrada, ¿no es así? No podíais añadir ni una tinta de papel a lo que habíais llevado a la salida. Yo misma vi al doctor Fein demostrando en la televisión las razones que había para esto. ¿Y uno de vosotros se trajo cuarenta kilos de maquinaria consigo? Sin duda queríais autodestruiros, al hacer algo semejante.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Una de ellas le resbaló por la nariz y se quedó colgando de la punta. Addison alargó una mano para secársela, como si se tratase de una niña, en lugar de una mujer adulta.

—Voy a llevarle hasta el lugar del análisis —dijo el agente de seguridad y se levantó. Entre él y Addison ayudaron a Merry Lou a ponerse de pie. Estaba temblando mientras se tomó el último sorbo de su «Bloody Mary». Addison sintió pena por ella, poco se le pasó en seguida. Se preguntó por qué. Uno puede cansarse de todo, incluso de tener sentimientos, pensó, O de preocuparse por alguien. Cuando todo se prolonga y se repite demasiado. Cuando se repite siempre. Y al final acaba convirtiéndose en algo que ni el mismo Dios quizá ha tenido que sufrir. Y aceptar.

Mientras atravesaban el bar lleno de gente hacia la calle, Addison le preguntó al agente de seguridad:

—¿Cuál de nosotros tres...?

—Ellos ya saben quién fue —respondió el agente abriendo la puerta para Merry Lou. Luego se quedó detrás de Addison haciendo señas a un vehículo federal gris para que aterrizase en el área roja de aparcamiento. Otros dos agentes de seguridad, de uniforme, corrieron hacia el grupo.

—¿Fui yo? —preguntó Addison Doug.

—Será mejor que se haga a la idea —contestó el agente de seguridad.

La procesión funeraria descendía con dolorosa solemnidad por la Pennsylvania Avenue, los tres féretros cubiertos por banderas, seguidos de docenas de coches. A los lados, filas compactas de gentes con pesados abrigos, tiritando de frío. Una neblina húmeda se cernía sobre la ciudad, y la línea de edificios grises servía de marco a la sombría marcha a través de Washington.

Escudriñando el «Cadillac» que iba a la cabeza de la procesión con sus

prismáticos, Henry Cassidy, primer comentarista de noticias y sucesos públicos de la Televisión, se dirigió a su vasto auditorio invisible.

—... tristes memorias de aquel tren del pasado, llevando el féretro de Abraham Lincoln a través de los campos de trigo hacia la capital de la nación, donde habían de descansar. ¡Qué día tan triste es éste también y qué apropiado el tiempo para la circunstancia, con sus oscuras nubes tormentosas y su llovizna! —En su monitor vio cómo la cámara enfocaba al cuarto «Cadillac», aquel que seguía a los que llevaban los féretros de los temponautas muertos.

Su técnico le tocó en el brazo.

—Parece que estamos enfocando ahora tres figuras desconocidas, que van juntas en aquel coche —dijo Henry Cassidy en el micrófono que le colgaba del cuello, mientras asentía con la cabeza—. No soy capaz de identificarlas, por el momento. ¿Puedes ver tú mejor desde donde estás, Everett? —preguntó a su colega, al mismo tiempo que apretaba el botón que indicaba al otro que debía reemplazarle en las ondas.

—Pero, Henry —exclamó Branton con tono cada vez más excitado—. ¡Creo que estamos realmente contemplando a los tres temponautas americanos tal y como se manifiestan en su histórico viaje hacia el futuro!

—¿Significa eso —preguntó Cassidy— que han sido capaces de resolver de alguna forma el...?

—Me temo que no, Henry —dijo Branton con voz profunda y apesadumbrada—. Lo que estamos contemplando con gran sorpresa es la primera visión que tiene el mundo occidental de lo que los técnicos llaman Actividad del Tiempo de Salida.

—Ah, sí, ATS —dijo Cassidy con tono satisfecho, leyendo el guión oficial que le habían entregado las autoridades federales antes de la emisión.

—Eso es, Henry. Contrariamente a lo que puede parecer a primera vista, éstos no son, repito, no son, nuestros tres valientes temponautas como tales, es decir...

—Ya entiendo, Everett —interrumpió Cassidy con voz emocionada, ya que el guión decía textualmente: Cass interrumpe con emoción—. Nuestros tres bravos temponautas están ahora en suspenso en su histórico viaje hacia el futuro, que ha de extenderse aproximadamente a un siglo a partir de ahora... Parece que la gran pena y el drama de este día inesperado ha hecho que decidan...

—Siento interrumpirte, Henry —dijo Branton al llegar a este punto—, pero me parece que la procesión ha detenido su marcha con objeto de que podamos...

—¡No! —dijo Cassidy leyendo una nota que acababan de entregarle, garrapateada a toda prisa: No entrevistaste a los temponautas. Urgente. Olvide instrucciones previas—. No creo que podamos... hablar brevemente con los temponautas Benz, Crayne y Doug, como tú esperabas, Everett.

Diciendo esto comenzó a hacer señas desesperadas al equipo del micrófono-grúa

que ya había empezado a girar y extenderse hacia el coche que los llevaba. Con la cabeza les hizo signos negativos al técnico del micrófono y al suyo propio.

Al ver que el micrófono se dirigía hacia ellos, Addison Doug se puso de pie en la trasera del Cadillac. Cassidy dejó escapar un gruñido. Ese hombre quiere hablar, pensó. ¿No le habrán dado nuevas instrucciones? ¿Por qué me lo dicen sólo a mí? Otros micrófonos-grúa, representando a otras cadenas, así como varios entrevistadores de radio, a pie, se precipitaban ya hacia el Cadillac de los temponautas, con objeto de ponerles los micrófonos delante, sobre todo delante de Doug. Doug estaba ya empezando a hablar, en respuesta a una pregunta que acababa de hacerle un reportero. Con su propio micrófono desconectado, Cassidy no pudo oír ni la pregunta ni la respuesta. De mala gana dio la señal para que conectasen de nuevo.

—... antes —estaba diciendo Doug en voz bien alta y clara.

—¿De qué modo? ¿Quiere decir que todo esto ha sucedido ya? —preguntó el reportero de la radio que estaba en pie junto al coche.

—Quiero decir —declaró el temponauta americano Addison Doug, con el rostro enrojecido y tenso— que yo he estado en este mismo lugar una vez y otra, y que ustedes han presenciado ya este desfile y nuestras muertes y nuestra entrada una cantidad de veces sin fin. Que es un ciclo cerrado de tiempo que nos envuelve y que hay que romper.

—¿Está usted buscando —le gritó otro reportero a Addison Doug— una solución para el problema de entrada y el desastre de implosión, que pueda ser aplicado retrospectivamente con objeto de que cuando vuelva al pasado sea capaz de corregir el mal funcionamiento y evitar la tragedia que les ha costado... o que les costará... la vida?

El temponauta Benz dijo:

—Sí, eso es lo que estamos haciendo.

—Tratamos de averiguar la causa de la violenta implosión y eliminarla antes de regresar —añadió el temponauta Crayne, asintiendo con un gesto de cabeza—. Hemos averiguado ya que, por razones desconocidas, una masa de casi cuarenta kilos de varias partes de motor de un Volkswagen, incluyendo cilindros, la cabeza de...

«Esto es terrible», pensó Cassidy.

—¡Es sorprendente! —dijo en voz alta, en su micrófono—. Los ya trágicamente fallecidos temponautas americanos, con una determinación que sólo puede venir del entrenamiento y la disciplina rigurosos a que han estado sometidos (y entonces nos preguntábamos por qué, pero ahora vemos los resultados) han analizado ya las causas del imprevisto mecánico que motivó la implosión y fue el responsable, evidentemente, de sus muertes, y han empezado el laborioso proceso de clarificación de posibilidades con objeto de poder regresar a su lugar de lanzamiento y efectuar la

entrada sin accidente.

—Uno se pregunta —murmuró Branton por el micrófono y auricular interiores— cuáles pueden ser las consecuencias de esta alteración del pasado próximo. Si cuando regresen no hay implosión, y no mueren... bueno, resulta demasiado complicado para mí, Henry, comprender estas paradojas que el doctor Fein nos ha hecho notar repetidas veces, con suma elocuencia, en los laboratorios de Distorsión del Tiempo, en Pasadena.

Entretanto el temponauta Addison estaba diciendo para todos los micrófonos que le rodeaban, aunque con más calma ahora:

—No debemos eliminar la causa de la implosión en la entrada. El único camino de que disponemos para escapar de esta trampa es la muerte. La muerte es la única solución. Para nosotros tres.

Su perorata quedó interrumpida al ponerse de nuevo en marcha la procesión de Cadillacs.

Henry Cassidy cerró su micrófono momentáneamente y dijo, dirigiéndose a su técnico:

—¿Se ha vuelto loco?

—Sólo el tiempo puede decirlo —respondió éste— en tono apenas audible.

—Un extraordinario instante en la historia americana de los viajes por el tiempo —dijo luego Cassidy para las ondas—. Sólo el tiempo puede decir, y ustedes me perdonarán la frase, no intencionada, si las crípticas observaciones del temponauta Doug, improvisadas en unos momentos de intenso sufrimiento para él y en cierto modo para todos nosotros, son las palabras de un hombre perturbado por el dolor, o resultan por el contrario una aguda premonición del macabro dilema que teóricamente hemos sabido desde el principio que existía, que existía y que podía descargar su golpe mortal, sobre el lanzamiento de un viaje por el tiempo, ya sea nuestro o de los rusos.

Cortó después, para dar paso a un anuncio comercial.

—Sabes —dijo la voz de Branton en su oído, no para el público, sino solamente para el cuarto de control y para él—, en el caso de que tenga razón, sería mejor que los dejasen morir.

—Tendrían que dejarlos libres —convino Cassidy—. Dios mío, de la manera que hablaba se diría que ha pasado ya por esto durante mil años y algunos más. No me gustaría estar en su pellejo por nada del mundo.

—Te apuesto cincuenta dólares —dijo Branton— a que han pasado ya por esto antes de ahora. Muchas veces.

—Entonces, nosotros también —observó Cassidy.

Empezó a caer la lluvia en aquel momento y las filas de espectadores se convirtieron en una masa reluciente. Las caras, los ojos, incluso los trajes, todo

brillaba con reflejos de luz rota, chispeante, mientras los nubarrones se hacían cada vez más oscuros por encima de ellos.

—¿Estamos en el aire? —preguntó Branton.

«Quién sabe?», pensó Cassidy. Lo único que deseaba era que el día terminase cuanto antes.

El crononauta soviético N. Gauki levantó ambas manos con calma y empezó a hablar a los americanos, a través de la mesa. Su voz tenía un gran tono de urgencia:

—En mi opinión y en la de mi colega R. Plenya, que ha sido honrado con el título de Héroe del Pueblo Soviético por los resultados que obtuvo como pionero de los viajes por el tiempo, y basándonos en nuestra propia experiencia y en el material teórico desarrollado en los círculos académicos americanos y en la Academia de Ciencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, creemos que los temores del temponauta A. Doug pueden estar justificados. Su destrucción deliberada de sí mismo y de sus dos compañeros, al hacer la entrada cargado con un peso extra de partes de automóvil, en violación de las órdenes que recibiera, debe considerarse como el acto de un hombre desesperado que no encuentra ningún otro medio de escape. Naturalmente la decisión está en manos de ustedes. Nosotros sólo tenemos una posición de consejeros en este asunto.

Addison Doug estaba jugando con su encendedor, encima de la mesa, y no respondió siquiera. Le zumbaban los oídos y estaba pensando en lo que este zumbido podía significar. Tenía una cierta cualidad electrónica. Quizá estamos de nuevo dentro del módulo, pensó. Pero no lo percibía. Lo único que percibía era la realidad de la gente que estaba en torno a la mesa, la mesa misma, el encendedor que sostenía entre los dedos. No se puede fumar mientras se entra en el módulo, pensó, y volvió a guardarse el encendedor en el bolsillo.

—No tenemos prueba ninguna —estaba diciendo ahora el general Toad— de que se haya establecido un círculo cerrado de tiempo. Lo único concreto es la sensación de fatiga que experimenta el señor Doug. Su convencimiento de que ha pasado por todo esto en repetidas ocasiones. Como él mismo dice, se debe sin duda a una reacción psicológica. —Empezó a hurgar entre los papeles que tenía delante—. Tengo aquí un informe, que no se ha comunicado a los medios informativos, y que procede de cuatro psiquiatras de Yale, referente a su estructura psicológica. Aunque generalmente de carácter muy estable, tiene una marcada tendencia hacia la ciclotimia, que culmina en un estado de depresión aguda. Naturalmente ya se tuvo esto en cuenta antes de efectuar el lanzamiento, pero se calculó que los caracteres alegres de los otros dos componentes del equipo contrarrestarían esta tendencia de una manera funcional. De una forma u otra, esa tendencia depresiva suya está ahora en una fase muy aguda. —Tendió el informe con una mano, pero ninguno de los reunidos lo cogió—. ¿No es cierto, doctor Fein —continuó diciendo—, que una

persona que sufre depresión aguda percibe el tiempo de una manera peculiar, como si fuese un círculo cerrado en el que no hace más que dar vueltas y vueltas, sin poder salir de él ni llegar a ninguna parte? La persona sufre tal grado de neurosis que se niega a dejar escapar su pasado. Su pasado da vueltas en su cabeza continuamente.

—Pero —dijo el doctor Fein— esta sensación subjetiva de sentirnos atrapados es quizá lo que todos experimentaríamos si el círculo cerrado de tiempo cobrase existencia.

El doctor Fein era el médico investigador cuyos trabajos hablan servido de base teórica para el proyecto.

—El general —dijo Addison Doug— está utilizando palabras que no comprende.

—Me he informado sobre las que no conocía antes —respondió el general Toad—. Sé lo que significan los términos psiquiátricos técnicos.

Benz le preguntó a Addison Doug:

—¿Dónde encontraste todas esas piezas de Wolksvagen, Addi?

—Todavía no las tengo —respondió Addison.

—Probablemente recogió la primera chatarra que encontró —dijo Crayne—. Lo primero que le vino a las manos, antes de que iniciásemos el regreso.

—Antes de que vayamos a iniciar el regreso —le corrigió Addison.

—Éstas son mis instrucciones para ustedes tres —dijo el general Toad—. No van a intentar producir ningún daño, ni implosión, ni mal funcionamiento durante la entrada, ya sea cargando una masa de peso extra o por cualquier otro medio. Van a regresar según está programado, de acuerdo con los ensayos previos. Esto se refiere a usted principalmente, señor Doug.

En aquel momento empezó a sonar el teléfono que había a su derecha. El general frunció el entrecejo y descolgó el auricular. Hubo una pausa, y luego, con una especie de gruñido, volvió a colocar el aparato en su horquilla, de golpe.

—Ordenes cambiadas —dijo el doctor Fein.

—Sí, en efecto —admitió el general—. Y debo decir que personalmente me alegro de que sea así, porque la decisión que había tomado era bastante desagradable.

—Entonces podemos preparar la implosión al entrar —dijo Benz al cabo de una pausa.

—Son ustedes tres los que tienen que tomar la decisión —dijo el general Toad—, ya que son sus vidas las que están en juego. Quedan libres de actuar según lo consideren oportuno. De la forma que prefieran. Si están convencidos de que se encuentran presos en un círculo cerrado de tiempo, y creen que una implosión masiva al entrar puede romperlo... —hizo una pausa, al tiempo que Doug se ponía en pie—. ¿Va a hacer usted otro discurso, Doug?

—Sólo quiero dar las gracias a todos los que de una manera o de otra participan en esta empresa, por dejarnos decir —dijo Doug, y paseó su mirada cansada por todos

los individuos que estaban sentados en torno a la mesa—. Les aseguro que lo estimo en lo que vale.

—Sabes —dijo Benz lentamente—, el hecho de que implotemos al entrar tal vez no arregle nada, ni logre romper el círculo cerrado. En realidad, tal vez lo mantenga, Doug.

—No si nos mata a los tres —replicó Crayne.

—¿Estás de acuerdo con Addi, entonces? —preguntó Benz.

—La muerte es la muerte —dijo Crayne—. He estado pensando sobre ello. ¿Qué otra forma nos queda de salir de esto? Sólo morir. No hay otra salida.

—Puede que no estén en ningún círculo —observó el doctor Fem.

—Pero también puede que estemos en él —dijo Crayne.

Doug, que permanecía de pie, se dirigió a Crayne y a Benz y les dijo:

—¿Podríamos hacer participar a Merry Lou en nuestra decisión?

—¿Por qué? —preguntó Benz.

—No puedo ya pensar con claridad —contestó Doug—. Pero creo que Merry Lou puede ayudarme. Dependo mucho de ella.

—Bien, de acuerdo —dijo Benz. Y Crayne asintió con la cabeza.

El general Toad miró estoicamente su reloj de pulsera y dijo:

—Caballeros, creo que esto da por terminada nuestra conferencia.

El crononauta soviético Gauki se quitó los auriculares y el micrófono de cuello y se precipitó hacia los tres temponautas con la mano extendida. Por lo visto estaba diciendo algo en ruso, pero ninguno de los tres podía entenderlo. Así que se retiraron en grupo, con aire sombrío.

—En mi opinión, estás loco, Addi —dijo Benz—. Pero parece que ahora estoy en minoría.

—Caso de que tenga razón —dijo Crayne— y aunque no haya más que una posibilidad en un billón de que tengamos que volver una y otra vez, para siempre, creo que eso basta para justificarlo.

—¿Podríamos ir a ver a Merry Lou? —preguntó Addison—. ¿Ir a su casa ahora?

—Está esperándonos fuera —dijo Crayne.

El general Toad fue hacia los tres temponautas, se colocó en medio de ellos y dijo:

—Saben, lo que hizo que se adoptase esta decisión fue la reacción del público durante el desfile, ante su manera de comportarse y lo que usted dijo, Doug. Los consejeros de la NSC llegaron a la conclusión de que la gente prefería, como usted mismo, que todo acabase de una vez. Les consuela más saber que está ya usted libre de su misión que salvar el proyecto y conseguir una entrada perfecta. Creo realmente que causó profunda impresión en ellos, Doug, con todas sus lamentaciones —dijo alejándose.

—Olvídalo —le dijo Crayne a Addison Doug—. Olvida a todos los que son como él. Haremos lo que tenemos que hacer.

—Merry Lou me lo explicará —dijo Doug—. Ella sabrá qué es lo que hay que hacer, y qué es lo mejor.

—Voy a buscarla —dijo Crayne—, y luego los cuatro podemos ir en el coche a alguna parte, a su casa tal vez, y decidir sobre la cuestión. ¿De acuerdo?

—Gracias —le contestó Addi, asintiendo con una inclinación de cabeza. Miró a su alrededor, como si quisiera buscarla, saber dónde estaba. Quizá en el cuarto contiguo, pensó—. Aprecio mucho tu gesto.

Benz y Crayne cambiaron una mirada de entendimiento. Doug se dio cuenta, pero no sabía lo que significaba. Lo único que sabía era que necesitaba de alguien, y de Merry Lou más que de ningún otro, para que le ayudase a ver claro y comprender la situación. Y para librar a los otros dos de ella si es que era posible.

Merry Lou los condujo en su coche hacia el norte de Los Angeles, por la autopista de Ventura y luego por el interior hasta Ojai.

Todos iban en silencio. Merry Lou conducía bien, como siempre. Apoyado contra el hombro de la joven, Addison Doug se abandonó a una especie de paz temporal.

—No hay nada como tener una chica que te lleve en coche —dijo Crayne al cabo de muchos kilómetros de rodar en silencio.

—Es una sensación casi aristocrática —murmuró Benz— esto de tener una mujer que se ocupe del volante. Un privilegio de la nobleza, o algo por el estilo.

—Hasta que choca con algo —dijo Merry Lou—. Con algún trasto lento y pesado.

Addison dijo de pronto:

—¿Qué es lo que pensaste cuando me viste llegar a tu casa por el sendero, el otro día? Dímelo francamente.

—Parecía... —contestó la chica— como si lo hubieses hecho ya muchas veces. Parecías enormemente cansado, a punto de morir. Al final, pensé... —vaciló un momento—. Lo siento, Addi, pero eso es lo que parecía; pensé que conocías el camino demasiado bien.

—Como si lo hubiese recorrido muchas veces.

—Eso es —convino ella.

—Entonces votas por la implosión —dijo Addison Doug.

—Bueno...

—Sé sincera conmigo —dijo él.

Merry Lou se limitó a contestar:

—Mira en el asiento trasero. La caja que va en el suelo.

Con una linterna de mano que sacaron de la bolsa de herramientas los tres examinaron el interior de la caja. Addison miró temeroso lo que contenía. Eran piezas

oxidadas de motor de un Volkswagen. Aún estaban grasientas.

—Las cogí de un montón de chatarra en un garaje extranjero que hay cerca de mi casa —dijo Merry Lou—. Cuando iba hacia Pasadena. Los primeros hierros que vi que parecían suficientemente pesados. Les oí decir por televisión, cuando el lanzamiento, que cualquier cosa que pesara entre los veinte y los...

—Bastará —dijo Doug—. Ya ha bastado.

—No vale la pena, entonces, que vayamos hasta tu casa —intervino Crayne—. Queda decidido. Mejor que cambiemos de rumbo hacia el sur y vayamos directamente al módulo. Y que iniciemos las operaciones. —Su voz era intensa y aguda, al mismo tiempo—. Gracias por su voto, señorita Hawkins.

—Estáis todos tan cansados —dijo ella.

—Yo no —replicó Benz—. Lo que estoy es furioso. Furioso hasta el límite.

—¿Furioso conmigo? —preguntó Addison.

—No lo sé —contestó Benz—. Sólo sé que es... un infierno.

Luego se hundió en un silencio pesado, recogido sobre sí mismo, inerte. Alejado por completo de todos los otros que iban en el coche.

Al llegar al primer cruce de intersección Merry Lou viró hacia el Sur. La invadía ahora una extraña sensación de libertad y Addison también sintió que empezaba a sentirse libre del peso y de la fatiga que le agobiaban.

El receptor que cada uno de ellos llevaba en la muñeca empezó a zumbar con la señal de aviso. Los tres se sobresaltaron.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Merry Lou, accionando los frenos.

—Tenemos que ponernos en comunicación con el general Toad lo antes posible, por teléfono —dijo Crayne. Luego señaló con el dedo—. Ahí delante hay una estación de gasolina de la Standard. Métase por allí, señorita Hawkins. Telefonaremos desde la estación.

Pocos minutos después Merry Lou detenía el coche frente a la gasolinera, cerca de la cabina.

—Espero que no sean malas noticias —dijo.

—Hablaré yo primero —dijo Doug, al tiempo que saltaba del coche. Malas noticias, pensé, sonriendo para sí. ¿Qué malas noticias pueden ser ya? Entró rígidamente en la cabina, cerró la puerta tras de sí, metió la moneda en la ranura del aparato y mareé el número.

—¡Bien! Aquí tengo lo que se llaman noticias —dijo el general Toad cuando el operador le puso en comunicación—. Es una suerte que pudiésemos dar con ustedes. Espere un minuto. Voy a dejar que se lo diga el doctor Fein en persona. Le creará a él más que a mí. —Siguieron varios clics metálicos y por fin se oyó la voz, académica y precisa, del doctor Fein. Precisa, pero un poco más aguda que de costumbre, a causa de la excitación.

—¿Cuáles son las malas nuevas? —preguntó Doug.

—No son necesariamente malas —se oyó la voz al otro extremo del hijo—. Hemos hecho trabajar los computadores después de nuestra conferencia y según parece... en fin, es probable, desde un punto de vista estadístico, aunque aún no haya sido verificado del todo, que tenga usted razón, Addison. Se encuentran ustedes dentro de un círculo cerrado.

Addison Doug se sintió estallar de cólera. «Condenado hipócrita —pensó—. Estoy seguro que lo ha sabido en todo momento».

—Sin embargo —continuó diciendo el doctor Fein, tartamudeando un poco, a causa de la emoción—, también creo... es decir, hemos calculado que las mayores probabilidades de mantener el círculo como está es hacer implosión al entrar. ¿Me comprende, Addison? Si carga toda esa chatarra oxidada e implota, las posibilidades estadísticas de cerrar el círculo para siempre son mucho mayores que si entra normalmente y todo marcha bien.

Addison Doug no respondió.

—En realidad, Addi, y ésta es la cuestión sobre la que tengo que insistir, una implosión en la entrada, y especialmente una implosión masiva y calculada como la que estamos preparando... ¿Se entera de lo que le digo, Addi? ¿Me comprende bien? ¿Por Dios...! Una implosión semejante garantizaría que el círculo quedara cerrado sin remedio. Es algo que nos ha preocupado desde el principio. —Siguió una breve pausa—. ¿Addi? ¿Está usted ahí?

Addison Doug se limitó a estas palabras:

—Quiero morir.

—Eso se debe a la fatiga que experimenta, a causa del círculo. Sólo Dios sabe cuántas veces han...

—No —dijo Doug y se dispuso a colgar.

—Déjeme que hable con Benz y Crayne —dijo el doctor Fein rápidamente—. Por favor, antes de que intenten una nueva entrada. Especialmente con Benz. Me gustaría hablar con él en particular. Por favor, Addison. Por el bien de ellos. Su casi total agotamiento...

Addison colgó el teléfono y salió de la cabina.

Cuando volvió a subir al coche oyó que los dos receptores de alerta estaban zumbando aún.

—El general Toad dijo que la llamada automática que nos envió los mantendrá aún zumbando durante un rato —dijo a sus compañeros. Y cerró la puerta del coche—. Adelante.

—¿No quiere hablar con nosotros? —preguntó Benz.

—El general quería que supiésemos —dijo Addison— que tienen algo para nosotros. El Congreso ha votado una citación especial por nuestro valor o alguna otra

idiotez por el estilo. Una clase de medalla que nunca habían otorgado hasta ahora. Y nos la concederán con carácter póstumo.

—Demonios, es la única forma en que pueden concedérmola —dijo Crayne.

Merry Lou se echó a llorar al tiempo que ponía el motor en marcha.

—Será un descanso —dijo Crayne mientras el coche se dirigía hacia la autopista — cuando todo haya acabado.

No va a tardar mucho ahora, pensó Addison.

Los receptores de alerta continuaban zumbando en sus muñecas.

—Os van a volver locos —dijo Addison—, con todas esas voces burocráticas mezcladas.

Los otros se volvieron a mirarle. Había en aquella mirada interrogante una cierta inquietud no exenta de perplejidad.

—Sí —dijo Crayne, por último—, estas alertas automáticas son una auténtica lata. —Parecía cansado.

Tan cansado como yo, pensó Addison. Y al darse cuenta del paralelismo se sintió mejor. Porque venía a demostrar que estaba en lo cierto.

Gruesas gotas de lluvia golpeaban contra el parabrisas. Había empezado a llover muy fuerte. Esto le gustó. Le recordaba una de las experiencias más emocionantes que había tenido durante su corta vida: la procesión de su propio entierro, cuando avanzaba lentamente a lo largo de Pennsylvania Avenue, con las banderas cubriendo los féretros. Cerró los ojos, se recostó en el asiento y por fin se sintió bien. Escuchaba en torno suyo las lamentaciones de los asistentes al desfile. Y algo dentro de su cabeza soñaba con la medalla del Congreso. Concedida al cansancio infinito, pensó. Una medalla especial por estar cansado.

Se vio también en otros desfiles y en la muerte de muchos otros, aunque en realidad no era más que una misma muerte y un mismo desfile. Coches que avanzaban lentamente por las calles de Dallas, y también con el doctor King... Se vio a sí mismo volviendo una y otra vez, en su círculo cerrado de vida, al mismo funeral que no podía olvidar, y que ellos no podían olvidar tampoco. Él siempre estaría allí, y ellos también estarían. Ocurriría repetidamente, y todos volverían una y otra vez, al lugar y al momento donde querían volver. Al suceso que había significado más para ellos.

Éste era el don que les hacía, a la gente, a su país. Le había legado al mundo un maravilloso peso: el temido y agotador milagro de la vida eterna.

EN VENUS TENEMOS UN RABINO

WILLIAM TENN

William Tenn es considerado como un maestro del relato de ciencia-ficción, tanto que en 1968 la editora neoyorquina Ballantine Books publicó nada menos que cinco volúmenes de sus historias simultáneamente, en edición uniforme: un tributo inigualado en este género. Al mismo tiempo, aspiraba a ser un reconocimiento final a su carrera, pues Tenn se retiró de la profesión a una temprana edad. Sin embargo, en 1974, Jack Dann editó una antología de relatos judíos de ciencia-ficción bajo título de *Wandering Stars* (Estrellas errantes), compuesta por excelentes cuentos, debidos a plumas tales como Asimov, Malamud, Singer y Silverberg; Dann se apuntó un tanto pues ofrecía el primer relato de William Tenn tras siete años de silencio, esta deleitable crónica —llamada *On Venus Have We bot a Rabbi*— del Primer Congreso Interestelar Neosionista, en el que los delegados de la estrella Rigel piden ser admitidos como judíos. Pero ¿cómo pueden ser judíos unas gigantescas cucarachas con tentáculos?

Me mira usted, señor Periodista Eminente, como si le sorprendiera tener la oportunidad de ver a un peli y barbicano hombrecillo. Ya se encontró usted con él, en el cosmodromo, cuando el tipo conducía un cacharro que nadie querría en la Tierra ni para su santa suegra, porque lo cogería y lo enterraría en el cementerio sin perder un instante ni un átomo de dignidad. He aquí al tipo —se dirá usted—, esta cosa canija, esta nota a medio hacer que se supone va a hablarle sobre el más grande y extraño desarrollo del Judaísmo desde que el bautista lokannan Ben Zakkai se sentó con los del Sanedrín en Jabne y dijo: «La asamblea verá con placer que se llegue a un orden».

¿Quiere usted saber si habla con un hombre equivocado? ¿Vendría usted atravesando el espacio, tal vez cincuenta, sesenta, o quizá setenta millones de millas solamente para oír a este aprendiz de casco agrietado y un depósito de oxígeno de segunda mano a la espalda? Yo le daré la respuesta: usted no habla con un hombre equivocado. Miserablemente como vive, andrajoso como viste, desdichado como es, usted habla con un hombre capaz de decirle todo cuanto quiera usted saber acerca de los facedores de entuertos del cuarto planeta de la estrella Rigel. Usted hablará nada menos que a Milchik, el reparador de televisores. En perdona.

Todo cuanto hacemos ahora es poner sus efectos en el portamaletas del módulo y entrar en él. Debe usted cerrar la puerta, sí, sí, de un portazo —un poco más fuerte, por favor—, y entonces, si vemos que esto de aquí funciona, si aquello otro no está jodido, si, en definitiva, el pobre y viejo módulo da señales de poder hacer otro viaje, entonces, amigo mío, podemos despegar. En verdad que no es un sueño de lujuria este carricoche espacial, pero —y le aseguro que es un módulo, de verdad— no hay otra cosa.

¿Le gustan las tolvaneras? He aquí una. Si no le gustan las tolvaneras no debería venir usted a Venus. Es todo lo que vamos a tener por paisaje. No tenemos las playas de Tel Aviv, pero tenemos tolvaneras.

Sin embargo, estará usted diciéndose que no viene por las tolvaneras, ni tampoco para conversar. Que usted va a Venus para saber qué pasa con los judíos de la galaxia cuando se concentran en el segundo planeta del sistema solar. ¿Por qué este reformado, este televisivo Milchik, habría de tener algo especial que decirle sobre tan gran acontecimiento? ¿Se trata de algún sabio de peculiar ralea, algún doctorado, un profeta esperado por el pueblo del Señor?

Pues voy a decírselo. No, señor, yo no soy ningún sabio. No soy ningún tipo doctorado en nada y, menos todavía, un profeta. Ni por pienso. Apenas me gano la vida reparando televisores de segunda mano, yendo de casa en casa con mi caja de herramientas a la espalda. No seré un doctorado, pero sí un ser humano. Y esto es lo primero que debería usted saber. Hay que escuchar, eso es lo que digo a Sylvia, mi esposa, y razono: ¿no dicen nuestros sabios que aquél que mata a un hombre mata a toda la especie humana? ¿Y no se sigue de aquí que aquél que escucha a un hombre no hace sino escuchar a toda la entera humanidad? De modo que quien oye la palabra de un judío de Venus está oyendo la palabra de todos los judíos de Venus, de todos los judíos del universo, de un extremo al otro.

Esto digo a Sylvia. Pero Sylvia —¡ponerse a razonar con una mujer!— dice: «Déjate estar de Sabios. Tenemos tres hijos en edad de casarse. ¿Quién va a pagar a sus novias el viaje a Venus? Tú crees, como quien respira, que una bonita chica judía va a hacerlo gratis, quizá procediendo de otro sistema planetario. Sí, señor: ella vendrá a un bullicioso planeta y vivirá en un cuchitril donde criará sus hijos; resulta que no están acostumbrados a ver el sol ni las estrellas y gracias a ti verán sólo paredes de plástico, ascensores, y borrachos obreros de las minas de cadmio que van a gastar su paga para pasárselo lo mejor posible. ¿Crees que porque a una chica le guste la estereorreproducción de uno de nuestros hijos y esté deseando venir y casarse con él, no vamos a tener que pagar su estancia y quizá alguna nadería de la que pueda encapricharse por el camino? ¿De dónde dicen los Sabios que viene el dinero? ¿Dicen tal vez que deberíamos recibir donativos bajo la consigna. "Ayudad a encontrar esposas para los hijos de Milchik: el padre está demasiado ocupado con la filosofía"?».

No necesito recordarle —usted es un periodista, es decir, un hombre culto y educado— lo que dice Salomón en los Proverbios acerca de la mujer: «Una mujer buena, ¿quién la hallará? —dice—. Vale más que las perlas». Y, con todo, alguien de la familia tiene que ocuparse del dinero y de que los chicos consigan esposa. Pero éste es el segundo punto. El primero es que yo soy un ser humano y un judío, dos cosas distintas quizá, y tengo derecho a hablar por todos los seres humanos y por

todos los judíos.

Además, soy un judío con tres hijos crecidos, aquí, en Venus. Si usted quiere injuriar a su peor enemigo, dígame a mí. «Oiga. ¿Es usted judío? ¿Tiene tres hijos? Pues váyase a Venus».

Y he aquí el tercer punto. ¿Por qué yo, Milchik el de los televisores, le estoy hablando a usted de esto, y por qué usted, desde que salimos de la Tierra, no hace sino escucharme? Porque no sólo soy un padre judío sino también... Escuche. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿No se sentirá ofendido? ¿De veras que no va a ofenderse usted?

¿No será usted judío, por casualidad? Quiero decir si no tendrá usted antepasados judíos, un abuelo, tal vez alguna bisabuela. ¿Seguro? Vale, eso es lo que quería decir. Quizás alguno de sus antepasados cambiara de nombre después de 2533, y digo 2533 de su calendario, por supuesto. No se trata exactamente de que tenga usted aspecto de judío o cosa parecida, sino de que es usted tan inteligente y hace preguntas tan profundas... Yo no puedo menos que maravillarme.

¿Le gusta la comida judía? En veinte, veinticinco minutos a lo sumo, mi pobre y viejo módulo nos sacará de entre este polvo anaranjado y penetraremos en un coto de aire respirable. Entonces se sentará a una mesa judía y, créame, señor periodista, se chupará usted los dedos. Casi toda la comida la conseguimos de la Tierra, especialmente arreglada y embalada. Y, obviamente, especialmente cobrada. Mi esposa Sylvia suele hacer un plato especial, en el que el gusto gastronómico tiene la virtud de reconciliar nuestras diferencias otras: arenques troceados. Y no es más que un aperitivo, pues nosotros acostumbramos a tomarlos a menudo. Más aún, puede decirse que todo cuanto le he estado diciendo no ha sido, a fin de cuentas, más que un aperitivo. Podríamos acercarnos un poco al plato de caliente, ¿le parece?

Sylvia hace siempre la comida en la shul, quiero decir nuestra sinagoga. Ya sabe, el pan y la sal y todo eso. También prepara el desayuno propio del sábado por la mañana: tortas de trigo y queso fresco, que todo hombre debe comer antes de sus plegarias sabáticas. Nosotros somos ortodoxos y practicamos los ritos levíticos. Nuestro Rabino, Joseph Smallman, es superortodoxamente levítico, usa yarmulka y encima de ella un negro frégoli, costumbre que en su familia ha pasado de padres a hijos durante no sé cuántos siglos.

¡Ajá! Veo que está usted sonriendo. Se ha dado cuenta de que he pasado del aperitivo al primer plato. Rabino Joseph Smallman. Se trata sólo de Venus y quizá de la séptima u octava congregación Darjeeling de la lista, ¡pero hemos podido tener un rabino! Para nosotros es un Akiba, un Rambam. Más que eso. ¿Sabe usted cómo lo llamamos, entre nosotros, cuando estamos solos? Lo llamamos el Gran Rabino de Venus.

Ahora se ríe ruidosamente. No, no estoy catequizando. Y veo que esconde su risa

y hace un leve ruido como de eructo, y perdóneme la expresión, tras una buena comida.

Usted se dirá que este televisero Milchik y sus vecinos de congregación, quizás unas setenta u ochenta familias judías en total que, con la ayuda de Dios, se mantienen pasándose la manteca las unas a las otras, tienen el descaro y la osadía de pretender que su Rabino sea el Gran Rabino de Venus. ¿Es que la más miserable de las cegueras pretende la más brillante de las luces?

¿Acaso es imposible? ¿Hay algo imposible para el Altísimo, bendito sea Su Nombre? Después de todo, como dicen los Sabios: «Los últimos serán los primeros». Y, por favor, no me pregunte qué Sabios.

¿Por qué es él un Gran Rabino? Bien, lo primero de todo, ¿por qué el Rabino Smallman no puede ser un Gran Rabino? ¿Necesita un certificado de la Oficina Concesionaria de Grandes Rabinos? ¿Acaso necesita usted graduarse en la Cátedra Especial de Grandes Rabinos para llegar a ser un Gran Rabino? Esto es lo importante: que usted es un Gran Rabino porque usted actúa como un Gran Rabino, es reconocido como Gran Rabino y toma decisiones propias de un Gran Rabino. Y usted debe haber oído por ahí acerca del modo de actuar y decidir de nuestro Rabino, desde el momento en que todos los judíos del universo vinieron a organizar un gran congreso, justamente aquí, en Venus. Si usted no supiera nada no habría realizado este viaje desde la Tierra sólo por esta entrevista. También lo ha oído otra gente. Han oído hablar de su piedad, su erudición, su sabiduría, aunque de su modestia yo no me atrevo a decir nada. Y ello mucho antes del asunto de la Primera Conferencia Interestelar Neosionista de Venus. Porque la gente oye y comenta y algunos vienen desde tan lejos como la congregación Gus Grissom para consultarle sobre materias rabínicas.

¿Quiere un ejemplo, si no cree que es perder el tiempo? Pero no es perder el tiempo: usted se encuentra en mitad de una tolvanera en un módulo medio despanzurrado, un módulo al que Milchik el de los televisores sabe dar el mejor trato posible —baterías siempre cargadas, correas de ventilador siempre impecables—, aunque ello le quite el pan de la boca. Para Milchik, el módulo representa todo aquello que no exige nada mejor que descansar y morir en paz. El módulo me ofrece lo que sabe. Y el módulo también gusta de escuchar a Milchik exponiendo la Halacha, los santos preceptos y las leyes.

Hace aproximadamente cinco años, algo terrible ocurrió en la víspera de Pascua. Hubo una explosión a bordo de una nave de mercancías cuando se dirigía a Venus. Nadie sufrió el menor daño, pero la carga fue deteriorada y la nave retrasó su descenso, justo cuando faltaba un par de horas para que comenzara el primer seder. A bordo de la nave iba toda la comida especial de Pascua que había sido encargada por las veinticuatro familias judías de la congregación Altoona, y esa comida especial

venía embalada en latas y envasados al vacío. Una vez hechas las pesquisas, la gente de Altoona advirtió que las latas habían sufrido desperfectos y estaban abolladas, y, mucho peor que eso, bastantes latas se encontraban agujereadas. ¡Oh, desastre!, pues a tenor del Concilio Rabínico de 2135 de la Travesía Espacial Kashruth, la comida que se encontrare en latas agujereadas se convertirá en impura, impura para el uso cotidiano, impura para el uso pascual. Y he aquí que el seder se nos venía encima. ¿Qué hacer?

La gente no era rica: no tenía reservas, no había ninguna salida; por no tener no tenía ni rabino propio. Si hubiera sido cuestión de vida o muerte, perfecto, nada ocurriría; pero cuando no lo es, significa que hay que comer hiimetz, es decir, comida no pascual, y que, por lo tanto, no puede celebrarse el seder. Y un judío que no puede celebrar la Salida de Egipto con matzo, hierbas amargas, charoseth y vino pascual, ese judío es como una novia sin tálamo, como una sinagoga sin rollo de la Thora.

La congregación Altoona se puso en contacto con la Darjeeling; aquélla es un suburbio de la nuestra. Sí, no ponga esa cara, eso es lo que he dicho: suburbio. Mire, sé perfectamente que el nuestro es un sitio pequeño, pequeñito si quiere, pero ¿dónde está escrito, dígame, dónde está escrito que los lugares pequeños no tengan suburbios? Si la Grissom puede tener catorce suburbios, nosotros podemos tener dos. De modo que la gente de la Altoona, pálida, inquieta, abriendo y cerrando la boca con grave consternación, pasó el asunto a nuestro Rabino Joseph Smallman. Dijeron que habían observado que ninguna lata chorreaba, pero que el resultado de una consulta había sido infructuoso: tal como recomendaba el Concilio Rabínico de 2135, habían tomado un cabello de entre todas las cabezas y lo habían introducido en la perforación de una lata... y el cabello no se había ensortijado al salir. ¿Quería esto significar que la comida embarcada a través del espacio había sido condenada, a fin de que la congregación Altoona no pudiera celebrar el seder?

Bien, de hecho era eso lo que significaba —o podría haber significado— para un rabino cualquiera. El Rabino Smallman los miró y volvió a mirarlos y se rascó el grano que tiene en la parte derecha de la nariz. Pese a ello el Rabino Smallman es un hombre guapo y bien parecido, fuerte y rollizo y con una cara como un joven Ben Gurion; es más, no siempre parece tener un grueso grano rojo en la nariz. Entonces se levantó, fue hasta su biblioteca y tomó media docena de volúmenes del Talmud y los tres últimos de las Actas del Concilio Rabínico de la Travesía Espacial. Y se miró todos los libros al menos una vez, meditando largo tiempo después de cada pasaje. Finalmente, preguntó: «¿Qué cabello habéis usado y de qué cabeza?».

Le fue mostrado el cabello, un delicado y blanco cabello de la cabeza del más viejo bisabuelo de la congregación Altoona, cabello tan fino y tenue como el sollozo de un niño. «De modo —dijo— que este cabello ha regresado sin rizos del agujero de una lata en concreto. Como para vuestra consulta habéis utilizado un cabello de

vuestra selección, yo tomaré para la mía el cabello que crea más conveniente». Y mandó llamar al mayor de mis hijos, Aaron David, y le dijo que se arrancara un cabello.

Usted no es ciego y puede ver que mi cabello, aun a mi edad, es crespo y espeso. Y, créame, no es nada comparado con lo que era antes. Mi chico, Aaron David, tiene el pelo tradicional de nuestra fámula, o sea dos o tres veces más crespo que el pelo normal. Cuando viene conmigo y me ayuda en mi trabajo, mis clientes suelen decir algo así como: «Con una mata de pelo como ésa, ¿para qué necesitas los cables de contacto?». Yo les replico: «Cierra la boca. Quizás Aman o Hitler hubieran fabricado cables a base de cabellos, como la impía parejita que formaban Sebastián Pombal y Juan Cravea, que utilizaban nuestras cabezas como materia prima en sus terribles factorías; pero no se te ocurra decir eso en pleno 2859 a un padre judío y menos aún con respecto a su hijo judío». El Eterno, bendito sea, puede demandarme a mi hijo, pero que nadie pretenda hacer de mí un Abraham incapaz de defender a Isaac. Usted me comprende, ¿no?

Así, cuando el Rabino Smallman tomó una lata agujereada e introdujo en ella un cabello de Aaron David, salió éste más retorcido que un alambre. ¿Se trataba sólo de aquella lata en particular? No, pues cuantas veces introdujo un cabello de mi hijo en cualquiera de las restantes latas agujereadas, tantas otras la respuesta fue favorable. Así, el Rabino Smallman señaló las latas utilizadas para la primera prueba y dijo: «Yo declaro esa comida impura. Pero esa otra —y extendió sus manos hacia las restantes— es completamente aceptable. Llevadlas a vuestras casas e iniciad el seder».

Todos los presentes derramaron lágrimas y se lo agradecieron una y otra vez. Reunieron todas las latas y corrieron a su congregación: estaba haciéndose tarde y ya era hora de comenzar a suplir el humetz con los alimentos requeridos; precisamente ese humetz que usted debe probar antes de que regrese al condenado reino de sus asquerosas viandas. Como le digo, la gente de Altoona salió de estampía desapareciendo en pocos minutos. Y fue como dice el Libro Segundo de los Holocaustos: «Nada, ninguna cosa fue desechada».

¿Puedo esperar que usted alcance a comprender dónde estaba la grandeza de la decisión rabínica? Todos los judíos de Venus lo comentaron y quienquiera y dondequiera maravillábase. Ah, no. Lo siento mucho, pero usted se equivoca en eso: la grandeza que quiero hacerle entender no radicaba, ni mucho menos, en el simple hecho de haber posibilitado que unos cuantos judíos pobres celebraran el propio seder de Pascua en sus hogares. Eso se basa en un simple dicho: que es mejor aguantar a un judío sin barba que una barba sin judío. Ande, inténtelo de nuevo. No, vuelve usted a equivocarse. El uso de un crespo pelo de la cabeza de mi hijo no era cosa demasiado brillante, y es más: bajo aquellas especiales circunstancias ningún buen rabino hubiera hecho lo mismo. Para eso no había que ser precisamente un Hillel; y el caso

es que a usted se le escapa la cosa porque piensa de manera prosaica. No acierta, ¿verdad? Goyische kop!

Que no catequizo, vaya. Yo no quiero hablar en un lenguaje que usted no entienda. ¿Que qué digo? Sólo un llano y justo comentario sobre el hecho de que hay gente que ha intentado estudiar el Talmud y que, por otra parte, hay gente que no lo ha intentado. Es la forma de comprobar un viejo dicho entre nosotros.

Claro que me explicaré. ¿Por qué he hablado de grandeza? Primero. Casi ningún rabino que se respete hubiera visto la importancia de encontrar los alimentos necesariamente buenos y puros. Segundo. Un buen rabino, un rabino de primera, hubiera encontrado la manera de solucionarlo con un cabello de mi hijo, o de éste, de aquél, de cualquiera. Pero, tercero, sólo un verdadero gran rabino era capaz de consultar los libros y meditar durante largo tiempo sus decisiones antes de enunciarlas. ¿Cómo hubieran podido realizar el seder de no haber tenido plena confianza en la decisión? Y, ¿cómo hubieran podido sentirse embargados por esa confianza, esa fe, de no haberle visto consultar y meditar nada menos que sobre nueve volúmenes? ¿Ve ahora por qué le llamamos el Gran Rabino de Venus, aun cinco años antes del Congreso Neosionista y el gran escándalo de las Cebollas?

Ahora ya no puedo dedicar tanto tiempo al estudio del Talmud. Compréndame, uno tiene que alimentar a su familia, tiene que reparar televisores de segunda mano, y un hombre que debe hacer eso en un planeta como Venus no tiene la cabeza lo bastante despejada como para afrontar los problemas de la Gemara. Pero cuando me detengo a pensar en que nuestra congregación tiene un rabino como el Rabino Smallman, no puedo menos que pensar en cómo comienzan los Sabios sus argumentaciones: «Un hombre encuentra un tesoro...».

Intente entender, por favor, que un tesoro es un tesoro para todos y cada uno. Casi todos los judíos de Venus son Ashkenazim, gente que emigró desde la Europa oriental a América antes del Holocausto y que no ha regresado a Israel después de la Cosecha. Pero hay por lo menos tres clases de Ashkenazim, y sólo la nuestra, la de los Ashkenazim levíticos, llama al Rabino Smallman el Gran Rabino de Venus. Los Ashkenazim williamburgueses, que son bastantes más que nosotros, llamados también Ashkenazim de-gabardinas-negras y que dedican a sufrir y rezar, sufrir y rezar todo el día, éstos llaman al Rabino Smallman el Rabino de-las-tortas-de-trigo. Y, por otra parte, los Ashkenazim de Miami, los ricos caganíquel que viven en la gran congregación IBM, consideran que un rabino es una especie de marica que, al igual que las mujeres que no encuentran amante o marido, frustrado en lo más íntimo, se cree destinado a los trabajos intelectuales. Se dice que los Ashkenazim williamburgueses creen en el milagro del trabajo, que los levíticos creemos que es un milagro encontrar trabajo, y que los de Miami no creen ni en los milagros ni en el trabajo y que sólo se preocupan de sus negocios de importación y exportación.

Veo que está usted recordando lo que dije acerca de abandonar el aperitivo y pasar al primer plato. Y también en que le dije que todo cuanto le había estado contando podía ser considerado como el primer plato prometido. Pues bien, ¿quiere realmente conocerlo? Escuche, escuche y relájese un poco.

Vayamos por partes y me explicaré. Compongamos un orden. Imagínese que al principio le ofrecí un aperitivo y que luego, después de dejar pasar unos pocos minutos, usted toma una sopa normal y corriente. ¿De acuerdo? Vale. Eso es lo que hemos hecho, pues. Ahora podemos ofrecer el verdadero plato principal.

Sólo que... justo nada más que un segundo. Hay algo que debe usted tomar antes. Llamémosle ensalada. No lo tome a mal, la ensalada es un plato muy pequeño y, además, será una ensalada breve. Usted la habrá terminado en menos que canta un gallo. Preste atención, por favor. Tenga presente que usted no es el cocinero, sino solamente el invitado. Y usted no querrá que su anfitrión le sirva tan sólo un bocadillo, ¿eh? Abandone, pues, cualquier mal pensamiento al respecto. Milchik sólo sirve comidas completas.

Aquella noche, después del seder yo estaba sentado en un banco que hay frente a nuestro apartamento de la congregación Darjeeling. Para mí es éste siempre el mejor de los momentos. Hay tranquilidad, la mayoría de la gente se ha ido a la cama y los pasillos no huelen a caterva. Por todos los pasillos sólo se aprecia una leve luz, ya que por las noches desciende el watiaje. Esto se hace para permitirnos saber que es de noche en la Tierra, pues, para nosotros, como usted ya sabe, la «noche» sólo es un término simbólico. Aunque yo no tengo la menor idea del lugar exacto donde hay noche en la Tierra. En Darjeeling, quizá.

Mientras permanecía sentado, pensando, Aaron David sale del apartamento y se sienta junto a mí en el banco. «Papá —dice después de un rato—, qué cosa tan grande ha hecho hoy el Rabino». Hice un gesto con la cabeza asegurándole que, en efecto, había sido una gran cosa. En esto que lleva una mano hasta su cabeza, justo al lugar de donde le habían arrancado el cabello. Mantuvo la mano apretada contra el sitio exacto mientras paseaba la mirada por el pasillo. «Antes de esto —dice— yo ya quería, pero ahora lo quiero más que nunca. Seré un rabino».

«Felicidades —le digo—. Por mi parte yo seré el Virrey de Venus».

«Lo digo en serio, papá. Realmente en serio».

«¿Acaso bromeo yo? No creo que sea cosa de risa el que un día yo sea elegido por el Consejo de las Once Naciones Terrestres y los Presidentes de Titán y Ganímedes. ¿Tan mal lo he hecho que no puedas tener al menos ambiciones? Pues muy bien —así se lo dije—, pues muy bien». Y se lo dije porque el chico se volvió y se quedó mirándome, con unos ojos que eran los ojos de Sylvia, ojos que, déjeme decírselo, son capaces de mirar. «De modo que quieres ser un rabino. Nada malo hay en desearlo. Todo lo que yo pueda darte no dudes que te lo daré. Tú sabes que tengo

un pequeño destornillador aislante, uno azul, aquél que fue hecho en Israel hace quinientos años, cuando Israel era todavía un estado judío. Ese pequeño y bonito destornillador me lo cuida más que las niñas de los ojos, y, sin embargo, si tú me lo pidieras yo no dudaría en dártelo. Pero no puedo pagarte las mensualidades de una yeshiva, ni, algo más importante, siquiera el viaje de una novia a Venus. Una tradición que tendrá ahora cientos de años, desde que los judíos comenzamos a emigrar al espacio, dice que la esposa de un levita debe proceder de otro planeta. Y no sólo es tu caso, pues también están tus hermanos. Una criatura racional, muchachito, debe preocuparse por organizar su vida. Primero el dinero para la novia, luego hablaremos del dinero para la yeshiva».

Aaron David comenzó a gimotear. «Si tan sólo... si...», decía mientras agitaba los labios.

«Si... —digo—. Si... Tú sabes perfectamente lo que decimos sobre la eterna condición. Si tu abuela hubiera tenido testículos hubiera sido tu abuelo. Considera el problema: si tú quieres ser un rabino, en especial un rabino levítico, debes saber tres idiomas antiguos aun antes de comenzar: debes saber Hebreo, debes conocer el Arameo, debes dominar el Yiddish. Eso es lo que te digo. Si. Si puedes aprender con suficiente antelación, y si ocurre algún milagro y podemos enviarte a una yeshiva, entonces ya puedes empezar a correr y a aprovechar el tiempo antes de que la familia entera se declare en bancarrota. Si el Rabino Smallman, por ejemplo, te diera lecciones».

«¡Él lo hará! —dijo excitado—. ¡Él lo hará en seguida!». «No, yo no estoy hablando de lecciones, sino de lecciones. La diferencia consiste en lo que has de pagar por ellas. Él podría enseñarte un día después de la cena y, luego, yo repasaría contigo lo aprendido al día siguiente después de la cena. Así aprenderé yo también, no quiero ser un ignorante. Tú sabes lo que dicen los Sabios sobre el estudio del Talmud: 'Consigúete un compañero...' Tú serás mi compañero y yo seré tu compañero, y el Rabino Smallman será el compañero de ambos. Y explicaremos a tu madre, cuando le dé por gritarnos, que hemos hecho un negociate, dos por el precio de uno, algo especial».

Y así lo hicimos. Consiguiendo un sueldo extra como empleado de cosmodromo con mi módulo —¿no nota usted que funciona como si estuviera herniado?— lo logramos. Y encontré para Aaron David un empleo en la planta dieciocho, en la sala de calderas. Pensé que si Hillel permaneció medio congelado en su buhardilla para llegar a ser un doctor, no era ninguna tragedia el que mi hijo hiciera lo propio por sí mismo y por la misma razón.

La cosa marchaba. Mi hijo aprendía y aprendía, y comenzaba a tener los aires y el habla de un doctor a medida que abandonaba los aires y el habla de un reparador de televisores. Yo aprendía también, no mucho, claro, pero sí lo suficiente como para

salpimentar mi conversación con frases de Ibn Ezra y Mendele Mocher Sforim. No soy un ilustrado, todavía soy un kasrilik, un schlemiel, pero al menos soy un schlemiel ligeramente educado. Y la cosa marchaba también para el Rabino Smallman: enviaba su familia una vez al año a la Tierra, de vacaciones, donde todos podían sentarse junto a un lago y ver que el agua real no era diferente del agua de su patria. Yo era feliz con él, yo y mi módulo herniado. Lo único por lo que no era feliz era que aún no veía la forma de conseguir el dinero para pagar la yeshiva. Pero, al menos, el aprender no hacía daño. Si usted no puede ver bien y no entiende lo que ve, como dice Freud, ya está pero que muy bien poder ver desde Varsovia a Minsk.

Pero ¿quién, pregunto yo, es capaz de ver desde aquí a Rigel? Pues bien, los del cuarto planeta de Rigel vinieron y organizaron una de órdago.

Ya desde mucho tiempo atrás habíamos oído hablar del movimiento Neosionista. Los judíos siempre oímos algo cuando otros judíos se juntan y arman bulla. Conocemos algunos comentarios sobre el libro del Dr. Glickman, conocemos comentarios acerca de su asesinato por los dayanistas de Vega, y también conocemos comentarios sobre sus seguidores organizándose por la galaxia; fíjese, incluso hemos abierto una caja de resistencia en nuestra sinagoga a fin de recoger fondos para su partido de Venus, con la siguiente consigna: «En memoria del heroico Dr. Glickman, ayuda a la recuperación de la Tierra Santa ocupada por los alienígenas de Vega».

Con esto no estoy del todo en desacuerdo; me he permitido deslizar un par de monedas, de cuando en cuando, en la pushke. Después de todo, ¿por qué Milchik el de los televisores no habría de ayudar, aparte sus otras riquezas, a recuperar Tierra Santa?

Pero el movimiento Neosionista es harina de otro costal. Yo no soy propiamente un cobarde y sé dar la cara en las ocasiones de verdadera emergencia. Estoy dispuesto a morir por mi gente. Fuera de una emergencia... bueno, nosotros, los judíos venusianos, hemos aprendido a salvaguardar nuestras preciosas narices tradicionales bajo la superficie de nuestras viviendas subterráneas. No es antisemitismo lo que hay en Venus —¿quién no soñó jamás con poder decir algo semejante?—. Cuando el Virrey declara cinco veces en una semana que la causa de que Venus tenga un desfavorable balance en el comercio con otros planetas se encuentra en que los judíos han importado demasiada comida kosher, no está haciendo antisemitismo sino un puro análisis económico. Y cuando el Ministro del Interior dicta sus impuestos según el número de judíos de cada congregación y dice que uno no puede moverse de aquí para allá sin un salvoconducto especial, ello no informa de ningún antisemitismo, sino, obviamente, de las triquiñuelas de la administración. Entonces, lo que yo digo es lo siguiente: ¿por qué derrocar un gobierno tan comprensivo para con los judíos?

Hay otra cosa que no me gusta del Neosionismo; es algo difícil de decir, especialmente a un extraño. Se trata de ese asunto de regresar a Israel. ¿A qué lugar

sino a ése pertenece un judío? ¿Correcto? Bien, yo no tengo mucha idea al respecto. Empezamos allí con Abraham, Isaac y Jacob. Luego, la primera vez que regresamos fue con Moisés, y así aguantamos un tiempo hasta que los babilonios nos botaron. Entonces regresamos de nuevo bajo Zorobabel y permanecemos por quinientos años hasta que Tito incendió el Templo y los romanos nos largaron otra vez. Nada bueno, vaya. Dos mil años errando alrededor del mundo sin otra cosa que ofrecer que Maimónides y Spinoza, Marx y Einstein, Freud y Chagall, hasta que nos dijimos: ya está bien, regresemos a Israel. Así volvimos con Ben Gurion, Chaim Weizmann y todos los demás. Durante un par de siglos estuvimos en paz, y nuestros únicos roces los teníamos con cuarenta millones de árabes que querían matarnos; pero esto no fue suficiente para la que Dios Mismo, bendito sea Su Nombre, llamó en el Monte Sinaí «gente tozuda». Y como no era bastante tuvimos que buscar un pretexto para liarnos —en plena Crisis Interplanetaria— con Brasil y Argentina.

Mi opinión, ignoro la del resto de los judíos, es que ya estoy más que cansado. ¿Que no podemos regresar? Pues no regresamos. ¿Que nos quedamos fuera? Pues nos quedamos fuera. ¿Adiós? Pues bueno, adiós.

Pero no lo ven así los Neosionistas. Ellos opinan que debemos encontrar nuestra paz. Y tiempo para otro regreso. «¡Finalicemos el Tercer Exilio mientras vivimos! ¡Reconstruyamos el Knesset en esta época! ¡Israel para los judíos!»

Demasiado bueno. ¿No decimos todavía, tras beber el Vino, «El próximo año en Jerusalén»? ¿Quién puede opinar en contra? Excepción hecha de una pequeña cosa que se pasa por alto y que usted conoce: que la población de Jerusalén e Israel, hoy día, no está compuesta por seres humanos. El Consejo de las Once Naciones Terrestres quiere evitar cualquier discordia con los veganos por un pedazo de tierra cuarteada como Israel, no le interesa al menos en estos tiempos en que la galaxia anda tan agitada: los dos bandos que contienden en la Guerra Civil de Vega reclaman el lugar como territorio santo porque aquéllos a quienes llaman fundadores de sus religiones caminaron alguna vez por allí; a lo que el Consejo responde: dejemos hacer a las facciones, que se peleen entre ellos mismos.

Y yo, Milchik el de los televisores, yo al menos, nada he visto de extraño en que un hato de facciosos veganos base su religión en la vida y leyenda de un judío particular como Moshe Dayan y quiera despanzurrar a otros judíos que intentan volver a la tierra de sus antepasados. En primer lugar, eso ya ha ocurrido antes entre nosotros: para un judío, semejante actitud debiera ser una llamada de atención hacia el sentido común. ¿Dónde está escrito que a un dayanista deban gustarle los deudos de Dayan? En segundo lugar, ¿cuántos judíos protestaron cuando, hace cinco años, los del otro bando, los Omeya veganos, proclamaron que todos los musulmanes eran culpables de sacrilegio y que debían salir zumbando de Jerusalén? Naturalmente, admito que una protesta tal hubiera sido tan notable como una mosca en una taza de

té...

Bien, la Primera Conferencia Interestelar Neosionista se ha organizado, supongo, para encontrar lo que en el Congreso Mundial Sionista de Basilea; así que, si suponiendo, la historia parece tener una especial manía en repetirse a sí misma. Nada más los dayanistas veganos oyeron hablar del asunto, comenzaron a protestar al Consejo. ¿Son o no los veganos invitados de honor de la Tierra? Su religión, dicen, está siendo escarnecida, de manera que deben matar unos cuantos judíos para mostrar cuan ofendidos están. Naturalmente, los judíos son acusados de incitación al progrom, así que se anuncia que, en interés de mantener la ley y el orden —ninguna mención de la paz y la seguridad—, ningún visado de entrada será extendido a ningún judío en ningún cosmódromo de ningún lugar de la Tierra. Más claro, el agua.

Mientras tanto, los delegados de la Conferencia se ponen en camino desde todos los puntos de la galaxia. Si no hay lugar sobre la Tierra, ¿adónde irán? ¿A qué sitio podrían trasladar las autoridades la Conferencia?

¿Dónde, sino a Venus? Hay que reconocerlo: es el lugar ideal para una conferencia semejante. El paisaje es primoroso —en los antípodas de las tolvaneras, claro— y hay un Virrey cuya administración ama a los judíos de una manera exagerada, agobiante diría yo. Hay que dejar aparte la desesperada carestía de viviendas que padecemos en Venus. Lo que no es sino un modo de salvar el problema de tener que amar tanto a los judíos.

»Escuche, escuche, que podría haber sido peor. Como dijo Ester a Mardoqueo, cuando éste le contó los propósitos que Amán tenía de cepillarse a todos los judíos de Persia —podría haber sido peor. Aunque por el momento no sabría decirle cómo.

Así que los delegados comenzaban a entrar en el Sistema Solar, eran desviados hacia Venus —sin preguntar. La vida devino plenitud de amor y sobresalto para nosotros. Primero, un decreto que nos hizo polvo. Los delegados no podían utilizar ningún hotel de Venus, aunque llevaran dinero y todo para pagarlo: había demasiada gente y ello forzaría el servicio hotelero de manera intolerable. Luego, los judíos de Venus fueron ¡hechos responsables por sus correligionarios. En otras palabras, un judío no es tan sólo hermano por naturaleza de cualquier otro judío: ahora es también un huésped o un posadero. Deténgase un momento y reflexione sobre cuánto fuimos atormentados. En todos y cada uno de los planetas de la galaxia donde hay población humana, hay al menos un aliento, una ¡leve brizna de población judía. Así, de este planeta vienen dos delegados, quince de aquél, uno de un tercero... allí donde hubiere judíos en abundancia debiera haber también vida y salud, pero parece que en esto no estamos todos de acuerdo; vino un total de sesenta y tres delegados, organizados en ocho embajadas distintas. Puede no ser edificante contar judíos, aunque se trate de delegados, pero ya se figurará usted mismo, sin mi ayuda, que cuando el último tomó tierra en el cosmódromo de Venus ya éramos lo bastante numerosos como para no

reparar en semejantes rubores.

Por fin había abundancia entre los judíos, aunque fuera sólo de delegados. Claro que luego vino lo bueno. Porque en Venus, viviendo como vivimos bajo tierra, como los topos y los conejos, y gozando de una tan cálida temperatura exterior, no va uno a subir a la superficie a montar unas cuantas tiendas de campaña para los visitantes.

El Ashkenazim williamburgués protestó. Para ellos, algunos de aquellos judíos no eran ni judíos; o sea, que no tenían la menor intención de meterlos en sus congregaciones abandonando sus hogares. Ciertamente que allí había shomrim, para quienes un servicio religioso consiste en dar vueltas cantando Techezachna; y reformistas, que rezan en un siddur que es reescrito todas las semanas, los lunes y los viernes; y hasidim japoneses, que se ponen tefillin una vez al año, durante el crepúsculo, en memoria de la Gran Conversión de 2112... ¿y éstos eran también judíos?, preguntaban los williamburgueses.

Naturalmente que también eran judíos, decían los gobernantes oficiales de Venus. Hermanos y huéspedes son, y ustedes encontrarán la manera de darles alojamiento. Y mandaron a la policía, y mandaron al ejército. Las cabezas se metían en todas partes, las barbas se enmarañaban cada vez más, y la vida, como le dije, devenía plenitud de amor y sobresalto.

Y si uno nada dice en contra, ¿cree que eso lo va a ayudar? Seguramente ayuda —ayuda como una carcajada ante un moribundo. El Ashkenazim levita anunció que cooperaría con el gobierno, que proveería de habitación para los delegados hasta el límite— más allá del límite, incluso. ¿Qué ocurrió, pues? Mi hermano y su familia y sus vecinos fueron desahuciados de la congregación Kwantung, pues se necesitaba para instalar el cuartel general de los delegados.

¿No querías Congreso Interestelar Neosionista? Pues ahí lo tienes.

Contemplo serenamente cuanto hay a mi alrededor y recuerdo la promesa hecha a Abraham, Isaac e Israel —«Yo multiplicaré vuestra simiente como las estrellas del cielo»—, y pienso para mí: una promesa es una promesa, pero incluso una promesa puede ir demasiado lejos. Las estrellas de por sí ya son más que suficientes, y si encima cada estrella tiene diez, quizá veinte planetas...

Por ese tiempo yo y mi familia en pleno vivíamos en lo que solía ser la cocina de nuestro apartamento. Mi hermano y su familia, una gran familia, por cierto, tuvieron que aposentarse mal que bien en el comedor. En lo que mi esposa Sylvia llama el salón se instaló un rabino hacedor de milagros, procedente de Procyon XII, junto con su entero cortejo; por si fuera poco, en una esquinita del salón se instaló el corresponsal del Jewish Sentinel de Melbourne, Australia, junto con su esposa y su perro, un afgano. En los dormitorios —oiga, ¿por qué narices tengo que proseguir?— ... Ya. En los dormitorios se instaló una canalla que parloteaba y fabricaba tales hedores que será mejor que me calle.

¡Qué! ¿Hay ya bastante? Naranjas, señor mío: no había bastante al parecer.

Un buen día entro en el baño. Un hombre tiene derecho, una vez de cuando en cuando, digo yo, a entrar en el baño de su propia casa. Es natural, ¿no? Pues bien. Al mirar en la bañera contemplo consternado la malévola presencia de tres criaturas, cada una tan larga como mi brazo y tan ancha como mi cabeza. Parecían tres oscuros cojines, todo arrugas y retorcijones, con algunas manchas grises en este o aquel lado y, además, unos cortos tentáculos grises que parecían en vías de desarrollo. No sabía lo que era aquello, cucarachas gigantes tal vez, o posiblemente alguna forma de planta que los delegados que vivían con nosotros sacaban de sus aposentos a la hora de comer... pero cuando se movieron dejé escapar un alarido.

Mi hijo Aaron David penetró zumbando en el baño: «¿Qué pasa, papá?», dijo.

Le señalé los oscuros cojines. Tenían una especie de estructura escalonada, como formando capas, que aprovechaban para colocarse en la bañera como pequeños anaqueles que se adaptan entre sí. Y yo los veía saltar y caer, saltar y caer: «¿Quieres saber qué pasa —exclamé— cuando acabo de encontrarme con esas cosas en mi cuarto de baño?»

«Ah, eso. Son Bulbos».

«¿Cebollas? ¿Quieres decir que son cebollas?».

«Cebollas, no, papá. Bulbos, son los Bulbos. Tres de los delegados del cuarto planeta de la estrella Rigel. Los otros tres están abajo ocupando el baño de los Guttenplans».

«¿Delegados? ¿Quieres decir que son judíos? —lo miré fijamente—. Hijo mío, eso no tiene pinta de judío».

Aaron David elevó los ojos al techo del baño. «¡Papá, eres un anticuado! Tú mismo me dijiste que los judíos azules de Aldebarán muestran la capacidad mimética de nuestro pueblo».

«Debes perdonarme —dije—. Tú y tu mimesis. Un judío puede ser azul, no digo que la cosa me guste, pero ¿quién soy yo para discutir el color de nadie? Y un judío puede ser alto o bajo. Incluso puede ser sordo de nacimiento, como los judíos del Can o de Sirio o de dondequiera que sea. Pero un judío ha de tener brazos y piernas. También debe poseer cara con ojos, una nariz, una boca. Creo que no es demasiado pedir, ¿no te parece?»

«Lo que pasa es que sus bocas no son exactamente como las nuestras —dijo Aaron David con excitación—. ¿Es eso un crimen? ¿Es acaso una razón para mostrar prejuicios?».

Lo dejé y me fui al baño de la sinagoga. Llámame anticuado, pase, pero todavía hay límites, y ante ciertas cosas hay que decir alto. Porque hay cosas ante las cuales Milchik deja de esforzarse por ser moderno.

Bien. Usted sabe lo que ocurrió. La cosa trascendió y dejé de ser el único

indignado.

Pasé el día fuera y fui a la primera sesión de la Conferencia. «¡Oh, hombre rico! —me dijo Sylvia—. Ganador de mi sustento. Auxilio y providencia de la familia. ¿Vas a conseguir esposa para nuestros hijos en las conferencias políticas?»

«Sylvia —dije—. Una vez en la vida, puede ocurrir perfectamente que mis clientes no tengan dificultad ninguna al oír los boletines informativos y la serie Kojak contra la Babosa de Júpiter. Una vez en la vida puede darme la gana de ver a los representantes de todos los judíos de la galaxia, ver cómo organizan una conferencia y cómo participan en ella».

De modo que fui. Sólo que no puedo decir que las participaciones fueran tan buenas. Al principio vino la ponencia de la Asociación del Último Día Mea Shearim («Si apareciera el Mesías y recorriera el firmamento de estrella en estrella, sólo para descubrir que todos los judíos moran ya en la Tierra y en Israel...»). Cuando acabaron, le llegó el turno a un típico trotskista, cuyas resoluciones sólo apuntaban a la Unión de Soviets de Uganda y Rhodesia, a lo que siguió la no menos típica demanda de excomunión retroactiva para los autores del Talmud Babilonio Resumido, que había sido publicado en 685. Siguió luego toda una hora de discusiones sobre cómo la existencia en Buenos Aires de una estatua de seis pisos de altura, dedicada a Juan Gravea, constituía una afrenta, un insulto y una befa para todos los judíos, y cómo deberíamos responder boicoteando los productos argentinos hasta que la estatua fuera demolida. Estuve de acuerdo con lo que dijo el Presidente cuando calificó la discusión de improcedente: «No podemos permitirnos semejantes digresiones sobre afrentas y tantas otras rancias historias. De lo contrario, ¿dónde iríamos a parar? Dejemos pues que Argentina tenga su estatua de Cravea, dejemos que Dusseldorf tenga su Universidad Adolf Hitler, dejemos que Egipto y Libia sigan manteniendo el Observatorio Torquemada de Plutón. Por el momento, no son asuntos que nos importen.

Por último, finalmente, después de todos los tradicionales preliminares judíos, se pasó a tratar de los problemas auténticos que correspondían a la sesión recién abierta: la acreditación de los delegados. Y allí vieras a todo el mundo envanecerse como pavos reales, sin tiempo para otra cosa. Todos pavoneándose en loca confusión, cada cual como un garbanzo en un potaje de garbanzos.

Y además las Cebollas, los Bulbos. Los tres de mi cuarto de baño y los otros tres del cuarto de baño de Max Guitenplans, el conjunto de la delegación de Rigel IV. No se trata de nada relacionado con las credenciales, dijo el Comité de Acreditación. Sus credenciales están en orden y afirmamos que, en efecto, son delegados. La cosa está en que ellos no pueden ser judíos.

Bueno, ¿por qué no podemos ser judíos?, quisieron saber los seis Bulbos. Y aquí, sin poder dar crédito a mis ojos, tuve que abrirlos como jamás lo había hecho. ¿A

quién creará usted que tenían por intérprete? Nada menos que a mi hijo, mi kaddish, mi Aaron David. El señor Postjuzgador-de-Prejuicios en persona.

«¿Que por qué no pueden ustedes ser judíos? Pues porque... —y, al llegar aquí, el Presidente del Comité agitó el aire con su mano derecha mientras sus húmedos labios tartamudeaban—, porque los judíos pueden ser así y pueden ser asá. Pueden ser un montón de cosas. Pero, lo primero de todo, deben ser humanos».

Calmosamente, a través de su intérprete, mi hijo, preguntaron los Bulbos: «¿Tendría usted la amabilidad de señalarnos dónde está escrito, y en qué libro, que los judíos deban ser humanos? Nombre una sola autoridad, cite un solo pasaje».

En este punto se levantó el Presidente Diputado y se dirigió al Presidente del Comité. El Presidente Diputado es de los que saben ganarse a la gente por su erudición y su sentido de la amistad. «Usted me perdonará —dijo—, pero creo que lo está haciendo algo difícil. Y, sin embargo, se trata de una cosa bien sencilla». Luego, volviéndose hacia los Bulbos, dictaminó: «No puede ser judío quien no es hijo de madre judía. Ésta es la más antigua, la más elemental definición del judío».

«Ajará —dijeron las Cebollas—. ¿Y qué le hace suponer a usted que no somos hijos de madres judías? ¿Se contentaría usted con las copias de las partidas de nacimiento que hemos traído con nosotros?»

En esto que la reunión entera se viene abajo. Un grupo de delegados de caqui comenzó a patear en el suelo. Otro grupo con gorros de piel y largas orejeras chillaba que todo el coloquio no había sido más que una abominación. Y toda la sala de debates estalló, los unos formando corrillos de dos o tres personas, los otros formando verdaderas asambleas de veinte y treinta, incluso más, discutiendo sobre biología, sobre historia, sobre el Baba Matilla. El hombre sentado junto a mí, un tío gordo y bizco al que no había dirigido la palabra, se volvió repentinamente, puso su índice contra mi pecho y dijo: «Pero si usted toma semejante posición, mi querido compañero, ¿cómo puede hacerla usted compatible con la conocidísima decisión, por no poner más que un ejemplo?...» Y, en lo alto del estrado, los trotskistas acaparaban la atención general intentando volver sobre su ponencia acerca de Uganda y Rhodesia.

Por aquel entonces habíase restablecido cierta calma, dos judíos azules habían ingresado en el hospital, y un abogado de Ganimedes fue detenido por haber usado un auricular como instrumento homicida.

Alguien pidió que se sometiera al recurso de voto la acreditación de los Bulbos. ¿Como qué?, quiso saber otro, ¿acreditación como delegados o como judíos? Puesto que han sido aceptados como delegados, ¿quiénes somos nosotros para negarnos a tratarlos como judíos? Yo los aceptaré como judíos en sentido religioso pero no en sentido biológico. ¿Qué es eso de sentido biológico?, le preguntó un delegado al otro lado de la sala, usted no ha querido decir exactamente sentido biológico, usted ha

querido decir sentido racial, ergo es usted un racista. ¡Muy bien, muy bien!, chillaba un hombrecito Asentado frente a él, pero ¿casaría usted a su hermana con alguno de ellos?

En medio de aquel pitóte parecía haber más opiniones que delegados. Y el presidente, en lo alto del estrado, no sabía qué hacer.

Repentinamente, advertí que una de las Cebollas se disponía a subir al estrado. Usaban los bichos sus pequeños tentáculos para todo: para caminar, para comer, para hablar y para qué sé yo cuántas cosas más. La Cebolla, o Bulbo, se colocó ante el sistema de alocución pública e hizo vibrar un corto tentáculo durante un rato, hasta que, finalmente, oímos lo que decía desmayada y muy blandamente. Oímos aquella estrambótica voz, como el crujido de un pedazo de papel, a través de toda la sala:

«Modeh ani l'fonecha».

La frase en sí misma puede no tener demasiado sentido: «Estoy aquí ante vos(otros)» o «Me presento ante vos(otros)»; pero ¿qué judío, por poca religiosidad que sustente, no se sentiría emocionado por ellas? Modeh ani l'fonecha, es lo que dice el judío en la oración cuando habla directamente a Dios, bendito sea Su Nombre. Y eso fue lo que todos escuchamos en la sala.

No me hablen de razas, estaba diciendo el Bulbo; no me hablen de religión, no me hablen de tecnicismos jurídicos o filosóficos. Yo digo que soy un judío, sea lo que fuere ser judío, y digo que lo soy esencial y espiritualmente. Como judíos que son ustedes, ¿me aceptan o me rechazan? Nadie pudo responder.

Obviamente, nada de esto decidía al Congreso sobre el tema de Israel, el regreso del Tercer Exilio y tal. Pero estaba claro, primero, que el asunto no podía ponerse sobre la mesa y, segundo, que tampoco podía quitarse de en medio.

No era ésta la clase de pilpul con la que nuestros sabios antepasados tenían que vérselas. Pues debíamos resolver, ante todo, la siguiente cuestión: ¿qué es un judío de la Era Espacial?

Así, por general acuerdo, se decidió que, así como Moisés golpeó la roca para conseguir agua, así nosotros debíamos golpear los corazones de un Alto Tribunal Rabínico para obtener sabiduría.

Un Alto Tribunal Rabínico es rápidamente designado por el Comité de Acreditación. Tiene aquella forma peculiar de sociedad que a todos satisfaría, al menos dentro de lo que cabe, aunque ello signifique que sus miembros van a seguir discutiendo entre sí. Usted ya sabe, una forma de purificado smorgasbord. Allí estaba el rabino llamado el Gaón de Tau Ceti por sus compañeros. Estaba el presidente del Seminario Teológico Judío Unitario. Estaba el rabino místico de Borneo. Estaba un miembro del rabinazgo chalutziot, con la pechera de su camisa abierta y las mangas subidas. Y etcétera, etcétera. Estaban también dos mujeres rabinos, una para la satisfacción de la mayoría de la secta Reformista, la otra para guardar la felicidad de

los Ashkenazim de Miami. Y, finalmente, al parecer porque estábamos en Venus, se encuentra también un rabino venusiano, el Rabino Joseph Smallman.

¿Quiere saber una cosa? No sólo porque es de Venus, dijo el Presidente del Comité. Los Bulbos habían insistido en que tenían que intitular a un rabino que de alguna manera fuera su representante, y espontáneamente desearon que fuera designado el Rabino Smallman. Puedo decirle que, desde donde yo estaba, alcancé a ver a mi hijo, con su inmenso estropajo por cabellera bamboleándose, ir de uno a otro Bulbo, discutiendo, explicando, exigiendo. Parecía un arbitro en lo que podríamos llamar mesa de partido político.

«¡Lo conseguimos!», me dijo aquella noche en el apartamento. Sus ojos danzaban como meteoros. «¡Conseguimos al Rabino Smallman!»

Intenté calmarlo, alegando que no era el exacto equivalente del paso del mar Rojo sobre terreno seco o del aceite que se renueva cada noche. «Sólo porque el Rabino Smallman pudo impeler un cabello en el interior de un agujero, ¿crees que puede impeler a los judíos a la aceptación de seis apelmazados y oscuros cojines como camaradas judíos?»

«Podrá si alguno puede».

«Y si alguno puede, ¿por qué tiene que ser él? ¿Por qué debería él intentar algo semejante?»

Mi hijo me miró como usted miraría a un médico que expresara su deseo de rociar el ventilador con gérmenes patógenos. «¡Por qué, papá! ¡Por la causa de la justicia!»

Cuando un hijo consigue que un padre se avergüence de sí mismo, ese padre tiene también el derecho de enorgullecerse. Me senté en una esquina de la cocina mientras Aaron David entraba en el baño y consultaba con sus morenas Cebollas.

Pero, déjeme decírselo, también me sentí triste. No tengo en exceso la sabiduría de un Predicador, pero al menos aprendí una cosa. Siempre que alguien usa la palabra «justicia», Pnoás pronto o más tarde acaba con el corazón desengañado o el cuerpo molido a palos.

Desde ese día, cada segundo libre de que podía disponer Tío pasaba en la congregación Decatur para seguir las sesiones del Alto Tribunal Rabínico. Sylvia lo descubrió y mi vida desde entonces no fue fácil. «Mientras estudiáis este nuevo asunto fetú y tu hijo —decía ella—, alguien tendrá que trabajar. Dedícate tú a ser juez y que tu hijo se dedique a ser procurador del distrito; por mi parte, me ocuparé de reparar televisores. Dame un par de alicates y el índice de Diseños de Circuitos, que yo me ganaré la vida a mi manera».

«Mujer —dije—. Estoy haciendo mi trabajo y el trabajo de mi hijo, y estoy llevando comida a la mesa. Si los clientes no se quejan, ¿por qué lo haces tú? No bebo, no me drogo. (Estoy autorizado para alimentar mi espíritu en la sustancia de los doctores y los sabios».

Sylvia miró al techo y elevó sus manos, unidas como en la plegaria. «Oh, decidme. ¿No puede él alimentar primero un par de nueras para su casa? — preguntaba al techo—. ¿Es algo, acaso, de lo que prohíben los libros santos?» No, como le digo, mi vida no fue fácil. ¿Por qué iba a decírselo a usted, si no?

Pero lo que estaba en marcha en la congregación Decatur fuera tan interesante que yo difícilmente guardaba asiento mientras atendía. Era como una leyenda que se hubiera convertido en realidad. Era como contemplar al golem dando un paseo por los suburbios de Praga, como atravesar el río Sabbathion y ver el gorgoteo de una burbuja y cómo el agua vomita piedras cada día durante toda la semana... excepto el sábado, naturalmente. ¡Tal fue la historia que los Bulbos contaron al Tribunal Rabínico!

Habían arribado al cuarto planeta de la estrella Rigel unos setecientos u ochocientos años atrás, en uno de los primeros viajes espaciales. Originariamente, constituían una pequeña comunidad ortodoxa en El Páramo, Nueva Jersey; pero la comunidad en pleno fue conminada a tomar carretera y manta con motivo de una nueva ampliación del Puente George Washington. Así que no tenían más remedio que marcharse a otra parte. Entonces, ¿por qué no a Rigel, a la vuelta de la esquina? Por aquellos días, el viaje hacia otros sistemas planetarios solía tomar el tiempo de una vida entera, los niños nacían a bordo de las naves, y la gente, ya se lo imaginará usted, vivía enclaustrada. Las compañías de viajes espaciales hacían continua propaganda para que la gente se embarcara en uno u otro, que fundara colonias en américas siderales, que formara grupos, viviera en grupos, siempre grupos: políticos, religiosos, asociaciones de vecinos y demás historia. La gente de El Páramo, Nueva Jersey, no era la única que había tenido que hacer un viaje espacial buscando un lugar tranquilo y reposado donde poder estar fuera del mundanal ruido. He aquí por qué la galaxia se vio de pronto tan repleta de amish y mennonitas, negros mahometanos e intelectuales de Bangladesh, incluso de esos anticuados y polígamos mormones que lo mismo te venden libros por la calle que escupen tres veces tres cuando oyen que uno menciona Salt Lake City.

La única molestia consistía en que el único medio confortable planeta del sistema rigeliano ya estaba ocupado por una raza inteligente, raza de oscuras criaturas con cortos tentáculos grises, autodenominados Bulbos. O Cebollas. Dominaba la forma feudal de producción, aunque ya comenzaban su revolución industrial y todo. Tenían por allí cerca una pequeña fábrica y, a una milla o dos de distancia, una planta de fundición. Los judíos de El Páramo, Nueva Jersey, habrían deseado un planeta todo entero para ellos, pero los Bulbos les dieron tan cordial bienvenida, los Bulbos quisieron tanto que se quedaran para negociar con el resto de la galaxia, que ellos se miraron los unos a los otros y se dijeron: ¿por qué no? Así fue como los judíos echaron raíces en aquel lugar. Y nunca mejor dicho lo de raíces, ¿eh? Lo primero de

todo construyeron un cosmodromo comercial y después alguna que otra vivienda; inauguraron una shul y una heder, y un centro de recreo para adolescentes. Su congregación recibió el nombre de Nú.

En este punto de la historia, uno de los jueces se adelantó e interrumpió de la siguiente manera: «Pero, mientras todo esto marchaba, ¿aún parecíais judíos? Quiero decir, la clase de judíos a que está uno acostumbrado».

Sí, más o menos. En todo caso, lo que nosotros parecíamos, respondieron, era a nuestro juicio la forma particular del judío de Nueva Jersey.

Fueron invitados a continuar.

Por cien años, tal vez ciento cinco, hubo felicidad y prosperidad. Los judíos prosperaban, los Bulbos prosperaban y había paz entre todos. Pero ¿sabe usted lo que dice Isaac Leib Peretz acerca de la ciudad de Tzachnora? «Está colgada del aire». Cada comunidad judía, dondequiera que esté, parece siempre colgada del aire. Y, afortunadamente, nada es demasiado duro. Más pronto o más tarde, algo ocurriría.

Con los judíos por auxiliares, los Bulbos comenzaron a cobrar importancia. Construyeron más fábricas, más plantas siderúrgicas, levantaron bancos, fabricaron ordenadores electrónicos y tuvieron chatarrerías para automóviles. Comenzaron a tener grandes guerras, grandes depresiones económicas, grandes dictaduras políticas. Y comenzaron a preguntarse por qué tenían tantas y tan variadas cosas.

¿Había tal vez gran variedad de respuestas para semejante pregunta? No. Sólo había una única respuesta. La culpa, naturalmente, la tenían los judíos. Tanto los filósofos como el populacho estaban de acuerdo en afirmar que antes de que llegaran los judíos los Bulbos vivían en el mejor de los mundos posibles. Los judíos eran, pues, responsables de todo lo que sucedía. De aquella manera, Rigel IV conoció su primer pogrom.

Y después de que el gobierno pactara y ayudara a los judíos nuevamente, después de que les ayudara a enterrar a sus muertos, y aun después de que se ofreciera a pagar algunos daños, hete aquí que veinte o treinta años más tarde tiene lugar un segundo pogrom. Y después un tercer pogrom, y un cuarto pogrom. Por entonces el gobierno ya no se extendía demasiado en los pactos y eran los mismos judíos quienes se ocupaban de reparar los daños.

Comenzó a haber ghettos, sobrevinieron registros domiciliarios, e, incluso, de tiempo en tiempo, algún que otro campo de concentración. Pero no era todo tan terrible: también había placenteros y agradables interludios. A un gobierno de asesinos seguía otro de fulanos medio decentes, que la derecha llamaba castrados. Los judíos se encontraban en la posición de los judíos que vivieron en Yemen y Marruecos mil años atrás, en los siglos XVIII y XIX. Eran los más miserables y soportaban irremisiblemente los trabajos peor pagados. Todo el mundo escupía sobre ellos y ellos se escupían entre sí.

Pero los judíos se quedaron. Continuaron sus estudios religiosos aunque no hubiera ni rollo de Thora ni Talmud en todo el planeta. Y los siglos pasaron, y conocieron guerras y tiranías, devastaciones y exterminios. Hasta que, recientemente, un nuevo y brillante gobierno tomó el poder de todo Rigel IV. Devolvió la ciudadanía a los judíos y les permitió enviar una delegación para el Congreso Neosionista.

La única pejiquera por aquel entonces era que, después de cuanto habían pasado, su aspecto era ni más ni menos que el aspecto de las Cebollas. Y lo más triste de todo era que, lejos de parecerse a los Bulbos ricos, como mínimo, se parecían a la clase más baja, más pobre, más enfermiza. De entre toda la gama que se desplegaba entre los Bulbos aristócratas y los Bulbos sudras, habían ido a parecerse a los sudras.

Pero en el curso de dos meses llegaron a comprender que era algo inevitable para los judíos. Los judíos tendían siempre a armonizar con su entorno. Después de todo, les quedaba el consuelo de saber que había judíos rubios en Alemania, judíos pelirrojos en Rusia, judíos negros —los falashas— en Etiopía y altos judíos montañeros del Caúcaso que habían llegado a ser tan buenos jinetes y tiradores como sus convecinos. ¿Acaso no había habido judíos en China, en los tiempos de la Dinastía Han, conocidos por sus coterráneos como los «T'ai Chin Chao»? ¿Y qué pasaba con los judíos azules que tomaban parte en el Congreso? De modo que, a este respecto...

Una nueva interrupción. «Hay cambios psicológicos que pueden ser explicados por una razonable base genética».

Si era posible que un oscuro cojín con cortos tentáculos grises se sorprendiera, aquel oscuro cojín con cortos tentáculos grises se sorprendió». «¿Está usted sugiriendo que tales judíos híbridos —los judíos chinos, los judíos rusos— se casaban con otros no judíos, permitiéndoseles permanecer en las congregaciones?»

«No eso exactamente, pues hay otras posibilidades. El rapto, por ejemplo».

«¡Vaya! ¿Tantos raptos? ¿Una y otra vez?»

Los jueces murmuraron entre sí con inquietud. Entonces dijeron:

«En otras palabras, a despecho de la apariencia de ustedes, ¿nos están preguntando si creemos que ustedes son judíos y no Bulbos?»

El moreno cojín agitó todos sus tentáculos. «No, lo que pretendemos que ustedes crean es que somos Bulbos. Pero Bulbos judíos».

Y explicó que la evidencia estaba en el árbol genealógico. Cada familia judía de Rigel IV que se respetara tenía su árbol genealógico. Los registros habían quedado intactos después de tanto incendio, tanta guerra y tanto pogrom, y ninguno de ellos había sido destruido en lo más mínimo. Ningún judío contraía matrimonio en ningún lugar de Rigel IV sin que ambas partes demostraran la impecabilidad de su árbol genealógico. A través de éste, cada Bulbo judío podría remontar su línea parental hasta llegar a los primeros colonizadores del planeta.

«Yo, por ejemplo —dijo orgullosamente el que hablaba—, yo, Yitzhak ben Pinchas, soy descendiente directo de Melvin Cohen, ayudante de dirección en un supermercado de El Páramo, Nueva Jersey».

Y el argumento cobró fuerza y más fuerza. ¿Cómo es posible, querían saber los jueces, que un cambio tan enorme haya tenido lugar? No parecía sino que, de golpe y porrazo, todos los judíos de Rigel IV habían desaparecido de la faz del planeta y que, a continuación, habíase producido una conversión en masa a cargo de los naturales, semejante a la experimentada por los Khazar en el siglo XVIII y por los japoneses más tarde. No, dijo el Bulbo, si ustedes conocieran las condiciones por las que pasaron los judíos de Rigel IV, no hablarían de conversiones en masa al Judaísmo. Eso habría sido locura colectiva. Todo lo que ocurrió fue que comenzamos como judíos ordinarios, atravesamos nuestras dificultades, pasó el tiempo y, cuando nos dimos cuenta, éste y no otro era nuestro aspecto.

«Pero ¡eso pone en entredicho los experimentos biológicos!»

El Bulbo miró a todo el mundo con aire amoscado. «Pero ¡bueno! ¿A quién van a creer ustedes primero, a los experimentos biológicos o a sus camaradas judíos?»

Y esto ocurrió durante el primer día. Regresé a mi apartamento y conté todo a mi hermano. Comenzamos a discutir sobre el caso. Él tomó una postura y yo tomé la otra. Pocos minutos más tarde lo amenazaba con el puño levantado, en tanto él gritaba que yo era un burro y un imbécil. Desde la habitación contigua oímos que el rabino hacedor de milagros de Procyon XII sostenía una similar discusión con los miembros de su cortejo.

«Ellos quieren ser judíos —me gritaba mi hermano—, quieren que les dejemos convertirse al Judaísmo. Entonces serán judíos, no antes».

«¡Asesino! —le decía yo—. ¡Superzopenco entre los zopencos! ¿Cómo van a convertirse al Judaísmo cuando ya son judíos? ¡Semejante conversión sería sólo una marranada, y un puro cachondeo!»

«Sin una conversión rehuyo absolutamente subir hasta el bima y leer un párrafo en presencia de ninguno de ellos. Sin una conversión no se reunirán en mi propio minyan aunque me encuentre protegido por no menos de nueve hombres. Sin una conversión, aunque esté yo celebrando la circuncisión de mi hijo...». De pronto, con los ojos repentinamente serenos, quedó pensativo. «¿Cómo se circuncidan, Milchik? Milchik, hermano mío, ¿dónde y qué se circuncidan?»

«Se cortan un leve trocito del extremo de su más corto tentáculo, tío Fleischik —dijo mi Aaron David, que entraba en aquel momento—. Es un envoltorio de carne que resulta de lo más parecido a un prepucio. Además, tú lo sabes, las Convenciones sólo exigen una gota de sangre. Y ellos la tienen». «Una nueva especialidad —dijo Sylvia mientras servía la cena—. Ahora, Dios sea bendito y alabado, mi hijo es un mohel».

Aaron David la besó. «Aparta mi cena para más tarde, mamá. Los Bulbos y yo tenemos una reunión con el Rabino Smallman en su estudio».

Permítame decirle que, aunque tal vez mi hijo había dejado de ser el intérprete de los Bulbos así éstos manifestaron su voz, el muchacho habíase convertido en el que, de alguna manera, cortaba el bacalao. Cada día podía yo verle saltar de una a otra cebolla mientras el caso seguía discutiéndose. ¿Tenía algo especial que inspirara respeto? ¿Las cebollas necesitaban un ejemplar de los Comentarios al Libro de Rut, de Rov Chaim Mordecai Brecher? ¿Quién sino Aaron David era el encargado de salir pitando de la sala para conseguirlo?

Después de todo, la cosa estaba adquiriendo importancia. Rut era moabita y de ella descendía, eventualmente, el Rey David. ¿Qué había de los judíos que tomaban esposas canaanitas? ¿Y en qué lugar situaría usted a los samaritanos? Usted recordará que a las mujeres judías no les estaba permitido casarse con samaritanos. ¿Qué tiene que decir Maimónides al respecto? Porque Maimónides es siempre Maimónides.

Se lo digo, amigo mío, día tras día parecíame que había encontrado el gran sueño de mi vida escuchando a tantos maestros y sabios.

Y entonces el Tribunal sacó a relucir la formación del Estado Judío en el siglo xx. Todos aquellos problemas surgidos al comenzar la Cosecha. Los judíos Bene-Israel de Bombay, por ejemplo. Los otros indios los llamaron Shañwar Teles, «Aceiteros del Sábado», y ellos afirmaban haber llegado a la India como resultado de la invasión de Palestina por Antíoco Epifanes. Casi todo lo que recordaban del Judaísmo era el Shetna y estaban compuestos por dos castas entremezcladas, una blanca y otra negra. ¿Eran realmente judíos? ¿Eran judías ambas castas? ¿Cómo probarlo?

Y cuanto más reciente era el asunto, más discusiones se desataban. Así, los japoneses y la Conversión de 2112 y lo que resultó para los judíos el tratado Ryo-Ritsu. Las controversias sirio-marcianas y sus problemas sobre los judíos azules. La actitud de los Lubavitcher hacia Sebastián Pombal —pero dejemos a Pombal y Cravea, digo yo, descansar en su profunda, profunda tumba— y lo que esto significó para Israel como estado independiente.

Todo venía a lo mismo: ¿Qué es un judío?

De modo que uno de los Bulbos pudo decir, con su delgada y arrugada voz: «No me pongáis en el lugar del Mal Hijo de la Haggadah. No me pongáis en el estado de yotzei min haklal, como a uno que se separa de la Congregación. No me hagáis decir vosotros a mi gente, cuando debo decir nos. Luego hizo unas citas del servicio de Pascua y todos nosotros sentíamos un nudo en la garganta y lágrimas corriéndonos por las mejillas. Pero todavía no estaba resuelto: ¿Qué es un judío? ¿En qué esta gente es distinta de cualquier otra?

¿Quiere saber una cosa, amigo? No es una pregunta fácil de responder. No, al menos, con tantas y tantas formas de judío que pueden verse hoy día.

Una más no iba a hacernos daño.

Puede pesar la definición de un ser humano que trabajó como un negro para el Consejo de las Once Naciones Terrestres durante la Guerra en Sagitario. Puede consultarse las preguntas que hiciera Napoleón sobre los matrimonios mixtos y la respuesta del Sanedrín de París en 1807. Puede volverse sobre la Cabala, aun si tres de los miembros no están de acuerdo, y consultar sobre el problema de los monstruos de nacimiento surgidos de ayuntamiento con Hijos de Lilith. Puede hacerse lo que se quiera, pero si el fin de ello es, de una vez por todas, saber qué cosa es ser judío, o al menos encontrar alguna nueva forma de definición.

El Rabino Smallman encontró una nueva forma de definición. Lo que yo le diga, oiga, en Venus tenemos un rabino.

Desde que se formara el tribunal especial y se encontrase bajo circunstancias especiales, planteando cuestiones que nadie había conocido antes, yo esperé más de una decisión. Esperé suaves y duras decisiones, agrias y dulces, frías y calientes, en chuletas y en escabeche. Estaba seguro de que íbamos a ver «confundidas allí sus lenguas, de modo que no se entendieran entre sí». Pero no. El Rabino Smallman discutió con cada uno y con todos, conduciéndolos a un particular aspecto del asunto, escribiendo más de lo que se escribirá en el juicio final. Llevó a una tanda de judíos —¡y judíos eruditos, nada menos!— a una única decisión que, amigo mío, fue toda una hazaña.

Durante todo el caso, cuando un argumento quedaba detenido entre dos jueces y parecía que iban a emplear un par de semanas en decidir si era burro o burra, entonces podía usted ver al Rabino Smallman rascarse el rojo grano de su nariz y decir que, quizá podríamos ponernos todos de acuerdo en que se trataba de cuadrúpedos al menos. Y yo tenía la impresión —aunque se trata de una impresión propia de un padre— de que el Rabino miraba a mi hijo Aaron David y que éste afirmaba con la cabeza, aprobando. Esto ocurría aun antes de que se decidiera a dictaminar.

Naturalmente, y esto entre nosotros dos, todo el mundo sabía que por narices había que dictaminar algo. El Congreso, ésta es otra, aún quedaba pendiente, los delegados aún no sabían cuántos delegados habría finalmente y se pasaban discutiendo el asunto con el Tribunal. Hubo peleas por causa de los Bulbos, se formaron facciones por causa de los Bulbos, y una gran cantidad de gente se largaba a casa diciendo que estaba hasta la coronilla de los Bulbos.

Y tal.

La decisión revisó todas las evidencias, todos los escolios, toda la historia desde Esdras y Nehemías hasta ahora. Se consideró lo que había sido dicho por el grupo conservador del Tribunal, grupo que dogmatizara que un judío es aquél cuya madre es judía. Luego se tomó en cuenta lo argüido por el ala radical-liberal, los que

calificaran al judío como alguien que libremente había aceptado el oí, el yugo, la carga propios del Judaísmo. La discusión desatada en torno a estas revisiones volvió a dividir a la sala, advirtiéndose que no había manera de ver nada en conjunto.

Pero ¿qué tenía que ser visto en conjunto? ¿Existe alguna posibilidad de relación entre un ser humano y un Bulbo? Y, ¿qué ocurriría si, adentrándonos más y más en el profundo espacio, hasta otras galaxias, incluso, encontráramos toda suerte de extrañas criaturas que pretenden ser judías? Supongamos que nosotros no hemos encontrado sino entes racionales cuyo cuerpo es sólo energía, ¿diremos entonces que se trata de algo inaceptable? ¿Sabremos enteramente, con seguridad, de qué se trata?

Mirémoslo de otra manera. Entre los seres humanos hay judíos y goyim, es decir, gentiles. Entre los judíos puede encontrarse también abundante variedad de tipos. Reformistas, azules, levitas, williamburgueses, ocurriendo que ninguno dice ser más judío que el otro sino que, por el contrario, toda medida se remite al hecho de que ellos no son goyim. Entre un judío y un goy hay bastantes diferencias, pero el sentido de la medida frente a cualquier alienígena consiste en que aquéllos son seres humanos. La palabra goy no es aplicable a un alienígena. Hasta hace poco.

Todos sabemos que desde hace un siglo o dos las criaturas de Vega han ido adoptando tipos terrestres de religión, dos tipos para ser exactos. Como quiera que sea, no admiten a los judíos en Israel, conspiran contra nosotros, nos persiguen. ¿Es ésta una actitud que pueda calificarse de alienígena? No, ciertamente. Pueden tener un aspecto no-humano, pueden parecer gigantescas ostras enloquecidas, pero lo cierto es que a su condición de alienígenas hay que añadir el calificativo de goyische, paganos. Los alienígenas pueden ser alienígenas, pero los veganos son bastante más diferentes en lo que respecta a los judíos: los veganos son goyim alienígenas.

Bien; si hay goyim alienígenas, ¿por qué no puede haber judíos alienígenas? Nosotros no suponemos que los paganos humanos se casen con los paganos alienígenas, así como tampoco suponemos que los judíos humanos hayan de casarse con los judíos alienígenas. Pero ciertamente encaramos el hecho de que hay alienígenas que viven como nosotros vivimos, que afrontan los problemas como nosotros lo hacemos y que —por si lo habéis olvidado— practican sus ritos como nosotros. Hay alienígenas que conocen el sabor del pogrom, y también la dulzura de nuestro Sabbath. Dejémoslo de esta manera: hay judíos y judíos. Los Bulbos están en el segundo grupo.

Éstas no fueron exactamente las palabras del dictamen, como usted comprenderá. Es una libre adaptación que Milchik el de los televisores tiene la gentileza de endosarle sin pretender cobrarle un clavo por ello. Y que quizá le está resultando ya pesada.

No todos estuvieron conformes con la decisión. Algunos de los Bulbos se lamentaron. Y un grupo entero de williamburgueses abandonó el Congreso diciendo:

bien, ¿qué otra cosa podíamos esperar? Pero la mayoría de los delegados quedaron tan felices y contentos, pues al menos la cosa había llegado a su término, que votaron en pro del dictamen rabínico y aceptaron a los Bulbos. Así, los Bulbos también eran felices: por fin eran delegados plenamente judíos.

Aún hubo otro altercado, justo cuando se volvía sobre el asunto del Congreso Neosionista. Repentinamente vino una orden del Virrey de Venus, a tenor de la cual el Congreso debía ser suspendido. Decía la orden que el Congreso ya estaba resultando excesivamente largo y que los venusianos se hacían mala sangre con tanto judío a quien amar. Todos los delegados, pues, debían liar sus bártulos y largarse.

Demasiado ajeteo para un planeta como éste, ¿no? El Rabino Smallman todavía es nuestro rabino, aunque ahora se ha vuelto famoso. Siempre está viajando de un lado a otro de la galaxia para realizar lecturas talmúdicas. Pero siempre regresa con nosotros, una vez por año como mínimo, para los Santísimos Días. Bueno, esto no es exacto, y usted sabe cómo ocurrió. Una celebridad, después de todo. El Gran Rabino de Venus. El título está en demanda.

Y así mi hijo Aaron David siguió en la brecha. Finalmente estudió en la yeshiva. Los Bulbos pagaron para que pudiera, y lo enviaron a una que estaba en la otra cara de Venus, en la congregación Toruba. Una vez recibí carta suya. Lo que planea hacer es aquello en lo que está de acuerdo consigo mismo: marchar a Rigel IV y ser rabino de las Cebollas.

De una posible novia nada me decía él. Escuche, ¿y si, quizá, llego a ser abuelo de un apelmazado y moreno almohadón con cortos tentáculos grises? Un nieto, en mi opinión, es todavía un nieto.

No sé. Pero, oiga, dejemos esta cháchara y pasemos a cosas más divertidas. ¿Cuánta gente diría usted que quedó con los sesos fuera en el terremoto de Calixto?

EL CENTRO DEL RESORTE PRIMORDIAL

ROGER ZELAZNY

Roger Zelazny no ha sido pródigo en relatos cortos durante los últimos años, dedicándose preferentemente a la novela. Pero todavía es un maestro de las formas concisas, como lo demuestra esta serena y agridulce historia de un hombre que busca la razón eutanásica, a fin de prepararse para la muerte. Su propia muerte, no la de ningún otro. El título original del relato es *The Engine at Heartspring's Center*.

Dejadme que os hable de la criatura llamada Bork. Vio el mundo por primera vez en el corazón de un sol agonizante. En aquel momento había sido arrojado desde el río del pasado-futuro como si de una pieza corrupta del tiempo se tratara. Estaba forjado en lodo y aluminio, plástico y alguna elaborada destilación del agua del océano. Suspendido del cordón umbilical de algún limbo absurdo, lo había roto por voluntad propia y venido a caer en los extremos del tiempo de la vida, encallando en las abandonadas dársenas de un mundo donde seres y objetos perecían irremediabilmente. No era sino Un fragmento, un boceto, un margen de hombre junto al mar, único habitante de una zona escasamente frecuentada desde que devino colonia eutanática.

Escoged cualquier cosa ya mencionada y estaréis en lo ya cierto.

Aquel día paseaba Bork por la orilla del mar, golpeando con su bífido y metálico bastón los objetos que la tormenta de la pasada noche había arrojado sobre la arena: brillantes porciones de detritus útiles a las extrañas féminas y sus tiendas de bisutería, capaces de extraer de aquello algún alimento o algún nuevo ingrediente para su cosmética; purpúreas algas marinas que servirían para algún plato a base de pescado y galletas; por lo demás, broches, botones, conchas, y una blanca ficha de casino.

Las olas aparecían crestadas de espuma y el viento rugía con fuerza. El cielo, a brochazos grises y azules, conformaba un muro agrietado, ausente de los vuelos de pájaros y aviones. Mientras caminaba sobre la pálida arena zumbando y renqueando, Bork dejaba a sus espaldas una estela dentada y una huella humana, paralelamente. Se encontraba cerca del punto donde las golondrinas de ahorquillada cola descansaban por varios días —una semana a lo sumo— en el curso de su migración. Aparecidas en aquella temporada, algunas zonas de la playa todavía se veían cubiertas, como por algún estrambótico rocío, de herrumbrosos colores. En aquel lugar contempló de nuevo a la muchacha, por tercera vez en unos cuantos días. Con anterioridad había intentado ella hablar con él, interrumpiendo su caminar impasible. Sin embargo, la había ignorado por un buen número de razones. Esta vez, en cambio,

la chica no estaba sola.

Se levantaba del suelo, posiblemente se levantaba del suelo porque las señales que junto a ella podían verse sobre la arena señalaban la indefectible presencia de una aparatosa caída. Vestía el mismo vestido rojo, roto y manchado ahora. Su negro cabello —corto, ceñido por ancha diadema— no tenía otra alternativa que caer en leve desorden. Aproximadamente diez metros más allá se encontraba una joven entidad del Centro, caminando hacia ella. Tras él marchaba una de las extrañas y raramente exhibidas máquinas utilizadas para dar el último y consolador golpe de gracia: su altura era aproximadamente la mitad del tamaño de un hombre medio y permanecía flotando sobre el suelo esa misma distancia; tenía la forma de un argentado alfiletero, con la bulbosa cúspide de la cabeza iluminada; la ceñían tres huecas faldas de bailarina de delgado y destellante estaño, cuyos brillos nacían y morían a distinto ritmo que el viento.

Advertida por su presencia o su ruido al caminar, la chica abandonó el área de sus perseguidores, se acercó y dijo: «Ayúdame», pronunciando un nombre a continuación.

Bork aguardó un momento, aunque tan fugaz que el intervalo tal vez pasara desapercibido para la mujer. Entonces se dirigió hacia ella y se detuvo a su lado.

El hombre y la fluctuante máquina se pararon a un mismo tiempo.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó con voz suave, profunda, ligeramente musical.

—Quieren cogerme —dijo ella.

—¿Y?

—Yo no quiero.

—Oh, vamos, ¿no estás preparada?

—No, no estoy preparada.

—Se trata entonces de algo muy sencillo. Un malentendido. —Se volvió hacia los otros dos—. Hay aquí un malentendido —dijo—. Ella no está preparada.

—Ésa no es cosa tuya, Bork —replicó el hombre—. El Centro ha tomado su determinación.

—Se trata entonces de una determinación que debe reexaminarse. Ella dice que no está preparada.

—Métete en tus asuntos, Bork.

El hombre avanzó, seguido de la máquina.

Bork alzó sus manos, la una de carne, las otras de materias diversas.

—No —dijo.

—Sigue tu camino —dijo el hombre—. Te estás entrometiendo.

Lentamente, Bork se movió hacia ellos. Las parpadeantes lucecitas de la máquina comenzaron a chisporrotear precipitadamente. Sus faldas cayeron. Con un zumbido

se posó sobre la arena y quedó inmóvil. El hombre retrocedió un paso.

—Haré un informe de esto...

—Largaos —dijo Bork.

Contrariado, el hombre hizo un gesto y alzóse la máquina. Giró sobre sus talones y comenzó a caminar, seguido del artefacto, playa arriba y sin mirar atrás. Bork bajó los brazos.

—Aquí —dijo a la joven— tendrás más tiempo.

Luego comenzó a moverse, entreteniéndose en inspeccionar las vacías conchas y los maderos arrastrados por la deriva.

La muchacha lo siguió.

—Volverán —dijo ella.

—Claro.

—¿Qué haré entonces?

—Quizá te encuentres ya dispuesta.

Ella sacudió la cabeza, posando su mano sobre la parte humana de Bork.

—No. No estaré dispuesta.

—¿Cómo puedes decirlo ahora?

—Yo cometí un error —murmuró—. Realmente, nunca debería haber venido aquí.

Bork se detuvo y la miró.

—Eso es desagradable —dijo—. Lo mejor que puedo sugerir es ir y hablar con los terapeutas del Centro. Ellos encontrarán la manera de convencerte de que la paz es preferible al infortunio.

—Sin embargo, no han querido convencerte a ti.

—Yo soy diferente. La situación no puede compararse.

—No quiero morir.

—Entonces no pueden prenderte. La disposición de espíritu es un requisito imprescindible. Así está estipulado en el contrato, en el ítem Siete.

—Pero ellos pueden equivocarse. ¿No crees que pueden cometer errores? Han acabado consumiéndose en su propio fuego, como los otros.

—Sin embargo, son más conscientes. Han sabido hacer un bonito trato conmigo.

—Pero sólo porque tú eres potencialmente inmortal. Las máquinas huyen de tu presencia. Ningún hombre osaría poner sus manos sobre ti sin tu consentimiento. ¿No intentaron despacharte en un estado de indisposición?

—Aquello fue el resultado de un malentendido.

—¿Como el mío?

—Lo dudo.

Desvió su atención de ella, dirigiéndola hacia la playa.

—Charles Eliot Borkman —llamó ella.

Nuevamente el nombre.

Bork se detuvo una vez más, trazando surcos con su bastón, dibujando eventuales siluetas sobre la arena.

—¿Por qué has dicho eso? —preguntó luego.

—¿No es ése tu nombre?

—No —dijo—. Ese hombre murió en las profundidades del espacio cuando cierta nave penetró en coordenadas erróneas, acercándose peligrosamente a una estrella que iniciaba su trance de nova.

—Fue un héroe. Perdió medio cuerpo en la catástrofe preparando vehículos de salvamento para los otros. Pero sobrevivió.

—Quizá murieron algunos de sus pedazos. Eso es todo.

—Aquello fue un conato de homicidio, ¿no?

—¿Quién sabe? Los políticos de antaño no valían el papel que gastaban en sus tratados y promesas.

—Él no fue exactamente un político. Fue un estadista, un hombre humanitario. Uno de los pocos que se retiran con más adictos que contrarios.

Bork hizo un ruido como de risa ahogada.

—Verdaderamente eres muy graciosa. Pero aunque ése sea el caso, las minorías aún tienen la última palabra. Personalmente, yo creo que nunca evitó la esfera del crimen. Sin embargo, estoy sumamente complacido de que hables en pretérito.

—Te remendaron tan bien, tan a la perfección, que sobrevivirás eternamente. Porque tú mereces lo mejor.

—Quizá tenga ya lo mejor. Y tú, ¿qué quieres de mí?

—Tú viniste aquí a morir y cambiaste de ánimo...

—No exactamente. Yo nunca he asumido a la perfección los términos que aparecen en el ítem Siete. Estar en paz...

—Tampoco yo. Pero yo carezco de tu capacidad para destacar semejante hecho en el Centro.

—Quizá si yo fuera allí contigo y hablara con ellos...

—No —dijo ella—, ellos sólo estarían de acuerdo mientras tú aparecieras de mediador y trataras el asunto. Después... Ellos tienen un léxico especial y a la gente como nosotros la llaman «fingidores de la vida», con lo que se vuelven más arbitrarios para la disposición de nuestros casos. No les tengo la menor confianza pues mi alma no conoce tu coraje.

—Así, pues, muchacha, ¿qué me obligarás a hacer?

—Llámame Nora. Protégeme. Sólo quiero eso. Tú vives por estos parajes. Llévame contigo. Prohíbeles que se me lleven.

Bork hurgó su esporádico dibujo, comenzando a deshacerlo.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

—Sí, estoy segura.

—De acuerdo. Podrás venir conmigo entonces.

Así, Nora fue a vivir con Bork en su choza junto al mar. Durante las semanas que siguieron, cada vez que los representantes del Centro enviaban sus embajadas, éstas eran recibidas por la criatura llamada Bork, que les aconsejaba regresar sobre sus pasos. Finalmente, las embajadas dejaron de aparecer. De manera que, en el curso de los días, la muchacha pasearía con la criatura llamada Bork a lo largo de las playas, ayudándole en la tarea de recoger los maderos arrojados por el mar, útiles para el fuego de la noche; y aunque el frío y el calor habían sido hasta entonces cosas indiferentes para él, llegó un tiempo en que el espectáculo de las llamas se convirtió en placentero.

Y en el transcurso de sus paseos, él husmeaba los húmedos montones de basura que el mar depositaba sobre las playas, hurgando e investigando para ver qué encontraba.

—¡Por Dios! ¿Qué esperas hallar ahí? —preguntaba ella, reteniendo el aliento y retrocediendo con cautela.

—Lo ignoro. Tal vez una piedra, una contraventana, una puerta... Tal vez alguna delicadeza. Cualquiera cosa.

—Vayamos a ver los objetos de la marisma. Por lo menos están más limpios.

—De acuerdo.

Mientras él comía por hábito y degustaba las comidas sin la menor necesidad de hacerlo, Nora, en cambio, preparaba regularmente sus alimentos, de tal manera que la facilidad que tenía para cocinarlos permitía a Bork alguna anticipación de aquellas ocasiones con algo aproximado a un placer ritual, a la manera de un pinche de cocina que se aventura y desea sorprender en sus primeros intentos. Y algún tiempo después, tras una comida bañada por el crepúsculo, ella vino a ilustrarlo para una primera ocasión. Quizás hubiera debido parecer torpe y grotesco, pero mientras sucedía ninguna de estas nociones estaba presente. Así, sentábanse frente al fuego, secándose, calentándose, observando taciturnos. Como ausente, ella recogía algún trapo que Bork había dejado caer y con él limpiaba cualquier brizna de ceniza que se hubiera depositado en la parte metálica y espejeante de su cuerpo. Luego, volvió a hacerlo de nuevo. Más tarde, y esta vez con suma atención, Nora estuvo frotando y limpiando todo el polvo de la destellante superficie de su cuerpo, antes de encaminarse a su lecho.

Un día le preguntó ella:

—¿Por qué firmaste el contrato y te embarcaste en este viaje sin regreso si no querías morir?

—Sí quería morir —respondió él.

—Pero algo cambió luego tu decisión. ¿Qué fue?

—Encontré en este lugar un placer más grande que aquel deseo.

—¿Por qué no me hablas sobre ello?

—Desde luego. Encontré que aquí se daba una de las pocas situaciones, tal vez la única, donde yo podía ser feliz. Era algo inherente a la misma naturaleza del lugar, pues hubo una pacífica conclusión, una partida, una gozosa marcha. Sin embargo, la contemplación me plugo y me sigue placiendo, viviendo al final de la entropía, viendo que es bueno.

—Pero ¿no era suficiente placer el haber emprendido la comprensión de ti mismo?

—No. Yo encontré aquí una razón para vivir, no para morir. Esto puede parecer una satisfacción aberrada, pero, en ese caso, soy un aberrado. ¿Y tú?

—Yo cometí una equivocación. Esto es todo.

—Razón por la que te ocultan con excesivo cuidado, según he podido observar. Lo único que equivocaron en mi caso fue que no pudieron anticipar que nadie encontrara en un lugar como éste inspiración para seguir viviendo. ¿Puede haber sido similar tu situación?

—No creo. Quizá...

A menudo, cuando el cielo irradiaba sus puros azules, se abandonaban por las amarillas estepas del sol, intentando pequeños juegos, hablando de los pájaros que surcaban el horizonte y de los escurridizos, sarmentosos, flotantes y florecientes objetos que la deriva posaba sobre las charcas. Nora nunca hablaba de sí misma, no expresando nunca su amor, su odio, desesperación, aburrimiento o diversión con respecto al lugar. Antes bien, ocupaba su conversación de banalidades, remitiéndose a aquellas cosas cotidianas que ambos compartían cuando el día era radiante; y cuando el clima los obligaba a buscar refugio, se mantenía con la mirada fija en el fuego, o bien dormía, o, en ocasiones, limpiaba los caparzones de Bork. Más tarde llegó el tiempo en que solía cantar o tararear simplemente, unas veces pequeños fragmentos de canciones de moda, otras aires más antiguos. Entonces, mientras esto ocurría, Nora sentía los ojos de Bork sobre ella y callaba abruptamente para pasar a enfrascarse en otra cosa.

Y ocurrió que, una noche, mientras el fuego ardía lentamente y Nora abrillantaba los metales de Bork, despacio, muy despacio, dijo la mujer con débil voz:

—Creo que estoy enamorándome de ti.

Bork no habló, Bork no se movió. No dio muestra alguna de haber oído.

Tras largo rato, ella murmuró:

—Es muy desconcertante advertir que siento esto, aquí, bajo estas circunstancias.

—Sí —dijo él, tras unos instantes.

Luego, dejando caer el paño que empuñaba, Nora agarró una mano de Bork, la humana, y sintió un fuerte apretón sobre ella.

—¿Puedes...? —dijo ella más tarde.

—Sí. Pero podría destrozarte, mi pequeña muchacha.

Ella posó sus manos sobre las planchas, luego retrocedió y, más tarde, abandonó la carne para acariciar el metal. Se adelantó y presionó sus labios contra la única posible mejilla que se le rendía.

—Encontraremos una forma —dijo ella, y de hecho así fue.

En los días que siguieron ella cantaba con mayor frecuencia, cantaba más felices aires que no interrumpía al descubrir la mirada de Bork. Y, a menudo, él despertaba de sus ensueños de vigilia en que frecuentemente se sumía, pasando a la observación de los objetos a través de la menor abertura de sus párpados, comprobando que ella se mantenía allí sentada, mirándole, sonriendo. Y también suspiraba, ocasionalmente, por el mero placer de sentir que el aire vibraba y existía dentro y en torno a sí, y que eran posibles una paz y un gozo en su interior; sensaciones, en suma, que tiempo atrás había relegado al reino de la locura, los sueños y los vanos deseos. De vez en cuando solía sorprenderse silbando. Cierta día se encontraban sentados en un banco, mientras el sol se aproximaba a su diario holocausto y las densas tinieblas se fundían sobre una delgada lengua de fuego. Ella abandonó su mano y apuntó:

—Un barco.

—Sí —replicó él, recuperando la mano de la mujer.

—Lleno de gente.

—Un poco, supongo.

—Es triste.

—Es triste lo que ellos quieren, o quizá lo que quieren querer.

—Sigue siendo triste.

—Sí. Esta noche. Esta noche es lo triste.

—¿Y mañana?

—Me parece que también lo será.

—¿Dónde está tu viejo deleite en la gracia final, la paz que todo lo invade?

—Ya no pesa tanto sobre mi ánimo en estos días. Hay otras cosas aquí.

Contemplaron las estrellas, anuncios de intensa luz y aire fresco, hasta que el último escrúpulo del ocaso se convirtió en noche cerrada. Ella dijo entonces:

—¿Qué será de nosotros?

—¿Será? —dijo él—. Si te encuentras satisfecha de las cosas tal como son, no hay necesidad de cambio alguno. Pero si ello no es así, dime entonces dónde se encuentra el error.

—En ninguna parte —contestó ella—. Cuando te pones de esa manera, en ninguna parte. Se trataba tan sólo de un pequeño temor, un gato arañando en mi corazón, según suele decirse.

—Yo mismo me encargaré de arañar tu corazón —dijo él, alzándola en el aire

como si de algo ingrávigo se tratara.

Riendo, la llevó de vuelta a la cabaña.

Se encontraba ya fuera de un profundo y narcotizante sueño que lo había arrastrado, cuando le llegó el sonido de un llanto. Su percepción del tiempo vióse alterada en virtud de la disociación que al principio operó entre el sonido y la imagen de la muchacha, principalmente porque los sollozos parecían anormalmente arrancados y en la lejanía.

—¿Qué... te ocurre? —preguntó, advirtiendo entonces una leve palpitación en su bíceps, como un hormiguo.

—Yo no... quería despertarte —dijo ella—. Por favor, vuelve a dormir.

—Eres uno del Centro, ¿no es así? —dijo luego y desvió la mirada.

—No importa —dijo él.

—Duerme. Por favor. No olvides...

—... los requisitos del ítem Siete —concluyó él—. Siempre haciendo honor al contrato, ¿eh?

—Ya no es lo que era... para mí.

—¿Te refieres a... aquella noche?

—Volví a ser yo misma.

—Naturalmente, podrías decir eso ahora, ítem Siete...

—¡Hijo de puta! —exclamó, abofeteándolo.

Bork comenzó a reírse ahogadamente, pero se detuvo cuando su mirada tropezó con la aguja hipodérmica que aparecía sobre la mesa, junto a la muchacha. Dos ampollas gastadas yacían junto al instrumento.

—No irás a pagarme con dos jeringazos —dijo él, y ella desvió la mirada—. Vamos —hizo un ademán—. Conseguiremos llegar al Centro. Te darán un antídoto.

Ella agitó la cabeza.

—Demasiado tarde... ya. Poséeme. Si quieres hacer algo por mí, poséeme.

La rodeó con todos sus brazos y ambos yacieron de esa manera, en tanto las mareas y los vientos gemían, aullando, retrocediendo, azotando sus siluetas destacadas cada vez con mayor delicadeza.

Es una hipótesis.

Dejadme que os hable de la criatura llamada Bork. Vio el mundo por primera vez en el corazón de una estrella agonizante. Tenía pedazos de hombre y de muchas otras procedencias. Si los otros pedazos no funcionaban, el fragmento humano se preocupaba de su reparación. Si ocurría lo contrario, eran las piezas no humanas las que ensayaban su habilidad paliativa. Estaba tan perfectamente conformado que su función se prolongaba hasta la eternidad. Y si alguna de sus partes moría, las restantes no debían necesariamente cesar en sus funciones, antes bien se las ingeniaban para suplir el desperfecto y emular el total cometido que normalmente

desempeñaban. Por tanto, puede vérselos junto al mar, caminando cerca de las aguas, golpeando con su bífido y metálico bastón otros objetos que las olas han depositado sobre la arena. La pieza humana, al menos una de su fragmento humano, está muerta.

Elegid cualquiera de estas cosas.